14720

HISTORIA

DE LA

ENTRADA DE CYRO EL MENOR EN ASIA.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.	Tomos.
HOMERO.—*La Iliada*, traduccion directa del griego en verso y con notas de D. José Gomez Hermosilla.....	3
CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*.....	2
HERODOTO.—*Los nueve libros de la historia*, traduccion directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*.....	1
VIRGILIO.—*La Eneida*, traduccion directa del latin, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— *Las églogas*, traduccion en verso, de Hidalgo.—*Las geórgicas*, traduccion en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latin, con un estudio del Sr. Menendez Pelayo.....	1
MACAULAY.—*Estudios literarios*.....	1
— *Estudios históricos*.....	1
— *Estudios políticos*.....	1
— *Estudios biográficos*.....	1
— *Estudios críticos*.....	1
Traduccion directa del inglés de M. Juderías Bender.	
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*.....	2
CICERON.—*Tratados didácticos de la elocuencia*, traduccion directa del latin de D Marcelino Menendez Pelayo...	2
SALUSTIO.—*Conjuracion de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traduccion del infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traduccion del Sr. Menendez Pelayo, ambas directas del latin.....	1
TÁCITO.—*Los anales*, traduccion directa del latin de don Cárlos Coloma.....	2
— *Las historias*, traduccion del mismo.....	1
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traduccion directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTÓFANES.—*Teatro completo*, traduccion directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—*(Teócrito, Bion y Moscо)*. Traduccion directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.—*Los Novios*, traduccion de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traduccion directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*.....	1
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevacion de Nápoles*.....	1
CALDERON DE LA BARCA.—*Teatro selecto*.....	4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*.....	1
SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	1
JULIO CESAR.—*Los Comentarios*.....	2

MADRID.—IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XLVI

HISTORIA
DE LA ENTRADA DE CYRO EL MENOR
EN EL ASIA
Y DE LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL GRIEGOS
QUE FUERON CON ÉL

POR XENOFONTE

TRASLADADA DE GRIEGO EN CASTELLANO

POR DIEGO GRACIAN

y enmendada la traducción castellana por el licenciado

D. CASIMIRO FLOREZ CANSECO

ENTRADA
19 ENER 87
REGISTRO FÓL.
MINISTERIO DE FOMENTO
0.077
DEPÓSITO DE LIBROS
BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6
—
1882

MINISTERIO DE FOMENTO
0077

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

De las obras de Xenofonte trasladó al castellano D. Diego Gracián *La Cyropedia*, la *Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*, y los *Tratados menores*.

Proyectaba traducir *Los Helenos* como continuación, que lo es en efecto, de la *Historia de los Atenienses* escrita por Tucídides, pero no realizó este proyecto.

A fines del pasado siglo, el docto D. Casimiro Flórez Canseco, catedrático de lengua griega en los Estudios Reales de Madrid, emprendió la obra de corregir la traducción de Gracián, y así lo hizo respecto de *La Cyropedia* y de la *Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*, publicando ambos escritos en hermosa edición de la Imprenta Real de la *Gaceta* en 1781.

Si Canseco corrigió también la traducción de los *Tratados menores*, como indudablemente se proponía y advierte en el Prólogo que á continuación publicamos, no la dió á la estampa.

La edición de 1781 contiene dos tomos: el primero, es *La Cyropedia;* el segundo, la *Historia de la entrada de*

Cyro el Menor en Asia. Así se explica que en el Prólogo de Canseco y en la Vida de Xenofonte escrita por Gracián se hable en este orden de las obras del historiador griego.

En la BIBLIOTECA CLÁSICA se publica ahora la *Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*, y seguidamente verá la luz *La Cyropedia*, sin otra causa para invertir el orden que el deseo de reproducir primero aquel de los escritos de Xenofonte que mayor interés tiene hoy día por su carácter esencialmente histórico.

La traducción que hizo Gracián de los *Tratados menores*, y que no llegó á publicar Canseco, corregirála persona competente para incluirla en esta colección de las obras de Xenofonte.

Las *Memorias* y *escritos filosóficos* del insigne discípulo de Sócrates, por primera vez serán trasladadas del griego á lengua castellana, y haráse lo mismo con la continuación á la *Historia de Tucídides*, cuando publiquemos la versión que de ésta hizo también don Diego Gracián, y que corrige el señor Menéndez Pelayo con destino á la BIBLIOTECA CLÁSICA.

De tal suerte figurarán en la citada BIBLIOTECA las obras completas de uno de los más esclarecidos varones de la antigüedad, tan célebre por sus militares esfuerzos, como por sus obras de historia y filosofía.

EL EDITOR.

PRÓLOGO

DE

DON CASIMIRO FLÓREZ CANSECO.

En el siglo XVI, época del restablecimiento de las letras y del buen gusto en nuestra España, emprendieron algunos literatos el utilísimo aunque arduo negocio de traducir á la lengua castellana muchos de los mejores autores de la antigüedad. La Grecia, inventora de las artes y ciencias, y madre de insignes profesores en todos los varios ramos de la literatura, se llevó la atención de los eruditos de aquel siglo ilustrado, que conocían bien las muchas riquezas literarias que se ocultaban en las excelentes obras de los antiguos escritores griegos; doliéndose de que estuviesen como escondidas en idioma forastero á la mayor parte de nuestra nación. Entre éstas, con justo título, merecieron casi el primer lugar en la elección de aquellos literatos las de Xenofonte Ateniense, uno de los mayores ingenios que concurrieron á la escuela de Sócrates, y que nos ha conservado en sus escritos la aplaudida filosofía de su maestro. Publicólas en castellano Diego Gracián, en Salamanca, año de 1552, en casa de

Juan de Junta, en folio; pero siendo ya muy raros los ejemplares que se hallan de aquella edición, el buen celo de la instrucción pública ha dispuesto que se haga esta nueva impresión, agregándola el texto griego, y con las mejoras que se dirán.

No intento referir por menor la vida, hechos y escritos de este insigne filósofo é historiador, ya porque Diego Gracián nos da de ello una noticia bastante exacta y cumplida, tomada por la mayor parte de Diógenes Laercio, y ya también porque en la continuación de esta obra he pensado traducir al castellano todas las memorias que nos restan de este ilustre discípulo de Sócrates. Bastará por ahora decir que Xenofonte está universalmente reconocido por gran filósofo, gran historiador y gran general. Estos escritos suyos, en dictamen de Dión Chrysóstomo (1), pueden servir de regla en toda la extensión de la política para los estadistas, y son escuela en que pueden formarse grandes generales. De Scipión, llamado Africano, cuenta Cicerón (2) que nunca dejaba de las manos las obras de Xenofonte. En ellas aprovechó tanto el célebre Luculo, que sin tener antes grandes experiencias en las cosas de la guerra, llegó con su lectura á aquella excelencia en el arte militar que hizo brillar en sus gloriosas expediciones contra un enemigo tan formidable como el rey Mitridates, y con que ganó las gran-

(1) Orac. 38.
(2) 2. Tusc. quæst. et epist 1, ad Quint. Fratr.

des victorias que todos saben, y puso en contribución las provincias más considerables del Asia.

Es verdad que en nuestros tiempos es ya muy otro el semblante de las cosas. Nuestra religión, nuestro gobierno, nuestras costumbres, todo es diferente. Los intereses entre las naciones y entre los príncipes son muy diversos de lo que eran en aquella edad de nuestro filósofo; y el arte de la guerra parece haber variado del todo. Pero sin embargo de esta diversidad, es constante que la parte principal así de la ciencia política como de la militar estriba en aquellos principios, reglas y avisos de prudencia que han distinguido siempre á los mayores estadistas y generales, y de que está reconocido Xenofonte por maestro excelente; y por consecuencia estos sus escritos tan celebrados podrán producir los mismos efectos, aunque sea en edades tan distintas.

Muchos, siguiendo á Cicerón (1), son de parecer que *La Cyropedia ó Historia de Cyro el Grande* no es obra histórica por no ceñirse el autor á referir los verdaderos acontecimientos de la vida de este príncipe; sino una obra puramente moral, en que se nos dibuja la imagen de un príncipe perfecto. Pero estos mismos (2) confiesan que en el fondo es verdadera, representándose en ella con mucha propiedad las costumbres de los Per-

---

(1) Cic. loc. laud. epist. I. ad Quint. Fratr.

(2) Vid. Voss. de Histor. Græc. cap. I. Fabric. Biblioth. Græc. vol. II.

sas, sin que se pueda dudar de la autenticidad de la toma de Babylonia, del cautiverio de Creso, y de otros hechos memorables, cuya verdad se halla apoyada en las Divinas letras; y aun casi todos los principales hechos de *La Cyropedia* pueden reducirse fácilmente á las leyes de la cronología, y tienen por fiadores á los historiadores más cercanos á aquella edad. Cierto es que Xenofonte no conviene con Herodoto en las circunstancias del nacimiento y de la muerte de Cyro. Pero Herodoto habla de los principios de este príncipe como pudiera hablar un novelista, refiriendo cosas que parece exceden lo maravilloso, y que por lo mismo las califican los más de fabulosas é imaginarias aventuras, forjadas en su cerebro sólo para pasatiempo. El mismo cuenta la muerte de Cyro con circunstancias increíbles, haciéndole morir á manos de la reina Tomyris de modo más cruel; y acaso por esto dijo Tulio (1): *que en este padre de la Historia había innumerables fábulas.* Xenofonte nada nos dice de extraordinario sobre el nacimiento de Cyro, y nos pinta su muerte muy al natural, poniéndo en su boca un sabio discurso propio de un príncipe clemente y amante del bien de sus pueblos.

Como quiera que sea, dirigiéndose esta obra á encender en los pechos de los príncipes amor á la gloria, á instruirlos en los medios de alcanzar la benevolencia de sus súbditos, punto de la primera impor-

(1) I. de Legib.

tancia y público interés; y finalmente á representarlos siempre felices en todas sus empresas, cuando han sabido unir al esfuerzo la justicia, prudencia, vigilancia, clemencia, afabilidad y liberalidad, no puede dudarse que conviene muchísimo renovar y poner de tiempo en tiempo á la vista esos ejèmplos y documentos de tan grandes virtudes. Y si Xenofonte merece gloria inmortal por habernos conservado la historia de un príncipe que debe proponerse por modelo de los demás, también son dignos de perpetuas alabanzas el laborioso Gracián que nos le tradujo á nuestro idioma, y el que ha dispuesto se reimprima su traducción, que se había hecho ya muy rara.

La pureza, dulzura y elegancia del estilo de Xenofonte han sido generalmente admiradas por los más sabios críticos de la antigüedad, por cuyo motivo le honraron con el renombre de *Abeja Ática*, y *Musa Ateniense*. Esta dulzura ó sencillez, como la llama Hermógenes (1), es la que constituye uno de los ornamentos en los discursos de este elocuente escritor, y la que no es fácil percibir en las traducciones, aun cuando las supongamos hechas con la mayor exactitud y fidelidad. Por esto se ha creído conveniente añadir en esta reimpresión el texto griego tomado de la edición del erudito inglés Tomás Hutchinson, que es la más correcta de las que hasta ahora han salido á luz, para que los más aplicados puedan beber en el original las

(1) De forma dict. Xenoph.

gracias de que abunda, y que han sido en todo tiempo tan justamente aplaudidas (1).

Habiendo pues de salir la traducción castellana en cotejo con el texto griego, me creí obligado á entrar en un prolijo examen de ella, no obstante que Diego Gracián supone que la examinó el docto Juan Ginés de Sepúlveda, y que fué publicada con su aprobación. No me detendré en señalar algunos pasajes que descubren con claridad que nuestro traductor no había aún adquirido un conocimiento tal en la lengua griega cual sería de desear en todos los que se dedican al utilísimo ejercicio de traducir; sólo diré que siendo la primera y principal entre las obligaciones de cualquier traductor el ser fiel y exacto, he ceñido mis correcciones á aquellos lugares en que observé falta en esto; dejando intactos todos los demás que se hallan traducidos de un modo bastante vago y sin precisión. Porque querer enmendar todo esto sería hacer una nueva traducción, y privar á los curiosos del gusto que tendrán en leerla según el lenguaje del siglo XVI, cuando nuestra lengua parece llegó en los escritos de algunos á más energía, copia y propiedad de la que ha tenido comunmente en los posteriores. No obstante todo mi cuidado, no me atreveré á asegurar que haya quedado tan exacta la versión, que deje de encontrarse algún otro pasaje que á lo menos pa-

(1) La edición de 1781 á que pertenece este prólogo acompaña á la traducción el texto griego.

rezca traducido con demasiada obscuridad; pero esta podrá acaso nacer de la gran dificultad que hay en hacer pasar á la copia sin ninguna alteración todas las ideas del original; fuera de que aun cuando se hallen trasladados con fidelidad, quedan todavía obscuras para aquellos que no están instruídos de los usos y costumbres del país en que se escribió la obra. Para evitar esta falta, puso Diego Gracián algunas notas; y yo también he añadido algunas más.

Se ha distribuído en tres tomos todo lo que Gracián tradujo, y se han dividido los libros en capítulos, para la mayor comodidad de los lectores. En el primer tomo va *La Cyropedia;* en el segundo la *Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia y retirada de los Griegos;* y en el tercero los *Tratados menores* (1).

---

(1) De estos tres tomos sólo fueron publicados los dos primeros.

AL SERENÍSIMO

MUY ALTO Y MUY PODEROSO SEÑOR

D. PHILIPPE,

PRÍNCIPE DE ESPAÑA, ETC.

NUESTRO SEÑOR

EL SECRETARIO DIEGO GRACIÁN,

SU CRIADO.

Isócrates Ateniense, orador clarísimo, en una de las oraciones que hace á Nicocles, rey de Ponto, serenísimo señor, dice: que los que acostumbran dar á los reyes oro, ó plata, ó joyas preciosas, ó otras cosas de las cuales los reyes y príncipes tienen abundancia, y los mismos que las presentan necesidad, le parece que estos tales no hacen presente, sino mercadería, que la venden más artificiosamente que aquellos que se precian de regatones. Por tanto, piensa ser muy honesto y provechoso don, y muy conviniente, así para el príncipe que le recibe como para el súbdito que le da, mostrarle los estudios á que se debe dar, y los ejercicios que debe seguir el buen

príncipe, y de cuáles se debe abstener, para poder mejor administrar el Reino y gobernar su persona. Pues según esta sentencia de Isócrates, deseando yo, como criado antiguo de la Casa Real, hacer á V. A. algún servicio señalado fuera de aquellos que por razón de mi cargo soy obligado, y ofrecerle alguna cosa que fuese digna de V. A., y tal que yo pudiese darla, no hallé otro presente más á propósito, ni que más conviniente fuese, que estas obras de Xenofonte. Porque en la primera parte dellas, intitulada en griego *Cyropedia* y en castellano *Crianza ó Institución de Cyro*, describe y dibuja aquel gran Cyro rey de Persia, á imagen y ejemplo de un perfecto rey, tal cual debe ser. De manera que en esta *Institución y Crianza de Cyro* claramente se vea expreso el mejor género de administración Real. Por lo cual no sin causa se lee de Scipión el Mayor, que nunca dejaba de las manos esta obra. En la segunda parte escribe la entrada de Cyro el Menor en la Asia, y la guerra de los Griegos que allí sucedieron: las cuales son cosas en que el mesmo Xenofonte no solamente estuvo presente como soldado, pero también presidió como capitán. Donde enseña claramente que la victoria se alcanza, no tanto por la multitud de huestes, cuanto por el esfuerzo de los soldados, y la disciplina y prudencia de los capitanes. Por esto Marco Antonio cuando hacía guerra contra los Parthos leía esta guerra de los Griegos, y la tuvo por cosa de gran maravilla. En la tercera parte van puestos los libros que Xenofonte es-

cribió á propósito de enseñar las partes que ha de tener un buen caudillo, y la manera y orden de la antigua disciplina militar, y uso de caballería; y para ejemplo y dechado dél pinta las virtudes y esfuerzo, y hechos de Agesilao, rey y capitán general de los Lacedemonios: el cual criado y enseñado en la república y policía de los Lacedemonios que aquí se describen, alcanzó por su prudencia y esfuerzo todo bien y prosperidad á su patria, y para sí nombre y fama inmortal. Demás desto, otro libro de la tercera parte prueba que la caza y montería aprovecha mucho para el ejercicio de la guerra por mucha razones. Y aunque esta orden y manera antigua de guerrear no conviene ni concuerda del todo con la disciplina militar de nuestro tiempo, todavía es cosa agradable y apacible conferir y comparar aquella muy antigua con la nuestra; para que comparadas la orden y manera de ambas, V. A., como quien tan bien lo entiende y sabe, vea qué cosas hallaron mejor los modernos, cuáles mudaron, cuáles pareció debían quedar. Y también conjeturar desto qué es lo que se puede corregir y enmendar con utilidad y provecho en estos nuestros tiempos, por la regla y nivel de aquellos pasados; pues que en todas las otras artes y disciplinas, está claro que en nuestra edad se ha enmendado mucho á la forma y manera de lo antiguo. Reciba, pues V. A. esa traducción de Xenofonte con ánimo Real, para que con revolverla á ratos, pueda recrear el espíritu cansado de los continuos y arduos negocios de la repú-

blica con el deleite de la historia. De la cual, así como de oráculo, se pueden tomar los avisos necesarios para la gobernación: pues la historia sola contiene la memoria de los buenos hechos, dichos y consejos; y amonesta á los príncipes lo que deben de hacer más que ningunas otras pinturas ó imágines de los antepasados.

DE LA VIDA DE XENOFONTE

Y DE SU DOCTRINA

PARA MÁS DECLARACIÓN DESTA OBRA.

EL SECRETARIO DIEGO GRACIÁN

AL LECTOR.

Para que con más gusto se lean las cosas de Xenofonte, me parece será bien poner algo del autor y de su doctrina. Del cual bastaría decir lo que Quintiliano escribe dél en el libro décimo de su Retórica, pues que no solamente pone á Xenofonte Ateniense, discípulo de Sócrates, en el número de los oradores y historiadores clarísimos, sino también en el número de los que enseñando las reglas de bien vivir merecieron nombre de filósofos. Porque es de dudar en cuál de las dos cosas excedió más, ó en la filosofía ó en la elocuencia, pues de la una y de la otra se hallará en él una imagen viva y expresa. Y Cicerón dice que las Musas hablaron por boca de Xenofonte, llamado Musa ática y Abeja ática por la dulzura de su elo-

cuencia y gracia en el decir. En la filosofía se allega siempre á la doctrina de Sócrates su maestro, y procura en breves palabras explicar las sentencias de aquel que fué el príncipe de los filósofos. Cuya doctrina aprovecha tanto para corregir y enmendar las costumbres de los hombres como la ética ó política de Aristóteles. Y aunque gentil, Xenofonte es digno que entre todos los gentiles sea leido de cristianos. Fué Xenofonte en gran manera vergonzoso y hermoso, y el primero de los filósofos que escribió historia. Vino en la amistad de Cyro el Menor, como él cuenta en el tercer libro de su Historia, por medio de Próxeno su amigo; donde después por su persona fué tan caro y amado de Cyro como el mismo Próxeno. Escribe con mucha diligencia todo lo que pasó en la entrada de Cyro en Asia, y en la tornada de los Griegos; porque pasó con él debajo de la bandera de Xeneneto, su capitán de Cyro, un año antes de la muerte de Sócrates (1). Fue varón ciertamente en todo lo demás bueno y excelente, y muy sabio y experimentado en el arte de caballería y disciplina militar de guerra y caza, como se puede ver por los libros que escribió. Cuéntase dél que pudiendo esconder los libros de la historia de Tucídides, fué el primero que los sacó á luz y los publicó, y acabó lo restante de las guerras de Grecia; donde va continuando la historia en el

(1) Debe decir: *porque pasó con él á aquella región, siendo Archonte Xeneteto, un año antes de la muerte de Sócrates.*

estado que la dejó Tucídides, prosiguiendo adelante hasta sus tiempos. Lo cual dejé de traducir y poner aquí de industria, por juntarlo con la historia de Tucídides, que días ha que tengo casi traducida. Porque de otra manera fuera confundir la orden de la historia, y no se entendiera desmembrando la una de la otra; y fuera dividir la historia de manera que no se pudiera bien comprender apartado lo uno de lo otro, donde depende: ni tuviera aquella gracia repartido, que terná junto. Asimismo dejé de traducir aquí lo que Xenofonte escribió de los dichos y sentencias de Sócrates Filósofo, su maestro, por ser materia moral, y totalmente distinta y diferente de la guerra, que trata con estas historias. Y por la misma razón dejé de traducir otros tratados pequeños de diversas materias que pone en fin de sus obras. Los libros que yo he traducido los he repartido en tres partes, como he declarado en el Prólogo que al Serenísimo Príncipe nuestro señor escribo.

Y la historia de Cyro, que se contiene en la primera es una imagen de un príncipe que sea sabio en su gobernación y valiente en la guerra: las cuales dos cosas Homero atribuye al rey Agamemnón, como las dos partes principales que se requieren en cualquier príncipe y caudillo. Y ciertamente Xenofonte en persona del rey Cyro de Persia muestra ser verdad lo que Platón dice en el diálogo intitulado Alcibiades el primero; donde pone la causa por qué los reyes de Persia, siendo Bárbaros de nación, salían tan buenos y

valerosos príncipes: y dice que por la doctrina y buena crianza. Porque los príncipes de Persia desde que habían siete años luégo se ejercitaban en el arte de cabalgar á caballo, y montería y caza de fieras bravas debajo de los maestros que para ello tenían; pero después que llegaban á la edad de catorce años, luégo los tomaban á cargo aquellos que los Persas llaman ayos reales. Estos eran cuatro escogidos, los mejores de todos sus reinos que se hallasen en aquel tiempo: el uno el más sabio, el otro el más justo, el otro el más virtuoso, el otro el más esforzado. Déstos, el muy sabio le enseñaba las letras, el culto divino, y las cosas de la gobernación del Reino y del Estado. El muy justo no le enseñaba otra cosa sino justicia, y á ser verdadero, y usar y decir verdad por toda la vida. El muy virtuoso le enseñaba que no se dejase vencer de ningún deleite ni vicio, para que se acostumbrase á ser libre; y que pues verdaderamente era rey, primero señorease á sí y á sus pasiones, y no fuese siervo dellas. El muy esforzado le enseñaba á ser osado y sin temor, y que sólo temiese de parecer ser vil y cobarde. Y así cada cual destos ayos por sus veces le ejercitaba sus horas señaladas cada día, tomándole el uno cuando le dejaba el otro, en todos los días y meses, hasta que venía á reinar.

En la segunda parte puse los siete libros de la entrada de Cyro el Menor la Asia arriba, historia de muy grandes y esclarecidas hazañas, de las cuales todas Xenofonte fué parte y testigo, por haber sido capitán

en aquella guerra. En esta obra se puede bien ver cuán sabrosa cosa es la fe y verdad de la historia: y se pueden entender los loores de un excelente capitán; y se pueden notar muchos ejemplos de fe, lealtad, prudencia, esfuerzo, tolerancia, y otras virtudes que fácilmente se pueden imitar; y muchos ejemplos de vicios que deben aborrecerse. Fuera desto, es cierto grande el deleite que trae la descripción de los lugares y caminos, la variedad de los fines y acaescimientos, y las costumbres expresas al propio; y los naturales consejos y hechos, y casos de varones ilustres: y con esto muchas oraciones y razonamientos militares, graves, prudentes, elegantes, artificiosos y eficaces para persuadir, con que se ejercita el ingenio según la diversidad de la materia de las cosas, y se forma el ánimo con la contemplación de los buenos hechos; y se adquiere muy gran conocimiento de las cosas humanas. En las cuales oraciones fácilmente se conosce que en los Reales y en el campo, y en medio del sonido y ruido de las armas también puede usar de su oficio la elocuencia. Finalmente, será muy gustosa también esta empresa de Cyro el Menor y guerra de los Griegos, por ser, como es, una muy propia semejanza de la guerra que el emperador y rey don Carlos nuestro señor vimos que tuvo los años pasados contra el turco Solimán. Porque la una y la otra, aunque en gran distancia de muchos siglos, nos enseña claramente que vale más en la guerra buena gente que mucha, prudente esfuerzo que desatinadas fuer-

zas. También, viendo que los Griegos con muy poca gente muchas veces vencieron gran número de Asianos, y que no les valieron ni aprovecharon los perjurios, engaños, ni traiciones á los enemigos, para poder estorbar á los Griegos, que confiados en solo su esfuerzo y virtud, por lugares no conocidos y odiosos, y gentes fieras y crueles, no escapasen y pasasen salvos en su tierra; debemos también tener esperanza que los cristianos siendo conformes podrán ganar la Grecia, y siendo vencedores poner en Constantinopla los estandartes de Jesucristo.

En la tercera parte en el tratado intitulado *Hipparchico*, que quiere decir del Oficio del Capitán General de la gente de caballo, pone las partes que ha de tener un buen caudillo, y cómo han de tirar los caballeros, y ejercitarse á menudo, y tener obediencia á sus capitanes; y los premios y joyas que se les han de poner delante para que de mejor gana tomen el trabajo de ejercitarse: cuáles han de ser los ensayos para la guerra y escaramuzas: cómo han de salir de su puesto los caballeros: lo que han de hacer los corredores de campo, y las guardas y espías y centinelas: qué es lo que debe hacer cuando hay paz el buen capitán: de los géneros de espías que ha de poner: de qué manera ha de engañar los enemigos: cómo ha de ganar la gracia de los caballeros y hombres de armas que tiene debajo de su mando: del loor del esfuerzo militar: de qué suerte ha de acometer los enemigos; y en fin, de cómo ha de pedir ayuda divina con religión y discreción.

En el otro tratado que depende déste, llamado *Hippike*, que quiere decir Arte de Caballería, pone brevemente la manera y orden de la antigua disciplina militar y arte de caballería. Primeramente pone los caballos que son á propósito ó no para la guerra, y las partes que ha de tener el buen caballero y hombre de armas para el uso della.

Para ejemplo y dechado deste tal buen capitán y caballero escribe el otro *Tratado de los loores, virtudes, esfuerzo, y proezas de Agelisao*, rey y capitán general de los Lacedemonios. Porque ciertamente el ánimo sublimado y generoso se deleita en oir las cosas antiguas, y hazañas grandes y famosas. Y los loores de los antepasados son unos aguijones y espuelas á los venideros para la virtud y esfuerzo, y muestras y dechados para bien obrar: y los ejemplos, como dice Quintiliano, en cualquier causa son más válidos y eficaces que ningunas razones. Porque ¿quién será que viendo florecer en Agelisao gran justicia, señalada prudencia, singular sabiduría, excelente gravedad de ánimo, constancia, modestia, continencia, magnificencia, humanidad, gratitud, religión, y finalmente un rimero de todas las virtudes, no le ame y tenga en admiración, aun después de muerto, y conciba tan gran gozo y deleite en sí, que no pueda ser mayor? Lo cual como á todos sea agradable de oir, mucho más á aquellos que conocieren sus virtudes ser renovadas y loadas en las virtudes de los otros.

Pues para que todos sepan que de los buenos institutos y leyes se forjan y forman los buenos y señalados varones, pusimos también en esta tercera parte trasladado aquel libro que escribió Xenofonte de la *República y Policía de los Lacedemonios*, que instituyó y ordenó aquel sapientísimo legislador Lycurgo, y los preceptos de guerra que dió. En la cual criado y enseñado Agesilao, pensando en ella y ejercitándola de día y de noche, por su gran prudencia y esfuerzo alcanzó á ser tal como todos los que le conocen le estiman.

En el libro de la *Caza y Montería*, que también trasladamos y pusimos en esta tercera parte, prueba que el ejercicio de la caza es muy necesario, y aprovecha mucho para la virtud y esfuerzo militar por muchas razones, y la principal es porque della aprenden á ser buenos y diligentes hombres para la guerra y para todos los otros cargos. Y necesariamente venrán á ser entendidos, y saber hablar y obrar bien, viendo que con Chirón, maestro della, casi todos los héroes y príncipes nombrados, ejercitando entre otras artes señaladamente la de la caza, fueron loados y tenidos en admiración sobre todos; y al fin salieron muy esforzados y buenos varones. Lo cual se puede conocer por lo que honraron y aprovecharon á sí y á su patria, y porque todos fueron estimados y amados de los Dioses; y muchos dellos merecieron por ello honras divinas. Lo cual, aunque era vano error de gentiles, más todavía nos da á entender en cuánto tenían

los que así se ejercitaron en caza, pues les osaron atribuir la divinidad.

Tornando agora Xenofonte, amó y tuvo en tanto á Sócrates su maestro, que traía ordinariamente consigo aparejo para escribir cualquier dicho que Sócrates dijese, ó cosa notable que hiciese. El principio que tuvo de darse á Sócrates y seguirle fué éste. Sócrates le topó acaso en una calle angosta, y alzando su báculo atajó la calle, diciéndole á Xenofonte que no pasase. Pues como él se detuviese, Sócrates le preguntó dónde se vendían las cosas necesarias: él respondió que en la plaza. Sócrates siguiendo adelante, le pregunta: «¿Y dónde se hacen los hombres buenos y sabios?» A esto calló Xenofonte, y con su turbación mostraba que no lo sabía. Sócrates le dijo entonces: «Pues anda acá conmigo, que yo te lo mostraré.» Desde allí se fué con él, y se le dió por discípulo, y salió tan excelente como lo vemos. También fué valeroso hombre de guerra, y muy gran cazador. Después que estuvo mucho tiempo con Cyro el Menor, y le sirvió en todas sus guerras de capitán y consejero, se vino para Agesilao, rey de los Lacedemonios, del cual fué muy querido, y tenido en el número de sus más íntimos amigos; por lo cual le desterraron en ausencia los Atenienses sus ciudadanos, como á hombre que favorecía las cosas de los Lacedemonios, cuyos enemigos ellos entonces eran. Después de haber estado Xenofonte algunos años con Agesilao, se retrujo en Grecia á una su heredad en el campo, no lejos de

la ciudad de Elis, con su mujer Philesia y dos hijos suyos, llamados Grilo y Diodoro. Aquí pasaba la vida cazando, escribiendo historias, y regocijándose en traer convidados á sus amigos muchas veces á aquella su heredad: la cual como perdiese en una guerra, fuese con sus hijos á morar en Corinto. Por este tiempo los Atenienses, habiendo lástima de los Lacedemonios que lo pasaban mal en las guerras que tenían con sus comarcanos, determinaron ayudarles y enviarles gente que los socorriese. Sabido esto Xenofonte, envió sus dos hijos á Atenas, para que se hallasen en aquella guerra en servicio de la patria y favor de los Lacedemonios. Diodoro salió de una batalla muy cruel que se dió en esta guerra; Grilo murió peleando valerosamente. Cuando le trujeron á Xenofonte la nueva de la muerte del hijo, estaba haciendo un sacrificio con su corona puesta como era de costumbre. Y oyendo decir que su hijo era muerto, quitóse la corona, como para dejar el sacrificio; mas añadiendo el mensajero luégo que había muerto como bueno, tornó á ponérsela y llevar adelante su sacrificio, como hombre que no le penaba la muerte del hijo que con honra había perdido. Dicen que no lloró por él lágrima ninguna, y que solamente dijo: *Ya yo sabía que le había engendrado para que muriese.* La muerte de Grilo fué muy celebrada de muchos de los grandes ingenios que entonces había en Grecia; los cuales para consuelo del padre y para loor del muerto hicieron muchos epigramas y epitafios. Y aun Sócrates

también escribió sus loores como materia digna en que él se debía emplear. Murió Xenofonte en Corinto y algunas conjeturas hay por donde se cree que hubo alguna envidia ó enemistad entre él y Platón, que paresce que por ser ambos discípulos de tal maestro como Sócrates era, hubieran de ser muy conformes amigos; mas por ser tales y tan altos ingenios, paresce que no se podían sufrir sin tenerse envidia.

Mas quiero ya dejar á Xenofonte y sus obras, y decir de mi translación; la cual si acaso le pareciere á alguno que no va muy polida en el castellano, no se debe maravillar mucho desto. Porque habiéndome criado tanto tiempo, así en el estudio como fuera dél, en tierras y naciones extrañas lejos de España, donde se usaba más la lengua griega, latina, y francesa é italiana, y otras lenguas particulares y propias de la tierra, que no la mía española; y después acá, tratando de cada día estas lenguas, para lo que toca á mi cargo en servicio de su Majestad, más que la mía propia, no es mucho que esté olvidado de la elegancia de la la lengua castellana. Cuanto más, que mi intención es hacer lo mismo en esto que hago cuotidianamente en mi oficio de traducir las escrituras y cartas tocantes al servicio de su Majestad, que vienen en diversas lenguas muy importantes, aunque sean las que vienen debajo de cifra, que es ser antes fiel y verdadero intérprete, que curioso en el romance é interpretar según el sentido verdadero y la propiedad de la lengua, y remirarme más en esto que no en la

elegancia del estilo; acordándome de aquel proverbio tan celebrado de los Griegos, que dice: Αμαθὲς εἰπὲ κι σαφὲς ερον. Y vale tanto como si amonestando dijésemos á alguno: habla claro y verdadero, aunque sea por palabras groseras. Y esto me parece lo mejor, por no caer en el yerro de muchos, que por usar de estilo muy polido y afectado, salen totalmente del sentido propio y verdadero del autor. Que á la verdad la lengua griega es tan semejante á la nuestra castellana, ansi en la propiedad y las maneras de hablar y los artículos della, que cuanto más se acercare el intérprete á la letra griega, si bien la entendiere, tanto más elegantemente trasladará; y por el contrario, cuanto más se apartare de la letra, tanto más se apartará del buen estilo. Y hoy día hablamos en nuestra lengua española multitud de vocablos que son griegos verdaderamente, como cualquier Español que tenga noticia de la lengua que los antiguos Griegos hablaban, en que permanecen escritos los libros de sus sciencias, fácilmente conocerá ser verdad. Por donde paresce muy clara la mucha vecindad y morada que la lengua griega tuvo largos tiempos en nuestras tierras, sin jamás salir dellas, como leemos en las crónicas de España, en las historias latinas y griegas. Pues querer traducir algo en lengua vulgar, cualquiera que sea, de la interpretación latina trasladada del griego, es cosa de muy grande trabajo y de muy cierto peligro para errar. Porque casi es imposible poderse acertar, como yo lo he tratado y he-

cho algunas veces la experiencia con personas doctas, y principalmente con el Doctor Ginesio de Sepúlveda, cronista de Su Majestad, varón doctísimo en todo género de ciencia y muy ejercitado en la lengua griega, el cual en este tiempo podemos comparar al mismo Xenofonte; pues siendo teólogo y filósofo excelente, como se ve por muchas obras que ha escrito en ambas facultades, escribe también la Historia del Emperador y Rey D. Carlos nuestro señor en latín, por tan elegante estilo, como el mismo Xenofonte escribió la de Cyro en griego. Con él he yo pasado y cotejado toda esta mi traducción por comisión de los señores del Consejo de la Cámara de su Majestad, conferiéndola y comprobándola toda con el griego para efecto de imprimirse. Y después también ha visto con diligencia toda la obra el maestro Ambrosio de Morales; el cual por ningún trabajo no deja de quedar muy satisfecho y contento de lo que se le encarga que vea en las obras semejantes de sus amigos, como saben dél todo los que le conocen. Él miró toda la obra viéndola con cuidado; y en las oraciones apuntó algo del artificio, como quien bien lo entiende; por haber leído algunos años esta facultad, siendo catedrático della en la Universidad de Alcalá de Henares, donde estudiaba otras sciencias.

Agora pues, si algunos hubiere que no estimen este mi trabajo según razón, ó que digan que se pudiera mejor traducir, no me pena; porque á mí me basta satisfacer solamente á la voluntad y al juicio de perso-

nas á quien deseo servir, que me lo pudieran mandar. Demás desto, hacen mal los que sin consideración murmuran de las obras, por donde fácilmente cualquiera puede aprender algunas buenas disciplinas. E ya que no ganase otras gracias el intérprete, será harto, para que él quede contento, conocer que su industria es más provechosa para los otros todos que honrosa para él, y por eso de buena gana quiere trocar su loor por el provecho y utilidad de muchos. E si paresciere poco trabajo traducir al propio lo griego en castellano, haciendo la experiencia hallarán que muchas cosas paracen fáciles al pensamiento, que después son recias y trabajosas á la experiencia. Pero bien así como aquel Lacedemonio que iba cojo á la guerra, siendo preguntado qué pensaba hacer, respondió: «Ya que no haga otra cosa, embotaré la espada del enemigo que me matare;» así yo por el consiguiente podré responder: que ya que no haga otro provecho, á lo menos embotaré con la lición desta obra á los lectores españoles el gusto del entendimiento para leer los libros de mentiras y patrañas, que llaman de Caballerías, de que hay más abundancia en nuestra España que en ningunos otros Reinos, habiendo de haber menos; pues no sirven de otra cosa sino de perder el tiempo, y desautorizar los otros buenos libros verdaderos de buena doctrina y provecho. Porque las patrañas disformes y desconcertadas que en estos libros de mentiras se leen, derogan el crédito á las verdaderas hazañas que se leen en las historias de ver-

dad. Aunque ya se van apocando estos tales libros por el edito de los señores del Consejo, que so graves penas prohiben que no se impriman otros libros sino católicos y buenos, y provechosos á las buenas costumbres; y éstos primeramente examinados por tales. Pero más presto se acabarían, si como sabemos que se hizo en tiempo del Papa Nicolao Quinto en Italia, se hiciese así agora en España.

Los varones doctos de aquel tiempo se repartieron entre sí los libros griegos que había buenos para los traducir en latín ó en vulgar italiano, tomando cada cual el suyo; y aun agora también lo hacen. Y así debrían hacer agora los doctos en España, donde por la bondad de Dios florece el culto divino y la religión christiana sin mácula de secta mala; y las armas más que en otro ningún Reino; y las letras mucho más que en los tiempos pasados. Pues hay tanto número de personas doctas, cada cual en su profesión, y pues hay tantos buenos autores en griego y en latín que podrían traducirse en vulgar castellano, de los cuales así como de mar ó río caudal podrían sacar razones de mucha y varia doctrina. Y no andarían los nuestros tan embebidos en estos libros tan desvariados de patrañas fingidas; de los cuales, bien así como de charcos y lagunas de ranacuajos y ranas, no se puede sacar otra doctrina de provecho, sino mentiras de mentiras, que todas significan lo mismo: y al fin todos suenan unas mismas voces y mentiras; ni más ni menos que aquellas ranas de las

lagunas de Plutón, que induce el poeta Aristófanes en su comedia, no hacían sino cantar y repitir siempre una misma canción: *coax, coax, coax, brekekekex, brekekekex, brekekekex*. El cual ejercicio, así el de leerlos como el de escribirlos, es indigno y muy ajeno de hombres graves y cuerdos. Yo por mi parte no dejaré mientras pudiere de me emplear en semejante ejercicio de traducir buenos autores cuanto mis fuerzas bastaren: á lo menos sacar á luz para el provecho común de todos lo que algún tiempo trasladé en el estudio y otras partes antes que viniese al servicio de su Majestad, cuando tenía más ocio y sosiego que agora. Lo demás, como digo, quede á personas doctas, que lo sabrán mejor hacer que yo, y están más desocupadas de negocios, para que con el mismo celo el teólogo y el filósofo y el retórico, y cada cual en su arte y profesión haga lo mismo que yo en la mía de intérprete, conforme á aquel proverbio tan celebrado de los Griegos: Esparta te cupo por suerte, procura de adornarla. Que vale tanto como decir: has tomado oficio y ocupación buena, provechosa y honrada; debes hacer de manera que también ella gane más en estima y reputación, por haberte tú bien empleado en seguirla.

HISTORIA

DE LA

ENTRADA DE CYRO EL MENOR EN ASIA.

HISTORIA

DE LA

ENTRADA DE CYRO EL MENOR EN EL ASIA.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

En este primer libro cuenta Xenofonte quién fué Cyro el Menor, de quien trata esta Historia, y cómo movió guerra á Artaxerxes su hermano, rey de Persia, después de la muerte de su padre. Y aunque para la guerra juntó de muchas partes el ejército; pero lo más grueso y lo más fuerte dél fué de capitanes y soldados griegos, y entre ellos hubo á Xenofonte (que es el mismo que escribe esta Historia): la batalla entre los dos hermanos, y Cyro quedó muerto en ella. Los Griegos viniendo la noche se retrajeron al Real, pensando que Cyro vendría y que había vencido.

CAPÍTULO I.

Darío tuvo dos hijos en Parisátides su mujer: el mayor se llamó Artaxerxes, y el menor Cyro; y estando Darío muy enfermo, sospechando que se le acercaba el fin de su vida, quiso que estuviesen presentes á su muerte sus dos hijos.

Artaxerxes se halló allí presente, y á Cyro envió á llamar de la Provincia donde le había hecho gobernador, habiéndole también declarado capitán general de todas aquellas gentes que se juntan en los campos de Castoli: así que, vino Cyro á su llamada, trayendo

consigo á Tisafernes (á quien tenía por amigo) y cerca de trescientos infantes griegos, armados todos de armas gruesas; y por capitán dellos venía Xenias Parrasio.

Después que Darío murió, y Artaxerxes su hijo mayor le sucedió en el Reino, Tisafernes acusó criminalmente á Cyro acerca de Artaxerxes su hermano, diciendo que le tramaba traición: Artaxerxes se lo creyó luégo, y mandó prender á Cyro, para haberle de matar: mas la madre rogó por él, y le tornó á enviar á la Provincia donde estaba de antes.

Pero éste, luego que se partió, acordándose del peligro en que se había visto y de la deshonra que había recibido, determinó de alzarse contra su hermano, y apropiarse á sí el Reino, si pudiese. Parisátides, su madre, quería mucho más al Cyro que no al otro hijo mayor Artaxerxes, que á la sazón reinaba.

Cyro, pues, en tanta manera ganaba la gracia de todos aquellos que venían á él de parte del Rey su hermano, que los tornaba á enviar más aficionados dél, que al mismo Rey; y también puso mucho cuidado en cautivar los corazones de los Bárbaros que estaban á sus órdenes, y en que estuviesen bien disciplinados para ayudarle en la guerra.

Así juntó también ejército de los Griegos lo más secretamente que pudo, para tomar al Rey desapercibido; y cuando se hacía gente para completar las guarniciones que tenía en las ciudades, mandaba á los capitanes dellas que tomasen consigo los más Peloponesios y más esforzados que hallasen, diciendo que Tisafernes quería hacer traición á las ciudades de Jonia, que habían sido encomendadas antes por el Rey á Tisafernes, y entonces todas se habían pasado á Cyro, excepto Mileto.

Pues como sintiese Tisafernes que los de Mileto se

le querían rebelar y pasar á Cyro, á unos dellos mató y á los otros desterró. Cyro, recogiendo los desterrados, juntó su ejército y cercó á Mileto por mar y por tierra, y procuraba restituir los desterrados, y esto tomó por achaque para mayor ejército.

Por lo cual envió al Rey rogándole que, pues que era su hermano, le otorgase estas ciudades, para que tuviese el mando sobre ellas en lugar de Tisafernes. Para esto le ayudaba mucho su madre, de manera que el Rey no pudo sentir por entonces la traición que le armaban; porque pensando que su hermano Cyro juntaba su ejército para contra Tisafernes, no le pesaba que tuviesen guerra el uno con el otro, mayormente que Cyro enviaba sus tributos al Rey de aquellas ciudades.

Asimismo le hacían más gente á Cyro en Chersoneso, que está frontero de Abydos, desta manera. Clearco Lacedemonio (desterrado de su patria) estaba con Cyro y era muy amado de él; á éste dió Cyro diez mil daricos; el cual habiendo recibido este dinero, levantó tropas con él, y moviendo con su gente de Chersoneso, comenzó á hacer la guerra á los Traces (que habitan encima del Helesponto), y porque esto era en provecho de los Griegos, las ciudades del Helesponto le daban dineros de su voluntad para mantener el ejército: así secretamente se entretenía el ejército para Cyro.

También Aristipo Tesalo, su huésped de Cyro, apremiado por las discordias y disensiones de su patria, se acogió á Cyro, y pidióle sueldo de tres meses para dos mil (1) soldados, porque con éstos pensaba vencer los contrarios, y Cyro por su liberalidad le dió sueldo

(1) El texto añade *extranjeros*: así llamaban los Persas á los soldados griegos.

para seis meses para cuatro mil hombres, y rogóle que no pasase á celebrar ningún ajuste con los sediciosos, sin comunicarle primero esta resolución. Y desta manera Aristipo le entretenía á Cyro el ejército en Tesalia.

En este medio rogó también á Próxeno Beocio, su amigo, que tomando consigo los hombres de guerra que pudiese, viniese para él; porque quería hacer guerra á los Pisidas sus enemigos, que le desasosegaban la tierra, y también mandó á Sofeneto Stynfalio y á Sócrates Acheo, sus huéspedes, que con mucha gente viniesen á él; porque quería ayudar á los Milesios desterrados contra Tisafernes, y ellos lo hicieron así.

CAPÍTULO II.

Después le pareció sería bien pasar en la Asia superior, so color que quería alanzar los Pisidas de toda su tierra, y que para esto allegaba todas sus huestes de Bárbaros y de Griegos. Y mandó á Clearco que viniese con todo su ejército, y á Aristipo rogó que se aviniese con sus contrarios y le enviase toda la gente que tenía. Y á Xenias Arcadio, que era capitán de la gente extranjera que estaba en guarnición por guarda de las ciudades, le mandó que viniese á él con todos los suyos, dejando algunos que bastasen para guarda de las fortalezas.

Junto con esto llamó á los que estaban en el cerco de Mileto, y á los desterrados, que le viniesen á ayudar para esta guerra; á los cuales prometió que si le sucedía bien el hecho della, no descansaría antes que los tornase á restituir en sus casas y hacienda. Y és-

tos de buena gana le obedecieron luégo, porque se confiaban mucho de Cyro. Así que todos tomaron las armas, y vinieron á Sardis.

Al mismo lugar llegó Xenias con hasta cuatro mil infantes armados de gruesas armas, que había sacado de las guarniciones de las ciudades, y también vino Próxeno con mil y quinientos armados del mismo modo, y otros quinientos de infantería ligera. Y Sofeneto Stynfalio trujo mil infantes armados de gruesas armas, y Sócrates cerca de quinientos. Y Pasión Megarense vino con setecientos hombres de guerra, el cual había estado juntamente con Sócrates en el cerco de Mileto.

Así que todos éstos vinieron á Sardis. Entendiendo esto Tisafernes, y considerando que este era mayor aparato de guerra que pertenecía para ir contra los Pisidas, fuése para el rey Artaxerxes lo más presto que pudo, con quinientos de caballo.

El Rey, cuando supo de Tisafernes el ejército que tenía Cyro, aparejó también todo lo necesario para la guerra. Cyro, con toda la gente que arriba contamos, movió de Sardis, y de ahí pasando por Lydia en tres jornadas, caminó veintidós leguas (1), y vino al río Meandro, el cual tenía de ancho más de doscientos pies (2), y una puente firmada sobre siete barcas.

Pasado que fué de la otra parte, caminando por Frygia en una jornada de ocho leguas, vino hasta Colosas, que es una ciudad poblada, grande y muy rica; y aquí se detuvo siete días, á donde llegó Menón Tesalo con mil infantes armados de gruesas armas, y qui-

---

(1) En toda esta Historia, donde trasladamos leguas, dicen en griego *parasangas*, que como ya hemos declarado, es trecho poco más ó menos de una legua.

(2) El griego dice *dos plethros*: cada *plethro* tenía cien pies.

nientos escudados, dellos Dolopes, dellos Enianes, dellos Olyntios.

Y de aquí se partió, y en tres jornadas caminó veinte leguas, y vino á Celenas, que es una ciudad de Frigia poblada, grande y rica. Aquí tenía Cyro su palacio y un gran huerto lleno de bestias fieras, que cazaba á caballo cuando se quería ejercitar á sí mismo y á los caballos. Por medio del huerto corre el río Meandro, y las fuentes dél están en el palacio, y también el mismo río pasa por medio de la ciudad de Celenas.

En donde también hay un castillo real muy fuerte debajo de la fortaleza, sobre las fuentes del río Marsias, que también corre por medio de la ciudad y viene á juntarse con el otro río Meandro. Tiene de ancho el río de Marsias veinticinco pies: aquí dicen que el dios Apolo desolló á Marsias el cuero, cuando le venció en la contienda que con él tuvo sobre la arte de la música, y que colgó el cuero dél en una cueva de donde nacen las fuentes, y que por eso se llama el río Marsias.

En este lugar dicen que se retiró Xerxes cuando fué vencido en la batalla de los Griegos, y que fundó esta fortaleza de Celenas, y este palacio en ella. Aquí se detuvo Cyro treinta días, y en este medio llegó Clearco Lacedemonio desterrado con mil infantes armados, y ochocientos Traces escudados, y docientos flecheros cretenses. Y también vino allí Sosias Siracusano con mil infantes armados, y Sofoneto, natural de Arcadia, con otros mil. En este huerto que arriba dijimos hizo Cyro alarde de su gente, y halló hasta once mil infantes armados, y dos mil escudados, pocos más ó menos.

De aquí se partió, y en dos jornadas pasó diez leguas, y vino á Peltas, que es una ciudad muy pobla-

da, donde estuvo tres días; y aquí celebró Xenias su capitán, natural de Arcadia (1), los juegos y contiendas Lupercales, y puso premios á los vencedores estregaderas de oro (2), y el mismo Cyro asistió á estos juegos. De aquí pasó luégo, y en dos jornadas caminó doce leguas, y vino á la ciudad de Ceramunte, que es una ciudad insigne en los términos de Misia.

Y de aquí en tres jornadas caminó treinta leguas, y vino al campo de Caystrio, que es una ciudad grande, y aquí estuvo cinco días, donde, como debiese á los soldados el sueldo de tres meses y aun más, venían muchas veces á sus puertas á pedírselo, y él los detenía con esperanza, aunque no podía dejar de estar muy congojado, porque era muy ajeno de las costumbres de Cyro el no pagar teniendo con qué.

En este medio llegó allí Epyaxa mujer de Syennesio, rey de los Cilices, la cual dicen que dió muchos dineros á Cyro; porque vieron que pagó entonces á su gente de guerra el sueldo de cuatro meses. Traía esta en su compañía muchos hombres de guarda, así Cilices como Aspendios; y algunos quieren decir que Cyro tuvo parte con ella.

De aquí se partió Cyro, y en dos jornadas caminó diez leguas, y vino á Tymbria, que es una ciudad muy poblada, y en el camino está una fuente, que se llama la fuente de Midas, rey de los Frygios, á donde se dice que Midas cazó el Sátiro echando vino en ella.

---

(1) En Arcadia por ser la gente dada á criar ganados reverenciaban mucho al dios Pan, dios de los pastores, y porque en un monte de aquella tierra había muchos lobos, le llamaban en griego Lyceo. En este monte le hacían al dios Pan las fiestas que llamaban Lyceas ó Lupercales, casi como que le pidiesen que apartase los lobos para que no destruyesen el ganado.

(2) *Estregaderas de oro:* instrumento de que se servían los Atletas para limpiar el sudor, y aun era muy usado en los baños

De aquí se partió, y en dos jornadas caminó diez leguas, y vino á Tyrieo, ciudad poblada, en donde se detuvo tres días; y dicen que Epyaxa le rogó á Cyro que le mostrase todo su ejército; y él queriéndola complacer, mandó hacer alarde en el campo de toda su gente de guerra, así Griegos como Bárbaros.

Y mandó á los Griegos que se pusiesen en orden de batalla, cada escuadrón por sí, según tenían de costumbre; y ellos se pusieron en orden de cuatro en cuatro. El cuerno derecho tenía Menón y los suyos, y el siniestro Clearco y los suyos: los otros capitanes todos venían en el centro.

Cyro miró primero á los Bárbaros, y ellos pasaron todos en orden por compañías en sus escuadras, y después los Griegos, y delante destos el mismo Cyro en un carro de guerra, y la reina Epyaxa en un carro triunfante. Tenían todos celadas de acero y ropetas coloradas, y grebas y escudos muy lucidos.

Después que hubo pasado por todas Cyro, paró su carro delante el ejército, y envió á Pigrita, intérprete, á los capitanes de los Griegos; y mandóles que enristrando sus picas moviesen con toda su gente, como para haber de romper. Y ellos mandaron á sus soldados que lo hiciesen así; y luego que sonó la trompeta, todos enristraron sus lanzas, y salieron corriendo á una con grandes alaridos, y con tanto ímpetu, que no pararon hasta llegar á las tiendas.

De manera que pusieron gran miedo á todos los que los vieron, y mucho más á Epyaxa, la cual huyó con su carro; y todos los compradores y vendedores que estaban en el campo desampararon sus tiendas y mercaderías, y se fueron huyendo; y los Griegos con gran risa se recogieron en las tiendas. La reina Epyaxa viendo aquel ejército tan lucido y la orden dél, se maravilló en gran manera; y Cyro se alegró mucho de

ver el miedo que los Griegos habían puesto á los Bárbaros.

De aquí se partió, y en tres jornadas caminó veinte leguas, y vino á Iconio, que es la postrera ciudad de Frygia, y allí se detuvo tres días. Y de allí por Lycaonia en cinco jornadas caminó treinta leguas; y mandó á los Griegos que robasen toda la tierra, porque era de enemigos.

Desde aquí envió Cyro á Epyaxa á Cilicia por el camino más corto, y envió con ella los soldados que Menón Tesalo tenía á su cargo, y al mismo Menón. Y él con la otra gente de guerra que le quedaba pasó por Capadocia, y en cuatro jornadas caminó veinticinco leguas y vino á Danán que es una ciudad poblada, grande y rica. Y aquí se detuvo tres días, y en este medio Cyro mandó matar á Megafernes, varón Persiano privado del Rey (1), y otro señor de los más principales de sus gobernadores, pretextando que eran traidores.

Y desde aquí procuró de entrar en Cilicia, aunque el camino era estrecho y que apenas podía ir un carro; y si alguno hubiese que lo estorbase era imposible poder pasar el ejército. Y decían que Syennesio (2) acampado en las alturas guardaba la entrada, por lo cual esperó un día en el campo. El día siguiente vino á él un mensajero á hacerle saber como Syennesio había desamparado los altos; porque había sentido que el ejército de Menón estaba en Cilicia fuera de los montes; y que también Tamón, con las galeras de los Lacedemonios y del mismo Cyro, había venido navegando desde Jonia á Cilicia.

---

(1) *Privado del Rey*: el griego dice: Tintorero de la púrpura real.

(2) Syennesio, marido de la reina Epyaxa.

Cyro subió á los montes sin que nadie se lo estorbase, y ocupó las estancias donde guardaban los Cilices el paso. Y de aquí descendió á un gran campo muy hermoso y de muchas aguas, lleno de árboles de todo género y de vides, y fértil de saína y panizo, mijo, trigo y cebada, que estaba cercado de la una parte del mar, y de la otra de un monte muy alto y áspero.

Descendiendo, pues, por este campo, en cuatro jornadas caminó veinticinco leguas, y vino á Tarso (1), ciudad de Cilicia muy grande y muy rica. Aquí era el palacio de Syennesio, rey de los Cilices: por medio de la ciudad corre un río llamado Cydno, que tiene de ancho doscientos pies.

Los ciudadanos desampararon la ciudad juntamente con Syennesio, y todos se acogieron á los montes á un lugar fuerte, excepto los compradores y vendedores que allí tenían sus tiendas y hosterías, y también aquellos que moran junto al mar en Solis y en Isi, que no se movieron de su lugar.

Epyaxa, mujer de Syennesio, cinco días antes que Cyro había venido á Tarso; y en las cumbres de los montes por la parte que descienden á los campos, Menón había perdido dos escuadras de su ejército, que les mataron los Cilices, porque los tomaron robando, ó porque, según otros dicen, se quedaron atrás y no pudieron alcanzar el ejército, ni sabían el camino; y así andando errados fueron muertos de los enemigos. Los cuales dicen que eran en número de cien soldados armados de armas gruesas.

Los otros así como llegaron á Tarso, airados por la

(1) Esta ciudad de Tarso es muy nombrada en las historias antiguas, y mucho más famosa es por haber sido natural de ella el apóstol San pablo.

pérdida de los suyos, robaron y saquearon la ciudad y el palacio que había dentro de ella. Cyro, después que entró en la ciudad, mandó llamar á Syennesio que viniese ante él. Mas Syennesio, porque se recataba siempre de no venir jamás á las manos de otro que fuese más poderoso que él, no quiso ir á Cyro, antes que su mujer se lo persuadiese y tomase rehenes y seguridad para ello.

Después que se ayuntaron los dos y pasaron entre ellos muchas pláticas, Syennesio dió á Cyro muchos dineros para mantener su ejército, Cyro á él tales dones y tan preciosos, cuales convenía dar á reyes. Entre ellos le dió un caballo con el freno de oro, y un collar de oro, brazaletes y cimitarra de oro, con una vestidura pérsica, y le aseguró que no robarían más su tierra; y que lo que habían robado, así de esclavos, como de otros bienes, lo tomasen do quiera que lo pudiesen hallar.

CAPÍTULO III.

Aquí se detuvo Cyro con todo su ejército veinte días y la gente de guerra rehusaba de ir más adelante, porque ya sospechaban que los llevaban contra el Rey, diciendo que no habían sido cogidos á sueldo para aquello.

Entonces Clearco, el primero de todos, tentó de compeler á los suyos por fuerza que fuesen. Mas ellos comenzaron á tirarle á él y á sus bestias, cuando pasaba adelante: de manera que por poco se escapó que no fuese apedreado. Finalmente, como viese que no aprovecharía nada con ellos por fuerza, llamólos á to-

dos en ayuntamiento, y primero estuvo llorando un gran rato en pie, de lo cual se maravillaban los que lo veían. Y después que todos tuvieron silencio, les comenzó á hablar desta manera:

«No os maravilleis, caballeros (1), que me ponga en »congoja el estado en que me veo; porque Cyro es mi »huésped, y me recogió estando desterrado de mi tie»rra, y me hizo toda la honra que pudo, y me dió diez »mil daricos, que yo recibí dél, no para mi provecho »ni para mis deleites y pasatiempos, sino que todos los »gasté y repartí entre vosotros.

»Y primeramente hice guerra á los Traces, y tomé »venganza dellos por toda la Grecia; y juntamente con »vosotros los alancé de Chersoneso, porque querían »quitar la tierra á los Griegos que en ella moraban. »Después que Cyro me llamó, luego vine á él, tomán»doos á vosotros conmigo, para que en lo que me hu»biese menester le pudiese aprovechar, en pago de los »muchos beneficios que dél había recibido.

»Mas pues que vosotros os queréis ir, de necesidad »ó tengo de ser traidor á vosotros para usar de la amis»tad de Cyro, ó tengo de mentirle á él por irme con »vosotros. Y aunque no sé si en esto hago lo que es »justo, todavía determino de teneros en más á vosotros »que á él, y sufrir juntamente con vos todo lo que acae»ciere. Y ninguno dirá de mí que, trayendo los Grie»gos á los Bárbaros, haciendo traición á los Griegos, »escogí antes la amistad de los Bárbaros.

»Pero, pues que vosotros no queréis obedecerme ni »seguirme, yo os seguiré, y me pondré con vosotros á »todo lo que nos viniere. Que cierto yo pienso que vos-

---

(1) Oración de Clearco á los suyos, la cual es muy artificiosa por la disimulación con que Clearco finge querer conformarse con la voluntad de los suyos, para poder mejor contradecirles después.

»otros sois mi patria, mis amigos, mis compañeros, y »con vosotros seré honrado, do quiera que estuviere. »Y desamparado de vosotros no pienso que seré bas»tante para ayudar á los amigos, cuanto más para ven»gar los enemigos. Así que podéis tener por cierto que »yo iré con vosotros donde quiera que fuéredes.»

Acabado que hubo su razonamiento Clearco, los suyos y todos aquellos que lo oyeron lo loaron y aprobaron, porque no era de parecer de ir contra el Rey. Y luego incontinenti de la parte de Xenias y de Pasión tomando sus armas y bagajes se pasaron más de dos mil á las tiendas de Clearco.

Por lo cual Cyro, viéndose desesperado y muy congojado, envió á llamar á Clearco, el cual le respondió delante de todos que no quería venir; pero sin que lo entendiesen los suyos envió un mensajero á Cyro á decirle que tuviese buen ánimo y confiase, que todo se haría como le cumplía, con tal que le mandase llamar otra vez. Lo cual fué hecho así y él le tornó á responder en presencia de los suyos, que no quería ir.

Después hizo ayuntar á los suyos, y también todos los otros que se habían pasado á él; y hablóles desta manera: «Amigos y compañeros, ya me parece que »las cosas de Cyro se han de la misma manera para »con nosotros que las nuestras para con él. Porque no »hay para qué él deba esperar más de nosotros, que »debemos nosotros esperar dél; porque no somos más »soldados de Cyro, pues que no le seguimos, ni él »tampoco nos dará más sueldo.

»Bien sé que piensa que es injuriado de nosotros, »porque enviándome á llamar no quise ir; y de lo que »más vergüenza tengo es, que yo mismo conozco de »mí haberle mentido en todo; por lo cual temo que »si me toma ejecutará en mí la pena que merezco, por »la injuria que cree haber de mí recibido.

»Así que á mí me parece que no debemos echarnos »á dormir, ni descuidarnos un punto de nosotros, sino »que tomemos consejo qué es lo que nos conviene ha»cer de aquí adelante; y si nos hemos de quedar con »él, miremos cómo quedemos seguros; y si nos pare»ciere partirnos dél, sea también que vayamos con »mucha seguridad, y que tengamos provisiones nece»sarias; porque sin mantenimiento ni el capitán ni el »soldado son de ningún provecho.

»Y Cyro, así como es muy buen amigo del que lo »es suyo, así también es muy cruel enemigo del que »es su contrario. Demás desto, tiene mucha gente de »pie y de caballo, y muchas fuerzas por mar y por tie»rra, que todas las vemos y sabemos, pues asentamos »real no muy lejos dél. Por lo cual ya es tiempo ahora »que cada cual exponga aquí lo que le parece mejor.»

Cuando Clearco acabó su razón, levantáronse algunos, que de sí mismos hablaron lo que les parecía: otros, sobornados de Clearco, mostraban la dificultad que tenían en todo, si se fuesen ó se quedasen sin la voluntad de Cyro.

Uno dellos, fingiendo que deseaba retirarse cuanto antes á Grecia, dijo que eligiesen de presto otros capitanes, si Clearco no quisiese serlo. Y porque el mercado general era en el real de los Bárbaros que comprasen y se proveyesen de todo lo necesario, y que fuesen á Cyro á pedirle navíos para navegar y tornarse á Grecia; y si no los quisiese dar, pidiesen que les diese capitán que los llevase por tierras de amigos; y si tampoco quisiese dar capitán, que se pusiesen en orden todos, y que se anticipasen y ocupasen de presto los altos de los montes, para que ni Cyro les pudiese hacer daño, ni los Cilices, á quienes poco ha, dice, tomamos muchos prisioneros y les robamos muchos bienes.

Tal fue el razonamiento de este hombre: tras él luego Clearco tomó la mano y dijo: «Ninguno de vosotros me mande ser capitán; porque yo veo muchas causas por donde no lo debo ser, sino que á cualquiera que vosotros eligieredes, yo le obedeceré y serviré en cuanto pudiere: para que veáis que yo sé también obedecer y ser mandado, si alguno otro más que todos los hombres del mundo.»

Tras él se levantó luego otro, diciendo que era locura pedir navíos á Cyro: como si él, dice, no hubiese ya de continuar su expedición; y que era también necedad pedir capitán á aquel cuyos designios acabamos de trastornar. Y si nos confiámos, dice, del capitán que Cyro nos diere, ¿quién le veda que no le mande ocupar los altos?

«Yo, dice, de mala gana entraría en los navíos y galeras que Cyro nos diese, porque nos podría mandar anegar en ellas; y también tendría miedo de seguir al capitán que Cyro nos diese, porque no nos metiese en algún lugar de donde no pudiésemos salir. Pues si nos hemos de ir contra voluntad de Cyro, parèceme que debemos partir lo más secretamente que ser pueda.

»Mas todo esto me parece desvarío, sino que lo mejor será enviar juntamente con Clearco hombres bastantes y suficientes que le pregunten, de qué se quiere servir de nosotros. Y si esta expedición es de algún modo parecida á la que emprendió antes de ahora con soldados extranjeros, sigámosle también nosotros, y no seamos más ruines que los otros que han venido ya con él este camino.

»Pero si nos parece que las haciendas que nos mandáre hacer son mayores y más trabajosas y más peligrosas que de antes, él tendrá por bien de rogarnos que le sirvamos; y si no lo hiciere, nos podremos partir dél en paz, y con su amistad. Y desta manera, ó le

seguiremos de nuestra voluntad como amigos, ó nos partiremos dél más seguramente. Lo que respondiere á esto nos harán saber aquí los que enviámos; y oído que lo hayamos, tomaremos nuestro consejo sobre ello.»

A todos les pareció muy bien lo que aquél había dicho; y aprobándolo así, eligieron algunos de los suyos que enviaron juntamente con Clearco; los cuales venidos ante Cyro, le declararon su mensaje y á lo que los enviaban los de su ejército. El cual les respondió, que á la hora había sabido que Abrocoma su enemigo estaba ya junto al rio Eufrates doce jornadas de allí, y que quería luégo ir contra él; y si le alcanzaba, darle el castigo que merecía; y si huye, entonces, dice, consultaremos allí sobre esto lo que nos cumple.

Oído esto los embajadores se partieron con la respuesta, y lo hicieron luégo saber á los suyos: los cuales, aunque sospechaban que los llevaban contra el Rey, empero todavía les parecía que debían seguirle. Solamente le pidieron aumento de sueldo; y Cyro les prometió de darles á todos tanto y medio que de antes; de manera que por un darico (1) él daría al mes dos daricos y medio á cada soldado. Ya pues que él los llevase contra el Rey ninguno lo había oído ni se divulgaba.

(1) Un darico era moneda de oro, que reducida á la moneda de ahora, era como un castellano poco menos.

CAPITULO IV.

Partido de aquí, en dos jornadas caminó diez leguas, y vino hasta el rio Saro, que tiene de ancho trescientos pies, y de allí se partió, y en una jornada anduvo cinco leguas, y llegó al río Pyramo, que tiene seiscientos veinte pies (1) de ancho. Y desde allí en dos jornadas caminó quince leguas, y vino hasta Iso, que es la última ciudad de Cilicia, puerto de mar, muy poblada y muy grande y muy rica.

Aquí se detuvo tres dias, y allí le llegó la armada (2) de Peloponeso, que tenía treinta y cinco naos, y venia por maestro della Pytágoras Lacedemonio, y por capitán Tamo Egipcio, que desde Efeso había traído á Cyro otra armada de veinticinco naos, con que cercó á Mileto; porque esta ciudad se había juntado con Tisafernes, contra el cual Tamo ayudaba á Cyro.

Venían en aquellas naos Cherisofo Lacedemonio, que había sido llamado de Cyro, el cual traía consigo setecientos soldados armados, de los cuales era capitán por mandado de Cyro; y las naos llegaron hasta la estancia de Cyro. Aquí se pasaron á Cyro cuatro-

(1) *Seiscientos veinte pies*: el texto dice, *que tiene un estadio de ancho*. El estadio griego consta de cien pasos ó seiscientos pies, según Herodoto en su *Euterpe* casi al fin; y aunque el estadio romano tiene 125 pasos ó 625 pies, con todo eso la longitud de uno y otro estadio es igual. La diferencia está, en que el paso griego es mayor que el romano media onza ó media pulgada, y seiscientas medias pulgadas hacen 25 pies justos, que es el número de pies en que excede el estadio romano al griego.

(2) Armada por mar de Cyro.

cientos soldados griegos armados de armas gruesas, que se habían rebelado contra Abrocoma, del cual ganaban sueldo.

Partido de Iso, en una jornada caminó cinco leguas, y vino hasta las puertas (1) de Cilicia y de Syria. Eran éstas dos fortalezas, de las cuales la de esta parte de Cilicia la ocupaba Syennesio con su guarnición de Cilices, y á la otra, que estaba hacia Syria, decíase que la guarnecía tropa del Rey. Entremedias de ambas pasa el rio Cerso, que tiene de ancho cien pies. Había tres estadios de espacio de una á otra fortaleza, de manera que no se podía pasar por fuerza, por ser muy estrecho el camino, y los muros llegaban hasta la mar, y por la parte superior había unas peñas inaccesibles, y en cada fuerte su puerta.

Por causa deste camino tan angosto Cyro envió por naos, para pasar en ellas gente de guerra, que por las partes de dentro y de fuera de las fuerzas acometiesen á los contrarios que guardaban las puertas de Syria, y los alanzasen de allí por fuerza, y tomasen el fuerte. Que bien pensaba que Abrocoma la defendería por tener allí gente de guarnición. Mas Abrocoma, cuando supo que Cyro estaba en Cilicia, dejó á Fenicia, y fuése para el Rey, llevando consigo, según dicen, trescientos mil hombres de guerra.

De aquí se partió Cyro, y en una jornada caminó cinco leguas, y vino á Miriandro, que es una ciudad de los Fenices junto al mar, muy poblada, por ser allí la feria y mercados de toda la tierra, y por eso aportaban allí muchas naos de trasporte.

---

(1) *Puertas*: esto puntualmente significa la expresión ἐπὶ πύλας; pero aquí sería mejor y más claro conservar la voz griega *Pylas*. Llamaban así los Griegos á aquellas embocaduras ó gargantas que hay para entrar en la Syria, cuyo paso es tan malo, que más que entrada, parece no ser sino unas *puertas*.

En Miriandro estuvo siete días; y en este medio Xenias Arcadio y Pasión Megarense, entrando secretamente en un navío donde metieron las más preciosas cosas que tenían, hicieron vela, y se fueron indignados, según les pareció á muchos; porque sus soldados que se habían pasado á Clearco para tornarse á Grecia, y no ir contra el Rey, permitía Cyro á Clearco que los detuviese. Y luégo que no parecieron había fama que Cyro quería ir tras ellos con las galeras; y algunos deseaban que tales hombres falsos y engañadores fueren presos: otros les tenían lástima, temiendo que fuesen tomados.

Entonces Cyro mandó llamar á los otros capitanes, y hablóles desta manera: «Paréceme (1) que nos han »dejado Xenias y Pasión; pero sepan de cierto que no »han huído, porque yo sé bien dónde van y que no »se me podrán escapar, que tengo galeras con que »pueda alcanzar y tomar su navío. Mas por Dios que »yo no los perseguiré; porque no pueda decir nadie de »mí que yo me sirvo de alguno cuando está presen»te, y que cuando se quiere ir de mí, los prendo y los »hago mal, y los despojo de sus bienes. Pero vayan »con Dios, sabiendo que han sido más malos para con»migo, que yo para con ellos. Y aunque tengo en el »castillo de Trales á sus hijos y mujeres guardados, »no les serán quitados por mí, sino que los tomen y »lleven. Y esto por causa de los servicios que de an»tes me hicieron.»

Y esto dicho, los Griegos que allí estaban, si había alguno que antes le pesase de la pasada, viendo su humanidad y clemencia, de mejor gana le seguían de ahí adelante. Después desto pasado, Cyro en cuatro jornadas anduvo veinte leguas, hasta que llegó al

(1) Oración de Cyro á los capitanes de guerra.

río Chalón, que tiene cien pies de ancho, y está lleno de peces grandes y mansos; porque los Syrios los tienen por sagrados y no los dejan tocar, ni tampoco á las palomas. Los lugares donde asentaron aquí su real eran los que había dado Cyro á Parisátides su madre, para mantenerse de las rentas dellos en su vida.

Desde aquí en cinco jornadas pasó treinta leguas hasta las fuentes del río Daradaco, que tiene de ancho cien pies. Aquí era el palacio de Belesio, gobernador de Syria, y una huerta muy grande y hermosa, y muy fértil de todos los frutos que los cuatro tiempos del año llevan; los cuales todos Cyro taló, y puso fuego al palacio.

De aquí se partió Cyro, y en tres jornadas anduvo quince leguas hasta el rio Eufrates, que tiene tres estadios de ancho, y junto á él está una ciudad grande y rica, llamada Tapsaco, donde se detuvieron cinco días; y Cyro mandó llamar á todos los capitanes, y les declaró que su camino era para ir contra el Rey su hermano á la gran ciudad de Babylonia. Y mandó que así lo dijesen á sus soldados, y les persuadiesen que siguiesen de buena gana.

Y ellos mandaron hacer ayuntamiento general, y se lo hicieron saber á todos. Los soldados se enojaron con los capitanes, diciendo que lo sabían mucho tiempo antes y se lo tenían encubierto; y dijeron que no irían si no les daban tanto sueldo como les daban á los primeros que pasaron con Cyro cuando se partió para ir á ver á su padre, pues que entonces no iban á pelear como ahora, sino tan solamente á acompañar á Cyro, cuando le mandó llamar su padre.

Los capitanes refirieron á Cyro esto mismo; y él prometió dar á cada soldado cinco minas (1) de plata

(1) Cada mina, reducida á la suma de ahora, venía á ser casi la misma suma que ahora son diez escudos.

cuando llegasen á Babylonia; y más su sueldo entero hasta que tornase los Griegos á Jonia. Y todos los más del ejército greciano consintieron en ello. Menón, antes que todos los soldados se determinasen qué harían, si seguirían á Cyro ó no, llamó los suyos separadamente, y les habló desta manera:

«Compañeros (1) y amigos: si á mí me creéis, sin »poneros á más peligro, ni tomar más trabajo que »los otros soldados, podréis alcanzar mucho mayor »honra que no ellos, y ganar más la gracia de Cyro. »¿Qué pensáis que os mando hacer? Ahora ha me»nester Cyro que los Griegos le sigan, para ir contra »el Rey. Pues luégo á nosotros nos cumple pasar el »río Eufrates antes que los otros Griegos otorguen »con Cyro; y si determinaren de seguirle, á todos »parecerá que nosotros fuimos la causa dello, que co»menzamos los primeros á pasar; y como á los más »prestos y determinados, tendrá más que agradecer»nos Cyro, y pagárnoslo; pues lo sabe hacer mejor »que otro ninguno. Y si no lo hicieren así, nosotros »todos nos volveremos á nuestras casas, y de nosotros »solos ha de servirse, como de aquellos que le fueron »muy fieles y leales, así para estar en guarnición, »como para las compañías; y si cualquiera cosa hu»biéredes menester, yo sé bien que la habréis de Cyro »como de amigo.»

Oído esto, lo aprobaron todos, y luégo pasaron, antes que los otros diesen su respuesta. Cuando Cyro sintió que habían pasado, fué muy alegre por ello; y á la hora envió á Glun, intérprete, al ejército, que les

(1) Oración de Menón, capitán, á los suyos: dónde les pide que hagan muestra de mucha voluntad para con Cyro, y dales á entender los muchos provechos que se siguen con cualquier suceso que después hubiere.

dijese de su parte: «que él los loaba y aprobaba por »aquel hecho, y que él procuraría de hacer cosa por »donde también ellos tuviesen causa de loarle; ó si no, »que no le tuviesen más por Cyro.»

Engreídos todos los soldados con estas grandes esperanzas, le deseaban toda prosperidad y buena fortuna. Dicen que á Menón le envió muy grandes dones. Esto así hecho, pasó también Cyro de la otra parte del río, siguiéndole todo el otro ejército que quedaba; y ninguno dellos se mojó en el río más de hasta el pecho.

Los moradores de Tapsaco afirmaban que nunca jamás se había pasado el río á vado hasta entonces, sino con barcas y bajeles, los cuales todos quemó poco antes Abrocoma, porque Cyro no pudiese pasar. Por lo cual á todos parecía cosa divina, y que manifiestamente el río se sometía á Cyro, como aquel que presto había de reinar.

Partidos de aquí por tierra de Syria (1), en nueve jornadas caminaron cincuenta leguas, hasta que llegaron al río Araxés. Aquí había muchos lugares llenos de pan y de vino, donde se detuvieron tres días para bastecerse de provisiones.

---

(1) *Por tierra de Siria.* Llama Xenofonte *tierra de Siria* los desiertos de Mesopotamia, que es todo aquel país que se extiende entre el Eufrates y el Tigris; pero como esta es una palabra demasiado general, ha parecido conveniente advertirlo en esta nota para remover toda duda.

CAPÍTULO. V.

Desde aquí continuaron su camino por Arabia, dejando el río Eufrates á la mano derecha, y caminando cinco jornadas por tierra desierta y despoblada, pasaron treinta y cinco leguas. En este lugar la tierra es un campo ancho, redondo é igual á manera de mar, lleno de ajenjos, y una selva de hierbas olorosas (1) como aromas; pero no árbol alguno.

Había muchos animales y bestias fieras, así como silvestres, y avestruces muy grandes: había también otides (2) y cabras monteses, las cuales cazaban algunas veces los de caballo. Los asnos silvestres, cuando los seguía alguno, corrían delante dél, y después se paraban (porque corrían más ligeramente que no el caballo), y cuando se acercaba el de caballo, tornaban á tomar la carrera. Y desta manera no los podían cazar, sino que atajándolos de una parte y de otra los de caballo, los tomaban en medio. Las carnes destos son de sabor de ciervo, aunque algo más tiernas.

Avestruz (3) ninguno le pudo tomar, y si algunos de caballo le seguían, luego se tornaban y le dejaban, porque corriendo con la ligereza de los pies, y aventajándose con la presteza de las alas, de que se aprovechaba como de velas, huía y se escapaba. Las otides eran buenas de tomar, si alguno las salteaba de

(1) Campo aromático en Arabia.
(2) *Otides*. Avutardas.
(3) Ligereza del avestruz.

presto, porque vuelan tarde como las perdices, y luego se cansan: las carnes dellas son muy sabrosas de comer.

Caminando por esta tierra llegaron al río Masca, que tiene de ancho cien pies, donde hay una ciudad grande yerma, llamada Corsote, que la cerca el río en torno. Aquí se detuvieron tres días para proveer al ejército de los mantenimientos necesarios.

Partidos de aquí, anduvieron trece jornadas por tierras desiertas, en las cuales caminaron noventa leguas. Y dejando el río Eufrates á mano derecha, llegaron á las Pylas de Arabia. En estas jornadas perecieron muchas bestias de hambre; porque no había pasto, ni hierba, ni árbol, sino que toda la tierra era estéril y seca. Los moradores della sacan unas piedras cavando de unas canteras á par del río, de que hacen unas muelas para atahonas de asnos, y las llevan á vender á Babylonia, y del precio dellas mercan trigo para pasar la vida.

Y ya le faltaba el pan al ejército, y no había donde poderlo mercar, si no era en el mercado de Lydia de los Bárbaros, que estaban debajo del señorío de Cyro, y vendían cada capithe de harina de trigo ó de cebada á cuatro siclos, que vale un siclo siete óbolos y medio (1), moneda de Atenas; y el capithe hace dos chenices de la medida de Atenas. Así que los soldados se mantenían con carnes.

Eran las jornadas muy grandes, porque se apresuraban por llegar á tierra fértil y abundosa, y aun alguna vez vinieron á dar en un camino angosto lleno de cieno y de barro, y que apenas podían pasar los carros por él. Aquí se paró Cyro con los más buenos

(1) Esto es cosa muy prolija de averiguar, y reducir á nuestras medidas.

y más esforzados de los suyos, y mandó á Glun y á Pigreta que tomasen parte del ejército de los Bárbaros y sacasen los carros de aquel mal camino.

Mas como le pareciese que lo hacían perezosamente y de mala gana, como indignado por ello, mandó á los más principales de los Persas que ellos lo remediasen de presto. Aquí se pudo ver en parte un ejemplo de hombres bien doctrinados y obedientes á su Príncipe: que luego todos ellos desnudándose sus vestiduras de púrpura, cada cual en su lugar trabajaba, como si fuera la contienda sobre alguna gran victoria. Y pasando un collado, y muchos de ellos con ropas muy preciosas y muslos muy ricos, y otros con sus collares de oro y brazaletes en las muñecas, se metieron en el lodo, y más presto que ninguno pudiera pensar, á fuerza de manos sacaron los carros á buen camino.

Y á todos era manifiesto que Cyro apresuraba su camino, y no se detenía en lugar ninguno, si no era por causa de las provisiones ó de otra cosa muy necesaria, teniendo por sí, que cuanto más presto viniese, tanto menos apercibido tomaría al Rey para pelear contra él con ventaja; y cuanto más se tardase en el camino, tanto más espacio tendría el Rey para allegar su ejército. Porque cualquiera que considerase este asunto atentamente podía conocer que el poderío del Rey era mucho mayor que el suyo, así por poseer más tierras, como por tener muchas gentes de guerra, aunque por la distancia de los lugares, y tener derramadas sus fuerzas, era más débil y flaco. Así que con sola la presteza y diligencia le quería hacer la guerra.

Había de la otra parte del río Eufrates una ciudad muy grande y muy rica, nombrada Carmande, de donde se proveían los soldados de todo lo necesario,

que lo pasaban á comprar en unos bateles que habían hecho desta manera. Tomaron las pieles de sus tiendas y estancias, é hinchíanlas de heno liviano; después las cosían con unas costuras tan juntas y menudas, que no podía entrar el agua, y destas se servían en lugar de barcas, y pasaban en ellas, y traían las provisiones que tenían menester; porque había allí grande abundancia de vino hecho de dátiles, y muy mayor de panizo.

En este lugar se levantó una gran discordia (1) entre un soldado de Menón y otro de Clearco. Venido Clearco á ser juez della, por su sentencia mandó que el soldado de Menón que había hecho injuria al otro fuese azotado. El soldado afrentado se fué para los de su ejército, y les contó el hecho. Lo cual oído por ellos tomaron muy gran pesar, y se ensañaron contra Clearco.

Y como el mismo día viniese Clearco de ver el mercado, que estaba al paso del río, y pasase á caballo junto la tienda de Menón acompañado de algunos suyos (que Cyro no había aún llegado) viéndole un soldado de los de Menón, que acaso estaba partiendo leña, le tiró un tiro con la hacha; y como éste le errase, luego otro le tiró con una piedra, y otro después dél; y así todos á una voz le tiraron piedras.

Clearco, pues, se fué huyendo á los de su compañía, y hizo que todos á la hora tomasen las armas; y á los soldados de armas gruesas mandó que se quedasen allí con sus escudos enlazados á las rodillas; y él tomando consigo los Traces y los de caballo, que había en su compañía más de cuarenta, mandó á los Traces que de súbito diesen sobre la estancia de Menón; y ellos lo hicieron así. De manera que los espantaron

(1) Alboroto entre la gente de dos capitanes de Cyro.

á todos, y el mismo Menón corrió de presto á tomar las armas. Muchos de los que allí estaban dudaban qué podría ser aquello, y se maravillaban dello.

Entonces Próxeno, que venía acaso detrás con su compañía de soldados de armas gruesas, poniéndose en medio de ambos con las armas caídas, rogó á Clearco que se dejase de aquella empresa, y no hiciese tan mal hecho. Mas Clearco se indignaba por esto con él; porque habiendo poco antes sido apedreado de los soldados de Menón, de tal manera que le mataran si no escapara huyendo, le mandaba disimular tan grande injuria. Así que le rogaba se partiese de en medio.

En esto llegó Cyro, y sabido el hecho, luego tomó las armas en las manos, y con algunos de los Persas que allí estaban presentes, salió en medio, y hablóles desta manera: «Vos, Clearco y Próxeno, y los otros »Griegos que estáis presentes, no sabéis bien lo que »hacéis, porque si ahora trabáis contienda los unos »con los otros, habéis de pensar que en el mismo día »á mí primero y á vosotros todos después, os cortáis »las cabezas. Porque si nuestras cosas van á mal, to»dos estos Bárbaros que ahora veis que son con nos»otros, serán aún más enemigos nuestros que los de »la facción del Rey.» Oído esto, Clearco tornó en sí; y luego ambos á dos dejaron las armas, y cada cual se fué para su compañía.

CAPÍTULO VI.

Pasando su camino adelante, descubrían rastro y pisadas de caballos, y les parecía que había transitado por allí algún gran escuadrón de gente de caba-

llo casi de dos mil hombres, que habían corrido aquella tierra, y quemado todo el heno y los pastos, y todo lo demás de que Cyro se pudiese aprovechar cuando viniese á pasar. Aquí quiso hacer traición á Cyro Orontes (1), que era un varón persiano pariente del Rey, y el más señalado de los Persas en los hechos de guerra: y primero había hecho guerra á Cyro.

Después de reconciliado y hecho su amigo, le prometió que si le daba mil de caballo, que á los hombres de armas que habían quemado la tierra, los mataría por traición ó asechanzas, ó tomaría vivos los más dellos, y los estorbaría que no quemasen todo lo demás, y les haría que no pudiesen ver el ejército de Cyro, para ir á avisar dello al Rey. Oído esto Cyro, parecióle que era cosa de su provecho: y mandó á Orontes que tomase parte de su hueste de cada cual de sus capitanes.

Orontes, pensando que ya tenía los hombres de caballo aparejados, escribió una carta al Rey, diciéndole que se partiría cuanto antes, y llevaría consigo todos los más hombres de caballo que pudiese; así que le suplicaba que lo hiciese saber á los suyos, para que le recibiesen como amigo. Hacía mención en la carta de la antigua amistad que con él había tenido, y de su crédito, y la fe que le debía. Esta carta dió á un su ministro, de quien él se confiaba, muy fiel y leal, según que él pensaba, para que la llevase al Rey.

Este así como la recibió, la mostró á Cyro, el cual la abrió y leyó: y conociendo lo que iba dentro, á la hora mandó prender á Orontes, y hizo llamar á su tienda siete varones de los más buenos y más principales de los Persas; y á los capitanes de los Griegos mandó que viniesen con alguna gente de guerra, y

(1) Orontes quiere por traición pasarse de Cyro á Artaxerxes.

se pusiesen todos en arma delante de su tienda: los cuales lo hicieron así, y vinieron con hasta tres mil soldados armados.

Cyro hizo llamar también á Clearco á consejo sobre aquel caso, porque á la verdad parecía exceder á él y á todos los otros Griegos en prudencia y saber. Y después que salió Clearco de la tienda, declaró á todos sus amigos el juicio que se había dado sobre el hecho de Orontes, pues no era para tener secreto. Decía, pues, que Cyro había comenzado á hablar desta manera:

»Yo os llamé, compañeros y amigos, para aconse»jarme con vosotros lo que será justo para con Dios y »con los hombres determinar de Orontes. A éste me »le dió mi padre al principio para que me fuese súb»dito y obediente; mas luégo, por orden de mi herma»no, según él dice, tomó las armas contra mí, ocu»pando la fortaleza de Sardis: y yo le hice guerra »hasta tanto que le hice dejarse de aquella empresa; »y después yo le perdoné, y recibí por amigo, y me »dió su fe y palabra tomándome la mano á mí, y yo »á él la suya.

»Pasado todo esto, díme, Orontes: ¿ha habido algo »en que yo te haya injuriado?» Y como Orontes respondiese que no, Cyro le tornó á preguntar: «¿Pues por »qué sin haber recibido de mí injuria alguna, como tú »confiesas, te rebelaste contra mí, y te pasaste á los »Misios, é hiciste cuanto daño pudiste en mis tierras?— »Así es, respondió Orontes.—¿No es verdad también, »dice Cyro, que conociendo tus fuerzas no ser bastan»tes, veniste al templo de Diana, y allí me juraste que »te arrepentías de lo hecho, y me persuadiste que te »recibiese otra vez por amigo, y me diste tu fe, y »tomaste la mía?» Y como Orontes otorgase todo esto, le dijo Cyro:

«¿Pues qué mal te hice? ¿por qué me armabas ahora »de nuevo esta traición que tú no puedes negar?» Respondió Orontes: «Ninguno.—¿De manera, dice Cyro, »que confiesas haberme hecho á mí la injuria?—Así »es, respondió Orontes.» Finalmente, le preguntó Cyro: «¿Pues si ahora te perdonase, díme, podrías ser »enemigo de mi hermano, y amigo mío fiel y leal?— »Eso, respondió Orontes, ya que lo fuese, no sé cómo »lo podría parecer.»

Entonces Cyro, vuelto á los que allí estaban presentes, les dijo: «Este hombre, según vemos, ha hecho »todos aquellos males que él confiesa: vosotros decla- »rad vuestra intención; y tú, Clearco, el primero, dí »tu parecer.—Yo, dice Clearco, aconsejo que lo más »presto que se pueda muera este hombre, porque no »sea menester más guardarnos dél, sino que tenga- »mos ocio para entender en hacer bien á los que quie- »ren ser nuestros amigos.»

Pues como todos aprobasen y confirmasen esta sentencia de Clearco, por mandado de Cyro tomaron todos á Orontes, y entre ellos algunos de sus parientes, y atado con una cinta le llevaron á justiciar. Viéndole así llevar algunos de aquellos que de antes le conocían y honraban, le hicieron también entonces su acatamiento, aunque sabían que le iban á dar la muerte.

Así que fué llevado á la tienda de Artapata, uno de los Sceptríferos de Cyro, de quien él mucho se confiaba: y después ni vivo ni muerto vió ninguno á Orontes; ni se sabe cómo, ni en qué manera murió: ni hay persona alguna que lo diga, sino cada cual conjetura lo que quiere; ni parece su sepultura en ninguna parte.

CAPÍTULO VII.

De aquí se partió Cyro, y por tierra de Babilonia en tres jornadas caminó doce leguas: y á la fin de la tercera jornada hizo alarde de su gente de guerra Griegos y Bárbaros en el campo á media noche, porque pensaba que el día siguiente de mañana vendría el Rey á darle batalla. Y mandó á Clearco que llevase el cuerno derecho de la batalla: y á Menón Tesalo el siniestro; y él ordenaba los suyos.

Después que hubo hecho el alarde, luégo que amaneció vinieron á él algunos fugitivos que se habían pasado del Rey. Entonces Cyro mandó llamar á los capitanes y caudillos de los Griegos para haber con ellos su consejo sobre la batalla; y amonestando y animándolos á todos, les habló de esta manera:

«Varones griegos (1), yo os escogí por mis compa»ñeros de guerra, no porque tuviese falta de hombres »Bárbaros, sino porque á solos vosotros, Griegos, os »tengo por mejores y más esforzados que á los Bárba»ros, por más que sean. Así que en todas maneras de»béis procurar de mostraros tales en la batalla, que »parezcáis ser dignos de aquella libertad que habéis »alcanzado, pues por esta os juzgo por felices y bien»aventurados. Y sabéis bien que yo estimo la libertad

(1) Oración de Cyro á los capitanes y caudillos de los Griegos, en la cual alaba los Griegos, y muéstrales la confianza que hace dellos, para que con igual aficiôn le respondan y le satisfagan; porque para obligar un corazón hidalgo y generoso, no hay mayor fuerza que confiarse dél.

»más que todos cuantos bienes poseo ó podría poseer, »por muchos que fuesen.

»Para que sepáis mejor cómo habéis de comenzar la »batalla, yo os lo quiero enseñar ahora. El ejército de »los Bárbaros nuestros contrarios, que son en multitud »infinita, suele arremeter con grandes voces y alari»dos; y si este primer ímpetu los esperáis tan sola»mente, después conoceréis por tales los hombres de »esta tierra, que yo tengo vergüenza de decirlo. Pues »si os viéredes valerosamente en la batalla, y como »varones animosos y esforzados; cuando quisiereis »tornar á vuestras casas, yo os enviaré tan bien para»dos á ellas, que todos los que os vieren tengan envi»dia á vuestra fortuna y bienandanza; aunque pienso »de hacer de tal manera, que los más escojáis antes de »quedar conmigo, que no de tornar á ellas.»

Entonces Gaulites, Samio desterrado, que allí estaba presente, hombre muy fiel y leal á Cyro, le dijo: «Mira, Cyro, que dicen algunos que prometes mucho »cuando ves el peligro al ojo; y cuando se te hacen »bien tus hechos, no te acuerdas de las promesas: »otros dicen que aunque te acuerdes, y quieras, no »puedes pagar lo que prometes.»

Oído esto, Cyro les dijo: «Mirad, amigos, el reino »paterno está situado al Mediodía hasta aquellas partes »que por gran calor no pueden ser habitadas de los »hombres, y al Septentrión hasta aquellas regiones »que no se moran por el demasiado frío. Todas aque»llas tierras que están en el medio destos dos términos »tienen y poseen aquellos Sátrapas y Gobernadores »que son amigos del Rey mi hermano, á quien él quiso »repartirlas. Pues si nosotros vencemos, serános lícito »poner nuestros amigos en lugar de aquellos, y darles »el señorío dellas. Por lo cual no temo que me faltará »que dar, sino que antes me faltarán hombres á quien

»lo dé. Y allende desto á cada uno de los Griegos daré »su corona de oro.»

Cuando esto oyeron los soldados, todos fueron muy alegres, y tomaron más ánimo, comunicando entre sí los unos con los otros esto que Cyro les prometía. Los capitanes y algunos otros soldados de los Griegos entraron á Cyro en su tienda, diciendo que querían saber dél las mercedes que les había de hacer si fuesen vencedores. Cyro les daba á todos muy grandes esperanzas, y con esto los enviaba muy contentos.

Todos aquellos que con él estaban le aconsejaban que no fuese en la delantera cuando se comenzase la batalla, sino que se quedase en los postreros con sus escuadrones puestos en ordenanza. En este medio preguntó Clearco á Cyro esto: «¿Díme, Cyro, piensas que tu hermano querra pelear contigo?» Respondió Cyro: «Por Dios, que si es hijo de Darío y de Parisátides, y mi hermano, que no le tomaré yo nada, si no fuere peleando.»

En este alarde fueron contados de los Griegos diez mil y cuatrocientos armados de armas pesadas, y más de dos mil y cuatrocientos con escudos. De los Bárbaros que habían venido con Cyro cien mil hombres, y veinte carros de guerra armados con hoces. En los contrarios era un cuento y doscientos mil hombres, y doscientos carros armados con hoces; y más seis mil de caballo, de los cuales venía por capitán Artaxerxes.

Las huestes del Rey estaban repartidas en cuatro partes con cuatro caudillos, y cada capitán ó caudillo traía trescientos mil á su cargo. Los caudillos eran Abrocomas, Tisafernes, Gobrias, Arbaces. De todo este número de gentes se hallaron en el campo novecientos mil hombres, y ciento cincuenta carros armados con hoces; porque Abrocomas llegó cinco días des-

pués de la batalla al real del Rey, que venía de Fenicia, según que se pudo saber de aquellos fugitivos que se pasaron del Rey á Cyro antes de la batalla, y de los cautivos que después della fueron tomados de los enemigos.

De aquí se partió Cyro, y en una jornada caminó tres leguas con todo su ejército puesto en orden, así de Griegos como de Bárbaros, porque pensaba que el mismo día le daría el Rey la batalla, el cual estaba á media jornada en su fuerte cercado de una fosa que tenía cinco pasos de ancho y tres de hondo.

Esta era tan larga, que pasaba por los campos hacia la parte de arriba doce leguas hasta los fuertes de Media. Aquí había trece acequias sacadas del río Tigre muy hondas, de cien piés de ancho, que venían á dar en el río Eufrates: por éstas venían barcas y bajeles cargados de provisiones, y estaban apartadas la una de la otra por espacio de una legua, y de un trecho á otro venían sus puentes.

Entre la cava y el río Eufrates había un camino angosto, que no tenía más de veinte pies de ancho. Esta cava mandó hacer el Rey en lugar de fuerte cuando entendió que se acercaba Cyro su hermano; mas Cyro había ya pasado este camino estrecho, y estaba con todo su ejército dentro de la cava. Este día no salió el Rey á la batalla; aunque los de Cyro vieron rastro de los caballos y muchas pisadas de hombres.

Aquí mandó llamar Cyro á Silano Ambraciote, el Adivino, y le dió tres mil daricos de oro (1), porque le dijo que el Rey no daría la batalla dentro de diez días, contados desde el día que él se lo preguntaba. Y Cyro

(1) Esto parece á lo que cuentan de Marco Tulio, que dió la libertad á un su siervo por albricias de que le trajo nueva que se dilataba un día más el tiempo en que él había de hacer una oración.

le dijo que si no la daba en término de aquellos diez días, que nunca la daría; y así que si saliese verdadero, le prometía de darle diez talentos: así que pasados los diez días se los dió.

Después que el ejército de Cyro hubo pasado la cava sin que los del Rey se lo estorbasen, parecióle á Cyro y á los suyos que ya el Rey no quería dar batalla. Por lo cual el día siguiente estaba más descuidado; y el tercer día sentado en su carro se iba por su camino, enviando algunos corredores delante. Todo el ejército caminaba sin orden, apartados los unos de los otros, y las armas puestas encima de los carros y de las bestias.

CAPÍTULO VIII.

Y casi era ya hora (1) de llenarse el mercado de gente, y estaba inmediato el lugar en que habían de alojarse, cuando de improviso llegó Patagias Persa, uno de los ministros de Cyro, y de quien él mucho se confiaba, corriendo á más no poder con el caballo sudando, dando voces á todos los que encontraba de los suyos en lengua barbárica y griega, porque todos le entendiesen, diciendo que ya el Rey se acercaba con todas sus huestes á punto para dar la batalla.

Entonces los Griegos y toda la otra gente de guerra de Cyro se turbaron en gran manera, temiendo que no los tomasen los enemigos desordenados y des-

(1) *Casi era ya hora.* Antigua locución para explicar aquella hora de la mañana, en que solían concurrir todos á la plaza; como si dijésemos: *Y eran ya casi las diez de la mañana.*

apercibidos. Cyro saltó luégo del carro, y vistióse de su arnés y subió á caballo, y tomó la lanza en su mano, y mandó á todos los otros que se armasen y pusiesen en orden cada cual en su lugar.

Y luego todos á gran priesa lo hicieron así. Clearco (1) tenía el cuerno derecho de la batalla á la parte del río Eufrates: y luego junto él iba Próxeno con toda su compañía; y tras él todos los otros por su orden. Y Menón tenía el cuerno siniestro: y desta manera iban todos los Griegos en su ordenanza. A los Bárbaros también ordenaron en sus escuadrones desta manera: los hombres de armas Paflagones, que serían hasta mil de caballo, iban junto á Clearco á la mano derecha: y en el mismo lugar iban los soldados griegos armados con lanzas y escudos. A la siniestra iba Arico, uno de los gobernadores de Cyro, con todos los otros Bárbaros.

En el centro iba el mismo Cyro con seiscientos de caballo armados de coseletes largos, con sus grebas en las piernas y celadas en la cabeza, excepto Cyro, que siempre iba con la cabeza desnuda hasta que entraba en la batalla. Algunos también quieren decir que los otros Persas acostumbraban á ir desta misma manera, la cabeza descubierta puestos á todo peligro. Todos los caballos de los hombres de armas de Cyro iban armados con sus testeras en las frentes y cubiertas en los pechos, y los caballeros con sus espadas griegas en las manos.

Ya era mediodía, y aun no se parecían los enemigos; pero poco después vieron un torbellino á manera de niebla blanca: y de ahí á poco rato se cubrió todo el campo de una polvareda negra; y acercándose más,

(1) La manera con que Cyro ordenó su ejército para la batalla.

comenzó á relucir las armas, y aparecerse las lanzas y los escuadrones.

En el diestro cuerno de los enemigos (1) todos los de caballo venían armados de armas blancas, y por capitán de ellos Tisafernes: y en pos destos seguían los de lanza y escudo; y luégo tras ellos los soldados armados con paveses de madera largos, que les cubrían hasta los pies, y estos eran Egipcios, según decían. Después venían los de caballo y los flecheros repartidos por naciones en número cuadrado, cada nación por sí.

Delante iban los carros armados con hoces unos en pos de otros de trecho á trecho, que tenían las hoces hincadas en los ejes al soslayo, puestas todas por orden hacia bajo, para que segasen y cortasen todo lo que se les parase delante: porque su intención era afrontar luego con estos carros en los escuadrones de los Griegos.

Así que á Cyro le engañó su pensamiento, que, según parece, había amonestado á los Griegos que sostuviesen el primer ímpetu de los Bárbaros, reducido á voces y alaridos, según que arriba dijimos; porque no vinieron con alaridos, sino callando y con silencio y paso ante paso. En esto Cyro, juntamente con Pigreta el Intérprete y otros tres ó cuatro, rodeó su caballo, y á grandes voces dijo á Clearco que rompiese por medio del ejército de los enemigos, pues allí era donde estaba el Rey; porque si en esta parte, dice, vencemos, todo lo demás tenemos acabado.

Viendo Clearco el tropel grande de los enemigos que había en medio, y entendiendo de las palabras de Cyro que el Rey estaba á la mano derecha fuera de todo el escuadrón de los Griegos, y que el escuadrón

(1) Orden de la gente de Artaxerxes.

de en medio donde estaba el Rey era mucho mayor que el cuerno siniestro de los de Cyro, no quiso sacar de la parte del río el cuerno derecho que él llevaba, temiendo que no fuese cercado de ambas partes, y tomado en medio. Así que respondió á Cyro, que perdiese cuidado, que él sabía lo que más convenía.

En este medio el ejército de los Bárbaros venía paso á paso, y los escuadrones de los Griegos, estando parados en un mismo lugar, se cumplían de unos y otros soldados que venían á ponerse en ordenanza. Cyro rodeando á caballo no muy apartado de su ejército, miraba desde lejos las huestes de los enemigos y las suyas.

Y como le viese desde el ejercito de los Griegos Xenofonte Ateniense, dió de espuelas al caballo y salióle al encuentro, y preguntóle si mandaba algo. Entonces Cyro se paró, y le dijo que hiciese saber á todos que los sacrificios se mostraban favorables. Diciendo esto Cyro, oyó muy gran ruido que andaba por todos los escuadrones, y preguntó qué ruido era aquel. Respondióle Xenofonte que ya aquella era la segunda tesera ó señal que se hacía para la batalla. De lo cual como Cyro se maravillase en gran manera, y preguntase quién la había mandado dar, respondióle Xenofonte, que *Júpiter el Salvador* y la *Victoria*. Oído esto Cyro, dijo: «Yo lo tomo esto por buen agüero, y así sea.»

Y luego se tornó á su estancia. Ya las huestes todas estaban á punto (1) y no había más de tres ó cuatro estadios de los unos á los otros, cuando los Griegos comenzando su Peán y cántico acostumbrado, los primeros de todos salieron á los enemigos. Y pasando adelante, como se rompiese un trozo de su ejército,

(1) Batalla entre Cyro y su hermano.

el que había quedado atrás comenzó á correr apresurado para alcanzarle; y todos á un tiempo dieron grandes voces y alaridos, y apellidando al dios Marte entraron en los contrarios.

Algunos dicen que sonaban con las lanzas en los escudos para espantar los caballos. Antes que viniesen á tirarse los unos á los otros, comenzaron los Bárbaros de caballo á declinar con sus escuadrones, y volviendo las espaldas á los enemigos huían á rienda suelta, y los Griegos los seguían en el alcance á todo su poder; dándose voces los unos á los otros que no corriesen, sino que los siguiesen en su ordenanza sin apartarse.

Los carros de guerra andaban todos desmandados, dellos entre los enemigos, dellos entre los Griegos, sin tener quien los gobernase. Algunos se paraban luego que los veían, y otros eran atropellados dellos como si fuera en la carrera, sin que se les hiciese otro mal. Y ninguno de los Griegos recibió daño en esta batalla; salvo que en el cuerno siniestro de la batalla fueron heridos algunos con saetas.

Cyro, viendo que sus Griegos llevaban de vencida á sus contrarios, y los seguían en el alcance, fué muy alegre; y más cuando vió que los que estaban cerca dél le saludaban por rey. No por eso se desmandó á querer seguir él también los enemigos con mucha codicia; sino que recogiéndose, y haciéndose fuerte con un escuadrón de seiscientos de caballo de los suyos, estaba esperando lo que el Rey haría; que bien sabía que venía en medio del escuadrón de los Persianos.

Fuera de que todos los capitanes de los Bárbaros venían también en medio, pensando que desta manera estaban más seguros, si tuviesen sus fuerzas de la una parte y de la otra: y si fuese menester avisar

algo, lo podría saber todo el ejército en más breve tiempo la mitad, por estar de ambas partes.

Mas como el escuadrón del Rey pasase adelante del cuerno siniestro de Cyro, viendo que ninguno de los contrarios peleaba, revolvió con todos los suyos que estaban puestos en orden por la delantera, como para haber de cercarlos y tomarlos en medio. Entonces Cyro, temiendo, si se quedaba atrás, que los enemigos por otra parte darían sobre los Griegos que venían en la retaguardia, se pasó delante los contrarios, y con solo su escuadrón de seiscientos de caballo acometió al escuadrón del Rey, y lo desbarató, é hizo volver las espaldas á más de seis mil; y mató con su misma mano á Artaxerxes, que venía por capitán de ellos.

Cuando los de Cyro vieron los enemigos que huían, desmandáronse para seguirlos en el alcance: y de aquellos seiscientos que con él estaban, no quedaron con Cyro sino algunos pocos de los más familiares y amigos suyos, que llaman de una mesa. Y estando solo con éstos, viendo al Rey en medio del tropel de los suyos, no se pudo más tener, sino diciendo á voces: «ya veo á mi hombre,» arremetió su caballo para él; y encontrándole con la lanza en el arnés, le dió tan gran golpe que se le pasó, y le hirió en el pecho, como cuenta Ctesias, su médico, que le curó de la herida.

Después que así le hubo herido, salió de través uno de los del Rey, y con un tiro (1) hirió malamente á Cyro sobre el ojo; andando así peleando el Rey y Cyro, y los de la una parte y de la otra cada cual por su rey y caudillo: Ctesias cuenta los que murieron de parte del Rey, porque se halló en la batalla con él: y aquí

(1) Muerte de Cyro.

también murió Cyro y ocho caballeros muy esforzados de los suyos.

Dicen que Artapates, Sceptrífero de Cyro, uno de los más fieles y leales ministros suyos, y que más le quería, cuando vió á Cyro caído (1) saltó del caballo, y se dejó caer sobre él. Y algunos dicen que el Rey le mandó matar sobre el cuerpo muerto de Cyro: otros dicen que se mató el mismo Artapates metiéndose la espada dorada por el cuerpo: porque tenía espada dorada, y collar y brazaletes de oro, como cada cual de los principales caballeros de Persia; porque había sido muy honrado de Cyro por el amor y fidelidad que le tenía.

CAPITULO IX.

Y este fin hubo Cyro, varón que entre los Persas, después de Cyro el mayor, ninguno fué más real, ni más aparejado para reinar, según el común parecer de todos aquellos que le conocieron y conversaron. Pues que siendo aún muchacho, cuando se criaba con el hermano y los otros sus iguales, parecía que excedía á todos.

Porque todos los hijos de los grandes (2) y principales de los Persas se crían en las puertas del palacio real, donde aprenden mucha virtud y templanza y continencia. Porque ni oyen ni ven cosa alguna que sea torpe ó fea; sino que los muchachos ven cómo el

(1) Esto mismo hizo don Diego de Guevara, que fué después clavero de Calatrava, viendo caer muerto en la batalla al Duque Charles su señor.

(2) Disciplina de los hijos de los Príncipes en Persia.

Rey honra á los buenos y deshonra á los malos; y aprenden á saber mandar y ser bien mandados.

Y en todo esto Cyro parecía el más bien enseñado de todos sus iguales: y más obediencia tenía á los ancianos que todos los otros, por bajos y pobres que fuesen. Era muy amigo de caballos, y sabía muy bien servirse y aprovecharse dellos. En los ejercicios de guerra, así en tirar el arco como en tirar la azagaya excedía á todos los otros novicios.

Siendo mancebo era muy dado á la caza, en la cual se ponía á todo peligro: por lo cual como una vez le viniese un oso al encuentro, no le temió, sino que se fué para él; y aunque le sacó del caballo, y recibió dél algunas heridas, de las cuales tenía manifiestas las señales, finalmente le mató: y al primero que entonces fué en su ayuda le hizo rico y bienaventurado.

Después que su padre le envió por gobernador de Lydia y de Frigia la grande, y de Capadocia, y fué declarado por capitán general de todas aquellas gentes que se ayuntan en los campos de Castoli; primeramente mostró á todos que no tenía cosa alguna en más, que guardar los contratos y cumplir lo prometido, y no mentir en nada. Por lo cual, así las ciudades que se le habían encomendado, como todos los otros hombres, se confiaban y creían dél. Hasta los enemigos que con él contrataban, estaban muy confiados que no traspasaría sus promesas.

Por tanto, cuando movió la guerra á Tisafernes, todas las ciudades de su voluntad se rebelaron de Tisafernes, y se pasaron á Cyro, excepto los Milesios; porque éstos (porque él no quiso desamparar los desterrados, como arriba es dicho) temieron de darse á él: porque en palabras y en obras mostró siempre de no desamparar jamás á los que una vez recibiese en su amistad, por ningunas adversidades que les viniesen

Y era manifiesto á todos que siempre procuraba la ventaja en hacer bien á los buenos, y mal á los malos. Por lo cual, según algunos cuentan, decía que deseaba vivir tanto tiempo, que pudiese sobrepujar en hacer bien á los amigos, y mal y daño á los enemigos. Por lo cual á él solo, más que á todos los hombres de nuestra edad, deseaban todos entregar sus haciendas, y sus ciudades, y sus personas.

Mas no por eso dirá alguno que perdonaba á los malhechores; antes por el contrario los castigaba más ásperamente que otro alguno, como se puede ver en los caminos, que están llenos de pies y manos cortadas, y ojos sacados de hombres malhechores. Y en todas las tierras de su señorío, así Griegos como Bárbaros podían caminar muy seguramente, por donde quiera que quisiesen ir, sin que se les hiciese injuria alguna.

Y confesaba claramente que entre todos los hombres honraba en gran manera á los que conocía ser valientes y esforzados para guerras. En las primeras guerras que hizo contra los Pisidas y los Misos, en las cuales fué él mismo en persona, á todos aquellos que vió ponerse osadamente á los peligros los hizo gobernadores de las tierras que ganaron, y otros muchos bienes y mercedes. De aquí es, que solos los buenos y esforzados eran ricos y bienaventurados, y los ruines y cobardes pobres desventurados. Por lo cual nunca faltaba quien se quisiese poner á peligro la vida, con tal que pensase que Cyro lo había de saber.

A todos aquellos que veía obrar la justicia, procuraba por enriquecerlos más que á los injustos y codiciosos. Ordenaba otras muchas cosas con prudencia y equidad, y sobre todo tenía un ejército muy bien disciplinado. Porque los capitanes y caudillos navegaban para venirse á él, no por causa de los dineros, sino porque esperaban de los servicios que hiciesen á Cyro

mayor ganancia que no su sueldo; pues jamás dejaba sin recompensa á los que de buena gana hacían su mandado, y por eso nunca le faltaban muy buenos ministros y ayudadores para cualquier obra que quisiese hacer.

Y si veía alguno de sus mayordomos rico, que justamente y por su buena diligencia aumentaba su hacienda, y hacía mejor la tierra que gobernaba, y aprovechaba las rentas, no le quitaba nada dello, antes le daba de lo suyo. Por lo cual todos trabajaban de buena gana, y gozaban de sus bienes; y ninguno le encubría nada á Cyro de lo que poseía. Porque no tenía envidia á los que manifiestamente enriquecían; mas procuraba de aprovecharse de lo que escondían.

A todos cuantos conocía serle amigos y bien querientes, y que eran bastantes á poderle ayudar para cualquier cosa que quisiese hacer, les favorecía y aprovechaba; porque pensaba tenía necesidad de amigos y compañeros, y ayudadores para todo. Y él mismo trabajaba también de serles buen amigo y compañero, y ayudarles en todo lo que sentía le habían menester.

Todos los dones y presentes que le hacían (aunque él solo recibía muchos más que otro ninguno) los repartía entre los amigos, teniendo respeto á la vida y costumbres de cada uno; y según que veía que cada cual lo había menester. Y lo mismo hacía de todos los buenos atavíos que le enviaban para su cuerpo, ó armas que le daban para la guerra. En lo cual cuentan que solía decir, que no era bastante su cuerpo solo para romper tantos vestidos, y que pensaba que el más hermoso atavío del hombre era ver á sus amigos bien ataviados (1).

---

(1) El más lindo atavío del Rey es ver los suyos bien aderezados.

Mas que pudiese sobrepujar á los amigos en dádivas y mercedes que les hacía, no es de maravillar, porque era más rico que todos; pero que en cuidado y diligencia y ser agradecido llevase ventaja á todos, esto me parece es digno de loar y estimar. Muchas veces enviaba Cyro los cántaros de vino demediados á los suyos, cuando lo tenía bueno, diciendo que nunca lo había bebido mejor; y el que lo llevaba decía: «Esto te envía Cyro para que bebas hoy con tus amigos» (1). Y otras veces las ansares y panes medios partidos, y otras cosas semejantes, mandando al que lo llevaba que dijese: «Esto le supo bien á Cyro cuando lo comía, y quiere que tú también lo gustes.»

Cuando había falta de pasto para las bestias y él tenía abundancia dello, por los muchos ministros y criados que tenía para traerlo, y por el cuidado y diligencia que ponía en esto, enviaba dello á los amigos, y amonestábales que apacentasen las bestias que los traían acuestas; porque estando hambrientas no podrían llevar á sus dueños. En el camino solía en presencia de todos llamar algunos de sus amigos, y hablar con ellos algunas cosas de veras, para manifestarles aquellos á quien él honraba. Por lo cual de todos cuantos yo he oído, ninguno fué más querido y amado de muchos que Cyro, ahora fuesen Griegos, ahora Bárbaros.

Desto es muy buena señal, que ninguno de los de Cyro (no obstante que éste era vasallo) se pasó jamás al Rey, excepto Orontes; y éste, cuando el Rey pensaba que le tenía más fiel, halló que era más amigo de Cyro que no suyo. Y mientras que duró la guerra entre los dos, se pasaron muchos del Rey á Cyro de los más íntimos queridos del Rey, porque pensaban

(1) Cómo ganaba Cyro la gracia de sus amigos.

que siendo buenos y esforzados ganarián más honra y pre con Cyro que con el Rey.

Pero la mayor señal de todas es, que en el fin de su vida, muriendo como valiente y animoso en la batalla, pudo conocer antes de su muerte la fe y lealtad y constancia de los suyos. Porque todos sus amigos y familiares murieron peleando por él animosamente, excepto Arieo; porque éste, siendo caudillo de los de caballo, que venían en el cuerno siniestro de los de la batalla, como oyese que Cyro había caído, luego se puso en huída con todos los suyos.

CAPÍTULO X.

En esto le cortaron á Cyro la cabeza (1) y la mano derecha; y el Rey, siguiendo con todas sus huestes los enemigos, vino á dar en el Real de Cyro. Los de Arieo no pararon de huir hasta que tornaron á la estancia de donde habían partido, que estaba cuatro leguas del lugar donde se había dado la batalla.

El Rey y los suyos comenzaron á robar el Real de los enemigos, y allí cogieron una manceba de Cyro, natural de Focide, que era llamada la sabia y la hermosa (2). Porque la otra más moza, natural de Mileto, después que fué tomada de los del Rey, huyó de allí, y desnuda se fué para los Griegos, que estaban junto el carruaje puestos en armas, y resistían varonilmente á los enemigos que robaban el campo, y mata-

(1) Lo que sucedió en la batalla después de muerto Cyro.

(2) *La sabia y la hermosa.* Plutarco la llama *Aspasia*, y cuenta sus aventuras en la vida de Artaxerxes.

ron muchos dellos, aunque no sin pérdida de algunos de los suyos que allí murieron. Porque nunca huyeron ni desampararon su estancia, sino que defendieron esta mujer, y se guardaron y salvaron á todos sus bienes y personas, y todo lo que tenían.

Estaba el ejército del Rey apartado del de los Griegos cerca de treinta estadios, y los Griegos, teniendo por vencidos los enemigos, no dejaban de pelear; y los del Rey, pensando que ya eran vencedores, no cesaban de robar. Cuando los Griegos sintieron que el Rey con todo su ejército estaba sobre el carruaje de Cyro, y el Rey supo de Tisafernes que los Griegos habían vencido por su parte, y seguían en el alcance los enemigos que habían desbaratado, mandó recoger todos los suyos y ponerse en ordenanza. Clearco, llamando á Próxeno que cerca dél estaba, se aconsejaba con él si sería bien enviar parte de sus huestes contra el Rey, ó que todos juntamente fuesen á socorrer los de su Real.

En este medio el Rey se aparejaba con todos los suyos para romper, según mostraba, por las espaldas en los contrarios. Mas los Griegos, como lo sintieron, se recogieron y pusieron á punto para acometerle por aquella misma parte, ó resistirle y defenderse. Entonces el Rey mudó su parecer, y no quiso ir por donde primero tenía determinado, sino que pasó adelante del cuerno siniestro de los enemigos, y de allí se retiró, recogiendo consigo aquellos que en la batalla se habían pasado á los Griegos, tomando también consigo á Tisafernes con todos los suyos.

Tisafernes á los primeros encuentros no huyó, sino que acometió osadamente á los Griegos que traían escudos junto al río, aunque no mató á ninguno: antes los Griegos, repartidos en dos partes con tiros, y hiriendo á punta de espada, tenían muy trabajados los

contrarios. Era capitán de los Griegos que venían armados de escudos Episthenes Megalopolitano, varón prudente y esforzado.

Tisafernes, pues, se retiró, llevando la peor parte. Así que, tornándose para el Real de los Griegos, encontró con el Rey, y juntóse con él; y así venían ambos juntamente con los suyos puestos en ordenanza. Cuando fueron cerca del cuerno siniestro de los Griegos, temiéronse que los Griegos no revolviesen sobre ellos, y extendiendo sus escuadrones de ambas partes, los tomasen en medio, y los hiriesen y matasen á su salvo. Por tanto, les pareció sería muy bien llegar con sus huestes hasta tanto término, que tuviesen el río por las espaldas.

Estando así deliberando esto, el Rey pasó con su escuadrón adelante, para pelear con los contrarios en la misma forma que de antes había hecho. Mas como los Griegos viesen que se les acercaban ya puestos en ordenanza y á punto de pelear, dieron señal comenzando su Peán y cántico acostumbrado, y apellidando todos á una acometieron los enemigos con más ánimo que de primero.

De manera que los Bárbaros no los osaron esperar, sino que volviendo las espaldas, huían más que de antes, y los Griegos les fueron siguiendo en el alcance hasta un lugar cercano, y allí pararon, porque supieron que la gente de caballo del Rey estaba en un collado del mismo lugar sin ninguna infantería; pero conocieron la enseña del Rey, que era una águila de oro en un escudo puesto en una lanza.

A vista desto resolvieron los Griegos subir el collado para dar en ellos. Mas como los de caballo los vieron venir, desampararon el collado, y unos por una parte, y otros por otra, huían desmandados. Y aunque Clearco viese al collado solo (porque ya todos

los de caballo habían huído) no quiso subir á lo alto, sino que detuvo su gente de guerra, y envió á Lycio Syracusano, y á otro soldado con él, y mandóles que mirasen de todas partes lo que había en el collado, y se lo hiciesen saber. Y Lycio, haciendo su mandado, lo miró todo muy bien á caballo; y tornando para Clearco, le dijo que los enemigos huían á más no poder.

Ya que se quería poner el sol, los Griegos se desnudaron de sus armas, y descansaron, maravillándose que no parecía Cyro, ni otro alguno de los de su compañía. Que no sabían que había muerto en la batalla, sino que pensaban que había ido por alguna parte en el alcance á los enemigos, ó que se habría adelantado á ocupar algún puesto importante. Y consultaban entre sí ellos, si esperarían en aquel lugar, y traerían allí todo su carruaje, ó si se tornarían para sus Reales. Al fin les pareció que sería bien partirse para ellos, y así lo hicieron; y á la hora de cena llegaron á sus estancias. Y en esto se les pasó aquel día.

Cuando fueron en el Real, hallaron todo lo más dél robado, así las provisiones de comer como de beber, y más de cuatrocientos carros cargados de harina y vino, que Cyro mandó guardar, para repartir entre los Griegos, cuando hubiese falta en el Real, los cuales también hallaron robados de los del Rey. Por tanto, muchos de los Griegos quedaron aquella noche sin cenar, que tampoco habían comido el día; porque vieron el ejército del Rey antes que se pudiesen parar á comer. Y desta manera pasaron aquella noche.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Los Griegos, teniendo por cierto que ellos con Cyro habían vencido, al fin entendieron la verdad: y visto que Cyro era muerto, tomaron por su capitán á Clearco, Griego, y enviándoles á pedir Artaxerxes que se rindiesen, no quisieron hacerlo. Al fin se concertaron que Artaxerxes los dejase pasar libremente por toda su tierra, para que se pudiesen tornar libres á Grecia, dándoles á Tisafernes su capitán por guía y amparo del camino. El cual mató por gran traición algunos de los capitanes griegos, y entre ellos á Clearco, que era el general. Y con esto quedan los Griegos suspensos sin tener cabeza que los gobierne.

CAPÍTULO I.

Cómo Cyro allegó sus huestes, y cómo movió guerra al rey Artaxerxes su hermano, y lo que le sucedió en el camino, y cómo le dió la batalla, en la cual fué muerto el mismo Cyro, y cómo los Griegos se tornaron al Real á dormir la noche, pensando que todo lo habían vencido, y que Cyro su caudillo vivía, contamos en el primer Libro.

Otro día de mañana, estando todos los capitanes ayuntados se comenzaron á maravillar que ni Cyro enviaba alguno para avisarles lo que habían de hacer, ni él mismo parecía. Por lo cual les pareció que sería

bien alzar Real, y armarse todos de sus armas, y pasar adelante para juntarse con Cyro.

Ya que estaban á punto de caminar, cuando salía el sol, llegó Procles, gobernador de Teutrania, del linaje de Damarato Lacedemonio, y Glus, hijo de Tamo, que les hicieron saber cómo Cyro había sido muerto, y que Arieo con todos los Bárbaros de su compañía había huído á recogerse á las mismas estancias de donde primero habían partido. Y decía que aquel día podría esperar allí á los Griegos, si quisiesen venir; y si no, que otro día siguiente se partiría para Jonia, de donde había venido.

Oyendo esto, los capitanes griegos fueron muy tristes, y tuvieron gran pesar; y Clearco dió una voz diciendo: «Ojalá viniera Cyro. Mas pues que es muerto, id y decid á Arieo, que nosotros vencimos al Rey, como veis, pues que ninguno pelea contra nosotros; y si vosotros no vinierais, ya hubiéramos ido contra el Rey á buscarle: mas que prometemos á Arieo, si quisiere venir á nosotros (1), que le asentaremos en el trono y silla real, pues que el mando y señorío es de aquellos que vencieron la batalla.»

Y con esta respuesta tornó á enviar los mensajeros, y con ellos á Cherisofo Lacedemonio, y también á Menón Tesalo que lo pidió así, porque era amigo y huésped de Arieo. Y así partidos quedó Clearco esperando su tornada. En este medio había gran falta de provisiones en el ejército de los Griegos, y procuraban de mantenerse como podían de las carnes de las bestias. Y así mataban los bueyes y los asnos para comer, y por leña quemaban las flechas y azagayas que estaban cerca de allí en un campo donde se había dado la batalla, y las que quitaban los Griegos á los que se

(1) Clearco pide á Arieo que sea capitán de los Griegos.

habían pasado del Rey á ellos. Y los escudos y paveses egipcianos y madera de los carros que allí habían quedado en el Real: de todo esto se aprovechaban para quemar y cocer las carnes; y así comieron aquel día.

A la hora que el mercado y la plaza estaba llena, vinieron los mensajeros del Rey y de Tisafernes, que eran Bárbaros, excepto uno dellos que era Griego, y tenía por nombre Falino, que había siempre estado con Tisafernes, y era muy querido y honrado dél, porque fingía ser muy sabio en los hechos y artes de guerra. Estos, luégo que fueron llegados, llamaron los capitanes de los Griegos, y les mandaron, de parte del Rey, que pues era vencedor y había muerto á Cyro, entregasen las armas, y se viniesen á meter por las puertas del Rey (1), para experimentar, si alcanzarían algún bien dél.

Cuando los mensajeros del Rey acabaron su razón, los Griegos se ensañaron en gran manera, pesándoles de lo que habían oído. Y Clearco les respondió solamente esto: que no era oficio de los vencedores entregar las armas. Mas vosotros, dice, capitanes, responded á éstos lo que bien os pareciere, que yo tornaré luego: pues fué llamado á la sazón de uno de sus Ministros, para que mirase los agüeros en los sacrificios que aquél estaba sacrificando.

En esto, Cleanor Arcadio, que era el más anciano de todos ellos, les respondió, que él por su parte antes moriría que entregar las armas (2). Y tras él Próxeno Tebano le dijo: «Yo, Falino, no puedo dejar de maravillarme qué es lo que el Rey demanda; si por ven-

(1) *Puertas del Rey*: entiéndese por este nombre, como ya se ha explicado, el palacio ó corte real, al modo que llamamos aún hoy á la corte otomana *Puerta del Gran Señor*.

(2) Los Griegos no se quieren rendir á Artaxerxes.

tura como vencedor pide las armas, ó como amigo pide dádivas; porque si las pide como vencedor, ¿qué menester es pedirlas, sino venir á tomarlas por fuerza? y si piensa con persuasiones tomarlas dadas, díme, ¿qué les queda á los hombres de guerra, si se las dan?»

A esto replicó Falino: «El Rey ciertamente piensa que ha vencido, que pues ha muerto Cyro, ¿quién ha de tomar contienda con él sobre el imperio? Y también piensa teneros á vosotros debajo de su mando y poder, pues que os tiene en su tierra, y en medio de tantos ríos, y tan difíciles de pasar. Y demás desto puede sacar tanta multitud de gente de guerra contra vosotros, que aunque os las entregue no seréis bastantes á poderlas matar.»

Entonces Xenofonte Ateniense le dijo: «Mira, Falino, ahora, como tú ves, no nos queda otra cosa sino las armas y el esfuerzo; y teniendo las armas, pensamos que nos podremos aprovechar del esfuerzo; pero si éstas entregamos, también nos deshacemos de nuestros cuerpos. Así que no pienses que un solo bien que tenemos, hayamos de entregar á nadie; sino que con este pelearemos sobre todos los otros bienes.» Oyendo esto Falino, se sonrió y le dijo: «Tú, mancebo, me pareces algún filósofo, y es gracioso lo que dices; pero sábete que eres loco, si piensas que vuestro esfuerzo es mayor que el poder del Rey.»

Algunos otros dicen que le respondieron á Falino más afeminadamente, diciendo, que así como habían sido fieles á Cyro, lo serían también al Rey, con tal que los quisiese recibir por amigos; que le servirían y ayudarían, así para conquistar á Egipto, como para todas las otras guerras. Estando en esto tornó Clearco, y preguntó á Falino, si ya le habían respondido. Entonces dijo Falino: «De todos estos que aquí ves, Clear-

co, el uno dice uno y el otro dice otro: tú díme lo que te parece.»

A esto respondió Clearco: «Yo, Falino, te vi de muy buena gana, y todos estos que aquí están, según pienso, porque eres Griego; y también todos los que estamos presentes lo somos. Por tanto, estando las cosas en el estado que ves, nos aconsejamos contigo qué te parece sería bien hacer en esto que dices, y que pienses te será honroso al tiempo venidero, cuando todos leyeren y oyeren que Falino, siendo enviado del Rey para mandar á los Griegos que entregasen las armas, aunque era de parte del Rey, les dió este buen consejo. Porque sepas que de necesidad se ha de decir y alabar en toda la Grecia lo que les aconsejares.»

Con estas palabras pensaba Clearco inducir á Falino, que siendo enviado por mensajero del Rey, quisiese aconsejarles que no entregasen las armas, para que los Griegos tuviesen más buena esperanza de ahí en adelante. Pero Falino le respondió muy fuera de su propósito, diciendo: «Si alguna esperanza tenéis, por pequeña que sea, de salvar vuestras vidas peleando con el Rey, yo os aconsejo que no entreguéis las armas; pero si ninguna esperanza os queda de poder salvar vuestras vidas contra la voluntad del Rey, soy de dictamen que os rindáis.»

A esto dijo Clearco: «Pues si á tí te parece eso, dirás al Rey de nuestra parte esto: que nosotros todos pensamos, si el Rey quisiere ser nuestro amigo, que le seremos mejores amigos teniendo nuestras armas, que no entregándolas á otros. Y si fuere menester hacer guerra, mejor la haremos teniendo armas que sin ellas.»

Entonces dijo Falino: «Eso yo se lo diré así; pero el Rey me manda que os diga que si esperáredes y os quedáredes aquí, tendréis paz; y si os partiéredes para

otra parte, tendréis guerra. Por tanto, decidme sobre esto si queréis quedar y tener paz, ó si os queréis ir y tener guerra, para que con lo uno ó con lo otro pueda tornar al Rey.» Respondióle á esto Clearco: «Pues luego sobre esto le dirás que nosotros somos de su mismo parecer del Rey.»

«¿Qué quiere decir eso?» dijo Falino. Respondió Clearco: «Que si quedáremos será paz, y si nos fuéremos será guerra.» Y nunca le quiso declarar lo que pensaba hacer. Y con esto se partió Falino y los que con él habían venido.

CAPÍTULO II.

En esto, Procles y Cherisofo, que habían sido enviados á Arieo, tornaron dejando con él á Menón; y dijeron que á Arieo le parecía que entre los Persas había otros mejores que no él, que no permitirían que él reinase; mas que si todavía querían venir á él, que les amonestaba que aquella misma noche viniesen: donde no, que luégo por la mañana se partiría de allí. Entonces Clearco dijo: «Así conviene que sea: si viniéremos como decís; y si no viniéremos, haced todo aquello que mejor os pareciere.» Ni tampoco les declaró lo que en esto pensaba de hacer.

Pasado esto todo, ya que se quería poner el sol, hizo ayuntar todos los capitanes y cabos de escuadras, y hablóles desta manera: «Compañeros (1) y amigos. cuando hacía mis sacrificios, por ver si deberíamos

(1) Oración de Clearco á los Griegos para persuadirles la partida.

pasar contra el Rey, no me sucedieron bien, y con razón, según pienso; porque como yo ahora soy informado, entre medias de nosotros y del Rey está el río Tigre, que solamente se puede pasar con navíos y bateles, los cuales nosotros al presente no tenemos. Pues ya que nos queramos quedar aquí, no hay las provisiones que son necesarias para el ejército; pero lo mejor será que nos vayamos para los amigos de Cyro, pues los sacrificios nos lo amonestan. Lo cual conviene hacerse así, que os vayáis y cenéis lo que cada uno tuviere, y cuando la trompeta hiciere señal para ir á reposar, alzad Real; y cuando tocare la segunda vez, carguen todos sus bestias; y cuando sonare la tercera, todos á punto vengan en seguimiento de su capitán. Las bestias y carruaje vayan á la orilla del río, y toda la gente de armas por de fuera.»

Oído esto, los capitanes y cabos de escuadra se partieron luégo, y lo hicieron así; y de ahí adelante le obedecían en todo lo que mandaba, aunque no le habían elegido por caudillo; porque veían que sólo él tenía la prudencia y saber que convenía para capitán, y que todos los otros eran rudos y poco experimentados. El camino que hicieron desde Efeso, ciudad de Jonia, hasta el lugar do se dió la batalla, fué de quinientas treinta y cinco parasangas, ó de sesenta mil y cincuenta estadios; y del lugar donde fué la batalla hasta Babilonia había tres mil y sesenta estadios, que son cuatrocientas y ocho millas.

En este medio, siendo ya de noche obscura, Miltocytes, capitán tracio, con cuarenta hombres de armas y otros trescientos soldados traces de su compañía, se pasó al Rey. A todos los demás tuvo siempre Clearco obedientes á su mandado, con los cuales se partió, y en la primera jornada llegó donde estaba Arieo y su ejército cerca de la media noche. Y dejan-

do la gente de guerra en ordenanza, los caudillos y capitanes de los Griegos se juntaron con Arieo; y allí todos juntamente los Griegos y Arieo, con los más principales que con él eran, juraron de no hacer traición los unos á los otros, sino que serían á una (1), y se ayudarían, y serían buenos amigos y compañeros. Lo mismo hicieron los Bárbaros, prometiendo que conducirían el ejército siempre á buena fe, y sin mal engaño. Y así todos lo juraron y firmaron, sacrificando un jabalí y un toro, y un lobo y un carnero, y mojando en su sangre los Griegos las puntas de las espadas, y los Bárbaros los cabos de las lanzas, según costumbre de guerra.

Después que se dieron la fe los unos á los otros confederados, Clearco preguntó á Arieo, desta manera: «Dime, Arieo, pues que nuestro ejército y el vuestro es todo uno, ¿qué te parece debemos hacer cuanto al camino, si nos tornaremos por donde vinimos, ó te viene al pensamiento otro mejor consejo sobre esto del caminar?» A esto respondió Arieo: «Si tornamos por la vía que vinimos, todos pereceremos de hambre, porque no tenemos ninguna provisión de las necesarias, pues en estas primeras diez y siete jornadas, ni aun á la venida encontramos provisiones; y si había alguna cosa, todo lo consumimos cuando pasamos por allí. Por lo cual me parece debemos escoger camino que, aunque sea más largo, no nos falten mantenimientos. Y en los primeros días hagamos las mayores jornadas que pudiéremos, para que más nos alejemos del ejército del Rey. Que si una vez nos apartamos el camino de dos ó tres días, no nos podrá alcanzar el Rey; porque con pequeño ejército no osará seguirnos, y

(1) Confederación de los Griegos con los Bárbaros que había en su Real.

con grande no podrá caminar de presto, y por ventura le faltarán las provisiones. Y este es mi parecer.»

Y á la verdad no era mal ardid éste para poder huir ó apartarse: aunque para lo al no valía nada; pero mejor fué el que les mostró acaso la fortuna. Cuando fué de día comenzaron á caminar teniendo el sol á la mano derecha, y haciendo su cuenta que cuando se pusiese el sol llegarían á las aldeas de tierra de Babilonia: y en esto no se engañaron.

Ya que quería anochecer, parecióle que veían gente de caballo de los enemigos: por lo cual, los Griegos que por el camino iban desordenados, tornaron de presto corriendo á ponerse en ordenanza en sus escuadrones. Y Arieo, que caminaba encima de un carro, por causa de una herida que tenía, descendió luego dél, y armóse de sus armas, y con él todos los suyos. Mientras que así se estaban armando llegaron las espías que habían enviado, y dijeron que no había gente ninguna de caballo, sino que eran unas bestias que pacían. Y desto conocieron todos que estaba cerca el Real del Rey; porque se parecía el humo en unos lugares no muy lejos de allí.

Entonces Clearco no quiso ir derecho á los enemigos; porque estaban los suyos cansados del camino y fatigados de hambre, que no habían comido, y ya era tarde, pero no se apartó del camino, porque parecería que huía, sino que continuando su marcha con la vanguardia, llegó al ponerse el sol á las aldeas cercanas, en donde se alojó, no obstante que el ejército del Rey había robado hasta la leña de las casas.

Alojada deste modo la vanguardia, la retaguardia, que llegó tarde y de noche, se albergó como pudo. Y daban tan grandes voces, llamándose los unos á los otros, que los enemigos los pudieron oir; y los que

dellos estaban más cerca huyeron luégo, desamparando sus estancias. Esto se pareció manifiestamente el día siguiente, que ni vieron bestia ninguna allí cerca paciendo, ni humos de los fuegos, porque habían levantado el Real. Que según parece, fué espantado el Rey del camino que había tomado el ejército de los Griegos, que allí habían venido la noche, como lo mostró á la clara en lo que hizo aquel día.

También aquella misma noche cobraron gran miedo los Griegos en su Real, y había mucho bullicio y estruendo: como suele acaecer cuando se levanta algún ruido súbito, que ponga temor y espanto. Lo cual sintiendo Clearco, por asosegarlos, hizo llamar á Tolmides Eleo, el principal de los reyes de armas que tenía consigo, y mandóle que hiciese silencio á todos, y pregonase públicamente esto: (1) «Mandan los capitanes griegos que cualquiera que supiere alguno que hubiere metido un asno entre las gentes de armas, que lo venga á decir, y le darán por ello un talento de plata.» Oído este pregón, conocieron todos que el miedo pasado era en vano, y que los capitanes estaban salvos. Luégo de mañana mandó Clearco que todos los Griegos se pusiesen en ordenanza en sus escuadrones, como acostumbraban hacer cuando se ponían á punto de batalla.

CAPÍTULO III.

Pues lo que arriba escribí, que el Rey había cobrado espanto cuando supo que los Griegos habían llegado, se puede entender por esto. Que como el día de antes

(1) Ardid de Clearco para apaciguar el tumulto.

enviase á amenazar á los Griegos que le entregasen las armas, otro día cuando salía el sol envió sus trompetas á pedir treguas. Los cuales llegados á do estaban las guardias, les preguntaron por los capitanes; y como las guardas se los mostrasen, Clearco, que á la sazón estaba haciendo alarde de toda su gente de guerra, mandó á las guardas que los hiciesen esperar hasta que tuviese espacio.

Después que hubo puesto en orden sus escuadrones, de manera que era cosa muy linda verlos todos espesos en un caracol, y que ninguno se parecia sin armas, hizo llamar los mensajeros del Rey; y él delante llevando consigo los más apuestos soldados muy bien armados, amonestando á los otros capitanes que lo hiciesen así.

Cuando llegó donde estaban los mensajeros, preguntóles qué era lo que querían. Y ellos respondieron: que habían sido enviados del Rey á pedirles treguas, y que eran hombres bastantes para venir con mensaje del Rey á los Griegos, y tornar con el que los Griegos diesen á él mismo. Entonces les dijo Clearco: «Pues andad y decid al Rey que se apareje luego para la batalla; porque no tenemos mantenimientos, y ninguno osará hacer á los Griegos mención de treguas que no les dé primero que comer.»

Cuando esto oyeron los mensajeros se partieron luego, y de ahí á poco tornaron (lo cual fué indicio que el Rey estaba allí cerca en algún lugar, ó otro por él, que hacía esto por su mandado) y dijeron que al Rey le parecía que los Griegos tenían razón en lo que decían, y que por eso tornaban y traían consigo guías, para que habiendo treguas, los guiasen y llevasen donde pudiesen haber las provisiones necesarias. Clearco les preguntó, si las treguas eran con solos aquellos que fuesen y viniesen de una parte á

otra, ó con todos en general. Y ellos respondieron: «Con todos, mientras que hacemos sabedor al Rey de lo que acá pasa.»

Entonces Clearco los mandó apartar afuera, y consultó con los suyos todo esto. A los cuales todos les pareció que debían aceptar las treguas sin más debate y partirse luégo á tomar mantenimientos. «A mí también, dice Clearco, me parece así; pero no es bien salir luégo con la respuesta, sino hacerlos esperar, para que los mensajeros se recelen que no queremos aprobar las treguas: que este miedo pienso que también será provechoso para los nuestros.» Cuando vió que era tiempo de responderles, dijo que él consentía en las treguas; y mandóles que luégo guiasen para ir á tomar las provisiones necesarias. Y así ellos se partieron luégo haciéndoles guía.

Clearco, aunque iba para confirmar las treguas, llevaba todos los suyos puestos en ordenanza, y él venía en la retaguardia á punto de guerra. Andando por su camino adelante, vinieron á dar en unos fosados y acequias grandes llenas de agua, que en ninguna manera se podían pasar sin puentes. Así que para pasarlos hicieron puentes de los ramos de palma que cortaban, ó estaban tendidos por el suelo.

Aquí se pudo bien conocer cuán aparejado era Clearco para mandar, que teniendo la lanza en la mano izquierda y el bastón en la derecha, si veía que alguno de aquellos que eran ordenados para esto, era perezoso en la obra, le mandaba apartar afuera, y que entrase otro en su lugar; y él mismo se metía en el lodo á trabajar, de manera que todos se afrentaban de no hacer lo mismo con toda diligencia.

Y como para esto fuesen ordenados solamente los mancebos de treinta años abajo, cuando vieron á Clearco trabajar de tan buena gana, los ancianos y

jubilados metieron las manos en la obra. Y tanto más se apresuraba Clearco á acabarla, porque sospechaba que aquellas fosas no estaban siempre llenas de agua, que aun no era tiempo de regar las tierras, sino que por hacer parecer los caminos más dificultosos á los Griegos, sospechaba que el Rey había mandado soltar aquellas aguas en los campos.

Andando por su camino, llegaron á los lugares donde las guías les mostraron que habían de tomar las provisiones; porque había mucho trigo, y vino hecho de palmas, y vinagre cocido dellas: los dátiles de palmas, semejantes á aquellos que hay en la Grecia, les ponían delante á los ministros y criados: los que les ponían á los señores eran escogidos muy grandes, y muy hermosos de ver á maravilla, y que en la color no difieren nada al ámbar. Algunos los secan y guardan para fruta de sobre mesa. La bebida que se hace dellos es muy dulce, pero da dolor de cabeza. Muchas veces sacando el tuétano de las palmas verdes comían los soldados, maravillándose de la color tan linda y del buen sabor que tenía, aunque también éste da gran dolor de cabeza. Sacado esto, se seca todo el árbol.

Aquí se detuvieron tres días, donde llegó de parte del Rey Tisafernes con el hermano de la mujer del Rey y otros tres Persas, y muchos criados con ellos, que los acompañaban. Después que se encontraron con los capitanes de los Griegos, Tisafernes el primero de todos por intérprete les comenzó á hablar desta manera:

«Yo, varones griegos (1), moro cerca de tierra de »Grecia, y cuando os ví metidos en tantos males y

(1) Oración de Tisafernes á los capitanes griegos para atraerlos á la voluntad del Rey.

»dificultades, busqué medio si pudiese alcanzar del »Rey que me otorgase os pudiese tornar salvos á Gre»cia; de manera que vosotros primero, y después toda »Grecia, tuvieseis que agradecerme. Sabiendo esto, »determiné de pedírselo al Rey de merced, diciéndole »que con razón me debía gratificar en esto, pues fuí »el primero que le avisé como Cyro le quería mover »guerra, y el primero que le vine á ayudar tan presto »como le vino la nueva, y solo el que no huí de todos »aquellos que se pusieron en escuadrón contra los »Griegos; sino que pasé por medio de todos, y me »junté con el Rey en vuestro Real, adonde el Rey »llegó después que mató á Cyro: y seguí en el alcance »á los Bárbaros de Cyro, y con estos que aquí están »presentes conmigo, que fueron muy fieles y leales »al Rey. Después que me oyó estas razones, prome»tióme de consultar sobre ello; pero entre tanto me »mandó venir á vosotros, y deciros que por qué »causa le hacéis la guerra. Y yo de mi parte os acon»sejo que respondáis mansamente, para que sea más «fácil de hacer, si pudiéremos alcanzaros algún bien »dél.»

Cuando esto oyeron los capitanes griegos, se apartaron un poco á consultar qué le responderían; y tomando Clearco la mano por todos, le respondió así: «Nosotros ni nos ayuntamos al principio para haber de »hacer guerra al Rey, ni tampoco venimos contra el »Rey; sino que Cyro buscó muchas causas y artes, »como bien sabes, para tomaros desapercibidos, y »traernos aquí. Después que le vimos en peligro, tu»vimos vergüenza de Dios y de los hombres de des»amparar en la adversidad al que habíamos seguido »en la prosperidad. Mas pues que ya Cyro es muerto, »ni queremos contender con el Rey sobre el Reino, »ni hay por qué destruyamos la tierra del Rey, con tal

»que podamos tornar á nuestras casas, sin que nadie »nos haga injuria; y si alguno nos la hiciere, procu»raremos de vengarla con la ayuda de Dios; y si nos »hiciese bien, asimismo le haremos todo el bien que »pudiéremos, sin que nos dejemos vencer en lo uno »ni en lo otro.»

Y esta razón dió Clearco; la cual como Tisafernes oyese, dijo que iría con ella al Rey, y que tornaría luégo con la respuesta. «Y mientras que yo torno, dice, queden las treguas como de antes; y á vosotros se os den las provisiones que hubiereis menester.» Mas como no tornase otro día, puso en gran cuidado á los Griegos para sospechar algún mal. El tercero día vino, y dijo que ya había acabado con el Rey (1) que le otorgase de llevar salvos los Griegos á sus tierras; aunque había muchos que lo contradecían, diciendo que no pertenecía á la dignidad Real permitir ir sin castigo los que habían tomado armas contra el Rey. «Finalmente, dice, vosotros podéis sobre fe y seguro ir por todas partes del Reino, como por tierras de amigos; y nosotros os llevaremos con buena fe y sin mal engaño hasta Grecia, y os haremos mercado libre de todos los mantenimientos; y donde no pudiéremos daros mercado, os permitiremos tomar de la tierra las provisiones necesarias. Y vosotros por el semejante prometeréis con juramento que pasaréis por toda la tierra de nuestros amigos sin hacer mal ni daño, tomando solamente los mantenimientos de comer y beber, donde no pudiéremos dar mercado libre; mas donde quiera que os le diéremos, habéis de mercar todo lo que hubiéreis menester.»

Esto así lo aprobaron y confirmaron todos con ju-

(1) Confedéranse los Griegos con Artaxerxes por medio de Tisafernes.

ramento de la una parte á la otra; y se dieron las manos, Tisafernes y el hermano de la mujer del Rey á los caudillos y capitanes griegos, y las tomaron de los Griegos. Acabado esto, dijo Tisafernes: «Ahora yo me parto para el Rey; y después que hubiere negociado con él lo que cumple, yo vendré aparejado y á punto para llevaros á Grecia, y de allí me tornaré á mis tierras y señorío.»

CAPÍTULO IV.

Cuando Tisafernes fué partido, los Griegos y Arieo quedaron en un mismo Real esperando á Tisafernes más de veinte días. En este medio llegaron á Arieo de Persia sus hermanos y otros sus deudos, que venían á él y á los otros que con él estaban, y les ponían buen ánimo, y les daban su fe y palabra y las manos de parte del Rey, diciendo que el Rey los perdonaba, y no se quería acordar del mal que le habían hecho en juntarse con Cyro contra él.

Esto movió en tanta manera á Arieo y á los suyos, que de ahí adelante no se curaban nada de la compañía de los otros Griegos, de lo cual les pesaba en gran manera á muchos de los Griegos; por tanto, venidos á Clearco y á otros capitanes, les decían: «¿Qué hacéis aquí esperando? ¿cómo no sabéis que el Rey nos desea ver muertos de mala muerte á todos, siquiera por meter miedo á los otros Griegos, que no se atrevan á mover guerra contra el Rey? Y ahora de industria nos tiene aquí, porque su ejército está todo derramado; mas después que hubiere ayuntado todas sus huestes, no tengáis duda sino que nos acometerá con

ellas. Y aun por ventura al presente está procurando de hacer fosas, ó fortalecer algún lugar, para tomarnos el paso; porque no querrá de buen grado que vengamos á Grecia, y allí se diga que nosotros, siendo tan pocos, vencimos el poder del Rey en sus puertas, y nos tornamos riyendo dél.»

Respondió entonces Clearco á los que esto decían: «Yo también sospecho lo mismo; pero es de pensar que si ahora nos vamos, parecerá que tornamos á la guerra y queremos traspasar las treguas. Demás desto ninguno nos querrá vender provisiones, ni tendremos de donde haber mantenimientos para comer, ni quien nos quiera guiar para el camino; y juntamente con esto, si lo hacemos, moveremos á Arieo para que á la hora se rebele y aparte de nosotros. De manera que no nos quedará ningún amigo, sino que los que de antes eran nuestros amigos se tornarán nuestros enemigos. Pues si hemos de pasar algún otro río, no lo sé: á lo menos el Eufrates es imposible pasarle si nos lo estorban los enemigos. Y si fuere menester pelear, no tenemos gente de caballo que nos pueda ayudar, y los enemigos mucha y muy buena: por lo cual, si vencemos, no podemos seguir en el alcance para matar hombres; y si fuéremos vencidos, no será posible que escape de nosotros ninguno. Yo por cierto me maravillaría, si teniendo el Rey tantos aparejos por otra parte para destruirnos, se quisiese poner á jurar, y dar su fe y palabra, y la mano, y tomar á Dios por testigo para perder todo su crédito y autoridad cerca de los Griegos y de los Bárbaros.»

Estando en estas y otras semejantes razones llegó Tisafernes con todo su poder, como para ir á su casa, y con él Orontes y todos los suyos: éste traía también consigo á la hija del Rey su esposa. Así que se partieron de allí, llevando por guía á Tisafernes, que les

daba mercado libre de provisiones y mantenimientos: y con ellos caminaba también Arieo con el escuadrón de los Bárbaros que fueron de Cyro, y éstos y Tisafernes y Orontes tenían juntamente sus estancias.

Los Griegos, porque los tenían por sospechosos, caminaban por su parte siguiendo sus guías y caudillos. Do quier que llegaban asentaban su real apartados los unos de los otros por espacio de una legua ó menos: y de ambas partes ponían sus guardas como si fueran enemigos, la cual cosa no ponía pequeña sospecha entre todos. Algunas veces cuando iban por leña ó pastos para las bestias ó mantenimientos para los hombres, se herían malamente los unos á los otros, de donde nacían muy grandes enemistades.

Partidos de aquí, en tres jornadas llegaron á los muros de Media, y entraron por medio dellos, que estaban labrados de ladrillo cocido y betún, y tenían de ancho veinte pies, y de alto ciento, y de largo veinte leguas, y no estaban muy lejos de Babylonia.

De aquí se partieron, y en dos jornadas caminaron ocho leguas, y pasaron dos canales grandes, el uno por su puente, y el otro con siete barcas juntas. Estos salían del rio Tigre, y destos sacaban muchas acequias por toda la tierra: las primeras eran grandes, y las segundas medianas, y las postreras pequeñas, como aquellas con que riegan los panes en Grecia. Pasados de aquí, llegaron al río Tigre, y á quince estadios dél está una ciudad grande y muy poblada de moradores, que tiene por nombre Sitace.

Los Griegos asentaron su Real cerca della, junto á unos huertos muy grandes y muy hermosos, de muy espesos árboles de varias frutas; y los Bárbaros de la otra parte del río, donde no pudiesen ser vistos. Después de cena, estándose paseando delante del Real

Próxeno y Xenofonte, llegó un cierto hombre y preguntó á las guardas dónde podría hallar á Próxeno ó á Clearco; y no preguntó por Menón, mayormente habiendo sido enviado del mismo Arieo, huésped de Menón.

Como Próxeno le respondiese que él era aquel á quien buscaba, díjole el hombre: «Pues Arieo y Artaezo me envían á vosotros por la fe que tuvieron con Cyro y la amistad que tienen con vosotros, y os amonestan os guardéis que esta noche no os tomen los enemigos de sobresalto, porque hay muy gran multitud dellos, que está aquí cerca en unos huertos; y que también enviéis vuestras guardias que estén sobre la puente del rio Tigre, porque esta noche ha determinado Tisafernes de romperla, si puede, para tomaros en medio del río y las acequias.

Oído esto, llevaron el hombre á Clearco que le hiciese relación de lo que decía; y cuando Clearco le oyó fué turbado, y temióse en gran manera: entonces un mancebo de los que allí estaban presentes, pensando bien en ello dijo que la cosa era contraria, acometer juntamente y romper la puente. «Porque claro está, dice, que si nos acometen, ó han de vencer ó ser vencidos; y si vencen, ¿qué menester es romper la puente? pues aunque tengamos muchas puentes, no podemos escapar huyendo. Y si nosotros los vencemos, rompida la puente, no tendrán donde poder huir: ni de tanta multitud de hombres como tienen de la otra parte, podrá venir ninguno á ayudarles, estando quebrada la puente.»

Oyendo esto Clearco, y parando mientes en ello, preguntó al mensajero qué tanta tierra había en medio del río Tigre y de los canales. El cual como respondiese que era muy gran tierra, y que había muchos lugares y muchas y muy grandes ciudades,

luego entendieron que los Bárbaros habían enviado aquel hombre temiéndose que los Griegos no pasasen la puente y se quedasen en la Isla, donde podían estar fuertes, teniendo de la una parte el río Tigre, y de la otra el canal: y que tendrían mantenimientos y provisiones necesarias en la tierra, porque era mucha y muy fértil, y que los labradores que la moraban no les faltarían, y que desde allí podían hacer mucho mal al Rey, si quisiesen.

Con esto se sosegaron todos, aunque no dejaron por esto de enviar sus guardas á la puente; pero ninguno les acometió de parte alguna, ni vino nadie de los enemigos á la puente, según que después dijeron las guardas. Venida la mañana pasaron la puente, que estaba afirmada sobre treinta y siete navíos, recatándose todo lo posible: porque algunos les habían avisado que Tisafernes tenía determinado de acometerlos á la pasada del río; pero no fué así verdad. Cuando pasaban vieron á Glun y á algunos otros, que estaban acechando si los Griegos pasaban el río; porque luégo que los vieron pasados, se partieron de presto.

Partidos del Tigre, caminaron en cuatro jornadas veinte leguas, hasta que llegaron al río Phisco, que tiene de ancho cien pies, con su puente de la una parte á la otra. Junto á él estaba una ciudad muy poblada y grande, nombrada Opis, á donde encontraron los Griegos al hermano bastardo de Cyro y de Artaxerxes, que venía de Susia y de Ecbatana con gran ejército para ayudar al Rey su hermano; el cual se paró con todos los suyos, esperando que pasasen los Griegos, por verlos.

Mas como Clearco esto sintiese, repartió sus huestes en dos partes: y marchaba mandándolas hacer alto muchas veces. Y así de necesidad, todo el tiempo que estaban parados los primeros, lo había de estar también

lo restante del ejército: de manera que aun á los mismos Griegos parecian mayores sus huestes, y pusieron espanto al mancebo persiano que las estaba mirando.

De aquí se partieron, y anduvieron seis jornadas por los desiertos de Media, en las cuales caminaron treinta leguas, hasta que llegaron á los lugares de su madre de Cyro y del Rey; los cuales, por burlarse de Cyro, había mandado Tisafernes á los Griegos que robasen y saqueasen sin que tomasen ningún cautivo. Había en estos lugares muy gran abundancia de trigo, ganados y otras provisiones.

Partidos de aquí, caminaron en cinco jornadas por tierra desierta veinte leguas, dejando siempre el río Tigre á la mano izquierda. En la primera jornada, de la otra parte del río, había una ciudad muy grande y rica, que tenía por nombre Cenas, de la cual les pasaba al Real de los Bárbaros en barcas de cuero (1) mucho pan, vino y queso.

CAPITULO V.

Partidos de aquí, vinieron al río Zabato, que tiene de ancho cuatrocientos pies, donde se detuvieron tres días. En este medio nacieron algunas sospechas de traición y asechanzas de la una parte á la otra, aunque ningunas se parecieron manifiestas; por lo cual le parecía á Clearco que sería bien hablar á Tisafernes, para

(1) *Barcas de cuero*: Eran unos pellejos cosidos y llenos de heno, de que se servian en lugar de barcas, como se manifiesta por la confrontación de este lugar con otro semejante del lib. I, cap. v, de esta Historia.

quitar estas sospechas, si pudiese, antes que naciese dellas alguna guerra. Así que envió con un mensajero á decir á Tisafernes que en todo caso convenía que se viesen juntos los dos. Y Tisafernes le respondió que viniese mucho en buen hora, que él estaba aparejado para ello. Después que fueron juntos los dos, Clearco le habló desta manera:

«Yo bién sé, Tisafernes (1), que los juramentos que »tenemos hechos, y por la fe que tenemos dada toca»das las manos, que la una parte no hará injuria á la »otra: mas veo que te guardas de nosotros como de »enemigos; y también nosotros viendo esto nos recata»mos. Y parando mientes en esto, no siento que ningu»no de vosotros tiente de hacernos mal: y también sé »ciertamente de nosotros que no pensamos tal cosa. »Por tanto, me pareció sería bien hablarte, para si po»demos, quitemos esta desconfianza de los corazones »de los unos y de los otros. Que bien sé que destas »tales sospechas y calumnias suele venir á que los »hombres, temiendo que no les venga algún mal, se »adelanten á hacer males y daños, que después no se »pueden remediar, y que ni ellos de antes querían ni »pensaban hacer. Así que, pensando atajar y prevenir »estos yerros con sola nuestra vista, vine á tí para ha»ber de mostrarte por muchas razones que no tienes »razón de no confiarte de nosotros. La primera y prin»cipal (2) es el juramento hecho á Dios, que nos debría

(1) Oración de Clearco á Tisafernes, en la cual le persuade que no sospeche dél por muchas razones, y la principal es por la gran necesidad que los Griegos tienen de su ayuda. Tiene su exordio, donde le apareja el ánimo para que le dé buen crédito en lo demás.

(2) Divide en dos partes, como por dilemma, toda la persuasión que si mal os hemos de hacer, ó ha de ser perdiendo el respeto que debemos á Dios, ó el que tienen entre sí los hombres. Después prueba que ni el uno ni el otro no pueden perderlo.

»poner impedimento de ser enemigos los unos á los »otros; y cualquiera que con su mala conciencia le »quebrantase, á este tal yo le tendría por malaventu»rado. Que la guerra é ira de Dios no sé quién podrá »huir della por ligero que sea: ni á dónde se esconda, »ni á qué guarida se vaya á acoger; pues que todo está »sujeto á Dios, y todos están debajo de su poder; y esto »es lo que siento cuanto á Dios, cuanto á la fe, y »cuanto al juramento para lo que toca á nuestra amis»tad. Cuanto á los hombres, yo pienso que al presente »tú eres el mayor bien que podemos tener: porque »contigo cualquier camino nos es bueno de andar, »cualquier río nos es bueno de pasar, y no tenemos »falta alguna de las cosas necesarias. Sin tí todo ca»mino nos es ciego, porque no le sabemos: todo río »malo de pasar, toda compañía temerosa, y muy más »temerosa la soledad, porque todo nos será descami»nado. Pues si perdiendo el seso, te quisiéremos á tí »matar, ¿qué otra cosa ganaríamos matando á nuestro »bienhechor sino la ira del Rey más aparejada para »venganza, guerra y enemistad continua? Quiérote yo »ahora contar cuántas y cuán grandes esperanzas per»dería, si por malos de mis pecados yo tentase de ha»cer tan gran mal como este. Yo deseé tener por ami»go á Cyro, pensando que él era el más bastante »hombre de todos los que había entonces para hacer »bien á quien quisiese. Mas ahora yo veo que tú tienes »el poderío y la tierra de Cyro, con retención de tus »gobiernos; y que las huestes del Rey que Cyro tenía »por enemigas, te son amigas y compañeras, y en tu »ayuda. Pues siendo esto así, ¿qué hombre hay tan »loco que no te quiera tener por amigo? Ahora quiero »decir la causa por qué tengo esperanza que tú tam»bién querrás ser nuestro amigo. Bien sé que los My»sios vuestros contrarios os persiguen, á los cuales yo

»espero poder sujetar con el poder de gentes que ten»go. Asimismo pienso amansar á los Pisidas y otras »naciones que se levantan contra vosotros continua»mente para no dejaros gozar de vuestra fortuna y »buena andanza á vuestro placer. Pues los Egipcios, »con quien estáis ensañados, yo no veo al presente »con qué fuerzas os podéis ayudar para los castigar »mejor que con las nuestras. A los vecinos y comar»canos, si quisiéres hacer bien á los que han mereci»do como amigos, ó hacer mal á los que te han inju»riado como señor, más fácilmente lo podrás hacer »con nuestra ayuda. Cuanto más, que no lo hacemos »por sueldo solamente, sino por ser agradecidos y pa»garte las gracias que te debemos como es razón. Así »que, parando mientes en esto, no puedo dejar de ma»ravillarme que te desconfíes de nosotros; y querría »mucho saber el nombre de aquel que fué tan buen »retórico, que con sus razones pudo persuadirte que »nosotros procurásemos traición ó tramásemos ase»chanzas.»

Acabada su oración de Clearco, le respondió Tisafernes desta manera: «En gran manera (1) me he hol»gado, oh Clearco, de oir esta tu oración y razona»miento tan sabio y prudente; conociendo clara»mente que si me quisieres hacer mal, á tí mismo le »harías primero. Mas para que mejor entiendas que »no te puedes rebelar á mí ni al Rey con razón, oye »lo que ahora diré. Dime, si quisiéramos destruiros á »vosotros, ¿por ventura faltábanos multitud de gente »de caballo ó de infantería ó de armas con que fuéra-

(1) Oración de Tisafernes á Clearco, en la cual Tisafernes de muchas maneras encubre su traición, asegurando los Griegos con mostrarles cuán buenas ocasiones ha tenido de destruirlos antes de ahora: y con certificarles que antes se piensa aprovechar dellos para muchas cosas.

»mos bastantes para haceros todo mal, sin poder re-»cibir ningún daño? ¿Por ventura paréceos que no te-»níamos la tierra y el lugar aparejado para acomete-»ros? Pues que todos estos campos tan grandes por »donde habéis de ir son de nuestros amigos: todos es-»tos montes que veis (los cuales no podíais pasar sin »muy gran trabajo) nos fuera lícito ocupar para ata-»jaros? ¿Tantos ríos en medio, donde os pudiéramos »aguardar para pelear á nuestro salvo con todos aque-»llos que quisiéramos de los vuestros? Y entre estos »ríos hay algunos tan grandes, que no los podríais »pasar en ninguna manera, si nosotros no os pasáse-»mos. Y ya que en todo esto que he dicho fuésemos »para menos que vosotros, á lo menos os llevamos »ventaja en el fuego y mantenimientos; porque con »el fuego os podremos abrasar, y con la hambre to-»maros, poniéndola como escuadrón delante, que no »podréis pelear contra ella por muy buenos y esforza-»dos que seáis. Pues veamos, teniendo tantas vías y »maneras para os hacer guerra y destruir, sin poner-»nos á ningún peligro, decidme, ¿habíamos de esco-»ger aquella sola que fuese inicua para con Dios y »vergonzosa para con las gentes? Que de hombres »desesperados y sin remedio, y constreñidos de pura »necesidad, y éstos malos y perversos, es querer ha-»cer algo para traspasar el juramento hecho á Dios, y »quebrantar la fe dada á los hombres. No somos, »Clearco, tan necios ó locos que, pudiéndoos destruir »por otros medios, viniésemos ahora á estos fines. Por »tanto, sepas que sólo el amor y voluntad que os ten-»go sería causa de ser fiel y leal á los Griegos; porque »tengo por honra con el ejército extranjero que Cyro »entró en Asia, confiado del sueldo que les daba, con »ese mismo descender yo en Grecia, confiado de los »beneficios que de mí hubieren recibido. En lo que

»vosotros podéis sernos útiles y provechosos, tú lo di-»jiste poco ha, y yo también lo sé muy bien: que al »Rey sólo pertenece derechamente tener la corona »enhiesta en su cabeza, y los otros por ventura la po-»drían tener en el deseo de sus corazones, por vues-»tros votos.»

Esta respuesta de Tisafernes como fuese muy aprobada de Clearco, dijo: «Pues luego estos que, siendo nosotros tan amigos, procuran de hacernos enemigos con calumnias y tiranías, por Dios que son merecedores de todo mal.» Entonces dijo Tisafernes: «Pues si vosotros queréis que los capitanes y cabos de escuadras vengan presentes ante mí, yo te mostraré los que me dijeron que tú me tramabas asechanzas á mí y á mi ejército.» Respondió Clearco: «Yo te los traeré aquí todos en tu presencia; y también te mostraré los que me hablaron mal de tí.»

Pasadas estas razones, Tisafernes abrazó á Clearco, y le rogó que se quedase allí con él, y le tuvo por convidado aquella noche á cenar. El día siguiente, tornando Clearco al real, dió á entender á todos que le parecía muy bien la amistad con Tisafernes, y lo que él le había declarado; y dijo que luego convenía que fuesen ante Tisafernes los que él mandase. Y los que fuesen convencidos de calumnia y falso testimonio contra los Griegos, que como traidores y que querían mal á los Griegos fuesen castigados; porque sospechaba que Menón había sido el autor dello, pues juntamente con Arieo le vió ir á Tisafernes, y que había sido de antes sedicioso, y le procuraba traición para pasarse á sí todo el ejército y hacerse amigo de Tisafernes.

Y Clearco por el contrario quería retenerlos todos á su mando; y si algunos le fuesen contrarios, matarlos. Entonces algunos de los soldados se lo contradi-

jeron, diciendo que no era bien que todos los capitanes y cabos de escuadras se partiesen del ejército, ni confiarse de Tisafernes. Mas Clearco porfió tanto, que acabó con ellos que fuesen cinco capitanes y veinte cabos de escuadras; y en pos dellos seguían hasta doscientos soldados, como quien va al mercado.

Cuando llegaron á la tienda de Tisafernes, fueron llamados dentro los capitanes (1), que fueron Próxeno Beocio, Menón Thesalo, Agias Arcadio, Clearco Lacedemonio, y Sócrates Acheo: los cabos de escuadras quedaron esperando á las puertas. De ahí á poco rato, con una misma señal que hicieron, los que estaban dentro fueron todos presos, y los que quedaron fuera todos muertos. Pasado esto, algunos de los Bárbaros de caballo andaban corriendo por el campo á una parte y á otra, matando á todos cuantos encontraban de los Griegos, ahora fuesen siervos ó libres.

Los Griegos que los veían desde el real así correr, se maravillaban dello, y no sabían qué hacerse; hasta que llegó Nicarco Arcadio, que venía huyendo, herido de una herida mortal en el vientre, y teniendo las tripas con las manos, y les dijo todo el hecho como pasaba. Entonces los Griegos, todos turbados, corrieron al arma, pensando que luégo vendrían los Bárbaros á á dar sobre los del Real.

Mas no vinieron todos, sino Arieo, Artaozo y Mithradates, que habían sido muy fieles á Cyro (aunque el intérprete de los Griegos dice que vió al hermano de Tisafernes con ellos, y que le conoció) y tras ellos venían otros muchos Persas armados con sus corazas, que serían hasta trescientos.

Cuando llegaron cerca del real, mandaron que saliese á ellos alguno de los Griegos, ahora fuese capi-

(1) Tisafernes con astucia mata los capitanes de los Griegos.

tán, ahora cabo de escuadra, para que le declarasen el mandado que traían del Rey. Así que salieron con buena escolta, de los capitanes Cleanor Orchomenio, Sofoneto Stynfalio, y con ellos Xenofonte Ateniense, por saber dellos algo de Próxeno; porque Cherisofo era ido con otros soldados á una aldea á traer provisiones para el real.

Después que éstos todos se pararon en un lugar donde pudiesen muy bien oir lo que decían, Arieo les comenzó á hablar así: «Varones griegos, sabed que Clearco, porque traspasó el juramento y quebrantó las treguas, tiene la pena de su merecido, y que es muerto. Próxeno y Menón, porque descubrieron la traición al Rey, son queridos y honrados dél. Y á vosotros os manda el Rey que entreguéis las armas que son suyas, pues que eran de Cyro su siervo.»

A esto, en voz de todos los Griegos, respondió Cleanor: «¡Oh hombre malvado, Arieo, más que todos los del mundo, y vosotros todos cuantos fuisteis amigos de Cyro! ¿cómo no tenéis temor de Dios y vergüenza de las gentes, que habiéndonos prometido y jurado de ser con nosotros amigos de nuestros amigos y enemigos de nuestros enemigos, nos habéis tratado traición juntamente con Tisafernes, el más cruel y perverso de todos los hombres; y habéis muerto á aquellos varones en cuyas manos jurasteis; y después de nos haber vendido también á nosotros, venís ahora con los enemigos á nos?» A esto respondió Arieo: «Por cierto Clearco fué el primero que se pareció tratar traición á Tisafernes y á Orontes, y á todos nosotros con ellos.»

Entonces dijo Xenofonte: «Si Clearco contra el juramento hecho traspasó las treguas, ya tiene su pago; porque justo es que perezcan los perjuros. Mas á Próxeno y á Menón, que os han hecho bien, y son nues-

tros capitanes, enviádnoslos aquí luego: porque claro está que siendo amigos de ambas partes, procurarán de aconsejar lo que á vosotros y á nos fuere mejor.» Pues como los Bárbaros estuviesen gran rato hablando sobre esto unos con otros, al fin sin darles ninguna respuesta se partieron de allí.

CAPÍTULO VI.

Los capitanes que fueron presos, como arriba dijimos, fueron llevados ante el Rey, y por su mandado les cortaron las cabezas, y así fenecieron sus días: y entre ellos Clearco, varón que, á dicho de todos los que le conocían, era muy aparejado para la guerra, y amigo della en gran manera.

Este (1), mientras duró la guerra de los Lacedemonios contra los Atenienses, sirvió á su tierra con todas sus fuerzas. Después que éstos hicieron paces entre sí, persuadió á sus ciudadanos que moviesen guerra á los de Tracia, porque habían injuriado á los Griegos; y como lo alcanzase de los Eforos, hizo vela con su armada, para hacer guerra á los Traces que moran más allá de Chersoneso y Perintho. Mas como los Eforos mudasen de parecer después que ya era salido, y le mandasen tornar desde el estrecho ó Istmo, no quiso obedecerlos, sino que navegó con su flota hasta el mar del Helesponto; por lo cual fué condenado á muerte por los jueces de Lacedemonia, por haber sido desobediente al mandado.

Así que, huído y desterrado de su patria, se vino

(1) Vida y muerte de Clearco, capitán valeroso.

para Cyro, y le ganó la voluntad por las vías y maneras que arriba escribimos: y recibió de Cyro diez mil daricos, que gastó, no en deleites ó pasatiempos, sino que destos dineros hizo gente, y movió guerra á los Traces, y los venció en batalla y les destruyó la tierra. Estuvo en aquella guerra hasta que Cyro le llamó, porque había menester la gente que tenía para pasar en Asia; y así se pasó con él para le servir y ayudar en aquella jornada.

En la cual se pareció muy bien cuán amigo era de guerra este varón, que pudiendo tener paz sin daño ni vergüenza, escogió antes la guerra; y pudiendo tener y poseer muchos dineros sin peligro alguno, quiso más gastarlos y consumirlos en guerra. Así que, como los otros se huelgan de gastar sus dineros en amores y deleites, se holgaba él de gastarlos en cosas de guerra; todo lo cual declara cuán amigo fuera de la guerra.

Ya pues que fuese esforzado y belicoso se parece en esto: que se ponía osadamente á todo peligro, y de día y de noche salía á los enemigos; y en los peligros era muy prudente, según confiesan los que con él se hallaron presentes en todas partes. Era muy aparejado para mandar, y sabíalo muy bien hacer de su propio ingenio y natural. Tenía más cuidado que otro ningún capitán en proveer que su ejército tuviese siempre los mantenimientos y provisiones necesarias: procuraba de ser temido y obedecido de los suyos.

Y conseguía esto mostrándose duro y terrible; pues era severo y triste en el rostro, y la voz áspera. Castigaba muy cruelmente los yerros de los soldados, y algunas veces con ira, de lo cual se arrepentía después, aunque no lo hacía sin razón; porque pensaba que no era de ningún provecho el ejército incorregible. Por lo cual cuentan dél que solía decir: que convenía que

los soldados temiesen más al capitán que no á los enemigos, si habían de hacer bien su oficio y deber, así en tener las guardas y centinelas, como en avenirse con los amigos, y como en ir sin excusa alguna contra los enemigos cuando se lo mandasen.

De aquí es que en los peligros todos los soldados le querían obedecer de buena gana, y no escogían otro capitán sino á él. Y aquella su gravedad y tristeza en el rostro, decían que les parecía alegría; y la aspereza, fortaleza para contra los enemigos: de manera que la tenían por saludable antes que dañosa. Cuando estaban fuera de peligro, y se podían pasar á otro capitán, muchos dellos le dejaban, porque no tenía gracia, y era severo y cruel. De manera que los soldados le temían, bien así como los muchachos de la escuela temen al maestro, que no había quien le siguiese por amor ó buena voluntad que le tuviesen, sino eran aquellos que la República le ordenaba, ó los que le habían menester, ó forzados con alguna otra necesidad quedaban con él, á los cuales tenía muy obedientes á su mandado.

Después que comenzaron á vencer con él los enemigos, de ahí adelante fueron de más provecho sus soldados, así porque se mostraban más valientes, como porque el miedo de ser castigados les hacía que no saliesen de la ordenanza. Tal era su condición en el mandar, aunque no quería ser mandado de otros. Sería Clearco cuando murió de edad de cincuenta años.

Próxeno Beocio luego desde muchacho procuró instruirse y hacerse hombre capaz de emprender y acabar grandes hazañas; y con este deseo tomó por maestro á Gobrias Leontino, varón sabio y excelente, el cual daba muy gran salario porque le enseñase. Después que con la doctrina deste le pareció que estaba

bastantemente enseñado para saber mandar, y para conversar con los grandes y tener su amistad, de manera que no fuese vencido dellos en beneficios, se vino á juntar con Cyro para ayudarle en la guerra; porque él pensaba alcanzar desto gran nombre, fama y poder, y ganar muchas riquezas. Lo cual, aunque él lo deseaba en tanto grado, mostraba empero muy claramente á todos que no quería alcanzar nada desto injustamente; sino que pensaba que con justicia y bondad le convenía alcanzarlo, y no de otra manera.

Era hombre bastante y muy aparejado para saber mandar á los buenos y virtuosos; mas no tal que pudiese hacer que los soldados le tuviesen vergüenza ó temor, sino que antes la tenía él de los suyos, que no ellos de él; y más temía que los soldados no le tuviesen odio, que no que desconfiasen dél. Pensaba que le bastaba á él para saber y parecer bien mandar, que alabase á los que hacían bien, y no loase á los que hacían mal. Por lo cual todos los buenos y virtuosos que le conversaban le querían bien, y los malos le tramaban asechanzas como á hombre no recatado. Tendría cuando murió treinta años.

Menón Tesalo era muy codicioso de riquezas en gran manera: por lo cual deseaba mandar, por haber más; y deseaba cargos y honras por ganar más. Procuraba la amistad de los grandes, porque si hiciese injuria á otro, no temiese la pena; y pensaba que la más corta vía para venir á alcanzar lo que deseaba era perjurarse, mentir y engañar: la simplicidad y llaneza decía que era necedad.

A ninguno amaba de corazón; y al que se mostraba más amigo, á éste era más traidor. De ninguno de los enemigos se burlaba, si no era de los que con él conversaban y trataban. Nunca tentaba de haber por asechanzas los bienes de los enemigos, pensando que era

muy difícil cosa poder tomar nada de los que se recataban, sino que procuraba lo de los amigos; porque sabía él sólo que lo que no se guarda es más fácil de tomar.

Temíase de aquellos que sentía que eran perjuros é injustos, como de aquellos que estaban bien armados; y trabajaba de aprovecharse de los hombres buenos y de verdad, como de hombres para poco y afeminados. Y como otros se precian de ser santos, verdaderos y justos, así Menón se preciaba de engañar, fingir mentiras, y en burlar los amigos. Al que no era astuto y malicioso tenía por rudo y necio. Pensaba ganar la amistad de los príncipes y grandes malquistando los más principales y allegados que tenían.

Procuraba de tener obedientes los soldados, siéndoles compañero en sus injurias y maldades. Y pensaba que sería más honrado y acatado dellos, si les mostrase que podría hacerles todo el mal y daño que quisiese. Decía que había de tener por gran beneficio el que se rebelaba ó apartaba dél, que no le hubiese muerto ó destruído mientras que le tenía en su servicio.

Estos vicios que hemos dicho, por no se parecer á la clara, podrían ser fingidos; pero lo que todos saben es, que por malas artes alcanzó un cargo de Aristipo: y fué muy familiar de Arieo, hombre bárbaro y muy vicioso; y tuvo amores torpes con Taripa, siendo él mancebo y gentil hombre.

Muertos aquellos capitanes que arriba nombramos, por haber sido en ayuda de Cyro contra el Rey, no murió Menón de la misma muerte, aunque había sido convencido del mismo crimen de haber sido contra el Rey; sino que mucho después de la muerte dellos, siendo atormentado por mandado del Rey con muy crueles tormentos, murió, no como Clearco y los otros

capitanes, que les cortaron las cabezas (porque este tal ya parece un género de muerte honroso), sino que azotado y despedazado, vino por espacio de un año entero á fenecer sus días.

Agias Arcadio y Sócrates Acheo también fueron muertos de la misma manera que los otros, aunque ninguno destos dos fué notado en la guerra por cobarde ni traidor en la amistad. Era cada cual destos de edad de cuarenta años cuando murió.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Estando los Griegos todos muy atemorizados por la traición con que veian muertos sus capitanes, Xenofonte, que es el mismo que escribe la historia, les amonestó que no se diesen á Tisafernes, sino que hiciesen como valientes en defenderse. Los Griegos eligieron capitanes en lugar de los muertos, y entre ellos á Xenofonte, y caminaban hacia Grecia en su ordenanza, aparejados para su defensa contra quien los acometiese. Tuvieron algunos reencuentros con los Bárbaros, y la experiencia les mostró que no les convenía caminar en escuadrón cuadrado, sino dar nueva ordenanza aparejada para caminos anchos y para angosturas. Y Tisafernes les seguía siempre con grande ejército, y muchas veces pelearon con su gente los Griegos, aunque no de propósito.

CAPÍTULO I.

Lo que los Griegos hicieron en la pasada de Asia con Cyro, hasta la batalla en que él murió, y lo que después de la muerte de Cyro acaeció, cuando los Griegos se partieron con Tisafernes debajo de treguas, en el primero y segundo libro fué declarado.

Después que los caudillos principales fueron presos, y los otros capitanes y cabos de escuadras y soldados que los siguieron, muertos, quedaron los Griegos en gran cuidado y solicitud, pensando en sus co-

razones que estaban á las puertas del Rey, y que de todas partes se veían cercados de muchas gentes y ciudades de los enemigos, que no habría ninguno que les diese mercado libre para comprar mantenimientos, y que estaban alejados de Grecia más de diez mil estadios, y que ya no tenían caudillo que les guiase para el camino, y que para haber de tornar á sus casas había en medio muchos ríos grandes y difíciles de pasar. Demás desto, veíanse vendidos de los Bárbaros que habían venido en compañía de Cyro, y que se quedaban solos y desamparados, y que no tenían gente de caballo para ayudarse. De manera que estaba claro que, aunque venciesen, no podrían ir en el alcance á los enemigos, para poder matar uno dellos; y si fuesen vencidos, ninguno dellos se podría escapar.

Considerando estas cosas perdían el corazón y desmayaban; y pocos dellos se desayunaron aquella noche, y menos fueron los que osaron encender fuegos; y muchos no cuidaron de ponerse en armas aquella noche en sus estancias, sino que cada cual reposaba donde le tomaba el sueño, no pudiendo dormir de tristeza y congoja, con el deseo de su patria y de sus padres y de sus mujeres é hijos que dejaban, pensando que nunca más los verían.

Y estando así todos apasionados se fueron á reposar aquella noche. Había en el ejército de los Griegos un varón ateniense llamado Xenofonte (1), que les seguía, no como caudillo ni capitán, ni cabo de escuadra ni soldado; sino que Próxeno, su huésped muy antiguo, le había sacado de su casa, prometiéndole que si venía con él que le haría muy gran amigo de

(1) Aquí habla Xenofonte de sí mismo, porque él es este que aquí nombra.

Cyro, «cuya amistad, decía, pienso que te será más útil y ventajosa que la de tu patria.»

Así que Xenofonte cuando leyó su carta en que le enviaba á llamar, comunicó la partida con Sócrates Ateniense: el cual, temiendo que Xenofonte vendría en sospecha de haber cometido crimen contra la república de Atenas, si se hiciese amigo de Cyro (porque, según parece, Cyro se había mostrado por los Lacedemonios, cuando tenían guerra con los Atenienses), aconsejó á Xenofonte que se partiese para Delfos, y consultase la partida con el oráculo de Apolo. Venido Xenofonte á Delfos, preguntó al Oráculo á cuál de los dioses sacrificaría y haría sus votos y plegarias, para que pudiese ir seguramente aquel camino que pensaba hacer, y acabado con prosperidad, tornar salvo á su casa. Apolo le declaró los dioses á quien le convenía sacrificar.

Con esto se tornó á Atenas, y declaró su oráculo á Sócrates: el cual, como se le oyese, le culpaba mucho porque no había preguntado primero cuál de dos cosas le sería mejor, ir ó quedarse; sino que determinado de ir, había preguntado si iría seguro. Mas pues que así había hecho la pregunta, «conviene, dice, hacer todo lo que mandó el dios Apolo.»

Por tanto, Xenofonte, después que hubo hecho sacrificio á los dioses que le declaró el oráculo de Apolo, partió de allí navegando, y alcanzó en Sardis á Próseno y á Cyro que aparejaban su camino para pasar á Asia. Y allí Próxeno le encomendó á Cyro: el cual, por lo mucho que veía que Próxeno le quería, también él deseaba que se quedase, prometiéndole que acabada la guerra luégo le tornaría á su tierra; porque todos decían que aquella armada que hacía era contra los Pisidas.

Así que Xenofonte fué con ellos en aquella guerra

engañado como los otros: no por cierto de Próxeno, porque ni éste ni ninguno de los Griegos sabía que aquellos aparejos se hacían contra el Rey, excepto Clearco. Después que llegaron á Cilicia, fué manifiesto á todos que aquella armada era para contra el Rey. Entonces algunos por miedo del trabajo del camino largo si se tornasen, aunque contra su voluntad, otros de vergüenza de los otros, queriendo ó no queriendo, forzados siguieron á Cyro, y entre éstos fué uno Xenofonte.

Tornando, pues, al propósito, estando él en la misma congoja que los otros, no podía dormir, sino que vencido poco á poco del sueño se durmió; y parecióle entre sueños que veía caer un trueno en la casa de su padre, y que con él toda la casa se ardía. Así que despertó despavorido, y por una parte interpretó su sueño por buen agüero. Porque estando en trabajos y peligros parecía que le venía de mano de Dios aquel fuego; y en parte le puso temor, porque viniendo aquel sueño de Dios, y ardiendo de todas partes el fuego, no veía cómo podría salir de las tierras del Rey, sino que se veía cercado de todas partes de angustias y dificultades.

Y como quiera que este tal sueño se hubiese de tomar, de lo que después dél acaeció se puede así declarar. Porque luégo el suceso acreditó esto mismo: así que siendo despierto comenzó á pensar entre sí mismo: ¿Qué es lo que yo hago aquí? ya la noche se pasa; luégo que sea de día, de creer es que serán aquí los enemigos. Pues si venimos á poder del Rey, quién duda sino que veremos todas las desventuras que se pueden decir, y padeceremos todos los males que se pueden pensar, y después de muchas injurias y tormentos, al fin nos darán la muerte. Ninguno veo que se apareja para resistir, ni tiene cuidado dello; sino

que nos estamos aquí todos ociosos y sin cuidado. ¿Pues de qué ciudad esperaré caudillo que venga para esta hazaña tan grande, ó á qué edad esperaré que me ha de venir conveniente para hacer grandes hechos? porque si hoy me entrego á mí mismo á los enemigos, nunca veré la vejez.

Con estos pensamientos alterado el corazón, se levantó, y llamó los capitanes que habían sido de Próxeno, y cuando todos fueron juntos, les hizo esta oración: «Varones (1) y capitanes: yo ni puedo dormir »tampoco como vosotros, según pienso, ni reposar, »viendo el peligro en que estamos. Porque veo que »los enemigos no nos han declarado la guerra antes »de tener sus cosas bien aparejadas. Y ninguno hay »de nosotros que piense siquiera cómo podremos pe»lear con ellos.

»Pues si nos sometemos al Rey, ¿qué misericordia »pensáis que usará con nosotros aquel que á su pro»pio hermano de un padre y de una madre, aun des»pués de muerto le cortó la cabeza y la mano, y le »puso en un palo? No tenemos patrón ni abogado »ninguno por nosotros, porque le hicimos la guerra »con pensamiento de hacer de un Rey un siervo, y »matarle, si pudiésemos. ¿Pues cómo no pensáis que »vendrá con la misma intención contra nosotros, para »que atormentándonos lo más cruelmente que pueda, »á todos los hombres ponga miedo que no quieran »mover guerra contra él? Así que nos conviene hacer »cuanto pudiéramos, por no venir á su poder.

»Yo, por mi parte, aun cuando teníamos treguas »con el Rey, no podía sosegar, sino que tenía lástima

(1) Oración de Xenofonte á los capitanes griegos, en la cual primero les representa cierto el peligro, para que con el temor que éste les pondrá más fácilmente les pueda mover en lo que les aconseja.

»y compasión de nosotros mismos, juzgando al Rey y »á los suyos por dichosos y bienaventurados, porque »le veía tener tantas tierras, y todos los manteni- »mientos y provisiones necesarias en abundancia, »tantos ministros, tantos ganados, tanto oro, tantas »vestiduras; y á nosotros, por el contrario, tenía por »desventurados cuando pensaba que de ninguno de »todos aquellos bienes éramos participantes, sino que »habíamos de comprar todo lo que hubiésemos me- »nester; y esta lo podían hacer muy pocos, porque no »tenían dineros. De manera, que si no fuese com- »prado (1) no podíamos haber por otra vía lo necesa- »rio, por temor y vergüenza de traspasar el juramento »hecho en las treguas. Así que, considerando todo esto »conmigo mismo algunas veces, temía más entonces »las treguas que ahora temo la guerra.

»Mas ahora que ellos han roto las treguas, y su »injuria y soberbia anda muy de rota, también debe- »mos romper nuestra vergüenza. Todos los bienes »que arriba dije están puestos como de por medio para »ser premios y joyas, de los cuales serán señores los »que de nuestra parte ó de la suya se mostraren más »buenos y esforzados en la contienda. Los jueces de- »lla son los Dioses, que sin duda serán con nosotros, »pues no fuimos contra la religión, ni quebrantamos »sus juramentos, como ellos lo hicieron. Sino que »viendo muchos bienes que pudiéramos haber, nos »refrenamos dellos por guardar el juramento. Por »tanto, me parece que debemos ir á esta contienda »con mayor osadía y confianza que no ellos.

---

(1) Su consejo muestra ante todas cosas ser honesto y digno de hombres honrados, y despues provechoso y necesario y fácil, pues Dios ayudará la parte de los que por tenerle reverencia lo pasan mal.

»Pues demás desto tenemos los cuerpos más acos-»tumbrados que ellos para sufrir el calor y los traba-»jos, y los ánimos y corazones muy mejores que los »suyos con el ayuda de Dios. Porque estos son más »aparejados para ser heridos ó muertos en batalla que »nosotros, y Dios nos dará victoria dellos, como de »antes. Y por ventura esto mismo piensan ahora to-»dos los otros de nuestro ejército.

»Así que por Dios no esperemos que los otros nues-»tros vengan á amonestarnos lo que nos cumple, sino »que nosotros comencemos á mover y animar los otros »para estas obras de esfuerzo y virtud. Mostraos ahora »valientes y esforzados capitanes y merecedores de »los cargos que tenéis más que otros ningunos. Yo, »si vosotros quisiéredes comenzar primero, os segui-»ré, y si me ordenáredes por caudillo y guía, no pon-»dré excusa de la edad; pues la juventud pienso es »más aparejada para estos trabajos.»

Y así dió fin Xenofonte á su razonamiento; el cual, como los capitanes oyesen, todos determinaron de tomarle por caudillo, excepto un tal Apolonides que en lengua beocia dijo, que le parecía devaneo, si alguno esperase la salud de otro que de mano del Rey, y juntamente con esto les ponía delante las dificultades que había de todas partes. Entonces, atajándole Xenofonte, le dijo:

«Buen hombre, paréceme que habiéndolo visto no »lo sabes, y habiéndolo oído no te acuerdas de aquello »á que estuviste presente también como nosotros, y »es que el Rey, cuando supo que Cyro era muerto, se »ensoberbeció en tanta manera por ello que nos envió »á mandar le entregásemos las armas. Mas después »que le respondimos que no las queríamos dar y nos »armamos todos y venimos cerca de sus tiendas ar-»mados á punto de pelear, dime, ¿qué es lo que dejó

»de hacer de todo lo que nos cumplía? Enviando sus »embajadores y pidiendo treguas y mandándonos so»correr con las provisiones necesarias.

»Pero cuando los capitanes y cabos de escuadra »(como tú ahora nos aconsejas que hagamos) vinieron »sin armas á las hablas y conciertos, confiándose en »las treguas veamos, ¿no fueron heridos, punzados, »maltratados, injuriados, dehonrados y atormentados, »de manera que no podían morir los mezquinos, aun»que mucho lo deseaban, según pienso? ¿Pues sabien»do tú todo esto, dices que devanean los que determi»nan de defenderse y nos mandas que vayamos á »rogar al Rey que nos deje las vidas?

»A mí por cierto, varones griegos, me parece que »no debemos admitir este hombre á consejo, sino quí»tarle la capitanía y mandarle que vaya á llevar car»gas, pues para esto sólo es bueno; porque éste des»honra á su tierra, y á toda la Grecia, pues siendo »Griego es tal como veis.»

A esto replicó Agias Stynfalio y dijo: «éste ni tiene que ver con Beocia, ni con Grecia; porque yo sé bien que, á la manera de los Lydios, tiene la una y la otra oreja horadada (1), y así es la verdad.»

Así que, después que todos le desecharon de sí, comenzaron á andar por todas las compañías, y donde hallaban que había quedado capitán ó cabo de escuadra salvos, los mandaban llamar; y donde no, al sotacapitán-teniente. Después que todos fueron juntos se sentaron delante los escuadrones, y serían todos los capitanes y cabos de escuadra que se allegaron allí

(1) Horadarse los hombres las orejas para poner en ellas zarcillos, es cosa muy delicada, fea y mujeril, y usábanlo los Lydios, pueblos de Asia.

hasta ciento. Y cuando esto se hacia era cerca de media noche.

Había en aquel ayuntamiento un varón nombrado Hierónimo Eleo, el más anciano de todos los capitanes de Próxeno, que tomando la mano, comenzó á hablar desta manera: «Considerando el estado presente, varones capitanes y cabos de escuadras, nos pareció sería bien ayuntarnos, y llamaros también á vosotros, para que consultemos juntamente lo que será en bien común de todos. Por tanto tú, Xenofonte, dínos aquí en general lo que poco ha particularmente tratastes con nosotros.»

Entonces Xenofonte les hizo el razonamiento siguiente: «Varones griegos (1), todos sabemos muy »bien que el Rey y Tisafernes prendieron todos los »que pudieron de nosotros, y ahora procuran por trai»ción de matar si pueden á los demás. A nosotros, se»gún pienso, nos cumple hacer cuanto pudiéremos »por no venir á manos de los Bárbaros, sino que antes »ellos vengan á las nuestras.

»Asimismo sabed que nunca tendremos mejor tiem»po que ahora para declarar quién somos los que aquí »nos ayuntamos; porque todos los soldados tienen »puestos los ojos en nosotros, y si nos ven desmayar, »todos serán ruines y cobardes; y si nos ven aparejados para ir contra los enemigos, y saber animar los »amigos, creedme, que nos seguirán y procurarán de »imitarnos.

»Y por cierto que es cosa justa que les excedáis en »gran manera en todo; porque vosotros sois caudillos,

(1) Oración de Xenofonte á los Griegos, en la cual hablando con hombres valerosos y de ánimo ensalzado, por eso les entra luégo por cosas grandes y de hombres magnánimos. Todo lo demás es declararles particularmente su consejo.

»vosotros coroneles y capitanes, y en tiempo de paz »teniáis más bienes y honra que todos estos; pues »ahora en tiempo de guerra es razón que seáis mejo»res que los del vulgo en aconsejar y procurar todo lo »que conviene, y tomar los trabajos los primeros si »fuere menester.

»Ante todas cosas pienso será muy provechoso para »todo el ejército proveer de coroneles y capitanes en »lugar de los muertos; porque si falta quien mande »en el ejército, no se puede hacer nada bueno ni de »provecho. Y para decirlo en suma, en todas las cosas »de guerra la orden las conserva y guarda, y la des»orden las pierde y destruye.

»Cuando hubiereis nombrado los capitanes que son »necesarios, debéis hacer alarde de toda vuestra gente »de guerra, y amonestarlos y animarlos como convie»ne. Porque esto pienso que es lo mejor que podéis »hacer al presente. Porque bien podéis sentir cuán »desmayados bienen á tomar las armas, y cuán flojos »y perezosos á tener las guardas y centinelas. De ma»nera que, estando como ahora están, no sé quién se »podrá aprovechar dellos para cosa alguna que sea »menester de noche ó de día.

»Mas si alguno les puede mandar los corazones á »que piensen, no solamente los males que padecerán »si vienen á manos de los enemigos, pero también lo »que deben hacer como buenos y esforzados, serán más »osados y animosos que de antes. Por lo cual es bien »que sepáis (1) que no los muchos ó más robustos son »los que alcanzan la victoria en la guerra, sino aque»llos que con la ayuda de Dios acometen los enemigos »con mayor ánimo y osadía; y estos son por la mayor »parte aquellos á quien no osan esperar los contrarios.

(1) Cómo se alcanza la victoria en la guerra.

»Y considerando juntamente con esto que todos »cuantos procuran por todas vías que los enemigos »les otorguen la vida, éstos por la mayor parte mue»ren mala y deshonrada muerte; y por el contrario, »los que teniendo la muerte por común y necesaria »á todos los hombres, trabajan por morir con honra, »éstos veo que llegan mas bien á la vejez; y mientras »la vida les dura viven siempre bienaventurados. Pues »teniendo esto por muy cierto, conviene al presente »que os mostréis valerosos y esforzados, y amonestéis »y animéis á los otros que lo sean.»

Y así acabó Xenofonte su razón. Y luego tras él Cherisofo comenzó á decir así: «yo ciertamente, Xenofonte, te conocía hasta aquí, solo porque oía decir que eras Ateniense: mas ahora tengo razón de alabarte por tus dichos y hechos; y querría que hubiese en el ejército muchos tales como tú para el bien común de todos.» Y vuelto á los que allí estaban, dijo: «¿Qué estamos aquí esperando y no vamos á elegir los capitanes que son menester? Y cuando fueren elegidos, venid en medio del ejército, y traedlos ante nos. Y para llamar los otros soldados, venga aquí luégo Tolmides el pregonero.»

Y diciendo esto, se levantó por no esperar más, sino concluir de presto la cosa. Y luego fueron elegidos capitanes, en lugar de Clearco, Timasión Dardanio, y en lugar de Sócrates, Xanticles Acheo, y en lugar de Agias Arcadio, Cleanor Orcomenio, y en lugar de Menón, Filesio Acheo, y en lugar de Próxeno, Xenofonte Ateniense.

CAPITULO II.

Después que fueron nombrados estos capitanes, vinieron en el campo luego de mañana; y puestas sus guardas y centinelas, parecióles sería bien llamar á los otros soldados. Y cuando todos fueron juntos, levantóse el primero Cherisofo Lacedemonio, y habló desta manera:

«Amigos (1) y compañeros, ya veis la fortuna adversa que tenemos, y el estado en que están nuestras cosas al presente, y cuántos y cuán buenos capitanes nos faltan, y cuántos cabos de escuadras y soldados. Demás desto, los de Arieo, que de antes solían ser nuestros compañeros, nos han faltado y hecho traición: mas no por eso conviene desmayar en estas adversidades, sino cobrar corazón, y mostrándonos buenos y esforzados, procurar, si podemos, que venciendo nos salvemos, ó si no, que muramos con nuestra honra. Y no demos lugar que vengamos vivos á manos de los enemigos, para sufrir los males y tormentos que plega á Dios vengan sobre su cabeza.»

Tras este se levantó Cleanor Orcomenio, y habló desta manera: «Varones (2) y amigos, ya veis los perjurios y maldad del Rey: ya veis la perfidia de Tisafernes, que diciéndonos que era vecino de Grecia, y que estimaba en mucho salvarnos, y prometiéndonos

(1) Oración de Cherisofo para animar los Griegos á la guerra.

(2) Oración de Cleanor á los Griegos para persuadirlos á la guerra.

»esto con juramento, y dándonos su fe y palabra, y »tocando su mano derecha, engañó y prendió los ca- »pitanes; y sin tener reverencia á Dios, ni respeto al »derecho del hospedaje, mató á Clearco su huésped y »convidado á su mesa, y con él á los otros capitanes. »¿Qué diremos de Arieo, á quien nosotros quisimos »hacer rey, que nos dió su fe, y tomó la nuestra de no »hacernos traición los unos á los otros? Pues éste no »temiendo á Dios, ni teniendo reverencia á Cyro ya »difunto, de quien fué muy honrado mientras vivió, »se pasó á sus enemigos. Y á nosotros porque somos »amigos y compañeros de Cyro, procura de hacernos »cuanto mal puede: mas plega á los Dioses nos ven- »guen de todos ellos. Así que viendo todo esto, no »dejemos engañarnos más déstos, sino que peleemos »lo mejor que pudiéremos, ó nos pongamos á sufrir »todo lo que Dios ordenare.»

Cuando Cleanor hubo acabado su razón, levantóse Xenofonte muy bien armado y adornado para la gue- rra, considerando que si Dios le otorgaba la victoria, le sería más loable vencer con muy lindos atavíos; y si muriese en la batalla, que sería honroso morir ata- viado como él merecía; y comenzó á hablarles desta manera (1): «Los perjurios y perfidia de los Bárbaros »ya Cleanor os lo ha declarado: pues si ahora de nue- »vo consultamos de tornar á su amistad, de necesidad »manifestaremos muy gran flaqueza y cobardía; pues »vemos y sabemos los males y tormentos que pade- »cieron los capitanes que vinieron á sus manos, por »haberse confiado dellos. Mas si pensamos con las ar- »mas vengarnos de los males que nos han hecho, y »perseguirlos de aquí adelante con guerra descu-

(1) Oración de Xenofonte á los Griegos, para que tomen las ar- mas contra los enemigos.

»bierta, pienso que con la ayuda de Dios tendremos »muchas y muy buenas esperanzas de salvarnos.»

Estando diciendo esto estornudó uno de los soldados del ejército (1): lo cual, como lo oyesen los otros soldados, tomándolo por buen agüero, todos á una se hincaron de rodillas, y comenzaron á adorar á Dios. Entonces dijo Xenofonte: «Paréceme, compañeros, que »haciendo mención de salud, nos mostró Dios agüero »de salud; por tanto, haced á Dios vuestras plegarias, »y vosotros de sacrificios de salud, para cumplirlos »luego que seamos llegados á tierra de amigos. Y »también haced votos á los otros Dioses de hacerles »sacrificios según la posibilidad de cada uno. Y el que »fuere de este parecer alce la mano derecha.» Luégo todos alzaron las manos; y hechos sus votos, comenzaron á cantar el Peán, cántico acostumbrado.

Después de haber cumplido lo que pertenecía al culto divino, tornó Xenofonte otra vez de nuevo al razonamiento que había comenzado, y prosiguió así: «Decía yo, señores, las causas que había por donde »debíamos tener muchas y buenas esperanzas. Pri»meramente nosotros guardamos firmes é inviolables »los juramentos hechos á Dios, y los enemigos como »malos y perjuros los traspasaron, y rompieron tre»guas. Pues siendo esto así, de creer es que Dios »será en nuestra ayuda, y muy contrario á los ene»migos; pues que es bastante y poderoso para humi»llar los soberbios y hacerlos pequeños de grandes, »y ensalzar los humildes y hacerlos grandes de pe»queños, y guardarlos y salvarlos en medio de las ad»versidades y peligros, y cuando él quisiere y le plu»guiere.

---

(1) El estornudo dice Aristóteles que es señal de salud, y buen agüero y sagrado.

»Quiero traeros á la memoria los peligros de vues»tros mayores (1), para que sepáis cuánto os conviene »ser buenos y esforzados: pues que estos tales son los »que con la ayuda de Dios se salvan y escapan de »grandes males y peligros. Cuando vinieron los Per»sas con muy grande armada para destruir á Atenas, »determinaron los Atenienses de salir á ellos; y aco»metiéndolos con ánimo y osadía, los desbarataron y »vencieron. Y como por este vencimiento hiciesen »sus votos á Diana de sacrificarla tantas cabras cuan»tos hombres matasen de los enemigos, no pudiendo »hallar por entonces tantas en toda la tierra, acorda»daron de sacrificarle cada año quinientas, y hasta »ahora se las dan en sacrificio.

»Despues cuando Xerxes rey de Persia, con huestes »innurables entró en Grecia, veamos, ¿nuestros mayo»res no vencieron entonces á los Persas antecesores »destos por mar y por tierra? En memoria destas vic»torias hay los trofeos é insignias de vencimientos; »pero el mayor testimonio de todos es la libertad de »las ciudades en que vosotros sois nacidos y criados: »en las cuales no reconocéis ningún hombre mortal »por señor, sino solamente á Dios del cielo, á quien »adoráis.

»Destos antepasados venís vosotros, sois sus des»cendientes, á quien yo tengo por tales, que no que»réis afrentar ni avergonzar á vuestros mayores. Por»que no han pasado muchos días que, encontrando »con estos Persas que descienden de aquéllos, siendo »muchos más en número que vosotros, los vencisteis »con la ayuda de Dios. Pues si entonces que el debate

(1) Usa de muchos ejemplos, porque son muy poderosos para persuadir, viendo como ve cada uno en ellos cumplido otras veces lo que ahora le quieren dar á entender que sucederá.

»solamente era el reino y señorío de Cyro, os mos»trasteis buenos y esforzados, ahora que la contienda »es sobre nuestras vidas y todos nuestros haberes, »conviene lo seáis mucho más, y los acometáis con »mayor ánimo y osadía.

»Que si entonces no habiéndolos experimentado, y »viendo que sin comparación sus huestes eran ma»yores que las vuestras, confiados en solo el esfuer»zo de los de vuestra tierra y nación, los acometis»teis, ahora que ya tenéis la experiencia dellos, que »aunque eran muchos más, no osaron resistir ni es»perar, no hay por qué tenerles temor ó miedo. Ni »penséis que sois menos ahora, porque se nos rebela»ron y pasaron á los contrarios algunos de aquellos »que en vida de Cyro solían ser con nosotros. Pues »éstos son más ruines y cobardes que los que fueron »vencidos de nosotros; por lo cual no os pese que os »dejasen y se pasasen á ellos. Porque los que son »más aparejados para huir que no para esperar, más »vale verlos en los escuadrones de los contrarios que »en los nuestros.

»Pues si alguno de vosotros (1) está desconfiado por»que no tenemos gente de caballo, y que los ene»migos tienen muchos, considerad que diez mil de »caballo no son más que diez mil hombres; porque »ninguno jamás fué muerto en batalla por modedura »ó coz de caballo. Los hombres, los hombres son los »que obran todo lo bueno ó malo que se hace en las »batallas. Y nosotros vamos en un carro mucho más »seguros que los que van á caballo: porque éstos van »colgados de los caballos, temiéndose no solamente

(1) Responde á todo lo que podria estorbar su persuasión, y así quitando las dificultades, como allanando el camino, hace que pueda penetrar en los ánimos su intento.

»de nosotros, pero también de no caer dellos. Nos»otros andando por tierra más fuertemente heriremos »al que alcanzáremos de cerca, y mejor acertaremos »al que quisiéremos tirar de lejos. En una sola cosa »nos tienen ventaja los de caballo: que pueden huir »más seguramente que nosotros.

»Pero ahora cada cual de nos más aparejado está »para esperar y pelear, que no para huir. Ni tampoco »os debe pesar por no tener ya más á Tisafernes por »caudillo que nos guíe, ó porque el Rey cese de dar»nos mercado libre. Considerad cuál es mejor, tener »por caudillo á Tisafernes, que manifiestamente nos »trate traición, ó tener por guías y caudillos los que »nosotros mismos escogeremos para ello, que pien»sen, si erraren por mal de nosotros, que también erra»rán por mal de sus vidas y de sus cuerpos. Pues ¿cuál »vale más: comprar las provisiones del mercado des»tos, donde nos dan pequeña medida por muy gran »precio, y aun no la podemos haber, ó hacer la me»dida cada uno á su contento como quisiere siendo »vencedores?

»Pues conociendo esto, fácil cosa es de juzgar lo que »fuere mejor. Si pensáis que los ríos son malos de pa»sar y que os engañarán los vados, considerad cuán »locos son en esto los pensamientos de los Bárba»ros (1). Porque todos los ríos, mientras más lejos es»tán, de sus fuentes, son más hondos, y cuánto más »se acercan á ellas, son mejores de pasar: de manera »que apenas se mojen las rodillas los que por ellos »entran.

»Mas puesto que los ríos fuesen malos de pasar, y »no tuvieseis guía ninguna, no por eso habéis de des-

(1) Aquí debe de faltar algo: lo cual anota el comentario latino, aunque no está en el griego notada la falta.

»mayar; pues sabéis que los Misios, que son mejores »hombres de guerra que nosotros, contra voluntad »del Rey tienen en su tierra del Rey muchas y muy »grandes y muy ricas ciudades. Y los Pisidas por el »semejante, según que todos sabemos; y tambien vi- »mos á los Licaones, que ocuparon las fuerzas en los »campos del Rey, y labran y cultivan la tierra, y »cogen fruto della.

»Por tanto, pienso que no sería mal consejo, si mos- »trando por el presente de no querer tornar á nues- »tras casas, nos aparejáremos como para haber de »morar en alguna desta tierra. Porque yo sé bien que »de buena gana daría el Rey á los Misios muchas »guías y muchas rehenes, para enviarlos segura- »mente, y les haría el camino, y aun les daría carros »para partirse; y sé bien que hará con nosotros lo se- »mejante, si nos ve aparejados para quedarnos en su »tierra.

»Mas temo que si una vez nos acostumbramos á es- »tar ociosos, y á vivir en abundancia de todas las co- »sas, y á conversar con las mujeres de los Medos y »los Persas que son muy dispuestas y muy hermosas, »y asimismo con las doncellas, que bien así como los »Lotofagos, nos olvidemos de tornar á nuestras casas. »Por tanto, me parece será justo procurar primera- »mente de ir á Grecia y á nuestros deudos y familia- »res, y mostrar á los Griegos, que de su voluntad »quieren ser pobres y mezquinos, pudiendo traer á »esta tierra muchos de aquellos que moran en sus »ciudades sin hacienda y verlos á aquí ricos y bien- »aventurados. Pero mirad, compañeros, que todos es- »tos bienes serán de los vencedores.»

»Por eso es bien aconsejarnos, ó que nos partamos »lo más seguramente que pudiéremos, ó si fuere me- »nester pelear, que á nuestro salvo peleemos. Cuanto

»á lo primero (1), me parece debemos quemar todos »los carros que tenemos, porque no sean estorbo para »que vayamos do fuere menester ir con el ejército. »Asimismo quememos las tiendas, porque nos dan »gran embarazo llevarlas, y no son de provecho al- »guno, ni para pelear, ni para tener en ellas las pro- »visiones necesarias.

»Demás desto, echemos de nosotros todas las vasi- »jas y alhajas superfluas, excepto aquellas que tene- »mos para servirnos en la guerra, y para el uso del »comer y beber; porque tengamos más hombres para »tomar armas, y menos serviciales que mantener. »Pues sabéis bien que los vencedores son señores de »todo lo ajeno; y si vencemos los enemigos, á ellos »mismos podemos tener por ministros y criados que »nos sirvan.

»Una sola cosa me restaba por decir, que pienso es »la principal. Bien sabéis que los enemigos no osaron »movernos guerra antes que nos tomasen los capita- »nes, teniendo por cierto que mientras hubiese quien »nos mandase, y mientras nosotros obedeciésemos »seríamos más poderosos en la guerra. Mas después »que nos prendieron los capitanes, faltando el mando »y la orden en nuestro ejército, les pareció que fácil- »mente nos podrían destruir.

»Por lo cual conviene que los postreros capitanes »que fueron señalados tengan más atención y cuida- »do, y sean más recatados que los primeros, y los sol- »dados sean muy bien ordenados, y más obedientes á »sus capitanes que hasta ahora han sido; y si alguno »fuere desobediente, este tal sea castigado por mano

(1) Viene á particularizar lo que conviene hacerse después que en general los tiene movidos á querer seguir la guerra por su propia defensa.

»de cualquier de vosotros, y por su capitán. Desta »manera quedarán burlados los enemigos, y el día de »hoy veremos diez mil Clearcos en lugar de uno, que »no permitirán á ningún soldado ser malo.

»Pero ya es hora de poner por obra lo que hemos »acordado, que por ventura los enemigos serán aquí »muy presto. Por tanto, si lo dicho os parece bien á »todos, confirmadlo y aprobadlo, para que se pueda »efectuar. Y si alguno sabe otra cosa mejor, no dude »de mostrarla y enseñarla, por particular y de bajo »estado que sea; pues aquí consultamos del bien y »provecho común de todos.»

Acabado que hubo Xenofonte su razonamiento, levantóse Cherisofo y dijo: «Si alguno tiene más que hablar sobre lo que ha hablado Xenofonte, dígalo luego; y si no, lo que él ha dicho será muy bien que lo aprobemos de presto; y al que le pareciere bien esto todo, alce la mano.» Entonces todos alzaron las manos, y lo aprobaron.

Y tornándose á levantar Xenofonte, dijo: «Compa»ñeros y amigos, oid ahora lo que me parece debemos »hacer primero, y es que nos conviene ir donde ten»gamos mantenimientos y provisiones necesarias. Y »según que he oído, cerca de aquí hay algunos lu»gares muy buenos, que no están más lejos de veinte »estadios de nosotros; pues no tengáis pena, si los »enemigos como gozques ladradores que siguen á los »que pasan, y los muerden cuando pueden, y huyen »de los que tornan á ellos, así estos ahora nos persi»gan á la pasada.

»Y pienso que pasaremos más seguros con nuestros »escuadrones en ordenanza puestos en cuadro, de »manera que tomemos todo el carruaje en medio. Y si »desde ahora ordenamos los que han de ir en la de»lantera, y á los lados y á la trasera, no será menes-

»ter tornar á concertar los escuadrones cuando vinie»ren los enemigos, sino que nos podremos servir y »aprovechar luego de los nuestros, así como van pues»tos en orden.

»Por tanto, si alguno es de mejor parecer, sigámos»le; y si no el mío es que Cherisofo vaya en la van»guardia, porque es Lacedemonio; y á cada lado vaya »su capitan de los más ancianos de nosotros. Y en la »retaguardia iremos yo y Timasión, porque somos los »más mozos, y esto sea por el presente. En lo de ade»lante, si nos pareciere bien esta orden, la guardare»mos; y si no, tomaremos la que mejor fuere: ó si al»guno la ve ó la sabe, dígala luego.»

Pues como ninguno le contradijese, tornó á replicar Xenofonte: «El que fuere deste parecer alce la mano.» Y luego todos alzaron las manos y lo aprobaron. Entonces dijo Xenofonte: «Ahora conviene poner »por obra lo que hemos acordado. Si alguno de vos»otros desea ver su tierra, sus parientes, sus deudos, »haga por ser bueno y esforzado; porque no hay otro »camino por donde irlos á ver sino este. Si alguno »desea la vida, procure la victoria, porque el oficio de »los vencedores será matar, y el de los vencidos será »morir. Y si alguno es codicioso de bienes y riquezas, »trabaje por vencer; porque los vencedores salvarán »lo suyo, y tomarán lo de los vencidos.»

CAPÍTULO III.

Esto dicho, se levantaron todos, y partidos de allí, luego quemaron los carros y las tiendas y las vasijas; y otras alhajas que les sobraban repartieron á los que

no las tenían, y las demás echaron en el fuego. Haciendo esto comían juntamente; y estando comiendo llegó allí Mitradates con hasta cuarenta de caballo, y llamando á los capitanes que le oyesen, les habló desta manera:

«Yo, varones griegos, siempre fuí leal á Cyro, como bien sabeis, y amigo de todos vosotros: ahora què me hallo aquí, estoy con gran pena, por lo que, si yo os viese tomar algún consejo saludable, me llegaria á vosotros con estos que traigo en mi compañía. Por tanto, decidme qué pensamiento es el vuestro, como á amigo y deseoso de vuestro bien, y comunicadlo conmigo, como con aquel que se quiere juntar con vosotros, é ir á donde quiera que fuéredes.»

Entonces los capitanes, apartados un poco, consultaron entre sí la respuesta que le darían; y tomando la mano por todos Cherisofo, le dijo así. «Nosotros todos somos de parecer de partirnos destas tierras, si nos dejan ir en paz á nuestras casas, y seguir nuestro camino sin hacer mal ni daño. Y si alguno nos lo estorbare, pelear contra él con todas nuestras fuerzas.»

Entonces Mitradates procuró demostrarles que era muy difícil cosa poderse ellos salvar contra voluntad del Rey. En lo cual dió bien á entender que se había de tener por sospechoso, mayormente que venía con él uno de los más familiares de Tisafernes para su crédito. Por lo cual les pareció á los capitanes que sería mejor acuerdo que de ahí adelante, mientras estaban en tierra de enemigos, la guerra fuese secreta y no pregonada (1). Mayormente que á la pasada les habían muerto algunos soldados, y entre ellos á Nicarco Arcadio, cabo de escuadra. Y de allí se partió de noche con hasta veinte hombres (*).

(1) Este lugar está falto y depravado en el original griego.

(*) Aunque se han consultado algunas ediciones antiguas, que

Pasado esto, comieron, y después de comer pasaron el río Zabato, y caminaban con sus escuadrones puestos en orden á punto de guerra, llevando todo el carruaje en medio, y los que no eran para tomar armas. No pasaron muy adelante cuando se les pareció Mitradates con doscientos de caballo, y hasta cuatrocientos flecheros y tiradores de honda, bien ligeros y desenvueltos, y acercóse á los Griegos como amigo y compañero dellos.

Cuando fué junto á ellos comenzaron súbitamente los de pie y los de caballo á tirar sus flechas, y los honderos á herir con sus hondas: de manera que los Griegos que venían en la retaguardia recibían mucho daño dellos, sin poder hacer mal á sus contrarios. Porque los Cretenses tiraban más corto que los Persas, y como venían armados á la ligera, estaban cercados de los que traian armas gruesas: los flecheros tiraban tan corto, que no podían alcanzar á los hombres.

Entonces Xenofonte determinó de salir á ellos con los que traían escudos, y armados de armas gruesas, que venían con él en la retaguardia. Y aunque siguieron en pos dellos, no pudieron alcanzar á ninguno de los enemigos, porque no tenían caballos los Griegos, y los de pie tampoco podían alcanzar á los infantes de los enemigos en tan pequeño espacio de tierra. Por otra parte veía Xenofonte que no era bien

---

Gracián pudo tener á la vista, no hemos encontrado este vicio ó depravación que se supone en esta nota: antes bien las hallamos á todas conformes en este lugar, y el sentido que se deduce de él es muy natural y distinto del que le da nuestro traductor. Habían resuelto los capitanes griegos hacer la guerra ἀχήρυχζον, *sin pregoneros*, esto es, *sin vistas ni conferencias* con Tisafernes, general de los Persas; *porque en estas vistas seducían los soldados, como con efecto habían ya seducido al capitán Nicarco Arcadio, que se huyó de noche con casi veinte hombres*; y esto es puntualmente lo que dice el texto.

alejarse de los suyos por seguir los enemigos. Los hombres de caballo Bárbaros, cuando iban huyendo, tiraban desde los caballos por detrás, y herían muchos de los Griegos. Y cuanta tierra ganaban los Griegos siguiéndolos en el alcance, tanto les convenía retirarse atrás peleando.

Por lo cual en todo el día no pudieron pasar más de veinticinco estadios; y ya que anochecía, llegaron á los lugares que arriba dijimos, donde les tomó la misma congoja que de antes. Y Cherisofo y los capitanes más ancianos culpaban á Xenofonte, que por seguir los enemigos, se había apartado del ejército y puesto su persona á peligro, sin haber hecho ningún daño.

Oyendo Xenofonte esto, respondióles que tenían razón en culparle, y que la obra daba testimonio dello. «Mas á mí, dice, me fué forzoso salir á los ene»migos, porque veía que sufríamos mucho mal estan»do quedos, sin poder hacer enojo á los contrarios. Y »después que los seguimos, es muy gran verdad lo »que decís, que no les pudimos hacer más mal que de »antes, y nos retiramos con gran trabajo. Pero á Dios »gracias que peligramos pocos, y con pequeña pér»dida conoceremos para adelante lo que nos cumple.

»Que ya sabemos que los enemigos tiran sus flechas »y hondas más largo que los nuestros flecheros cre»tenses ó los otros tiradores de mano pueden tirar »contra ellos. Por lo cual, cuando los seguimos, no »conviene apartarnos lejos del ejército, y en poco tre»cho de tierra no puede uno de pie, por ligero que »sea, alcanzar á otro, ni aun en espacio de un tiro de »arco. Así que si queremos de aquí adelante entrar »en el ímpetu de los enemigos, de manera que no nos »puedan hacer mucho daño cuando vinieren nos»otros, será menester proveernos de presto de honde»ros y de algunos hombres de caballo.

»Yo he entendido que de los soldados rodios que es-»tán en nuestro ejército hay muchos que saben muy »bien tirar la honda, y que tiran el tiro doblado más »lejos que los tiradores persas nuestros enemigos. »Que estos Persas, porque tiran pelotas de piedra »grandes, no pueden tirar sino muy corto el tiro; mas »los Rodios nuestros saben aprovecharse bien de las »pelotas de plomo. Así que en todo caso debemos bus-»car éstos en el ejército y darles á cada uno un sueldo »de plata, y otro tanto al que hiciere las hondas. Y los »que para esto fueren ordenados serán libres y exen-»tos de los otros cargos de guerra. Y desta manera »por ventura hallaremos quien nos ayude para esto.

»Asimismo sabemos que en el ejército hay algunos »caballos, parte dellos están en mi poder y parte en »el de otros de aquellos que dejó Clearco, y otros mu-»chos que fueron tomados de los enemigos en guerra, »de que nos servimos al presente para el carruaje. »Pues si entre todos estos escogemos los mejores para »pelear, y en lugar dellos ponemos otras bestias de »carga, por ventura podremos más fácilmente alcan-»zar los enemigos cuando fuéremos en pos dellos.» A todos les pareció muy bueno este consejo de Xenofonte, y lo aprobaron por tal; y luégo la misma noche ordenaron hasta doscientos tiradores de hondas, y el día siguiente hasta cincuenta caballos y otros tantos hombres de armas, á los cuales todos armaron de sus cotas y coseletes, y señalaron por capitán dellos á Lycio Ateniense, hijo de Polistrato.

CAPÍTULO IV.

Y en esto se detuvieron todo aquel día. Venida la mañana, se levantaron luego que vieron la luz y alzaron su Real, porque habían de pasar un arroyo muy grande, y se temían que los enemigos los acometerían á la pasada dél. Y no les engañó su pensamiento, que apenas fueron pasados cuando se les apareció otra vez Mitradates con mil de caballo y hasta cuatro mil flecheros y tiradores de honda, que tantos había pedido á Tisafernes, y los recibió dél, prometiéndole que con estos solos le entregaría los Griegos en sus manos. Porque estaba muy ufano, porque la vez de antes, con pocos que llevaba consigo, pensaba haber hecho gran daño á los Griegos, sin que él recibiese mal ninguno.

Ya que los Griegos estaban ocho estadios de la otra parte del arroyo, pasó Mitradates con su hueste. Estaba ya dispuesto qué tropa, así de infantería ligera como de armas gruesas, debía seguir el alcance, y también se mandó á los de caballo que acometiesen con mucha osadía á los enemigos, diciéndoles que de ahí á poco rato les vendría más gente en su ayuda.

Cuando Mitradates fué más cerca de los Griegos comenzaron todos los tiradores de hondas y todos los flecheros á tirar á una á los contrarios. Mas luego que la trompeta hizo señal á los Griegos, arremetieron para los enemigos como lo habían ordenado, así los de pie como los de á caballo, con tanto ímpetu, que los de Mitradates no les osaron esperar, sino que volvieron las espaldas hacia el arroyo y huían á más no

poder de los Griegos, que seguían en pos dellos. En este alcance fueron muertos muchos infantes de los Bárbaros, y en el arroyo perecieron algunos de los de caballo y fueron presos hasta diez y ocho. Los Griegos, sin ser mandados de sus capitanes, despedazaban cruelmente los Bárbaros que mataban, por poner más espanto á los enemigos cuando los viesen.

Y con esta pérdida se partieron los enemigos. Y así los Griegos, caminando seguramente lo que quedaba del día, llegaron al río Tigre, donde había una ciudad grande y despoblada, que se llama Larisa, que otro tiempo fué habitada de los Medos: los muros della tenían de ancho veinticinco piés, y de alto ciento, y en circuito dos leguas. Eran labrados de ladrillo, y el cimiento era de piedra hasta la altura de veinte pies.

Esta ciudad tuvo cercada el Rey de Persia, cuando los Persas ganaron el reino á los Medos, y nunca la pudo tomar hasta que la oscureció el sol cubierto de nieblas, y los ciudadanos, desmayados de miedo, se la dieron, y así fué tomada. Delante desta ciudad había una torre de piedra muy alta, que tenía cien pies de ancho y doscientos de alto, donde se recogieron muchos de los Bárbaros que venían huyendo de las comarcas.

De aquí se partieron, y en una jornada caminaron seis leguas hasta que llegaron á una fortaleza grande, pero yerma y despoblada, situada cerca de una ciudad que tenía por nombre Mespila, la cual también fué habitada antiguamente de los Medos. Las bases ó cimientos de esta fortaleza eran de piedra tajada en figura de conchas: tenían de ancho cincuenta pies y otros tantos de alto, y sobre ellos los muros labrados de ladrillo, que tenían de ancho cincuenta pies y ciento de alto, y en el cerco seis leguas. A esta ciudad, según cuentan, se acogió Media, mujer del Rey

de los Medos, que venía huyendo cuando se perdió el reino de los Medos y le tomaron los Persas. Y teniéndola entonces cercada el Rey de Persia mucho tiempo, no la pudo tomar por fuerza ni por hambre, hasta que los moradores della, espantados y atónitos con los grandes truenos que oyeron del cielo, se le dieron, y así fué tomada.

Partidos de aquí, caminaron en una jornada cuatro leguas, y en esta primera jornada se les tornó á poner delante Tisafernes con los suyos de caballo y con toda la gente de Orontes, yerno del Rey, y los Bárbaros que solían ser de Cyro, y los que tenía el hermano del Rey, que venía en su ayuda, y sobre todos estos los que el Rey le había dado, de manera que daban muestra de muy gran ejército. Cuando fué cerca de los Griegos, puso sus escuadrones en orden, parte dellos en la retaguardia y parte á los lados; mas no osó acometerlos, porque no se quería poner á peligro, sino que mandó á los tiradores de hondas y á los flecheros que tirasen á los nuestros.

Los tiradores rodios nuestros que fueron ordenados para las hondas y los flecheros scythas comenzaron también á tirar á los contrarios tan diestramente, que no erraban á hombre dellos, ni podían aunque quisiesen. Viendo esto Tisafernes, se retiró de presto donde no le pudiesen alcanzar los tiros, y también los otros sus escuadrones se retiraron. Y los nuestros caminaron lo que les quedaba del día, siguiéndolos de trecho á trecho los enemigos, aunque no les osaban tirar como de antes, porque los Rodios tiraban más lejos su honda que los Persas y mucho más que los flecheros.

Porque los arcos de Persia, por ser grandes, tenían las flechas mayores, y los nuestros se aprovechaban de las que habían cogido de los enemigos, y disparando á lo alto, se ejercitaban y acostumbraban á

tirarlas muy lejos. Y en los lugares hallaron muchos nervios para cuerdas de los arcos y plomo para hacer pelotas á las hondas.

Y este día, después que los Griegos marcharon hasta llegar á los lugares y se acamparon en ellos, los Bárbaros se retiraron, llevando la peor parte del encuentro pasado. El día siguiente se detuvieron allí los Griegos para proveerse de mantenimientos, porque había mucho pan en aquellos lugares. Otro día por la mañana continuaban su camino por el campo, y Tisafernes los seguía tirándoles de lejos.

Entonces conocieron los Griegos que no era buena la orden que primero habían pensado de ir puestos en escuadrón cuadrado, viniendo sus enemigos á las espaldas. Porque estrechándose los cuernos del escuadrón cuadrado, como de necesidad habían de estrecharse, cuando el camino angosto, los montes ásperos ó las puentes los constriñesen, ó caminarían despacio, ó irían apretados los armados, ó se desordenarían los soldados; y salidos fuera de la ordenanza no serían de provecho para pelear con los enemigos, si en aquel instante los acometiesen.

Y por el semejante, si se abriesen las frentes del escuadrón cuadrado y se dividiesen los que de antes iban juntos, dejando el espacio de en medio vacío de gente, los que se apartasen á la una parte ó á la otra desfallecerían si los enemigos los acometiesen solos, como suele acaecer al pasar alguna puente ó otro paso estrecho, donde cada cual se apresura por ser el primero, y desta manera serían más fácilmente apremiados de los enemigos.

Entendiendo esto los caudillos, ordenaron seis compañías de cien hombres cada una, y señaláronles sus capitanes, y otros cabos para cada cincuenta hombres y cada diez. Y cuando caminaba todo el ejército jun-

to, si se estrechaban los cuernos del escuadrón, quedaban los capitanes atrás, porque no se desconcertase la gente, y venían en seguimiento por defuera de los cuernos.

Y cuando se abriesen los lados del escuadrón cuadrado, estas compañías de ciento hinchirían todo lo vacío que quedaba en medio del escuadrón, para que los que se apartasen no estuviesen tan estrechos; y si estos apartados se extendiesen, sucediesen en medio las compañías de cincuenta, y si estuviesen muy extendidos, supliesen las escuadras de diez en el lugar vacío. De suerte que siempre estuviese lleno de gente el campo de en medio, y cuando fuese menester entrar por algún paso estrecho ó pasar alguna puente, no se turbasen ni desordenasen, porque siempre estos capitanes iban en su lugar para correr de presto á la parte del ejército que tuviese más necesidad de socorro.

Desta manera caminaron cuatro jornadas, y á la quinta vieron de lejos un castillo y muchos lugares en torno dél, á donde los llevaba el camino por unos collados altos que estaban debajo de un monte, y al pie dél estaba un lugar. Cuando los Griegos vieron los collados fueron muy alegres, porque sabían que los enemigos se confiaban mucho en gente de caballo, que por lugares ásperos no serían de mucho provecho. Pasados del campo, comenzaron á subir el primer collado, y descendían dél para subir el otro.

Entonces llegaron los Bárbaros cerca dellos, y tirábanles desde lo alto del collado á lo bajo con hondas y arcos muchas piedras y flechas, de que algunos de los nuestros fueron heridos: y muchos de los Griegos que iban armados á la ligera, fueron apremiados y cercados de los enemigos; de manera que este día no pudimos aprovecharnos de nuestros tiradores de hondas y flecheros.

Porque si los Griegos apremiados de los enemigos se volvieran á ellos, tarde pudieran llegar á lo alto, por causa de los soldados que entre ellos venían armados de armas gruesas; mas los enemigos subían de presto, y tornaban á los suyos. Lo mismo les acaeció á la subida del otro collado; por lo cual determinaron de no mover con su hueste del tercero collado, hasta que la gente de escudos por el lado derecho della viniese al monte.

Y viendo los enemigos que lo hacían así, no curaron de acometer los Griegos á la subida del monte, temiendo que si dividían su ejercito, serían tomados en medio de los Griegos por ambas partes. Y así pasaron lo que quedaba del día, continuando su camino, unos por las faldas de los collados, y otros por el monte, hasta que llegaron á los lugares, donde luego que fueron llegados, ordenaron ocho cirujanos para curar los heridos, que había muchos.

Aquí se detuvieron tres días por causa de los heridos, y porque tenían abundancia de mantenimientos, así harina como vino, y mucha cebada, de que pudieron bien hartar sus caballos, y otras provisiones que los de la tierra tenían allegadas para el Sátrapa ó Gobernador de la provincia.

Al cuarto día descendieron al campo, donde los alcanzó Tisafernes con todo su poder; de manera que á los Griegos les pareció sería bien parar en el primer lugar, y no partir de allí para ir á pelear con los enemigos en el camino; porque había muchos que no estaban para pelear, unos por estar heridos, otros porque traían los heridos, y otros porque llevaban á cuestas las armas de los que los traían. Apenas habían asentado su Real en el lugar, cuando los Bárbaros comenzaron á tirarles acercándose al lugar. Mas los Griegos se defendieron muy valientemente: porque sa-

liendo de su Real, podían más fácilmente resistir á los enemigos, que no pelear con ellos en el camino cuando los acometían.

Ya que anochecía, parecióles á los enemigos que sería hora de retirarse: porque siempre asentaron su Real por lo menos sesenta estadios apartado del Real de los Griegos, temiendo que no les acometiesen los nuestros de noche. Porque el ejército de los Persas es mal aparejado para pelear de noche; porque atan los caballos, y muchas veces les ponen también sueltas en los pies, porque no huyan cuando se soltaren. Así que si viniese algún rebato de noche, el Persa de necesidad se ha de parar á ensillar el caballo y enfrenarle, y armarse de su cota, y después subir á caballo; lo cual todo es muy difícil de hacer de noche, mayormente con sobresalto: y por esta causa asentaban su Real muy lejos del de los Griegos.

Sintiendo los nuestros que los Bárbaros se querían retirar, tocaron al arma de manera que lo pudiesen oir los enemigos, que no estaban lejos. Entonces ellos se pararon, y estuvieron quedos un rato; y siendo un poco más tarde se partieron. Porque entendían que en ninguna manera les convenía caminar de noche ó asentar su Real.

Luego que los Griegos supieron de cierto que ya eran partidos, levantaron ellos también su Real, y caminaron cerca de sesenta estadios, dejando los enemigos tanto espacio de tierra atrás, que ni el día siguiente ni otro después pudieron venir á vista de los nuestros. El cuarto día de noche se nos acercaron los Bárbaros, y ocuparon la cumbre de un monte sobre la mano derecha, por donde los nuestros habían de pasar, de donde había una bajada que venía á dar al campo.

Cuando Cherisofo vió que los Bárbaros tenían to-

mada la cumbre del monte, hizo llamar á Xenofonte de la retaguardia, mandándole que tomase la gente que traía escudos, y con ellos se pasase de donde estaba á la vanguardia. Mas Xenofonte no quiso moverlos de su estancia, porque tenían á la vista á Tisafernes con todos los suyos; sino que arremetiendo su caballo vino donde estaba á Cherisofo y preguntóle: «Dime, ¿por qué me llamas?» Respondió Cherisofo: «Ya puedes ver que los enemigos tienen la cumbre del monte, y no podemos pasar sino por la punta de la espada. Por eso, dime: ¿por qué no traes contigo la gente de escudos? «Entonces le dijo Xenofonte que no le había parecido buen consejo dejar la retaguardia sola, estando los enemigos á vista de ojo. «Pues luego, dice Cherisofo, trabajemos por echarlos de la cumbre.»

Entonces Xenofonte, parando mientes que en la cuesta del monte que estaba sobre ellos se parecía una senda que venía á dar á la cumbre donde estaban los enemigos, dijo: «Bien será, Cherisofo, que subamos de presto esta cuesta; porque si una vez la tenemos, no podrán los enemigos estar en aquel lugar que ahora están sobre el camino. Por tanto, ó tú queda con el ejército, y yo quiero ir allá; ó si no quieres esto, vé tu al monte, que yo quedaré aquí con él.» A esto respondió Cherisofo: «Yo te doy á tí que escojas de las dos cosas la que quisieres.»

Entonces dijo Xenofonte, que por cuanto era más mozo, escogía de ir: y pidió que le enviase un escuadrón de los de la vanguardia, porque sería muy largo traer los de la retaguardia. Y Cherisofo le envió la gente de escudos de la vanguardia, y algunos de los que iban en medio: y mandó que fuesen en pos destos trescientos soldados de los más escogidos que el tenía en la vanguardia.

Y así todos se partieron con Xenofonte lo más prestamente que pudieron. Cuando los enemigos vieron que los Griegos enderezaban su camino á la cuesta del monte, luego ellos movieron á porfía á la misma cuesta. Aquí comenzaron á dar voces y alaridos así los de Xenofonte como los de Tisafernes, llamándose y amonestándose los unos á los otros.

Xenofonte, pasando con su caballo adelante, animaba y esforzaba á los suyos, diciendo: «Ea, varones, ahora pensad que peleáis sobre la tornada á Grecia, por vuestros hijos y por vuestras mujeres; ahora sí trabajaréis un rato, lo demás caminaremos sin contienda ni pelea ninguna. Entonces Soteridas Sicyonio dijo: «Mira, Xenofonte, que no somos iguales, porque tú vas sobre tu caballo, y yo voy á pie, trabajado con este escudo pesado á cuestas.»

Oyendo esto Xenofonte (1), saltó del caballo, y lanzó á Soteridas del lugar de la ordenanza, y tomándole su escudo y abrazándose con él, pasó adelante lo más presto que pudo; aunque tenía á la sazón vestida una cota de cabalgar, que le daba gran peso. Y así amonestando á los que iban en la delantera, y animando á los que venían detrás que le siguiesen, comenzó á subir.

Los otros soldados herían y deshonraban á Soteridas, hasta que le constriñeron á que tomase su escudo y caminase adelante con los otros. Entonces Xenofonte tornó á subir á caballo, y por donde se podía andar iba cabalgando; y por lugares ásperos descendía del caballo y caminaba á pie; y desta manera llegaron á la cuesta del monte mucho antes que los enemigos.

---

(1) Cómo trató Xenofonte á un soldado que le parecía mal porque Xenofonte andaba á caballo.

CAPÍTULO V.

Viendo esto los Bárbaros, volvieron las espaldas, y comenzaron á huir cada uno cuanto más podía. Cuando les Griegos tuvieron la cuesta, los de Tisafernes y Arieo tomaron otro camino, y se tornaron. Entonces Cherisofo con toda su gente descendió del monte en el campo, y allí asentó su Real en un lugar muy lleno de todos bienes; y en este campo había otros muchos lugares junto al río Tigre, donde había gran copia y abundancia de mantenimientos y provisiones.

Ya quería anochecer, cuando se aparecieron los enemigos de repente en el campo, y mataron muchos de los Griegos que hallaron desmandados robando por el campo, que habían tomado muchos ganados que se habían pasado de la otra parte del río.

Tisafernes y los suyos comenzaron á quemar los lugares; de lo cual los Griegos hubieron gran pesar, porque pensaban no hallar mantenimientos de ahí adelante; si los enemigos quemaban los lugares. Los de Cherisofo se retiraron, después de haber socorrido á los suyos; pero Xenofonte, habiendo bajado al llano, y pasando á caballo por los escuadrones, decía á los Griegos que venían de socorrer á sus compañeros:

«Mirad, varones griegos, cómo los enemigos nos desamparan la tierra; pues habiendo hecho tratos con nosotros que no quemásemos las tierras del Rey, ellos mismos las queman, como si fuesen ajenas. Ahora nos verán pasar por los lugares que nos dejaron llenos de mantenimientos: por tanto, Cherisofo, si te

parece, vamos á socorrer estos lugares que no se quemen, como si fuesen nuestros.—En ninguna manera, dice Cherisofo, antes me parece que nosotros también les peguemos fuego; y así dejarán de hacer los enemigos lo que hacen.»

Después que todos se tornaron al Real, los unos se fueron á proveer de mantenimientos, y otros á reposar; mas los caudillos y capitanes, ayuntándose todos, comenzaron á tomar consejo sobre lo que habían de hacer. Que veían gran dificultad en sus cosas, porque de la una parte estaban cercados de muy altos montes, y de la otra había un río tan hondo, que apenas una lanza de armas alcanzaba al suelo cuando lo probaron. Así que, dudando todos en tal caso, perplejos, llegó á ellos un hombre natural de Rodas, y díjoles que si le daban los aparejos necesarios y un talento por su paga, que él les daría orden cómo pasasen de una vez cuatro mil soldados de la otra parte del río.

Preguntando qué era lo que había menester, respondió que dos mil odres. «Y estos, dice, se podrían haber fácilmente, porque yo veo aquí muchas ovejas, cabras, bueyes y asnos que podemos matar y desollar; y con los cueros dellos cosidos é hinchados daremos manera de pasar el río á placer. También, dice, he menester muchos lazos y correas de las que vosotros usáis para uñir las bestias, con que ate los odres unos con otros, componiendo cada cual asido uno con otro, y colgaré unas piedras grandes dellos que apesguen de una parte y de otra en lugar de áncoras, y metidas en el agua las ataré de ambas partes, y encima de los cueros echaré muchos sarmientos y tierra pisada. Y desta manera bueno es de conocer que no se hundirán, porque un odre puede sustentar dos hombres que no se vayan á hondo; y la tierra y sar-

mientos que irán encima pisados, servirán para que no se resvalen los pies.»

Oyendo esto los capitanes, parecióles que la invención era ingeniosa y bien avisada; pero parecía la obra imposible; porque de la otra parte del río había muchos de caballo de los enemigos, que luégo lo estorbarían á los primeros que comenzasen, y no les dejarían hacer nada.

Por tanto, no curando nada desto, el día siguiente comenzaron á tornar atrás, hacia Babilonia, derecho á los lugares que no estaban quemados; y toda la tierra por donde pasaban quemaban. Cuando los enemigos vieron esto que hacían, no quisieron pasar adelante para atajarlos, sino que estaban maravillados, pensando dónde se volverían los Griegos, ó qué determinaban de hacer.

En este medio, mientras los soldados se ocupaban en buscar sus mantenimientos, los caudillos y capitanes se tornaron á juntar á consejo; y mandando traer ante sí los cautivos que habían preso en aquella guerra, por tormentos quisieron saber dellos los lugares de la tierra donde estaban. Y ellos dijeron que al Mediodía estaba Babilonia y Media por donde antes habían venido; al Oriente, Susia y Ecbatana, donde el Rey acostumbraba á tener los veranos y primaveras; y que si pasaban el río hacia el Occidente, vendrían á dar en las provincias de Lidia y Jonia; y si caminaban por los montes hacia el Septentrión, irían derechos á tierra de los Carduchos.

Decían que éstos habitaban en los montes, y que eran muy robustos y belicosos y que no obedecían al Rey. Porque un tiempo que el Rey había enviado contra ellos un ejército poderoso de más de ciento y veinte mil hombres, no había tornado ninguno dellos; porque no pudieron salir de aquellas montañas

y lugares ásperos; pero cuando estaban confederados con el Sátrapa que gobernaba las tierras llanas comarcanas, libremente se conversaban los unos á los otros, y pasaban de una tierra á otra.

Oído esto los capitanes, mandaron á los cautivos que se apartasen á fuera, sin manifestarles para dónde entendían caminar: y consultaron entre sí que de necesidad habían de ir por los montes entre los Carduchos, para pasar de allí en Armenia, donde á la sazón estaba por gobernador Orontes, que era provincia grande, muy fértil y rica, de donde podían muy bien pasar á cualquiera tierra que quisiesen ir.

Habiendo determinado esto, hicieron sus sacrificios, por no detenerse al tiempo de la partida; porque se temían que los enemigos no les tomasen el paso de los montes: y mandaron á los soldados que comiesen y reposasen para que oyendo la señal alzasen el Real, y los siguiesen.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Los Griegos mudan el camino que llevaban para irse por los montes de los Carduchos, enemigos de los Bárbaros. Estos Carduchos les vedaban el paso, y así eran forzados los Griegos siempre á caminar peleando por los montes, y acometiendo grandes cosas, señaladamente en la subida de una gran montaña. Los Griegos al fin llegaron á Armenia, y allí los de la tierra también los acometían, y estorbaban la pasada del río Centritis. Después por concierto tuvieron el paso libre por toda la Armenia, aunque no sin algunas peleas. La nieve también por la cual caminó el ejército algunos días les hizo mucho daño. También tuvieron que pelear con los Fasianos y otras gentes sus comarcanas, y con los Colcos casi pelearon en batalla tendida, sino que por huirles tan presto, no duró mucho.

CAPÍTULO I.

Lo que los Griegos hicieron en la entrada de Asia con Cyro su caudillo hasta la batalla en que él murió, y lo que acaeció después de la batalla, miéntras duraron las alianzas y treguas hechas entre el Rey y los capitanes que pasaron con Cyro, y lo que sucedió, después que el Rey y Tisafernes en su nombre las rompieron, y la guerra que tuvieron los Griegos con el ejército de los Persas que los perseguían, en el tercer libro fué declarado.

Ya que llegaron al río Tigre, que por ser muy ancho y muy hondo de todas partes no se podía pasar, viendo sobre él los montes de los Carduchos, que eran muy altos y muy ásperos, determinaron los capitanes de ir por medio dellos, pues no tenían pasada por otra parte.

Porque de los cautivos habían entendido que pasados los montes de Carduchia llegarían á las fuentes del río Tigre que nacen en Armenia; y si querían pasarlo por allí, podrían hacerlo fácilmente, y si no pasarían alderredor dellas. Y los mismos decían que no estaban lejos del río Tigre las fuentes del río Eufrates, que también se podían pasar por aquella parte, porque iba estrecho.

Así que, sabido esto, tomaron su camino derecho á los montes de Carduchia lo más secretamente que pudieron, por no ser sentidos de los enemigos, anticipándose á tomar la cumbre del monte antes que los enemigos les previniesen. A la postrera vela, cuando les quedaba tanto de la noche, que podían pasar todo el campo á obscuras, levantáronse todos, como les fuera mandado, y caminando juntamente con gran silencio, llegaron al monte ya que amanecía.

Cherisofo guiaba en la delantera con sus compañías y con todos los soldados armados á la ligera; y Xenofonte iba en la retaguardia con los soldados armados de armas gruesas, sin que llevase ninguno de los ligeros; porque no había peligro que subiendo los primeros el monte, les acometiese alguno por las espaldas. Y desta suerte, antes que los enemigos los pudiesen sentir, llegó Cherisofo con su gente á la cumbre del monte, y de ahí continuó su camino, siguiéndole todo el escuadrón, hasta que descendieron á los lugares que estaban en los llanos del monte.

Cuando los Carduchos los vieron, tomaban sus mu-

jeres é hijos, y con ellos huían á los montes, desamparando sus casas. Había aquí gran cantidad de víveres, y las casas estaban llenas de vasos de hierro y acero de valor, y no robaban nada dellas los Griegos, ni hacían mal á los hombres, sino que los perdonaban, hasta saber si los dejarían pasar en paz por la tierra, pues decían que eran enemigos del Rey: solamente tomaban las provisiones necesarias, como las hallaba cada uno, porque tenían necesidad dellas.

Mas las Carduchos ni quisieron venir cuando los nuestros los llamaron, ni mostraron ninguna buena señal de amistad. Antes cuando los postreros escuadrones de los Griegos descendían del monte á los lugares viniendo de noche obscura, porque habían gastado todo el día en pasar aquel camino estrecho, se ayuntaron algunos de los Carduchos, y acometieron los que se quedaban atrás, y mataron algunos dellos, y á otros hirieron con piedras y flechas, siendo muy pocos los Carduchos.

Porque el ejército de los Griegos les había acometido de improviso, y á la verdad que si fueran muchos, peligrara la mayor parte del ejército de los Griegos. Aquella noche se albergaron los Griegos en los lugares, estando en medio de los Carduchos que estaban alderredor, y encendían lumbre en los montes, guardándose los unos á los otros.

Venida la mañana se juntaron á consejo los caudillos y capitanes de los Griegos, y determinaron de retener solamente las bestias más necesarias para el carruaje, porque pudiesen caminar más ligeros, y dejar todos los otros embarazos, y los cautivos y esclavos que poco antes fueran tomados en la guerra.

Porque los retardaban en el camino las muchas bestias y esclavos que había, y muchos de aquellos que tenían cargo desto no eran para pelear y tenían do-

blada costa con ellos, habiendo de llevar á todas partes tanto número de hombres inútiles. Y como fué ordenado, así lo mandaron luégo pregonar y publicar.

Después que hubieron comido, comenzando á caminar los capitanes, se pusieron en una senda angosta por donde todos pasaban, y al que hallaban con algo de aquello que habían mandado dejar, se lo quitaban. Todos fueron muy obedientes á su mandado, sino fué á dicha alguno que á escondidas pasaba alguna moza hermosa su amiga, ó otra cosa muy preciada. Y así caminaron este día á ratos peleando, y á ratos descansando.

El día siguiente, aunque les amaneció con gran frío y tempestad, les fué forzado de caminar, porque no tenían hartos mantenimientos. Iba Cherisofo guiando en la delantera, y Xenofonte en la retaguardia; porque los enemigos los apretaban muy reciamente y por lugares estrechos se les acercaban y tiraban piedras con las hondas y con arcos saetas. De manera que los Griegos eran constreñidos volver á ellos para defenderse; y otras veces retirándose á caminar á paso y despacio. Por lo cual Xenofonte, que venía en la retaguardia, hacía señas á menudo que esperasen los que iban delante, porque los enemigos los apretaban.

Mas Cherisofo, que otras veces solía mandar á los suyos que se detuviesen, entonces no quería esperar, sino que se apresuraba cuanto podía, y mandaba á los otros que le siguiesen. Por donde manifiestamente se conocía que había causa para ello; pero no había espacio para venírselo á preguntar. De manera que los de la retaguardia caminaban tan apriesa, que á todos parecieran huir. Y en este rebate murió Cleonymo Lacedemonio, varón bueno y esforzado, herido de una saeta que le falseó el escudo y la cota, y le pasó al

costado, y también murió Basias Arcadio con otra que le atravesó la cabeza.

Cuando vinieron á juntarse los capitanes, luego Xenofonte, así como estaba de camino se llegó á Cherisofo, y le preguntó la causa por qué no había esperado, sino que los había constreñido á huir y pelear juntamente. «Ves aquí, dice, fueron muertos dos hombres de los más esforzados, que ni pudimos ni tuvimos espacio de levantarlos ni enterrarlos.»

A esto le respondió Cherisofo diciendo: Alza los ojos, Xenofonte, y mira estos montes tan ásperos y altos, que no hay por donde se puedan pasar: sólo un camino, como ves, hay por montañas, y éste muy angosto y cercado de tanta multitud de gentes que guardan la garganta del monte por donde forzosamente hemos de bajar á lo llano. Por esto solo me apresuraba sin quererte esperar, para prevenir los enemigos y tomar la cumbre del monte antes que ellos la ocupasen como pensaban, para estorbarnos desde allí la pasada. Porque las guías que tenemos me decían claramente que no hay otro camino por donde ir sino este.

Respondióle Xenofonte: «Pues yo tengo otras dos guías que tomé de los enemigos. Porque cuando los enemigos nos acosaban me puse en celada, siquiera por respirar algún tanto del trabajo de la guerra, y entonces matamos algunos dellos y procuramos de tomar algunos dellos vivos, por tener algunas guías que supiesen la tierra de que nos pudiésemos servir.»

Luégo hicieron traer los dos hombres cautivos ante sí, y separadamente les preguntaron si sabían algún otro camino fuera de aquel público y conocido. El uno dellos dijo que no, y aunque por muchas amenazas le apretaron, siempre negó. Cuando vieron que no podían sacar dél cosa que les aprovechase, á vista del otro le degollaron. Entonces el compañero que que-

daba vivo dijo, que aquél había negado lo que sabía, porque temía le viniese algún mal á una hija casada que tenía en un lugar por el camino que sabía: mas que él los llevaría por un camino por donde las bestias también podían ir á placer.

Preguntado si había otro mal paso alguno, respondió que tan solamente había una cuesta, la cual habían menester tomar antes que los enemigos; porque de otro modo, decía ser imposible poder pasar. Oído esto, los capitanes mandaron llamar los cabos de escuadras y la gente de escudos, y algunos de los armados de armas gruesas, y declarándoles lo que pasaba, les dijeron que si había alguno entre ellos que quisiese dar muestra de su esfuerzo y valentía, se ofreciese de tomar á su cargo aquel hecho de tomar la cuesta.

Salieron de los armados Aristonymo Metydrieo y Agasias Stinfalio, naturales de Arcadia, que lo aceptaban. Pero también hubo contienda entre Calimaco Parrasio Arcadio, y Agasias Stynfalio; porque este decía que quería ir, tomando consigo los que de su voluntad le quisiesen acompañar del ejército. «Porque bien sé, dice, que me seguirán muchos mancebos, si yo voy por caudillo.» Demás desto, preguntaron los capitanes si había alguno de los ligeros, ahora fuesen coroneles, capitanes, cabos de escuadras ó soldados, que quisiesen también ir á aquella empresa. Y luégo se levantó Aristeas, natural de Chío, varón esforzado y muy afamado entre todos los del ejército, que se ofreció á ello.

CAPÍTULO II.

Ya que anochecía mandaron los capitanes que cenasen de presto y se partiesen, y diéronles un cautivo atado que llevasen por guía, quedando con ellos de concierto que si aquella noche tomasen la cuesta guardasen el lugar, y luego de mañana hiciesen señal con la trompeta y desde lo alto acometiesen los enemigos que tenían tomado aquel tránsito ó subida ancha y descubierta por donde habían de pasar; y que ellos vendrían en su ayuda subiendo lo más presto que pudiesen. Y con este concierto se partieron todos aquellos, que serían en número hasta dos mil hombres, y en el camino les tomó una muy grande agua del cielo.

Xenofonte, con toda la gente de la retaguardia se partió derecho á aquel camino ancho y descubierto que tenían ocupado los enemigos, para que, teniendo los enemigos ojo á ellos, no se recelasen de los que habían de descender de la cuesta del monte. Cuando los de la retaguardia llegaron á un arroyo que habían de pasar de necesidad para salir al camino derecho, los Bárbaros comenzaron de lo alto á revolver unas piedras molares grandes y pequeñas, y hiriendo con ellas en los peñascos, resaltaban con tanto ímpetu como si fueran tiradas con honda, y venían á parar en el camino; de manera que era muy difícil de pasar.

Y así algunos de los capitanes, no pudiendo pasar por este camino, tentaron de ir por otra vía. Venida la noche, que sintieron no poder ser vistos por la obscuridad, se fueron á cenar; porque había muchos en la

retaguardia que no habían comido aquel día. Los enemigos no cesaron toda la noche de revolver y lanzar piedras; lo cual se pudo bien conjeturar del sonido que daban.

En este medio los que venían por el monte con su guía rodearon la vuelta y dieron sobre las guardas de los enemigos que estaban sentados al derredor de los fuegos; y á unos dellos mataron y á otros lanzaron de las estancias, y se quedaron en ellas pensando que ya tenían la cumbre. Mas no la tenían; porque sobre ellos había una cuesta, cerca de la cual estaba un camino estrecho donde los enemigos tenían puestas sus guardas, y desde allí por otra senda venían á dar al lugar en que estaban los enemigos.

Aquella noche durmieron los Griegos en aquella cuesta. Venida la mañana, caminaron todos calladamente, puestos en ordenanza derecho á los enemigos, cubiertos de una niebla que hacía: de manera que no pudieron ser vistos hasta que fueron cerca de los enemigos. Cuando se vieron los unos á los otros sonaron las trompetas; y luego los Griegos dando voces y alaridos acometieron los enemigos con tanto ímpetu y corazón que ellos no les osaron esperar, sino que desamparando el camino volvieron las espaldas y huyeron. Aunque pocos dellos fueron muertos, porque como estaban desembarazados, fácilmente se pudieron escapar.

Los de Cherisofo cuando oyeron la trompeta, todos acudieron al camino real. Los otros capitanes iban por las sendas cada cual como podía, hasta llegar á lo alto; y los que habían subido ayudaban á subir los otros asidos de las puntas de las lanzas y tirando hacia arriba como quien sacaba agua del pozo; y éstos fueron los primeros que se juntaron con los que habían tomado la cuesta.

Xenofonte con la mitad de la retaguardia caminaba por el mismo camino que iban los primeros con su guía. Porque era tan bueno, que las bestias podían andar por él, y á la otra mitad mandó que fuesen en guarda del carruaje. Pasando su camino adelante, llegaron al collado que estaba sobre el camino, el cual estaba ya tomado de los enemigos; de manera que de necesidad habían de romper por medio dellos, ó asentar su Real apartado de los otros Griegos que iban delante.

Y aunque ellos podían muy bien ir por el camino que iban los otros, las bestias no podían pasar por ninguna vía. Por lo cual, animándose los unos á los otros, arremetieron para los que estaban en el collado con sus escuadrones derechos y extendidos, sin hacer vuelta de caracol por dejar campo á los enemigos y camino para huir si quisiesen. Cuando los Bárbaros vieron que subían el collado tan denodadamente, ni osaron tirar las flechas ni otros tiros, aunque estaban cerca del camino; sino que desamparando las estancias huían cuanto podían.

Y desta manera pasaron los Griegos á su salvo el collado. Y viendo más adelante otro collado, que asimismo estaba ocupado de los enemigos, determinaron también de ir á él. Entonces Xenofonte, recelándose que si dejaba solo y sin guarnición aquel collado que habían ganado, los enemigos le tornarían á tomar, y desde allí harían mucho mal á los de su carruaje, cuando pasasen por el camino estrecho que allí cerca estaba, mandó quedar allí dos capitanes con guarnición, á Cefisodoro Ateniense, hijo de Cefisifón, y á Arcagoras Argivo, que estaba desterrado de su tierra, y él con todos los demás se partió derecho al segundo collado, el cual tomaron luégo de la misma manera que el primero

Aun les quedaba de pasar el tercer collado, que era más agrio y áspero de subir, el cual dominaba la cuesta de donde los de la empresa que arriba dijimos lanzaron los enemigos que estaban puestos en guarda junto á los fuegos la noche pasada. Y cuando los Griegos se acercaron á él para subir, los Bárbaros, sin pararse á pelear, desampararon el lugar, y se fueron huyendo; de manera que todos se maravillaban desto, y sospechaban que los Bárbaros habían huído y dejado el collado porque se temían no fuesen cercado de los nuestros. Viendo los otros Griegos delanteros desde el collado lo que habían hecho los de la retaguardia, se retiraron hacia ellos.

Y Xenofonte con los más mancebos subió á lo alto, mandando á los otros que le siguiesen poco á poco, hasta que en el camino en algún lugar llano pusiesen las armas y descansasen. En esto llegó Arcagoras Argivo, que había escapado de los enemigos huyendo, y díjoles que los enemigos habían lanzado del cerro á los Griegos que allí habían quedado en guarnición, y muerto á Cefisodoro y Anficrates, y á todos los que estaban con ellos, excepto aquellos que saltando por las peñas y piedras se habían salvado y alcanzado á los de la retaguardia, á donde se acogieron.

Esto hecho, los Bárbaros se subieron en el cerro que estaba frontero de la cuesta donde estaban los Griegos, de donde Xenofonte por un intérprete hacía con ellos sus tratos, pidiéndoles que le diesen los muertos para sepultarlos. Y ellos le respondieron que los darían de buena gana, con tal condición que los Griegos no quemasen los lugares de la tierra. Y Xenofonte prometió de cumplirlo así. Mientras que andaban en estas pláticas, y pasaba todo el ejército, los Bárbaros se pusieron en el mismo lugar que habían dejado vacío los Griegos.

Aquí hicieron alto los enemigos; y después que comenzaron los Griegos á bajar el collado para juntarse con los otros en aquel llano donde se habían desnudado las armas para reposar, iban los enemigos muy espesos, y con gran ruido y alboroto; y cuando fueron en la cumbre del cerro, de donde Xenofonte había descendido, comenzaron á revolver piedras de arriba: de manera que á uno de los nuestros quebraron una pierna. Y allí quedó Xenofonte desamparado de su escudero que le servía del escudo: mas sucedió en su lugar Euriloco Lusieo Arcadio, que acorrió de presto, y amparó á los dos con su escudo, y se retiró á su plaza, y los otros asimismo se retiraron á sus escuadrones.

Aquí se juntó todo el ejército de los Griegos, y sentaron su Real en unos lugares muy buenos, y abundantes de todos mantenimientos y provisiones necesarias, y principalmente de vino, que había mucho y muy bueno, guardado en unos lugares enyesados. Xenofonte y Cherisofo hicieron sus conciertos con los Bárbaros que les diesen los muertos para enterrarlos, en trueque de aquel cautivo que les había servido de guía en aquel camino. Y cuando los hubieron recibido, les hicieron sus honras y exequias lo mejor que pudieron, según pertenecía á varones buenos y esforzados.

El día siguiente alzaron Real, y continuaron su camino sin guía, y los enemigos los iban siguiendo, peleando á veces donde veían oportunidad; y donde había algún paso estrecho procuraban de estorbarles la pasada. Mas cuando los enemigos trabajaban de estorbar á los de Cherisofo que iban en los delanteros por vanguardia, Xenofonte, que venía con los traseros en la retaguardia, subía en los cerros, y desde allí les hacía daño á los enemigos, y abría el camino á los de

Cherisofo, procurando de ponerse siempre encima de los que les estorbaban la pasada. Y cuando por el contrario los enemigos acometían á los postreros de la retaguardia, descendía Cherisofo, y afrontando con ellos socorría á los de Xenofonte, y les descubría el camino. Y desta manera se ayudaban los unos á los otros, haciendo cada cual su deber por su parte.

Y cuando alguna vez los nuestros subían algún cerro, los enemigos los esperaban, y á la bajada les daban bien en que entender, porque venían muy ligeros, y aunque se acercasen, podían fácilmente huir. Porque no traen armas de peso, sino arcos y hondas. Son muy buenos flecheros, y tienen los arcos de tres codos de largo, y las flechas de más de dos codos, y al tirar cuando extienden la cuerda para soltar la flecha estriban con el pie izquierdo por debajo del arco. Y desta manera llevan tanta fuerza las flechas que penetran los escudos y las cotas, y pasan á la carne. Todas las que caían en el Real tomaban los Griegos, y atándoles un aviento por medio, se aprovechaban dellas por tiro ó azagaya para tornarlas á tirar á los Bárbaros. En estas tierras los nuestros flecheros cretenses se mostraron de mucho provecho, cuyo capitán era Estratocles Cretense.

CAPÍTULO III.

Este día se alojaron en aquellos lugares que estaban en el campo junto al río Centrites, que tiene de ancho doscientos pies, y parte la provincia de Armenia de la tierra de los Carduchos, y está este río seis ó siete estadios apartado de los montes de Carduchia.

En estos lugares reposaron los Griegos á su placer, porque tenían abundancia de todas las provisiones necesarias, las cuales tomaban con más deleite, acordándose de los trabajos pasados. Porque en todos aquellos siete días que anduvieron por tierra de los Carduchos, ninguno se les pasó sin pelear, padeciendo tantos males, cuales nunca sufrieron del Rey ni de Tisafernes.

Así que, viéndose libres dellos, reposaban de mejor gana. El día siguiente, mirando al río, vieron de la otra parte gente de caballo armados, como para estorbarles la pasada, y en unos cerros encima de los de caballo vieron algunas bandas de infantería puestas en ordenanza, que al parecer mostraban quererles impedir la entrada en Armenia.

Estos todos eran Armenios y Migdonios y Caldeos, cogidos por sueldo de Orontes y Artuco, capitanes del Rey. De los Caldeos dicen que es nación libre y muy valiente, tienen por armas unos escudos grandes como paveses, y lanzas muy largas. Desde el río á los cerros donde aquella infantería estaba puesta en ordenanza, podía haber hasta tres ó cuatro pletros, esto es, trescientos ó cuatrocientos pies. Había un solo camino para ir á la otra parte, que parecía hecho de mano, por donde tentaron de pasar los Griegos.

Mas á cualquiera que entraba le llegaba el agua hasta los pechos, y corría el río muy recio entre unas rocas, y piedras grandes y resvaladizas, de manera que no osaban entrar por él armados, de miedo que no les arrebatase la corriente del agua, ni tampoco llevar las armas en la cabeza, por no dejar los cuerpos desnudos y descubiertos á las saetas y tiros de los enemigos. Así que se retiraron atrás, y asentaron su Real cerca del río.

Desde allí vieron muchos de los Carduchos puestos

en armas, y ayuntados en aquel mismo lugar del monte donde los Griegos habían estado la noche pasada: entonces tuvieron gran pavor, porque de la una parte veían la dificultad de pasar el río, y los que estaban á la orilla para estorbarles la pasada, y por otra los Carduchos, que les seguían por detrás, y les acometerían por las espaldas á la pasada del río.

Pues como estuviesen en tanto miedo y angustia todo aquel día y la noche, á Xenofonte, entre sueños, le pareció que se veía atado con unas prisiones, y que éstas se rompían de sí mismas, y quedaba suelto, y se iba y entraba donde quería. Cuando fué de día se fué para Cherisofo, y díjole que tuviese buena esperanza, y contóle su sueño. Cherisofo fué muy gozoso dello, y luégo que vieron la luz del día hicieron sus sacrificios todos los capitanes, los cuales se les mostraron favorables; y acabados, se tornaron á sus compañías, y mandaron á los suyos que comiesen.

Estando Xenofonte comiendo, llegaron dos mancebos, y entráronse de rondón á él, porque bien sabían todos ser lícito á cada cual entrar donde estaba cuando comía ó cenaba; y aun cuando durmiese, mandaba que le despertasen, si viniese alguno con algo que perteneciese á cosas de la guerra. Así que entrados los mancebos le contaron, que estando ellos cogiendo leña para el fuego en la orilla del río, habían visto de la otra parte sentados en unas piedras un viejo y una mujer, y dos muchachas que ponían unos envoltorios de paños en los peñascos.

Y cuando los vieron, les pareció que podían ellos seguramente pasar allá, y que los enemigos de caballo no podían llegar allí, por la aspereza de las peñas. Así que se desnudaron, tomando las dagas desenvainadas en las manos, pues habían de pasar á nado de la otra parte, y entrados en el río, le pasaron sin mo-

jarse poco más de la rodilla, y pasados les tomaron los paños, y se tornaron con ellos por el mismo vado.

Oído esto Xenofonte, luégo hizo sus sacrificios, mandando á los mismos mancebos que echasen vino para sacrificar ellos, y hizo sus votos á los Dioses que le habían revelado el sueño y mostrado el vado, para que les cumpliesen todo lo demás. Hecho esto, llevó los mancebos á Cherisofo, que contasen lo mismo; y ellos lo hicieron así.

Y cuando Cherisofo lo oyó, hizo luégo sus sacrificios; y acabados, mandó á todos los suyos que alzasen Real. Y llamados los capitanes, todos juntos tomaron su consejo cómo podrían mejor pasar el río, de manera que venciesen los que estaban de la otra parte, y no recibiesen daño de los Carduchos que les seguían por las espaldas.

Finalmente determinaron que Cherisofo fuese en la delantera, y comenzase á pasar con la mitad del ejército, y la otra mitad quedase en la retaguardia con Xenofonte; y que el carruaje y las bestias, y todos aquellos que no eran para tomar armas los llevasen en medio. Y así comenzaron todos á marchar, guiándoles aquellos dos mancebos que arriba dijimos, por la orilla arriba, dejando el río á la mano izquierda, y continuando el camino que venía á dar al vado, que tenía cerca de cuatro estadios.

Y por la otra parte del río caminaban los escuadrones de la caballería enemiga á la pareja de los nuestros. Cuando llegaron al vado del río, se quitaron las armas, y Cherisofo el primero de todos con su corona puesta en la cabeza, se desnudó su cota. Después se tornó á vestir de sus armas, y mandó á todos los otros que se armasen, y á los capitanes que pasasen con sus escuadrones á punto, los unos á la parte derecha, y los otros á la izquierda.

En este medio los sacerdotes hacían sus sacrificios á par del río. Los enemigos tiraban flechas y usaban de las hondas, pero no podían alcanzar á los nuestros. Y cuando vieron que los sacrificios se les mostraban prósperos, todos los soldados á una comenzaron á cantar su Peán, cántico acostumbrado, dando voces y alaridos muy regocijados, y con ellos juntamente las mujeres, porque venían muchas en el ejército.

Y luégo Cherisofo el primero, y tras él todos los suyos entraron en el río. Xenofonte, tomando consigo los más aparejados de la retaguardia, corrió á rienda suelta, tornando hacia á aquel lugar de donde poco antes habían partido, donde se parecía la pasada por los montes de Armenia, fingiendo que quería pasar por allí, para atajar los enemigos de caballo que estaban de la otra parte del río.

Viendo los enemigos que los de Cherisofo pasaban el río tan fácilmente, y que Xenofonte venía corriendo á pasar el vado más abajo, temiendo no fuesen tomados en medio, huyeron cuanto pudieron hacia la senda que va desde el río á los montes, y llegados á ella, tiraron por su camino adelante derecho al monte.

Cuando Lycio, capitán de una compañía de hombres de armas, y Eschines, capitán de otra compañía de la gente de escudos, vieron huir los enemigos desapoderados, dieron tras ellos, siguiéndolos en el alcance, aunque los otros del ejército les daban voces que los dejasen ir, y se quedasen ellos, para subir todos juntamente el monte. Cherisofo, después que se vió de la otra parte del río, no curó de seguir los enemigos de caballo, sino revolvió con todos los suyos á dar sobre la infantería de los contrarios, que estaban allí cerca en los cerros junto al río, como arriba dijimos. Mas como estos infantes viesen que los suyos de

caballo habían huído, y que los soldados de armas gruesas de Cherisofo venían á romper en ellos, desampararon los cerros y huyeron.

Cuando Xenofonte vió que á los Griegos le sucedían bien sus hechos de la otra parte del río, tornó de presto hacia el vado para pasarle; porque ya los Carduchos descendían en los llanos, para haber de acometer los postreros de la retaguardia que estaban por pasar. En este medio Cherisofo había tomado ya los cerros, de donde se había partido la infantería de los enemigos. Y Lycio, que con algunos de caballo había ido en el alcance de los contrarios, tomó mucho del carruaje que habían dejado, y entre ello muchos vasos de oro y plata y vestiduras muy preciosas.

Ya que todo el carruaje y compañías de los Griegos pasaban á porfía el vado, revolvió Xenofonte sobre los Carduchos, para afrontar con ellos, y mandó á los capitanes que repartiesen sus compañías en escuadras, haciéndolas desfilar sobre la izquierda, formados en batalla, y que acometiesen á los Carduchos los capitanes y cabos de las primeras escuadras, y los de las últimas que se quedasen con los demás en guarda á la orilla del río.

Cuando los Carduchos vieron los de la retaguardia desacompañados, y que al parecer eran pocos, de presto movieron para ellos cantando sus ciertos cantares, y apellidando en su lengua. Mas Cherisofo, que ya estaba en seguro, envió á Xenofonte la gente de escudos, los tiradores de hondas y los flecheros, amonestándoles que hiciesen lo que Xenofonte les mandase.

Cuando Xenofonte los vió descender, envióles de presto un mensajero á decirles que se esperasen en la orilla del vado apercibidos para pasar; y que luégo que le viesen á él comenzar á pasar, que ellos tam-

bién de la otra parte, repartidos en dos partes como para haber de pasar á él, viniesen al encuentro con sus tiros y azagayas enlazados, y sus flechas á punto, sin acabar de pasar el vado.

Y vuelto á los suyos, les mandó que cuando oyesen soltar las hondas y sonasen los escudos, con esta señal todos á una apellidando fuesen corriendo á romper en los enemigos, hasta que los hiciesen huir; y cuando les viesen volver las espaldas, entonces al són de la trompeta que haría señal desde el rio se retirasen, y dando media vuelta á la derecha siguiesen á los cabos de escuadras, y corriesen todos de presto al río; y así como llegasen, cada compañía pasase de presto, sin esperar á pasar todos de tropel, porque no se estorbasen los unos á los otros; y que aquel sería tenido por mejor, que pasase primero.

Viendo los Carduchos el número disminuído, y que habían quedado pocos de los Griegos (porque muchos de los que habían de esperar en ordenanza se partian, ó por causa de las bestias ó del carruaje, ó de alguna mujercilla su amiga que iba delante), dieron sobre ellos con mucha osadía, y comenzaron de tirarles con sus hondas y arcos. Los Griegos todos á una revolvieron de presto sobre ellos, y cantando su cántico y apellidando, rompieron en los enemigos con tanto ímpetu, que los hicieron huir, no osando esperar, porque no estaban armados de armas gruesas como los nuestros, sino á la ligera; y por eso estaban más aparejados para huir y correr, que para esperar y pelear á las manos.

En esto hizo señal la trompeta: y cuando los enemigos la oyeron, huían más que de antes; y así los Griegos se volvieron al río, apresurándose para pasar el vado. Algunos de los enemigos que sintieron este ardid de los nuestros, tornaron otra vez corriendo ha-

cia el río, y con flechas hirieron algunos de los nuestros; pero la mayor parte de los enemigos huía aún, cuando los Griegos habían ya pasado de la otra parte. Los Griegos que vinieron al encuentro de Xenofonte para ayudarle, queriéndose mostrar valientes y esforzados, siguieron más adelante los enemigos que los otros; y así tornaron después de todos á pasar el río con Xenofonte, y algunos de ellos fueron heridos.

CAPÍTULO IV.

Cuando todos fueron pasados, que sería cerca de mediodía, puestos en ordenanza caminaron cinco leguas por los campos de Armenia, subiendo y bajando algunos collados no muy altos, hasta llegar á poblado: porque no había lugares cerca del río, por las continuas guerras que tenían los comarcanos con los Carduchos. El primer lugar donde llegaran era muy grande y muy bueno, y había en el un palacio del Gobernador de la tierra, y muchas casas buenas con sus torres y almenas, y estaba muy bastecido de todas provisiones necesarias.

De aquí se partieron, y en dos jornadas caminaron diez leguas, hasta que llegaron á las fuentes del río Tigre. Salidos de aquí, caminaron en tres jornadas quince leguas hasta el río Teleboa, que aunque no es muy grande, tiene muy hermosa ribera, y junto á él hay muchos lugares.

Esta tierra se llama Armenia al Occidente, en la cual estaba por gobernador Teribazo, muy amigo del Rey: y cuando el Rey quería cabalgar para salir fuera, él, y no otro, le ponía encima del caballo. Este salió á los

Griegos con algunos de caballo, y por un intérprete envió á decir á los capitanes que los quería hablar; y ellos fueron contentos de ello: y venidos con él en habla, le preguntaron qué quería. El cual les respondió que quería hacer tratos con ellos con estas condiciones: que ni ellos hiciesen mal ni injuria á los Griegos, ni tampoco los Griegos les quemasen las casas y la tierra, sino que tomasen las provisiones que hubiesen menester. Estas condiciones parecieron á los capitanes ser justas; y así hicieron con él sus conciertos.

Partidos de aquí, caminaron por los campos tres jornadas, en que anduvieron quince leguas. Y Teribazo venía siempre detrás en su seguimiento con su gente de caballo, apartado dellos por trecho de diez estadios. Y continuando su camino adelante, llegaron á un castillo que tenía muchos lugares al derredor, donde hallaron gran abundancia de todos mantenimientos.

Después que hubieron asentado su Real, aquella misma noche cayó gran nieve del cielo: por la cual causa luego de mañana determinaron todos los capitanes de aposentar en aquellos lugares por compañías los soldados; porque no veían enemigos ningunos, y de todas partes les parecía que estaban seguros por la mucha nieve. Aquí tuvieron muy cumplidamente todas las provisiones necesarias, ganado, pan, vino añejo excelente, pasas, y verdura de toda suerte.

Algunos que se derramaron del Real, vinieron con nuevas que habían visto de lejos hueste de enemigos, y muchos fuegos que relumbraban de noche; por lo cual les pareció á todos los capitanes que no era seguro estar aposentado el ejército apartados unos de otros, sino que se juntasen todos, aun cuando tuviesen que quedarse al sereno.

Así que salieron al campo y estando aquella noche toda al sereno, cayó tanta de la nieve, que cubría las armas, los hombres y las bestias; de manera que no se podían levantar de entumecidos, sino que era muy gran lástima de verlos á todos tendidos en la nieve.

Entonces Xenofonte el primero de todos se desnudó la ropa, y tomando su hacha en la mano comenzó á partir leña; y luego de presto se levantó otro con él y le quitó de aquel oficio de partir leña, y tras éste se levantaron otros muchos y cortaron leña, y encendieron muchos fuegos, y se calentaban y untaban á la lumbre; porque hallaron allí mucho unto, así de puerco, como de alegría, de almendras amargas y de resina, de que se aprovechaban en lugar de olio para untarse.

Entonces les pareció que debían tornarse á aposentar en los lugares y meterse so techado. Y así los soldados con mucho placer y alegría se tornaron á sus posadas, donde tuvieron abundantemente lo necesario. Y los que dellos quemaron las casas donde se habían albergado de antes, tuvieron el pago de su merecido, porque les fué forzoso dormir al sereno.

Desde aquí enviaron aquella misma noche á Democrates Temenites con algunos soldados que le acompañasen, para que subiesen á los montes, de donde los que se derramaron del Real decían que habían visto los fuegos. Porque era Democrates hombre de crédito y de quien mucho se confiaban, porque siempre le habían hallado verdadero en todo lo que hablaba; y decía lo que era y lo que no era. Cuando éste fué tornado, dijo que no había visto fuegos ningunos, pero trajo un cautivo atado que tenía su arco pérsico y aljaba y un segur, como acostumbran traer las Amazonas.

Y siendo preguntado de qué tierra era, respondió

que era Persa, y uno de los del ejército de Teribazo, y que se había apartado del Real para buscar mantenimientos. Otra vez le tornaron á preguntar qué tan grande era el ejército de Teribazo, y para qué fin era allí ayuntado. Y él respondió que demás de los suyos traía Teribazo muchos Calibes y muchos Taocos cogidos por sueldo, y que se aparejaba con todos éstos para que á la cumbre del monte, en un paso estrecho, por donde de necesidad habían de pasar los Griegos, porque no había otro camino, los acometiese.

Oído esto, parecióles á los capitanes que debían ayuntar todo su ejército; y dejando algunos de guarda en el Real y por capitán dellos á Sofoneto Stinfalio, se partieron, llevando por guía aquel hombre cautivo Cuando hubieron subido al monte, la gente que traía escudos, que venían los primeros de todos, como viesen el campo de los enemigos, no quisieron esperar á los hombres armados de armas gruesas, sino que corriendo con grandes voces y alaridos dieron sobre el Real de los contrarios.

Los Bárbaros, alborotados con este sobresalto, no osaron resistirlos, sino huyeron sin aguardar los demás. Y en este rebate murieron algunos dellos y fueron tomados hasta veinte caballos y la tienda de Teribazo; en la cual hallaron mesas con pies de plata y muchos vasos, y algunos ministros y oficiales suyos, así como panaderos y coperos.

Sabido esto por los capitanes de los de armas gruesas, parecióles que sería muy bien tornar de presto á su Real; porque no recibiesen daño de los enemigos los que allí habían quedado en guarda. Y luego la trompeta hizo señal de retirarse; y así se partieron y tornaron aquel mismo día al Real.

CAPÍTULO V.

El dia siguiente tuvieron su consejo y parecióles que sería bien partirse de allí muy presto, antes que se tornasen á ayuntar los Bárbaros y ocupasen aquel paso estrecho. Y así alzaron su Real y caminaron por aquellas nieves, llevando consigo muchas guías; y el mismo día pasaron la cumbre y asentaron su Real junto aquel paso estrecho, donde Teribazo pensaba de acometerlos.

Partidos de aquí, caminaron tres jornadas por tierra desierta hasta el río Eufrates, y pasáronle mojándose hasta la cintura, porque no estaban lejos de las fuentes donde nacía; y continuando su camino por aquellos campos, que estaban cubiertos de nieve muy alta, en tres jornadas anduvieron quince leguas.

Y la tercera jornada les fué muy trabajosa, porque tenían el viento cierzo de cara, que quemaba y helaba los hombres. Entonces uno de los adivinos dijo que convenía sacrificar al Dios del viento; y así le hicieron sus sacrificios acostumbrados, y luégo claramente les pareció que se amansaba el viento.

Tenía la nieve seis pies de alto, de suerte que perecieron muchas bestias y siervos del carruaje y casi treinta soldados. Aquella noche encendieron fuegos, porque había mucha leña en todo el camino desta jornada.

Mas los que llegaban tarde no tenían leña, y los primeros que habían encendido fuego no admitían á los postreros á su fuego, si no lo compraban por pan

ú otro cualquier mantenimiento. Y desta manera participaban los unos y los otros de todo lo que había. En cualquier parte que encendían fuego se hacía un gran hoyo después que se derretía la nieve, de lo cual se podía fácilmente medir cuán alta estaba.

Todo el día siguiente caminaron por la nieve, donde muchos comenzaron á desfallecer de hambre. Y Xenofonte, que venía en la retaguardia, veía algunos dellos caídos, pero no sabía la causa deste mal.

Pero después que uno de los experimentados le dijo que se caían de hambre, y que si comiesen algo que luego tornarían, llegándose á las bestias del carruaje tomaba provisión de pan y vino y enviaba corriendo aquel refrigerio á los que tenían hambre, y aliviados con aquesto se levantaban y caminaban con los otros.

Ya que anochecía llegó Cherisofo con toda su gente á un lugar, y vió unas doncellas que cogían agua de una fuente que estaba delante del castillo del lugar, las cuales se anticiparon á preguntarles quién eran. Y ellos respondieron por su intérprete en lengua persiana que venían de parte del Rey enviados al Gobernador de la tierra. Y ellas dijeron que no estaba en el lugar sino en otra villa, una jornada de allí.

Y porque era tarde se entraron juntamente con ellas en el castillo al alcaide dél; y Cherisofo con todos los del ejército que pudieron se aposentaron en el lugar aquella noche. Los demás que no pudieron llegar á tiempo se quedaron en el camino y pasaron la noche al sereno sin comer y sin fuego, y algunos dellos perecieron de frío.

Venía un tropel de los enemigos en seguimiento de los nuestros ayuntados en cuadrillas, y robaban lo que podían del carruaje y bestias de carga que se quedaban atrás, y peleaban y contendían sobre ello entre sí los unos con los otros. A algunos de los nuestros se

les enturbiaron los ojos del frío de la nieve, y á otros se les entomecieron los dedos de los pies.

Para el mal de los ojos había este remedio: que ponían alguna cosa negra delante dellos cuando andaban; y para el de los pies era bueno menearse y no estar quedos en un lugar, y descalzarse de noche los zapatos; porque si se acostaban calzados, entrábanse los lazos en los pies y les apretaban de manera que se les hinchaban y no los podían descalzar; mayormente que ya habían dejado el uso de los zapatos viejos y usaban de otros nuevos hechos de cuero reciente de vaca.

Por estos males y necesidades se quedaban algunos de los soldados atrás; y viendo acaso un lugar negrear de donde se había apartado la nieve, que, según parece, se había derretido con el vapor de una fuente que allí cerca estaba en un bosque, se fueron derechos para él; y posados allí, dijeron que no querían pasar adelante.

Sintiendo esto Xenofonte, que venía en la retaguardia, comenzó á rogarles y persuadirles por todas vías que no se quedasen, diciendo que venía detrás un tropel de enemigos, que darían sobre los postreros, y les harían cuanto mal pudiesen; y no aprovechando nada con ruegos, les amenazaba malamente; mas ellos estaban tan obstinados, que le ponían los cuellos delante, mostrándoselos para que los degollase, diciendo que ya no podían más caminar.

Entonces le pareció que sería bien poner algún miedo á los enemigos que venían detrás, para que no acometiesen á aquellos que así estaban trabajados. Y ya que era de noche obscura, cuando los enemigos contendiendo entre sí sobre la presa se acercaron á los nuestros, levantáronse los de la retaguardia y de presto revolvieron sobre ellos; y también los que es-

taban cansados daban voces y alaridos á una, sonando con las lanzas en los escudos; lo cual puso tan gran espanto á los enemigos, que luego se tornaron huyendo por medio de las nieves el valle abajo á meterse en el bosque, sin que ninguno dellos alzase la voz.

Entonces Xenofonte, queriendo pasar adelante con los suyos, amonestaba á los débiles y cansados que tuviesen buen corazón, porque el día siguiente se llegarían á juntar con los compañeros de guerra, que les darían favor y ayuda. Apenas habían caminado cuatro estadios, cuando encontraron en el camino los otros soldados tendidos en la nieve descansando, sin guardas ni centinelas, que les dijeron cómo los delanteros no se habían movido de un lugar.

Oído esto, Xenofonte hubo muy gran pesar, y luégo envió delante los más esforzados de la gente de escudos, mandándoles que supiesen la causa por qué se habían quedado atrás. Y ellos tornaron luégo con la respuesta, diciendo que todos los del ejército estaban echados en la nieve reposando. Y así también los de Xenofonte se albergaron aquella noche como pudieron sin cena y sin fuego poniendo las guardas y centinelas que hallaron á mano. Venida la mañana, Xenofonte envió los soldados más jóvenes que levantasen los débiles y cansados, y los hiciesen caminar.

Y en este medio Cherisofo envió desde el lugar algunos de los suyos á pesquisar cómo les había ido á los que venían en la retaguardia. Cuando éstos los vieron fueron muy alegres, y entregáronles aquellos enfermos para que los llevasen al Real, y los curasen; y pasaron adelante al lugar donde Cherisofo se había aposentado, que no estaba más de veinte estadios (1) de allí.

(1) Un estadio son 125 pasos, que hacen 625 pies.

Cuando estaban ya todos juntos, tuvieron su consejo, y parecióles sería bien aposentar toda la gente de guerra por compañías en los lugares para que estuviesen más seguros. Y así Cherisofo se quedó en aquel lugar; y todos los otros capitanes, cada cual con su compañía se fué á aposentar al lugar que le había cabido por suerte. Entonces Policrates Ateniense, uno de los capitanes, habiendo alcanzado de los otros todos que le dejasen ir libremente donde él quisiese, tomó consigo los más aparejados soldados que había, y con ellos corrió derecho para aquel lugar que había cabido por suerte á Xenofonte, y tomó de sobresalto á todos los del lugar y al alcaide, y halló diez y siete potros que se criaban allí para dar al Rey en tributo y á la hija del alcaide, que no había más de nueve días que era casada, y su marido era ido á caza de liebres, que fué causa de no ser tomado como los otros.

Las casas deste lugar estaban debajo de tierra, y tenían la puerta de hechura de pozos: por de dentro eran anchas, y las entradas dellas abiertas por causa de las bestias; y los hombres bajaban á ellas por unas escaleras de caracol. Dentro dellas había cabras, ovejas, bueyes, aves con sus hijos, y las bestias se mantenían dentro con heno. Había trigo, cebada, legumbres, y vino en sus vasijas. Había cebada en gran abundancia, cañas (1) grandes y pequeñas sin nudos, y cuando alguno tenía sed, metíalas en la boca, y chupando parecía que bebía vino puro, si no las mojaba en agua; y aun con ella era una bebida muy suave para el que estaba acostumbrado á beberla.

Xenofonte convidó á cenar el alcaide, y rogóle que no tuviese pena, y que tuviese buen corazón, que no perdería ninguno de sus hijos, y que le dejarían su casa

(1) Cañas que servían de bebida, como si tuviesen vino.

más llena, cuando se partiesen, que la habían hallado á la entrada; con tal que procurase todo el bien que pudiese para el ejército de los Griegos, hasta que pasasen á otra tierra. Él les prometió que lo haría así como lo pedían: y para dar á Xenofonte una prueba nada equívoca de su buena voluntad, le descubrió el lugar en que estaba guardado y escondido el vino. Y así pasaron aquella noche los soldados con abundancia de todos bienes, teniendo siempre en guarda al alcaide y á los hijos á vista de ojos.

El día siguiente Xenofonte tomó consigo el alcaide, y fuése con él para el lugar donde estaba Cherisofo: y pasando el primer lugar, entró en los otros lugares que había en el camino, y halló que los Griegos estaban en cada parte banqueteando, y holgándose á placer, y no le dejaban pasar sin convidarle á comer; y poníanle en la mesa cordero, cabrito, puerco, ternera, aves y pan de trigo y de cebada.

Y cuando convidaban á alguno de beber, no le echaban vino en la copa, sino que le ponían delante una gran vasija de vino, y le mandaban que bajándose de buzos sorbiese á boca de canjilón. Y asimismo permitieron al alcaide que tomase todo lo que bien le pareciese, aunque él no quiso recibir nada: sino que donde quiera que hallaba algún su pariente, le llevaba consigo.

Llegados donde estaba Cherisofo, hallaron allí también todos los suyos bien aposentados, y muy contentos y alegres, con sus coronas de paja ó heno en las cabezas, y que eran servidos de unos muchachos Armenios, vestidos con sus estolas barbáricas muy lozanas (1), á los cuales enseñaban los Griegos como

(1) *Enseñaban los Griegos.* El texto dice: *Y á los niños daban á entender por señas, como se hace con los mudos, lo que habían de hacer.*

á niños la manera que habían de tener en servirles. Después que fueron juntos Cherisofo y Xenofonte, y se saludaron amigablemente, preguntaron juntamente al alcaide por un su intérprete que hablaba la lengua de Persia, que les dijese qué tierra era aquella. Y él respondió que era Armenia. Otra vez le tornaron á preguntar para quién se criaban allí aquellos caballos. Y él respondió que eran del tributo del Rey, y que la tierra más cercana era la provincia de los Calybes; y mostróles el camino para ir allá.

Entonces Xenofonte tornó el alcaide á los suyos, y dióle un caballo suyo, que era muy viejo, para que le sacrificase. Porque había oído que este era sacrificio del Sol entre ellos, y temía que no se le muriese, porque estaba muy cansado del camino. Y él tomó algunos de estos potros, y á cada cual de los capitanes dió uno. Estos caballos eran más pequeños que los de Persia; pero de más corazón. Y aquí les enseñó el alcaide que atasen á los pies de los caballos y de las bestias unos sacos cuando pasasen por la nieve; porque sin estos entrarían hasta la barriga.

CAPÍTULO VI.

A cabo de ocho días que allí se detuvieron, Xenofonte entregó el alcaide á Cherisofo para que le sirviese de guía, y dejóle todos los de su casa libres: excepto á un su hijo mancebo que llevó consigo, el cual encomendó á Epistenes Anfipolitano que le tuviese en guarda, para que los guiase de mejor gana el padre y se tornase con el hijo, más seguro y acompañado á la vuelta. Y dejándole su casa llena de todos cuan-

tos bienes pudieron haber, levantaron Real, y se partieron.

El alcaide, que iba suelto de prisiones, guiábalos por las nieves, y á la tercera jornada Cherisofo tuvo contienda con él, porque no los había guiado por lugares, y el alcaide decía que no los había por aquel camino. Finalmente, Cherisofo movido con enojo hirió al alcaide; y como no le hechó prisiones, venida la noche se les fué huyendo, dejándoles su hijo en su poder. Esta fué la única diferencia que tuvieron Cherisofo y Xenofonte en todo aquel camino, por causa del mal tratamiento que había hecho al alcaide, y el descuido que después tuvo en no atarle. Epistenes tuvo siempre muy buena voluntad al mancebo, y le llevó consigo á su casa, del cual sirvió siempre con mucha fidelidad.

Pasados de aquí, anduvieron siete jornadas, caminando cada día cinco leguas á orilla del río Fasis, que tenía de ancho cien pies. Y desde aquí en dos jornadas caminaron diez leguas, hasta la bajada del monte, que venía á dar en los campos, donde les vinieron al encuentro los Calybes y Taocos y Fasianos.

Cuando Cherisofo vió á los enemigos que ocupaban el paso, paró su camino, deteniéndose como treinta estadios atrás; porque si extendiese las alas de su escuadrón, no se acercase tanto á ellos. Y mandó á todos los capitanes que recogiesen todas sus compañías, para que todo el ejército se hiciese un escuadrón. Cuando llegaron los de la retaguardia, mandó llamar los capitanes y cabos de escuadra, y hablóles desta manera:

«Los enemigos, como veis, tienen la cumbre del monte, por ende hora es ya de tomar consejo cómo podremos pelear con ellos con más ventaja. De mi parecer debemos mandar á los soldados que coman, y

nosotros consultemos, si os parece, que será mejor pasar hoy el monte, que no esperar á mañana.»

Entonces dijo Cleanor: «A mí me parece que será bien comer de presto, y que luégo nos armemos, y demos sobre los enemigos; porque si perdemos este día esperando, cuando lo sepan los enemigos cobrarán más ánimo, y por ventura entre tanto se juntarán otros con ellos, que les den más corazón y osadía.»

Tras éste se levantó Xenofonte, y dijo así: (1) «Yo »bien conozco, que si hay necesidad de pelear, con»viene aparejarnos, para que peleemos á nuestro sal»vo con toda ventaja; y si no, me parece que será bien »consultar cómo pasemos el monte de presto, para »que recibamos muy pocas heridas, y sea con pérdi»da de los menos hombres que pudiéremos.

»Este monte que vemos tiene más de sesenta esta»dios (2) de largo, y en todo él no se parece que hay »hombres de guarda, sino en solo este paso del cami»no: por tanto, sería mejor tentar si podemos ir por »alguna parte desierta dél, y hurtando el aire á los »enemigos, prevenir y atajarlos de presto, que no pa»sar por lugares fuertes por medio de aquellos que »están aparejados para pelear.

»Y más fácilmente subiremos cuesta arriba sin pe»lear, que no iremos por lo llano, teniendo de una »parte y de otra los enemigos, y de noche sin pelear »mejor puede ver cualquiera lo que tiene delante de »los pies, que no de día peleando. Y el camino áspe»ro es más fácil y apacible para los pies sin pelear,

---

(1) Oración de Xenofonte á los Griegos, en la cual les persuade que no quieran pasar el monte por medio de los enemigos, por el daño grande que dello se seguiría, sino de noche por lugar apartado.

(2) Ocho estadios es una milla.

»que no el llano para las cabezas, si hay quien las tire »de alguna parte.

»Y de día es imposible hurtar el aire á los enemi»gos, mas de noche podemos ir muy bien, sin ser vis»tos, y retirarnos después, si fuere, menester, sin que »nos sientan. Y paréceme que sería bien fingir que »vamos por este camino seguido, y tirar á hurto por »el otro desierto del monte; porque ellos se quedarán »esperando en el camino real.

»Mas ¿para qué gasto más tiempo en disputar del »hurto? (1) pues que vosotros los Lacedemonios, según »que he oído, y los otros semejantes á tí, Cherisofo, »cuantos sois, luégo desde niños aprendéis á hurtar, »y os ejercitáis en ello, y no tenéis por cosa fea, sino »por necesaria, hurtar todo aquello que no es prohi»bido por ley; y *hurtar muy sutilmente, y sin que nadie lo »sienta, vuestras leyes lo permiten; pero también mandan, »que los que fueren tomados en el hurto sean azotados.* Pues »ahora tienes tiempo de dar muestra de lo que apren»diste en esta arte, y guardarte que no seamos toma»dos en el hurto, cuando tomáremos el paso del »monte á los enemigos, para que no recibamos azotes.»

«Antes yo, dice Cherisofo, he oído decir que los Atenienses son muy aparejados para hurtar los bienes de la república, por grande que sea el peligro que corre al ladrón, y que los más principales son los que lo hacen; porque entre vosotros éstos son los que tienen los cargos y oficios públicos. Por tanto, tú también ahora puedes mostrarnos lo que en esto aprendiste.»

«Vesme aquí, dice Xenofonte, estoy aparejado con todos estos míos de la retaguardia, para que después de comer vayamos á tomar el monte, y para ello

(1) Nota la costumbre de los Lacedemonios, de la cual persuade á Cherisofo que use en el peligro presente.

no me faltarán guías; porque nuestros soldados ligeros prendieron algunos de aquellos ladrones que nos seguían á las espaldas, tomándolos en celada. Y según que he oído, no es tan malo de pasar el monte como le hacen, porque está lleno de cabras y bueyes, y otros ganados que se apacientan allí. Por tanto, si una vez tomamos una parte dél, también podrán pasar nuestras bestias. Y aun pienso que los enemigos no osarán esperar en el mismo lugar que ahora están, cuando nos vieren en la cumbre á vista de ojos, pues aun ahora no quieren descender á nosotros en campo raso.» Entonces dijo Cherisofo: «¿Qué menester has tú de ir, y dejar tu retaguardia desamparada, sino que envíes otros á ello, pues no faltará quién vaya?»

Luégo se ofreció allí de ir Aristonymo Metydrieo con sus soldados de armas gruesas; y Aristeas, natural de Chío, con los suyos ligeros, y Nicomaco Oteo con su capitanía, que también era de ligeros. Y quedaron de concierto que cuando estuviesen en la cumbre hiciesen muchos fuegos, y con esto se fueron á comer. Después que hubieron comido, Aristonymo con toda la hueste se llegó á los enemigos cerca de diez estadios, haciendo muestra que los quería entrar por aquel camino real donde ellos estaban.

Mas venida la noche, después de cena, aquellos que para esto habían sido ordenados marcharon y subieron al monte, y los otros todos se quedaron al pie dél. Los enemigos, cuando sintieron que los nuestros estaban en el monte, encendieron muchos fuegos y velaron toda la noche.

Otro día de mañana Cherisofo hizo sus sacrificios, y tiró por camino derecho á los enemigos; y entre tanto los otros nuestros que habían ocupado el monte y subido á las cumbres, los atacaron. De los Bárbaros los

más dellos se quedaron en la cuesta del monte, y parte dellos vino al encuentro á los nuestros, que estaban ya en la cumbre. Entonces los nuestros, antes que se tornasen á juntar los enemigos, dieron sobre ellos, y los vencieron y desbarataron, é hicieron volver las espaldas.

Y á un mismo tiempo la gente de escudos, que venía por el campo acorriendo de presto, dieron sobre los contrarios, que estaban en el camino puestos en orden, siguiéndolos Cherisofo con todos los soldados de armas gruesas, que venían detrás á paso quedo en su socorro. Cuando estos del camino vieron los suyos que estaban en la cumbre vencidos y desbaratados de los nuestros, vueltas las espaldas comenzaron á huir y los nuestros á seguirlos en el alcance, donde mataron muchos dellos. Y allí quedaron muchos despojos, y muchas armas y escudos y paveses, los cuales todos cortaban los Griegos con las espadas, y hacían pedazos, porque no se pudiesen servir más dellos los enemigos. Subidos que fueron todos á la cumbre, hicieron sus sacrificios acostumbrados, y levantaron sus trofeos en señal de la victoria; y después se bajaron al campo, donde hallaron muchos lugares muy buenos, y llenos de todas provisiones.

CAPÍTULO VII.

Desde aquí se partieron para tierra de Taocos, y en cinco jornadas caminaron treinta leguas, y en este medio se les acabaron los mantenimientos. Porque los Taocos habitan en lugares ásperos y fuertes, donde habían llevado todo lo necesario. Venidos los Griegos

á estos lugares, adonde ni había ciudades ni casas, donde los Taocos se habían recogido con sus mujeres é hijos y ganado, Cherisofo determinó de combatirles. Y cuando el primer escuadrón estaba cansado, socorría el segundo, y luégo otro tras él; porque no podían llegar todos á una, por la aspereza y estrechura del lugar que estaba atajado de todas partes al derredor.

Cuando Xenofonte llegó con los de la retaguardia y gente de escudos, y armados de armas gruesas, le dijo Cherisofo: «A buen tiempo vienes, Xenofonte, que en todo caso nos conviene tomar este lugar: que de otra manera no podemos haber los mantenimientos necesarios, si no le tomamos.»

Estando consultando sobre esto, le preguntó Xenofonte: «Dime, Cherisofo, ¿qué nos estorba de poderle entrar?» Respondió Cherisofo: «Sólo un camino hay, como ves, y si tentamos de ir por él, nos tirarán á su salvo los enemigos piedras desde aquella roca, con que harán mucho daño en los nuestros.» Y diciendo esto, le mostró algunos soldados heridos, y quebradas las piernas y los costados.

«Pues si una vez, dice Xenofonte, gastan sus piedras, no tendrán ya más armas con que nos puedan vedar la entrada; porque no vemos sino muypocos contrarios, y destos dos ó tres armados, y el lugar (1),

(1) *Y el lugar.* Me ha parecido conveniente enmendar este lugar en nota separada para su mejor inteligencia. El texto dice ῥία ἡμίπλεθρα, que equivale aquí á *plethro y medio:* así que su traduccion será: *y el lugar, como tú mismo ves, tiene de largo casi plethro y medio; ó ciento y cincuenta pies, el cual hemos de pasar expuestos á los tiros de los enemigos; pero el espacio de un plethro ó cien pies de este mismo lugar está poblado á trechos de altos pinos, á cuyo abrigo puesta nuestra gente, ningún daño podrá recibir de las piedras que se arrojen y revuelvan desde lo alto. Quédanos otro espacio de medio plethro ó cincuenta pies, el cual hemos de pasar de corrida después que se hayan acabado las piedras.*

como ves, tiene poco más de treinta pasos de largo, y cerca de veinte de ancho, cercado de almenas espesas, de donde no nos pueden hacer mucho mal los enemigos, por más piedras y cantos que nos tiren: quédanos otro espacio de andar, que no tiene más de veinte pies, por el cual podemos pasar de corrida.»

Entonces dijo Cherisofo: «Si una vez comenzamos á pasar por aquel lugar poblado de árboles, descargarán sobre nosotros todas cuantas piedras tienen.» «Tanto más presto, dice Xenofonte, las gastarán. Pero vamos ya de aquí, que si una vez llegamos, podremos pasar de presto y tomar el lugar; y si no, nos será fácil el retirarnos.»

Y dicho esto, prosiguieron su camino Xenofonte y Cherisofo, y con ellos Calimaco Parrasio, coronel, que le había cabido aquel día por suerte marchar el primero de los capitanes de la retaguardia: los otros capitanes todos quedaron esperando en lugar seguro. Entonces tiraron hacia la espesura de los árboles hasta setenta soldados, no todos juntos, sino uno á uno, guardándose lo más que podían. Agarias Stynfalio, y Aristonymo Metydriense, y los capitanes de la retaguardia con todos los otros se quedaron defuera de la arboleda; porque no podían estar seguramente entre los árboles más de una compañía.

Aquí usó de un buen consejo Calimaco, que hacía sus arremetidas desde los árboles donde estaba, hasta dos ó tres pasos, y luégo se tornaba á retirar de presto cuando le tiraban piedras: de manera que en cada arremetida se gastaban más de diez carretadas de piedra de los contrarios. Viendo Agasias lo que hacía Calimaco, y que lo miraba todo el ejército temiendo que no le llevase la honra, si fuese el primero que tomase el lugar sin más esperar, no llamando á Aristonymo que estaba cerca, ni á Euricolo Lusico sus com-

pañeros, ni á otro ninguno, pasó á todos corriendo. Entonces Calimaco, viendole así pasado, trabóle del escudo, trabajando por detenerle. Y en esto pasó Aristonymo Metydrieo, y luégo tras él Euricolo Lusieo, que todos éstos contendían sobre el prez y honra unos con otros. Y pasados los dos primeros, tomaron el lugar; porque entrados una vez dentro, no podían tirar ninguna piedra de arriba.

Aquí era miserable cosa de ver que las mujeres lanzaban sus hijos desde las rocas, y ellas se arrojaban tras ellos, y los maridos asimismo se despeñaban. Stynfalio Eneas, capitán de los nuestros, viendo á uno de los contrarios de buen parecer y bien ataviado que se quería despeñar, asió del para detenerle: mas el otro se trabó dél, y así ambos vinieron rodando por las piedras abajo, y murieron. Aquí fueron tomados pocos prisioneros, pero fueron hallados muchos bueyes y asnos y ovejas.

Partidos de aquí, en siete jornadas caminaron cincuenta leguas, y vinieron á tierra de los Calybes, que es una nación muy valiente, y que no teme de venir á las manos. Tienen (1) unas cotas de lienzo fuerte hasta el vientre; por plumajes traen unos ramales de esparto retorcidos.

Tienen sus grebas en las piernas, y celadas en la cabeza, y una daga colgada de la cinta, á manera de los Lacedemonios, con que degüellan al vencido, y cortándole la cabeza, se van con ella á los suyos, y saltan y bailan de placer cuando sienten que son vistos de los enemigos; tienen lanzas de quince codos de largo, con un sólo hierro en ella.

Cuando pasaban los Griegos se estaban en sus villas y lugares, y después de pasados los acometían

(1) Cómo se aderezan para la guerra los Calybes.

por las espaldas; porque moran en lugares fuertes y bastecidos, donde habían metido todas las provisiones necesarias, por lo cual los Griegos no pudieron tomar nada de sus tierras, sino que se mantenían del ganado que habían traído de tierra de los Taocos.

Pasados de aquí, vinieron al río Harpaso, que tiene de ancho cuatrocientos pies; y desde aquí, por tierra de los Scytas, en cuatro jornadas caminaron veinte leguas por el campo y por los lugares, donde se detuvieron tres días por causa de tomar bastimentos.

Y desde aquí en otras cuatro jornadas caminaron otras veinte leguas, y llegaron á una ciudad grande, rica y poblada, llamada Gymnia, donde el Gobernador della les envió una guía que les guiase por tierra de sus enemigos.

Venido éste en presencia de los Griegos, les dijo que los llevaría á tierra de donde en término de cinco días pudiesen ver la mar, y cuando no lo hiciese se ofrecía que le matasen. Mas después que entró con ellos en tierra de enemigos de los Gymnias, amonestaba á los Griegos que robasen y quemasen y destruyesen la tierra. De donde se manifestó que por esto sólo había venido allí con ellos, y no por amor ni amistad de los Griegos.

Al quinto día llegaron al monte sagrado, nombrado Teches, de donde los primeros que subieron, luego como vieron la mar comenzaron á dar voces y alaridos. Oyendo esto Xenofonte y los que venían en la retaguardia, temieron que los enemigos acometían también la vanguardia. Porque los seguían muchos de aquellos cuyos lugares habían quemado y destruído; y los que venían en la retaguardia habían muerto muchos dellos, y cautivado otros de los que tomaban en asechanzas, y les habían quitado cerca de veinte escudos encubertados de cuero de bueyes.

Mas como las voces y el ruido fuese mayor mientras más se acercaban, así de los postreros que corrían, como de los primeros, y cuanto más subían tanto mayores eran las voces, parecióle á Xenofonte que no era cosa de disimular, y subió luégo á caballo tomando consigo á Lycio y otros de caballo para venir á socorrer. Y llegado más cerca oyó las voces y alaridos de los soldados que apellidaban MAR, MAR, y amonestándose los unos á los otros, corrían todos siguiéndoles los de la retaguardia con todo el carruaje y caballos que traían.

Cuando todos fueron en la cumbre del monte abrazábanse los soldados y los capitanes llorando de placer. Los soldados, de presto acarrearon piedras y hicieron una gran columna, donde pusieron muchos cueros de bueyes y vacas y escudos y despojos de los cautivos, y el mismo que les había servido de guía el primero comenzó á cortar de los escudos de los enemigos, y amonestaba á los otros que le imitasen en esto.

Pasado esto, despidieron los Griegos á la guía que les había guiado, dándole muchos dones del común, un caballo y una copa de plata, y un atavío persiano, y diez monedas daricos (1), y señaladamente anillos que les pidió él mismo, de los cuales recibió muchos de los soldados, y mostrándoles el lugar donde se pudiesen albergar aquella noche y el camino que iba á los Macrones, ya cuando quería anochecer se partió dellos caminando de noche.

---

(1) Darico, moneda de los Persas en que estaba pintada la imagen de Darío.

CAPÍTULO VIII.

Partidos de aquí los Griegos por tierra de los Macrones, en tres jornadas caminaron diez leguas, y el día siguiente llegaron al río que divide los términos de los Macrones de los de los Scytas. Había á la mano derecha un lugar muy áspero y escabroso, y á la izquierda otro río, en el cual viene á dar el río que arriba dijimos, y ambos á dos habían de pasar de necesidad. Tenía este segundo río muy gran ribera de árboles más gruesos que espesos, los cuales todos cortaban y atalaban los Griegos, porque pudiesen salir más presto del lugar peligroso.

Los Macrones se pusieron todos en ordenanza de la otra parte del río, por donde habían de pasar los Griegos, con sus escudos y lanzas y cotas bellosas, y animándose los unos á los otros, tiraban piedras en el río, aunque no podían alcanzar por la mucha distancia, para que hiciesen mal á ninguno.

En este medio vino á Xenofonte un soldado de la gente de escudos, diciéndole que él había servido en Atenas y que entendía la lengua de aquellos hombres. «Y pienso, dice, que esta es mi tierra, y si no hay cosa que me lo vede, yo quiero hablar con ellos.»

Respondió entonces Xenofonte: «Habla, que no hay quien te lo estorbe, y sabe primeramente dellos quién son.» Lo cual como les preguntase, respondieron que eran Macrones de nación. «Pues pregúntales, dice Xenofonte, que por qué se han puesto á punto de guerra, ó por qué quieren ser nuestros enemigos.» Res-

pondieron ellos, que porque les entraban la tierra. Entonces los capitanes le mandaron que les dijese que no venían por hacerles mal ni daño, sino que iban á Grecia y querían pasar la mar.

A esto preguntaron los Macrones, que si darían seguridad dello. «Sí, respondieron los Griegos; que aparejados estamos para darla y recibirla.» Y luégo los Macrones dieron á los Griegos una lanza barbárica, y los Griegos á ellos otra griega; porque esto decían ser señal de fe y seguridad, tomando de ambas partes los Dioses por testigos.

Acabadas estas confederaciones, luégo los Macrones confederados con los Griegos comenzaron á cortar de los árboles para abrirles el camino por donde pudiesen pasar, y dándoles mercado franco de lo que podían, los acompañaron tres días, hasta que pusieron los Griegos en los términos de Colcos.

Aquí había un gran monte, aunque bueno de pasar, sobre el cual los Colcos se habían puesto en orden á punto de guerra. Y primero los Griegos concertaron sus escuadrones, guiando hacia la parte del monte: después les pareció á los capitanes sería bien consultar la mejor manera de pelear con los enemigos.

Xenofonte dijo que le parecía que debían ir por sus compañías en orden, sin ir todos en un escuadrón. «Porque yendo el escuadrón en un tropel, de necesi»dad se había de abrir y dividirse; que en unas partes, »dice, hallaremos los caminos del monte buenos de »pasar, y en otras malos de subir; y esto hace perder »el corazón á los soldados, cuando yendo puestos en »ordenanza ven que se esparce y derrama el escua»drón.

»A más desto, si vamos muchos en un escuadrón, »como sean en número muchos más que nosotros los »enemigos, tomándonos en medio se aprovecharán de

»los nuestros como quisieren. También, si desta ma-
»nera vamos esparcidos y ralos, no es de maravillar,
»si nuestro escuadrón reciba daño de los muchos tiros
»y de la multitud de los contrarios que le acometie-
»ren, y siendo así á todo el escuadrón vendría pér-
»dida.

»Pues de mi parecer repartamos todo el escuadrón
»en compañías, que vayan apartadas la una de la otra
»en tanto trecho cuanto sea bastante para que las
»postreras compañías nuestras queden fuera de las
»alas y cuernos de los enemigos. Y desta manera no
»podremos ser tomados en medio del escuadrón de los
»contrarios; y quedando así de fuera nuestras postre-
»ras compañías, marchando cada cual por sí en orden
»derechamente los mejores dellos, cuando vieren el
»camino bueno podrán arremeter los primeros y tras
»ellos cada compañía.

»Porque no les será á los enemigos fácil cosa de so-
»meter en medio de aquel espacio, estando de una
»parte y de otra nuestras compañías, ni acometer ni
»herir á la compañía que va apercebida y puesta en
»orden. Y si alguno dellos pone en aprieto alguna de
»nuestras compañías, la más cercana la podrá soco-
»rrer y ayudar. Pues ya si alguna dellas toma una
»vez la cumbre del monte, ninguno de los enemigos
»osará esperar en su lugar.»

Este parecer de Xenofonte aprobaron todos, y luego repartieron su hueste en compañías. Xenofonte, pasando del cuerno siniestro de la batalla al derecho, habló desta manera á los suyos: «Varones esforza-
»dos, estos solos enemigos que veis delante nos pue-
»den ser estorbo para que no lleguemos tan presto
»donde tanto deseamos ir. Pues luego conviene que
»con mayor ira y enojo peleemos contra ellos.»

Después que cada cual se puso en orden en su lugar,

y repartieron la hueste en compañías (1), se hallaron casi ochenta compañías de soldados de armas pesadas, y cada una dellas tenía cerca de cien hombres. La gente de escudos y flecheros repartieron en tres bandas, los unos á la siniestra y los otros á la derecha, y otros en medio, cerca de seiscientos en cada banda.

Esto hecho, se ayuntaron los capitanes para hacer sus sacrificios; y cuando todos hubieron hecho sus votos y plegarias, y cantando el Peán y cántico acostumbrado, se movieron. Cherisofo y Xenofonte, y la gente de escudos que iba con ellos, caminaban á la parte de afuera del escuadrón de los enemigos. Los cuales, luego que vieron los Griegos, les vinieron al encuentro; y repartiéndose en dos cuernos á la mano derecha y á la siniestra, se abrieron, de suerte que quedó muy gran espacio vacío en medio de su escuadrón.

Viéndolos así apartados las gentes de escudos Arcadios, cuyo capitán era Eschines Acarnense, pensando que huían, acorrieron á todo su poder; y éstos fueron los primeros que subieron la cumbre del monte, y tras ellos luégo los soldados armados de armas gruesas, con su capitán Cleanor Orcomenio. Los enemigos, después que una vez comenzaron á volver las espaldas, no pararon de huir unos á una parte y otros á otra.

Los Griegos subidos al monte asentaron su Real en los lugares que allí estaban muchos y muy buenos, y muy abundantes de todos mantenimientos; y entre las otras cosas vulgares lo que más era de maravillar era ver las muchas colmenas que allí había. Y á todos

(1) Cada compañía hacía una fila, cuya frente ocupaba el capitán.

cuantos soldados comían de los panales se les revolvía el alma, y lanzaban por arriba y por abajo, y ninguno dellos se podía tener en pie. Los que menos comían se tornaban semejantes á embriagados, y los que mucho, semejantes á locos y á muertos. Y así yacían todos en tierra como vencidos y rendidos en batalla y desesperados. El día siguiente cerca de la misma hora que les tomaba aquel mal, todos tornaban en su seso y juicio, sin que muriese alguno; y al tercero y cuarto día se levantaban como quien dispierta de algún sueño ó beleño bebido.

Partidos de aquí, en dos jornadas caminaron siete leguas, y llegaron á la mar á la ciudad de Trapisonda (1), que es una ciudad griega bien poblada, situada en el mar Euxino y es colonia y población de los Sinopenses en tierra de Colcos. Aquí se detuvieron cerca de treinta días en tierra de los Colcos, donde hacían sus correrías. Los de Trapisonda les dieron mercado franco en el Real, y recibieron muy bien los Griegos, y les dieron muchos dones, bueyes y harina y vino, y les rogaron por los otros Colcos sus vecinos, que habitan en los campos comarcanos, los cuales también les enviaron sus presentes.

Y allí sacrificaron bueyes á Júpiter conservador, y á Hércules, por la buena guía; y hicieron sus votos y plegarias á los otros Dioses. Y celebraron sus fiestas y juegos en aquel monte donde asentaron Real, y eligieron por maestro dellos á Draconcio Lacedemonio, que desde muchacho estaba desterrado de su tierra; porque acaso había muerto otro muchacho Lacedemonio con un cuchillo. Y mandáronle que también tuviese cargo del coso y de los otros juegos y contiendas.

---

(1) Trapisonda ó Trapezunte.

Después que hubieron hecho sus sacrificios, entregaron á Draconcio los cueros de las reses muertas en los sacrificios; y mandáronle que señalase lugar do había de ser el coso (1). Entonces él, mostrándoles el lugar do habían asentado, les dijo: «Veis aquí este collado que es muy bueno para correr.» Y como ellos le respondiesen: «¿Cómo se podrá aquí luchar en lugar tan áspero y duro?» replicó Draconcio: «Antes dice muy bien, porque el que aquí cayere le dolerán más las costillas.»

Aquí los muchachos cautivos en contienda corrieron el estadio (2), y más de sesenta Cretenses la carrera llamada Dolico (3). El juego de la palestra y cestos (4), y Pancracio (5) fué cosa de ver, donde hubo muy gran contienda y porfía entre los competidores, estándoles mirando los compañeros.

También había carrera de caballos, y habían de correr cuesta abajo hasta la mar, y revolver de presto hacia arriba, y tornar corriendo al ara ó altar donde era el puesto. Y como muchos de los que corrían hacia abajo cayesen de los caballos, y cuando tornaban á subir la cuesta apenas se movían ni podían sacar del paso los caballos, eran grandes las voces y la risa y apellidos de los que los miraban.

---

(1) Palestra, lucha.

(2) Ya se ha dicho que el estadio consta de cien pasos ó seiscientos pies, según Herodoto en su *Euterpe*, poco antes del fin.

(3) *Dolico.* El Dolico, según Suidas, constaba de 24 estadios, y según otros, de 12.

(4) Cestos eran un género de porras, con unas correas de cuero de buey al cabo, y en ellas pelotas de plomo colgadas; y con estas hacían un juego á manera de polea.

(5) Pancracio era un género de juego en que peleaban con todos los miembros.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Los Griegos, llegados á Trapisonda, determinan irse por la mar hasta Grecia, y entre tanto que navegaban para haber provisiones, destruían la tierra de los Drilas, y otras por allí. Al fin, habiendo falta de navíos enviaron por la mar todo lo flaco del ejército, y los demás tomaron su camino por tierra hacia Grecia: con los Mosynecos tuvieron cierta contienda, y aquí huyeron una vez los Griegos; pero al fin los vencieron, y les robaron y quemaron la ciudad. Después en Cotyara, ciudad de los Sibarenos, tornaron á consultar si irían por mar ó por tierra, sobre la cual consulta hubo muchos debates y alborotos en el ejército de los Griegos, en los cuales Xenofonte fue mucha parte para sosegarlos.

CAPÍTULO I.

Todo lo que hicieron los Griegos en la entrada de Asia con Cyro, y los que les acaeció en el camino cuando tornaron hasta llegar á la mar y á la ciudad de Trapisonda, que es de Griegos, situada en el mar Euxino; y finalmente cómo cumplieron los sacrificios que habían prometido hacer luego que llegasen á tierra de amigos, hemos declarado en los primeros cuatro libros.

Aquí se ayuntaron todos juntos, para consultar sobre su camino de adelante, y levantándose Antileón Thurio el primero de todos, comenzó á hablar desta

manera: «Esforzados varones (1), yo, dice, cansado »estoy ya de llevar mis alhajas y andar en pie, y co»rrer, y traer las armas acuestas, y ponerme en la or»denanza, velar y hacer centinelas; y finalmente, de »pelear, y deseo ya descansar destos trabajos. Y pues »que Dios nos dejó venir á la mar, querría navegar lo »que queda del camino, y recostado como Ulises, lle»gar durmiendo á Grecia.»

Oyendo esto los soldados, se alborotaron, diciendo que decía muy bien; y ninguno fué de todos que no lo aprobase. Entonces se levantó Cherisofo, y habló desta manera: «Varones Griegos (2), mi amigo es Anaxi»bio, capitán de la armada de mar destas partes: si me »enviáis á éste, pienso que tornaré con galeras y na»víos que nos puedan pasar. Y pues vosotros queréis »navegar, esperadme aquí hasta que torne, porque »muy presto seré de vuelta.» Oído esto, los soldados se alegraron en gran manera, y determinaron por voto de todos que luégo se partiese.

Tras él se levantó Xenofonte y dijo así (3): «Si á Che»risofo enviamos por navíos, y nosotros quedamos »aquí esperando, bien será que os diga lo que me pa»rece se debe hacer, según la calidad del tiempo lo »requiere. Primeramente, conviene procurar las provi»siones necesarias de tierra de enemigos; porque el »mercado de aquí hay que presente no es bastante, ni »hay de donde poderlas comprar, sino en pocos luga»res, y esos en tierra de contrarios, y hay peligro que »perezcan muchos, si van desmandados y sin guarda »á buscar las vituallas. Así que me parece debemos

(1) Razón de Thurio para aconsejar la partida por mar.

(2) Razón de Cherisofo para ir á buscar navíos.

(3) Oración de Xenofonte á los Griegos, para proveer lo necesario al ejército.

»proveer sobre esto de los mantenimientos, para que »no haya algún yerro; y nosotros los que tenemos el »mando debemos tener especial cuidado desto.» Pues como todos aprobasen esto, les dijo:

«Ahora oid lo demás. Algunos de los nuestros salen »á robar al campo, y pienso que sería mejor comuni»car con nosotros cuándo quieren salir, y decir dón»de van, para que sepamos el número de los que van »y de los que quedan, y nos aparejemos, para que si »fuere menester los socorramos; y si alguno hiciere »algún desatino, tomemos consejo, y para que conoz»camos las fuerzas y el poder de aquellos contra »quien van.» Y todos aprobaron esto.

«También me parece que nos conviene pensar en »esto, que los enemigos tienen aparejo para salir á »robar el campo á su salvo, y ponerse en asechanzas »contra nosotros; porque tenemos sus tierras, y están »encima de nosotros. De manera que será bien me»nester poner guardas en el Real; y si las ponemos re»partidas, menos nos podrán tomar de sobresalto los »enemigos. También habéis de mirar que si de cierto »sabemos que Cherisofo torna con los navíos necesa»rios, no es menester pensar en lo que ahora quiero »decir. Mas porque esto está incierto, me parece que »debemos procurar de tomar aquí navíos: que si torna »Cherisofo con ellos, ayuntados con los que aquí tu»viéremos habrá copia de navíos para navegar; y si »no los trajere, nos serviremos de estos. Porque yo »veo que pasan por aquí hartos navegando. Y si los de »Trapisonda nos diesen navíos grandes, tomaríamos »los que pasan, y quitándoles los gobernalles, los »guardaríamos, hasta que tuviésemos recaudo bas»tante. Y desta manera pienso que nos podremos des»cuidar de lo que toca á nuestro pasaje.» (Y este pare»cer no menos fué aprobado del ejército.)

«Asimismo habéis de pensar, dice Xenofonte, que »es razón que á costa de todos se mantengan los ma»rineros cuyos navíos hubiéremos tomado, el tiempo »que estuvieren detenidos por nuestra causa, y pa»garles su flete, porque sean aprovechados.» (Esto no menos agradó á todos los del ejército.) «Pues también, »dice Xenofonte, me parece, juntamente con esto, que »si no podemos haber los navíos necesarios, debemos »mandar en todo caso á las ciudades marítimas que »nos allanen los caminos malos y difíciles de pasar: lo »cual ellas harán de buena gana, ó por miedo de nos»otros, ó porque nos querrán ver muy presto fuera de »sus tierras.»

A esto respondieron todos á una voz, que no era menester allanar los caminos, sino tirar por mar. Pues viendo Xenofonte su locura y pertinacia, no quiso remitirlo á sus votos, sino que ocultamente persuadió á los ciudadanos que allanasen los caminos, diciéndoles que desta manera saldrían más presto de sus tierras, si tuviesen buenos caminos.

Entonces tomaron de los de Trapisonda una galeaza de cincuenta remos por banco, y hicieron capitán della á Dexipo Lacedemonio, que tenía su morada en aquellas partes, para que tomase con ella otros navíos. Mas éste, no cuidándose de tomar navíos ningunos, huyó con su galeaza fuera del mar del Ponto; aunque poco después pagó la pena de su merecido en Tracia, pues fué muerto á manos de Nicandro Lacedemonio, por mandado del rey Seuthes, porque tramaba nuevos tratos.

Así que, recibiendo de los de Trapisonda otra galeaza armada de treinta remos por banco, señalaron por capitán della á Polycrates Ateniense, el cual tomó con ella todos los navíos que pudo haber, y los trajo al ejército, y sacando dellos las mercancías, las puso

guardadas, para que las tuviesen seguras; y de las naves se servían para su retirada.

En este medio salieron á robar el campo los Griegos, y algunos dellos hubieron buena empresa, y otros no. Cleaneto, que salió con su compañía, y con otra, y se metió en aprieto en lugar difícil y trabajoso, fué muerto de los enemigos, y otros muchos con él.

CAPÍTULO II.

Pues como ya no tuviesen lugar cerca de donde poder tomar los mantenimientos necesarios, de manera que pudiesen salir y tornar los del ejército en un mismo día al Real, tomando Xenofonte sus guías de los de Trapisonda sacó la mitad del ejército á tierra de los Drilas, y la otra mitad mandó que se quedase en guarnición, para guarda del Real. Porque los Colcos, viéndose alanzados de sus casas, se habían ayuntado muchos en los montes, para hacer desde allí todo el mal que pudiesen á los nuestros.

Los de Trapisonda no quisieron guiar los Griegos á los lugares cercanos, de donde pudiesen fácilmente haber provisiones para el ejército, porque eran sus amigos los vecinos y comarcanos, sino que los llevaron de mejor gana á tierra de los Drilas, que eran sus enemigos, y les habían hecho mucho daño. Estos Drilas habitaban en montañas y lugares ásperos, y eran los más belicosos de todos los otros hombres de tierra de Ponto.

Cuando los Drilas vieron los Griegos en sus tierras, quemaron los lugares no fortalecidos, que eran buenos de tomar, sin dejarles cosa que pudiesen robar, ex-

cepto puercos ó bueyes, ó algún ganado que escapó del fuego; y ellos todos se recogieron á una villa fuerte, que era cabeza y metrópoli de su señorío, la cual tenía un arroyo muy grande de agua, y muy difíciles entradas.

Aquí la gente que traía escudos que iba delante de los soldados de armas gruesas, en una arremetida que hicieron de cinco ó seis estadios, pasaron el arroyo; y como viese tantas ovejas, y otros muchos bienes que poder robar, metiéronse hacia la villa, siguiendo en pos dellos los piqueros, que habían salido de antes á buscar mantenimientos. Serían en número los que pasaron el arroyo más de dos mil hombres de guerra.

Mas después que combatieron el lugar muy denodadamente, no le pudieron tomar; porque tenía una cava muy honda, y bastiones y baluartes de todas partes. Y cuando se querían retirar, los acometían bravamente los de dentro.

Pues viendo difícil la salida, porque no podían entrar sino uno á uno en el arroyo, enviaron á Xenofonte, que venía con los de armas gruesas, á decirle que la villa estaba llena de todos los bienes del mundo; mas que no se podía tomar, que era muy fuerte, ni tampoco se podían retirar sin gran peligro; porque los enemigos de dentro salían á pelear, y el camino tenía las salidas muy difíciles.

Oído esto, Xenofonte llegóse con todos los suyos al arroyo; y mandando esperar allí los soldados de armas gruesas, él, con algunos capitanes, pasó el arroyo; y mirando el sitio de la villa, consideraba cuál sería mejor, mandar retirar los que habían pasado, ó mandar pasar los soldados de armas gruesas que había mandado quedar de la otra parte del arroyo, y procurar de tomar la villa.

Parecíale que no se podían retirar sin muerte de

muchos, y á los capitanes les parecía que se podía tomar la villa, y Xenofonte también consentía con ellos, confiando en los sacrificios; porque los adivinos mostraban que habría cruda batalla, mas que tendría buenos los fines.

Así que envió los capitanes que pasasen la gente de armas gruesas, y él, entretanto, mandó á toda la gente que traía escudos que se recogiesen, sin permitir que ninguno dellos tirase tiro alguno. Cuando los armados fueron llegados, mandó á todos los capitanes que cada cual pusiese su compañía á punto de guerra, en la mejor orden que ser pudiese para pelear. Porque estaban con él aquellos capitanes que gran tiempo había tenían competencia sobre la honra y gloria.

Los capitanes luégo hicieron su mandado. También mandó á la gente de escudos que todos viniesen con los tiros á punto, atados sus amientos, para que cuando diesen señal, pudiesen tirar; y á los flecheros asimismo con las flechas asestadas en los arcos, para que haciendo señal pudiesen soltar; y á los honderos ligeros con sus zurrones llenos de piedras, para tirar sus hondas á tiempo, y envió algunos que tuviesen cuidado desto.

Después que todo fué aparejado, los capitanes y sota-capitanes, y los otros que se tenían por merecedores de serlo, todos puestos en su ordenanza, se miraban los unos á los otros; y era hermosa cosa de ver las huestes á punto de guerra en aquel lugar. Cuando hubieron cantado el Peán, cántico acostumbrado, y la trompeta hizo señal, apellidando todos juntamente al dios Marte, salieron primero los armados, y luégo los piqueros y flecheros y honderos, y descargaron á una sus tiros y flechas y piedras, y algunos dellos lanzaban fuego en los enemigos.

De suerte, que los contrarios, apremiados de la mul-

titud de los tiros, desampararon sus baluartes y estancias, y huyeron. Entonces Agasias Stynfalio y Filoxeno Peleneo, dejadas las armas, con solas sus cotas de guerra subieron los primeros en los muros, y otros muchos tras ellos: de manera que ya parecía ser tomada la villa. Los soldados que traían escudos y ligeros corrieron luégo á robar cada uno lo que podía. Y Xenofonte, estando á la puerta de la villa, vedaba á todos los que podía, armados de armas guesas, la entrada; porque había visto algunos otros de los enemigos en unos recuestos.

De ahí á poco rato oyó gran ruido y alaridos de los que habían entrado de dentro, que unos dellos, con la presa en las manos, y otros heridos, venían huyendo á acogerse á las salidas de las puertas. Y siendo preguntados la causa por que huían, respondieron, que de una fortaleza de dentro de la villa habían salido muchos de los enemigos, que herían, y venían tras los que huían.

Entonces Xenofonte mandó á Tolmides, pregonero, que pregonase que todos los que quisiesen entrar dentro en la villa, pudiesen entrar sin pena, y saquearla. Y así entraron muchos de los Griegos, y vencieron y desbarataron aquellos que habían salido de una fortaleza, y los hicieron retirar y encerrarse otra vez en su estancia, y cercando los otros que habían parecido en los recuestos, robaron y saquearon cuanto había en la fortaleza de la villa. Los armados se pusieron todos juntos en los baluartes, y otros junto al camino que iba á la fortaleza.

Xenofonte y los capitanes consultaban si por alguna vía era posible tomarse aquella fortaleza; porque solamente por esta vía esperaban salvarse, de otra manera les parecía cosa muy difícil poder salir de allí. Después que todo lo hubieron muy bien pensado, pa-

recióles que en ninguna manera se podía tomar la plaza. Por lo cual todos se aparejaban para partir; y para esto derrocaron por el suelo todos los baluartes, y los bastiones que tenían hechos de antes para su defensa. Y enviaron adelante todos aquellos que no eran aparejados para salir á robar, y buena parte de los soldados de armas gruesas, dejando solamente los capitanes aquellos de quien más se confiaban.

Ya comenzaban á partirse, cuando salieron de parte de dentro muchos de los enemigos armados con escudos y lanzas, y con sus celadas de Paflagonia en las cabezas, y tomaron las casas que estaban de la una parte y de la otra del camino que iba á la fortaleza. De manera que no era seguro á los nuestros acometer aquellos que estaban hacia las puertas ó entradas que iban á la fortaleza: porque les tiraban muy grandes vigas y maderos de arriba; así que era peligroso esperar, y mucho más de partirse, porque ya se acercaba la noche.

Estando así peleando y dudando lo que harían, algún buen espíritu les mostró el camino de salvación, porque de improviso se encendió una casa de aquellas que estaban á la mano derecha, sin saber quién la había puesto fuego; por lo cual todos los enemigos que allí se habían recogido comenzaron á huir y desamparar las casas de la mano derecha. Xenofonte, viendo el caso de fortuna, mandó encender las otras casas que estaban á la mano siniestra, las cuales ardieron de presto, porque todas eran labradas de madera. Y con esto huyeron también los que aquí estaban.

Solamente quedaron aquellos que estaban de frente, que les parecía vendrían á dar por las espaldas luego que viesen salir ó descender los Griegos. Entonces mandó Xenofonte á los suyos que estaban fuera de los tiros de los contrarios, que trajesen mucha leña en

medio de aquel espacio que había entre ellos y los enemigos; y cuando vió leña en abundancia, la mandó poner fuego y á las casas que estaban junto á los baluartes, para que los enemigos se detuviesen con este motivo.

Y desta manera á gran pena escaparon de aquel lugar con poner el fuego en medio dellos y de los enemigos. Toda la ciudad fué quemada, y los baluartes, casas y estancias, y todo lo demás excepto la fortaleza.

CAPÍTULO III.

El día siguiente se partieron los Griegos cargados de todas las provisiones necesarias. Y porque habían de bajar una cuesta para salir al camino que va á Trapisonda, que era áspera y angosta, determinaron de poner una celada fingida á los enemigos. Y tomó el cargo desto un varón que era de tierra de Mysia, llamado también Myso, el cual, tomando consigo cuatro ó cinco soldados cretenses, esperó en un lugar espeso de matas, fingiendo que quería desde aquella celada acometer los enemigos á excusa, relumbrando con sus escudos de acero de todas partes; de suerte que los enemigos viendo esto, y temiéndose que había celada, no osaron seguir adelante; y entre tanto descendieron los nuestros seguramente.

Cuando á Myso le pareció que bastaba lo que había estado en asechanzas, hizo señal á los suyos que huyesen á más no poder; y él también, salido de allí, huyó juntamente con los que con él estaban. Los otros Cretenses, temiendo no fuesen alcanzados de corrida

de los enemigos, apartándose del camino, se acogieron á un bosque que estaba entre unos valles, y allí se salvaron. Myso, huyendo por su camino adelante, dió voces á los suyos que le ayudasen; y así fué socorrido y le salvaron, aunque herido; y ellos se retiraron con él, defendiéndose de los enemigos que los herían y tiraban de lo alto. Algunos de los Cretenses se volvían á tirar á los enemigos que los seguían, y así finalmente todos llegaron salvos á su Real.

Aquí viendo todos que no tornaba Cherisofo, ni había navíos bastantes para todos, ni de donde poder haber las provisiones necesarias para el ejército, determinaron de partirse; y metiendo en las naos que allí tenían los flacos y débiles, y los que pasaban de cuarenta años, y los muchachos y mujeres que no eran para tomar armas, y las alhajas que no eran menester, señaláronles por caudillos á Filesio y Sofoneto, que eran los más ancianos capitanes; y todos los demás se partieron por tierra por los caminos que les estaban allanados.

Y así partidos, á cabo de tres días llegaron á Cerasunte, ciudad griega marítima, que es colonia y puebla de los Sinopenses, en tierra de Colcos. Allí se detuvieron diez días, y hicieron alarde de su gente de guerra, y halláronse en número de ocho mil y seiscientos en todos, que habían quedado salvos de diez mil que eran. Los demás perecieron en la guerra, ó quedaron en las nieves, ó fueron muertos de dolencia.

Aquí repartieron los dineros que habían tomado en los despojos de los enemigos, sacando dellos la décima que habían prometido por voto al dios Apolo y á Diana. Y cada cual de los capitanes tomó á guardar su parte para los dioses; y Neon Asineo tomó en guarda la parte que le cabía á Cherisofo.

Xenofonte el primero consagró la parte de los despojos por ofrenda á Apolo Délfico en el tesoro de los Atenienses, dedicado en su nombre y en el de Próxeno su huésped, que fué muerto con Clearco y los otros capitanes, como arriba dijimos.

La parte de Diana Efesia, porque se había él de partir despues con Agesilao desde Asia para ir contra los de Beocia, depositóla en poder de Megabyzo, sacerdote de Diana, por temor del peligro que le podía venir en la batalla que después se dió en Coronea, donde se había de hallar juntamente con Agesilao; y concertó con él, que si de allí escapase vivo, se la tornase, y si no, la emplease en alguna ofrenda que fuese agradable á Diana, y se la consagrase.

Después que fué desterrado Xenofonte, y habitando ya en la ciudad de Scilunte, que es colonia ó puebla de los Lacedemonios, no muy lejos del monte Olimpo, acaso llegó allí Megabyzo, que venía á ver los juegos Olímpicos (1) y fiestas que allí se celebraban; y encontrando con él, le tornó su depósito. Mas Xenofonte en recibiéndolo, compró dello una tierra para la Diosa, como le amonestó el oráculo.

Junto á este lugar corre el río Seleno, que también corre por Efeso junto al templo de Diana, y en ambos sitios lleva peces y conchas. Y este lugar, por donde dijimos que pasa el río Seleno, está lleno de caza de todas maneras de fieras.

Y allí hizo un templo y un altar consagrado á la Diosa, de aquel dinero: y hacía sacrificios cada año, de las décimas que cogía de los frutos de aquella tierra. Y todos los ciudadanos y comarcanos, así hom-

(1) *Olímpicos juegos*: se hacían en el monte Olimpo por honra de Júpiter de cuatro en cuatro años, donde concurrían de toda Grecia.

bres como mujeres, son participantes de aquellas fiestas: y allí la Diosa provee á todos los moradores que allí vienen por devoción, de harina, pan, vino, frutas y parte de los sacrificios y de la caza.

Ejercitan allí la caza, y celebran aquellas fiestas los hijos de Xenofonte y los otros ciudadanos, y todos los hombres que quieren cazar. Y así en este lugar sagrado, como en el de Foloe, se cazan jabalíes, cabras monteses y ciervos.

Está un lugar allí por donde van de Lacedemonia á Olympia, que dista del templo de Júpiter en Olympia cerca de veinte estadios. Hay en este lugar consagrado bosques y montes espesos de árboles, donde tienen sus pastos muy abundantes los jabalíes, cabras, ovejas y caballos, y pueden muy bien pacer las bestias de aquellos que vienen á las fiestas. Cerca del templo hay un bosque lleno de árboles fructíferos, donde nunca faltan frutas á su tiempo.

El templo, aunque es pequeño, es muy semejante al gran templo de Diana en Efeso. La imagen de la Diosa es de ciprés, igual en todo á la de oro que está en Efeso, que no difiere sino en ser de otra materia. Hay una columna delante del templo con un letrero, que dice: que aquella tierra es consagrada á la diosa Diana, y que el que la posee ó lleva frutos della, ha de dar la décima cada año para los sacrificios, y las demasías para los reparos del templo; y si alguno no hiciere esto, que le castigará la Diosa.

CAPÍTULO IV.

Tornando pues á la historia, desde Cerasunte la parte del ejército que había venido por mar volvió á embarcarse, y los otros continuaban su marcha por

tierra. Cuando fueron todos juntos en los términos de los Mosinecos, enviaron á ellos á Timesiteo, natural de Trapisonda, su huésped de los Mosinecos, que les preguntase si entrarían en su tierra como amigos ó como enemigos. Ellos respondieron, que no se les daba nada por ellos, porque se confiaban en el sitio fuerte de la villa.

Entonces Timesiteo avisó á los Griegos que los otros pueblos que moran de la otra parte de la ribera de Ponto tenían continua guerra con éstos, y que le parecía sería bien convidarlos para juntarse con ellos. Así que, enviado Timesiteo, volvió trayendo consigo los más principales de aquella gente. Cuando fueron llegados á ellos, ayuntáronse los gobernadores de los Mosinecos y los caudillos de los Griegos. Y Xenofonte el primero, tomando á Timesiteo por intérprete, les habló desta manera:

«Varones Mosinecos (1), nosotros queremos pasar á »Grecia por tierra, porque no tenemos navíos para »navegar por mar: nos lo estorban estos que, según »hemos oido, son vuestros enemigos. Pues si queréis »nos podéis tomar por compañeros, y vengaros dellos, »si algún tiempo fuisteis injuriados, y tenerlos de »aquí adelante más obedientes. Y si ahora nos dejáis »de las manos, mirad que después por ventura no ha»llaréis otros que con tal poder os vengan á ayudar.» A esto respondió el gobernador de los Mosinecos, que así lo quería él; y luégo aceptó su amistad.

«Ahora pues, dice Xenofonte: ¿en qué pensáis po»deros servir de nosotros si somos vuestros compañe»ros? ¿y vosotros en qué nos podéis aprovechar para »pasar este camino?» Respondieron ellos, que con su

(1) Oración de Xenofonte á los Mosinecos para demandarles su amistad.

ayuda podrían entrar en la tierra de los enemigos por una parte y por otra; y también por el semejante nosotros os podemos enviar navíos y hombres de guerra que os ayuden, y sean vuestras guías para el camino.

Entonces se dieron la fe unos á otros, y así se despidieron. El día siguiente tornaron á los Griegos, trayendo consigo trescientos bateles, y en cada uno dellos venían tres hombres de guerra Mosinecos, de los cuales salieron luégo los dos, y se metieron en las compañías de los Griegos con sus armas: el uno quedó embarcado; y tomando sus bateles, se tornaron navegando.

Los que quedaron se asentaron en compañías de ciento en ciento, y se pusieron en su ordenanza unos enfrente de otros, como un coro de músicos. Tenían todos sus escudos cubiertos de cuero grueso de bueyes blancos, semejantes en la figura á la hoja de yedra. En la mano derecha tenían una palta ó tiro de seis codos, que tenía en el cuento un hierro como de lanza, y en los cabos una bola redonda. Traían vestidas sus cotas hasta la rodilla tapidas como colchas de lienzo. En la cabeza traían unas celadas de cuero, como las de Paflagonia, con una borla encima, á manera de tiara ó mitra; y tambien traían sus hachas de armas de hierro.

Salía primero uno dellos, y todos los otros seguían en pos dél, cantando á compás: y pasando por medio de los escuadrones, y por medio de las armas de los Griegos, caminaban derecho á los enemigos hacia el lugar que les parecía más fácil de combatir. Este lugar era delante de la ciudad que era cabeza ó metrópoli, y como fortaleza de los Mosinecos: y sobre ésta era la guerra; porque los que la tenían, parecía que eran señores de todos los otros Mosinecos: y alegaban los que venían con los Griegos, que estos que

la tenían no la poseían con justo título, porque era común de ambas partes, y que la habían ocupado por tiranía, y por codicia de haber más tierra con ella.

Seguíanlos á éstos algunos de los Griegos, no por orden de los caudillos, sino algunos aventureros que seguían el Real solamente por causa del robar y saquear. Los enemigos se estuvieron quedos aunque vieron que sus contrarios avanzaban; pero cuando estaban ya cerca del lugar, salieron con gran ímpetu, y dieron sobre ellos tan reciamente, que los hicieron volver las espaldas, y mataron muchos de los Bárbaros, y algunos de aquellos Griegos aventureros que habían ido con ellos; y siguieronlos en el alcance, hasta que vieron los Griegos que los venían á socorrer. Entonces se retiraron, y cortando las cabezas de los muertos, las mostraban á los Griegos y á los otros sus enemigos, bailando y cantando á compás, según tenían de costumbre.

Los Griegos hubieron muy gran pesar, porque veían los enemigos haber cobrado ánimo y osadía: y también porque los Griegos aventureros que habían ido en ayuda de los Bárbaros habían huído, mayormente siendo tantos; lo cual nunca les había acaecido de antes en toda la guerra. Xenofonte mandó ayuntar los Griegos, y hízoles este razonamiento:

«Varones esforzados (1), no os espantéis de lo que »ahora ha acaecido; mas antes tenedlo por bien que por »mal. Porque primeramente conoceréis que los que »han de ser nuestras guías de aquí adelante, de nece»sidad han de ser tan enemigos de nuestros contrarios

(1) Oración de Xenofonte á los Griegos, en la cual les quita el temor que pudieran haber cobrado en ver la gente desbaratada; y anímalos para que muestren para cuánto más son ellos que los pasados.

»como nosotros; y también que los Griegos aventu-»reros que temerariamente salieron de orden, y pen-»saron ellos por sí ser bastantes con los Bárbaros para »acabar el hecho, tienen el pago de su merecido, para »que sean ejemplo y castigo á los otros á que en nin-»guna manera se aparten de la ordenanza. Pues con-»viene ahora que os aparejéis de suerte, que á estos »Bárbaros nuestros amigos os aprobéis como sois me-»jores que ellos; y á los enemigos os mostréis por »obra que no son semejantes aquellos con quien aho-»ra pelean á los que desbarataron y vencieron de an-»tes, por ser desordenados y desmandados.»

Así pasaron todo este día; pero al siguiente por la mañana hicieron sus sacrificios, los cuales sucedieron según sus votos, y después de haber dado de comer á la tropa, ordenaron sus huestes, poniendo los escuadrones de los Griegos á la mano derecha, los Bárbaros á la siniestra, y los flecheros en medio de las compañías, no lejos de la frente de los soldados de armas gruesas.

Y porque los más ligeros de los enemigos salían corriendo á tirar con sus hondas, pusiéronles al encuentro los flecheros y gente de escudos que los resistiesen, y los otros todos iban á paso quedo. Cuando llegaron al lugar donde los enemigos habían desbaratado los Bárbaros y aventureros griegos que con ellos iban el día antes, los enemigos pusieron su gente en orden.

Y al principio de la batalla esperaron los Bárbaros nuestra gente de escudos, y pelearon valientemente; mas después que se acercaron los soldados de armas gruesas, no pudiendo más resistir, volvieron las espaldas y huyeron. Luégo la gente de escudos fueron en seguimiento dellos, siguiéndolos en el alcance por la cuesta arriba hasta los muros de la ciudad; y

los soldados de armas gruesas iban también tras ellos en su ordenanza.

Después que llegaron á la cumbre de la montaña, donde estaba la Metrópoli, entonces juntos todos los enemigos, tornaron á rehacerse, y peleaban muy valerosamente con paltas y lanzas largas, tan gruesas y pesadas, que apenas un hombre las pudiera mandar, con estas trabajaban de vengarse arrojándolas de lejos.

Mas como viesen que los Griegos no se retiraban, sino que antes todos á una pasaban adelante, huyeron los Bárbaros, y desampararon el lugar. Su rey dellos, á quien ellos mantienen en la fortaleza de los bienes del común, no quiso salir, ni los que estaban de antes en el lugar que fué tomado primero; por lo cual todos fueron quemados y sus casas con ellos.

Los Griegos robaron la ciudad, donde hallaron muchos tesoros y trojes llenas de pan, que decían ser añejo: también hallaron trigo nuevo guardado en sus espigas; y había gran copia de zea, y mucho atún salado en toneles, y la gordura dello en cántaros, de que se aprovechaban los Mosinecos, como los Griegos del olio. Asimismo hallaron infinita copia de castañas más grandes que las nuestras, que no tenían tela en medio del meollo. Estas comían también en lugar de pan cocidas. Había vino de tal naturaleza, que puro era recio y áspero; y aguado era de muy buen olor y sabor.

Los Griegos, después que se hubieron aquí recreado, entregaron la villa á los compañeros de guerra Mosinecos, y partiéronse de allí. Todos los lugares de los enemigos por donde pasaban, que no eran fuertes, dejaban á los compañeros Mosinecos. Había por aquellas tierras muchos pueblos, que distaban los unos de otros ochenta estadios, poco más ó menos;

y cuando daban voces se oían de la una villa á la otra por ser tierra hueca y alta.

Pasados de aquí á tierra de amigos, mostrábanle los hijos de los más ricos que estaban criados solamente con castañas cocidas, tiernos y blancos en gran manera, grandes de cuerpo y bien fornidos, que tenían pintados los pechos y las espaldas con flor de antemio (1). Morían por las rameras que traían los Griegos, y ayuntábanse con ellas en público; porque esta es su costumbre dellos. Son todos blancos, hombres y mujeres.

Y éstos juzgaron los de nuestro ejército por los más Bárbaros de todas las naciones por do habían pasado, y en gran manera apartados de las costumbres de los Griegos. Porque en público ayuntamiento y compañía hacen aquello que los otros hacen en soledad y escondidos, y no se atreverían á hacer de otro modo; y estando solos obraban como si estuvieran en compañía de otros, pues hablaban entre sí, reíanse á solas, y saltaban y bailaban donde quiera que estaban, como si alguno lo viera.

CAPÍTULO V.

Por esta tierra entre amigos y enemigos anduvieron los Griegos ocho jornadas hasta que llegaron á la región de los Calybes. Estos son pocos, y súbditos á los Mosinecos, y los más dellos viven de sus herrerías.

---

(1) Antemio, flor negra, que en latín la llama nigella Teodoro Gaza.

Partidos de aquí, vinieron á tierra de los Tybarenos, que es grande y campesina, y tiene algunos lugares poco fuertes hacia la mar. Aquí los caudillos griegos tuvieron propósito de entrar la tierra y saquearla para aliviar algún tanto las necesidades del ejército; y por esto no quisieron recibir luégo los presentes que les enviaban los Tybarenos, sino mandaron esperar á los mensajeros que los traían, hasta haber consultado sobre ello.

Mas después que hubieron hecho sus sacrificios, y consultado con su oráculo, fuéles respondido por los adivinos que los Dioses no aprobaban aquella guerra. Por lo cual, recibidos los presentes, pasaron como por tierra de amigos; y en camino de dos días llegaron á Cotyora, que es ciudad griega, colonia y pueblo de los Sinopenses, que habitan en tierra de los Tybarenos.

Y desde que partió el ejército de los Griegos de aquella batalla campal que se dió en Babylonia, cuando fué muerto Cyro su capitán general, hasta que llegaron á esta ciudad de Cotyora, caminaron en ciento y veintidós jornadas seiscientas y veinte leguas pérsicas, que son diez y ocho mil y veinte estadios griegos, y cerca (1) de dos mil cuatrocientas y ochenta millas italianas. En esto se gastaron tiempo de ocho meses.

En Cotyora se detuvieron cuarenta y cinco días, en los cuales primeramente hicieron sus sacrificios y fiestas y pompas solemnes á los Dioses, y después sus juegos y regocijos, según la costumbre de los Griegos, proveyéndose de bastimentos para el ejército, parte de

(1) *Y cerca de dos mil.* El traductor añadió estas palabras por vía de explicación; pero ya se ha dicho que la parasanga ó legua pérsica es casi igual á nuestra legua.

Paflagonia y parte de tierras de Cotyora; porque los de la ciudad, ni les dieron mercado franco, ni quisieron recibir los enfermos del ejército dentro de sus muros.

En esto les vinieron embajadores de parte de los Sinopenses, los cuales se recelaban que los Griegos no hiciesen algún salto en la ciudad de Cotyora, que era suya. Porque habían oído que les corrían y destruían la tierra de donde ellos llevaban renta y tributo; y llegados al Real de los Griegos, uno dellos, nombrado Hecatonymo, varón grave y muy principal, hízoles este razonamiento:

«Varones esforzados (1), á vos nos envía la ciudad »de los Sinopenses para que ante todas cosas os de»mos el loor que merecéis, porque siendo Griegos ha»béis vencido los Bárbaros, y después para que os »demos la enhorabuena y nos gocemos con vosotros, »por veros venir salvos de tantos peligros y tan gran»des trabajos como hemos oído que habéis pasado. Y »pensamos que siendo Griegos también, como nos»otros lo somos, antes nos querréis hacer bien que »mal ninguno; pues de nosotros no habéis recibido »ningún daño. Estos de Cotyora son nuestros súbdi»tos, y nosotros les dimos esta tierra, que se la quita»mos á los Bárbaros; por lo cual nos dan su tributo »determinado, como nos lo dan los de Cerasunte y los »de Trapisonda. Por tanto, todo el mal que hiciéredes »á éstos, habéis de pensar que lo recibe la ciudad de »los Sinopenses. Porque, según hemos oído, algunos »de los vuestros, entrando por fuerza en la ciudad, se

(1) Oración de Hecatonymo, embajador de los Sinopenses, á los Griegos, en la cual les persuade que no roben la tierra, pues que siendo ellos también Griegos, antes son obligados á defenderla; donde no, que procurarán de vengar la injuria.

»han aposentado en las casas della, y toman de los »lugares todo lo que quieren contra voluntad de sus »dueños. En esto os rogamos que pongáis remedio, »porque si no lo hacéis, nos será forzoso tomar en »nuestra amistad á Coryla, gobernador de Paflago »nia, y todas las otras gentes que pudiéremos, para »que nos ayuden y socorran.»

Cuando Hecatonymo hubo acabado su razonamiento, levantóse Xenofonte, y en nombre de todos los Griegos respondióle desta manera: «Varones Sinopen»ses (1), nosotros hemos venido aquí, como veis, te»niendo á mucho haber escapado con las vidas y con »las armas. Porque en ninguna manera nos era posi»ble traer la hacienda y los bienes acuestas y pelear »juntamente con los enemigos. Y ahora que fuimos »entrados en las ciudades griegas, los de Trapisonda »nos dieron mercado franco, y así comprábamos todo »lo que habíamos menester por nuestros dineros. Por »lo cual ellos nos hicieron honra, y dieron presentes »á los del ejército, y así también la recibieron ellos »por el semejante de nosotros. Y si alguno de los Bár»baros había que fuese su amigo, nos refrenamos de »hacerle injuria, y á sus enemigos hicimos todo el »mal que pudimos. Y si no lo creéis, preguntadles qué »tales fuimos para con ellos, pues aquí hay presentes »muchos de aquellos que la ciudad, por amistad nues»tra, envió por guías con nosotros.

»Donde quiera que venimos, si no nos dan mercado, »sea de tierra de Bárbaros, sea de Griegos, no por in-

(1) Respuesta de Xenofonte á los embajadores de los Sinopenses en nombre de los Griegos, donde responde que ellos no hacen fuerza ni agravio sino á los que de grado no les quieren dar mantenimientos, ahora sean Griegos, ahora Bárbaros. Y al fin los amenaza que se juntarán con los Paflagones y harán guerra á los Sinopenses.

»juria, sino por necesidad, tomamos las provisiones »necesarias. Así que á los Carduchos y Caldeos y »Taocos, gente belicosa, los cuales ni aun á su Rey »obedecen, no por otra causa los hicimos tomar armas »contra nosotros, sino porque como teníamos necesi- »dad, éramos constreñidos á tomarles por fuerza lo »que no nos querían dar de grado. A los Macronas, »aunque eran Bárbaros, porque nos dieron el mercado »franco que pudieron, los tuvimos por amigos y no »les tomamos nada de lo suyo por fuerza.

»A estos de Cotyora, que vosotros nombráis por »vuestros, si algo les tomamos, ellos tienen la culpa; »porque nos recibieron, no como amigos, sino que »antes nos cerraron las puertas, sin querernos admi- »tir dentro de la ciudad, ni darnos mercado franco; »aunque ellos echan la culpa de todo ello á vuestro »Gobernador. Pues á lo que decís que algunos entra- »ron por fuerza á aposentarse en la ciudad, nosotros »les rogamos primero que siquiera recibiesen los en- »fermos que traíamos en sus casas. Mas cuando vimos »que nos cerraban las puertas y no nos querían reci- »bir, entramos por el mismo lugar por donde ellos »nos lo vedaban, y otra fuerza ninguna no hicimos. »Así que, si los enfermos están aposentados en las »casas, gastan de lo suyo. Si ponemos guardas á las »puertas, es porque nuestros enfermos no estén debajo »del mando de vuestro Gobernador, sino que los poda- »mos sacar cuando quisiéremos. Todos los demás, »como veis, están aposentados en el campo en su or- »denanza y á punto de guerra, para que si alguno nos »hiciere bien, se lo podamos remunerar, y si mal, nos »podamos vengar.

»Y porque me parece nos amenazas que tomaréis »por compañero á Coryla, gobernador de Paflagonia, »contra nosotros si fuere menester, también peleare-

»mos con él y con vosotros, pues que contra otros »muchos hemos peleado. Y aun si viéremos que nos »cumple, también podremos tomar nosotros la misma »amistad con el Paflagón, que según oímos, él codicia »ganar vuestra ciudad y las tierras marítimas que »poseéis. Así que, siendo nuestro amigo, trabajaremos »de ayudarle para poner en efecto su deseo.»

Cuando Xenofonte hubo concluído, los otros embajadores se enojaron con Hecatonymo, su compañero, porque había sido demasiado en sus razones, y levantándose uno dellos en pie, habló así: «No venimos aquí para hacer guerra, sino para mostraros que os queremos por amigos y por huéspedes, y si queréis venir á la ciudad de los Sinopenses, seréis allí muy bien recibidos. Ahora por el presente mandaremos á estos nuestros de Cotyora que os provean de todo lo que pudieren, porque bien vemos ser verdad todo lo que decís.»

Acabando éste de hablar, los Cotyoranos enviaron sus presentes á los del ejército, y los caudillos de los Griegos convidaron en sus estancias á los embajadores de los Sinopenses, donde comunicaron muchas cosas los de ambas partes, y entre otras, de su camino para adelante, y lo que cumplía á todos. Y en esto pasaron todo aquel día.

CAPÍTULO VI.

Venida la mañana, los capitanes griegos mandaron ayuntar toda su gente para consultar su partida en presencia de los embajadores de los Sinopenses. Porque siendo menester ir por tierra, parecía venirles á

propósito que tuviesen á los Sinopenses por guías, porque sabían toda la tierra de la Paflagonia; y si por mar, también los habían menester, porque les parecía que éstos solos eran bastantes á proveerles de navíos para el paso de todo el ejército. Así que, llamados los embajadores, lo consultaron con ellos, rogándoles que pues eran Griegos también como ellos, por afición y buena amistad les aconsejasen lo que mejor les pareciese.

Entonces se levantó Hecatonymo, y primeramente comenzó á excusarse de lo que había hablado antes en su razonamiento, que tomarían la amistad de los Paflagones, pues no lo había dicho á fin de amenazar á los Griegos con guerra, sino para que conociesen que pudiendo tomar compañía con los Bárbaros, la dejaban por tomar la de los Griegos. Mas mandándole los Griegos que expusiese su dictamen, invocando á los Dioses, habló de este modo:

«Yo ruego á Dios (1) que si os aconsejare lo que »mejor me parece, que me venga mucho bien en pago »dello, y si no, que me venga todo al contrario. Ya, »dice, me he ofrecido, y este consejo es el que lla»man sagrado. Porque si se hallare que os he aconse»jado bien, cierto es que habrá muchos que me alaben »y den gracias por ello, y si mal, por el semejante, »habrá muchos que me vituperen y echen maldicio»nes. Si por mar hubiéredes de ir, bien sé que se nos »apareja más trabajo á nosotros, porque nos daréis bien »en que entender en proveeros de los navíos que son »necesarios; y si por tierra, conviene que peleéis con »todos aquellos que os salieren al camino. Empero »todavía diré lo que siento: yo sé muy bien toda la

(1) Consejo de Hecatonymo á los Griegos, en el cual les muestra cuánto les convenga más ir por mar que por tierra.

»tierra de los Paflagones y las fuerzas y poder dellos.
»Tiene la tierra dos cosas, muy hermosos campos y
»montes muy altos, y sé bien que la entrada por do
»conviene pasar, pues no hay otra, es muy difícil,
»porque está entre dos cumbres de montes muy altas.
»Y si una vez tienen éstas algunos hombres de gue-
»rra, por pocos que sean, no basta todo el resto del
»mundo á pasar por ellas; y que esto sea así, yo lo
»mostraré por verdad, si queréis enviar allá conmigo
»alguno. Y también sé que si descendéis en los cam-
»pos, tienen allí los Bárbaros su gente de caballo,
»mucho mejor que toda la que el Rey tiene. Que poco
»ha que llamándoles el Rey para que viniesen á él, no
»hicieron cuenta dél ni quisieron ir; porque su gober-
»nador déstos se tiene por mayor y más poderoso que
»el Rey. Pues ya que subáis estos montes escondida-
»mente, y toméis aquellos pasos, y venzáis en los
»campos la gente de caballo y de pie, que serán más
»de ciento y veinte mil hombres, forzado habéis de
»venir á pasar los ríos, y el primero de todos es Ther-
»modonta, que tiene de ancho trescientos pies, que
»no será fácil de pasar, teniendo de una parte y de
»otra los enemigos. El segundo es Iris, que asimismo
»tiene trescientos pies de ancho. El tercero es Halis,
»que por ninguna parte tiene menos de dos estadios
»de ancho, ó mil doscientos pies; y éste no le podéis
»pasar sin bateles. ¿Pues quién os dará navíos? Ya
»que también paséis á Halis, quédaos Partenio, que
»es tan malo de pasar como los otros. Así que yo, no
»solamente tengo por difícil el camino por tierra, pero
»totalmente por imposible. Si queréis ir por mar, po-
»déis navegar desde aquí á la ciudad de Sinope, y de
»Sinope á Heraclea, desde Heraclea por tierra y por
»mar tenéis buen camino, porque en Heraclea hay
»muchos navíos.»

Cuando hubo acabado su razón, no faltaron algunos que sospecharon que lo decía esto Hecatonymo por causa de la amistad que tenía con Coryla, porque era su huésped; otros, que había sido sobornado para dar este consejo; otros sospechaban que por mirar por las tierras de los Sinopenses, que no recibiesen detrimento de los Griegos si fuesen por tierra. Mas, en fin, los Griegos se determinaron de hacer por mar su camino.

Levantóse Xenofonte y dijo: «Paréceme, caballeros »Sinopenses, que los soldados han escogido el camino »que vosotros aconsejáis; pero sea esta la suma: que »si nos pueden proveer de navíos bastantes, de ma»nera que no sea menester dejar acá un hombre tan »solo, nosotros navegaremos; mas si se ha de quedar »alguna parte del ejército en tierra, ni navegaremos, »ni entraremos en los navíos. Porque bien sabemos »que do quiera que nos halláremos todos juntos, po»dremos estar salvos y haber los mantenimientos ne»cesarios; pero si nos halláremos en mucho menor nú»mero que los enemigos, hemos de ser tenidos en »lugar de siervos.»

Oído esto, los embajadores sinopenses amonestaron los Griegos que ellos también enviasen sus embajadores sobre esto á la señoría de los Sinopenses. Y luégo fueron señalados Calimaco Arcadio, y Aristón Ateniense, y Samola Acheo, que se partieron para allá.

En este medio, viendo Xenofonte muchos soldados de armas gruesas de los Griegos, y muchos de la gente de escudos, y muchos flecheros y tiradores de honda, y muchos de caballo, que por la estada larga que habían hecho en el Ponto, estaban suficientes y bastantes para emprender cualquier hecho, y que no se podrían fácilmente en todo tiempo con poco dinero allegar tan gran poder como allí se hallaba, parecióle

sería bien con él añadir algunas más tierras y señoríos á Grecia, y poblar allí alguna ciudad, que pensaba vendría á ser grande si se juntasen con los Griegos algunos otros moradores de tierra de Ponto.

Sobre esto determinó de hacer sacrificios antes que dijese nada á los soldados, y para ello llamó á Silano Ambraciotes, adivino de Cyro que había sido, y comunicólo con él. Mas Silano, temiendo, si esto se hacía, que se quedaría allí el ejército de los Griegos, descubrió el secreto á los del ejército, diciéndoles que Xenofonte quería hacer quedar allí todo el ejército y poblar una ciudad por cobrar nombre y fama dello; porque Silano, según parece, no había cosa que tanto desease como llegar á Grecia lo más pronto que ser pudiese, por verse en su tierra salvo con los tres mil daricos de oro que había recibido de Cyro, de que le hizo merced cuando adivinó que el Rey su hermano no daría la batalla en aquellos diez días.

Cuando los soldados supieron el hecho que les contó Ambraciotes, algunos dellos tenían por bueno quedarse allí; pero á los más les pareció que no. Timasión Dardanio y Torax Beocio dijeron á algunos mercaderes heracleotas y sinopenses que á la sazón allí estaban, que si sus ciudades no daban sueldo al ejército para que pudiesen bastecerse de las provisiones necesarias y navegar é irse, podría ser que se quedasen todos en el Ponto. Porque Xenofonte los convidaba á ello, y que cuando viniesen los navíos creían que Xenofonte les hablaría desta manera:

«Varones griegos, ya vemos que estamos ricos (1) y

(1) El traductor leyó con algunos εὐπόρους, y por eso ha traducido así. La lección que seguimos, que es la más recibida y la que mejor se adapta al contexto, hará este sentido: *ya vemos, varones griegos, que estáis tan pobres, que ni aun lo más preciso tenéis para embarcaros; ni restituídos á vuestras casas podéis ayudar, etc.*

»que tenéis lo necesario para la partida: si quisiéredes »tornar á vuestras casas, podréis ayudar á los vues»tros, y si os quisiéredes quedar en cualquiera parte »de la tierra de Ponto que escogiéredes, podéis hacer »vuestro asiento. Así que el que quisiere ir, váyase. »Veis aquí los navíos aparejados para ir donde quisié»redes.»

Oído esto, los mercaderes hiciéronlo saber á sus ciudades por sus mensajeros. Timasión Dardanio envió con ellos á Erymaco Dardanio y á Torax Beocio que les dijesen lo mismo. Sabida la cosa por los Sinopenses y Heracleotas, enviaron á Timasión, prometiéndole que le darían los dineros á su voluntad por que hiciese navegar y partir de allí el ejército de los Griegos.

Timasión, oyendo de buena gana esta respuesta, en presencia de todos los del ejército habló desta manera (1): «No hay para qué pensar en la quedada, com»pañeros, porque no hay cosa que más debamos esti»mar que nuestra patria y nuestra tierra de Grecia. »Yo he sabido que hay algunos que hacen sacrificios »sobre esto sin consultar nada con vosotros; pues yo »os prometo, si os queréis determinar de navegar y »partir de aquí al principio del mes, de dar á cada »uno de sueldo por cada mes un cyziceno, y os lle»varé á Troade, de donde yo fuí desterrado, y allí »seréis muy bien recibidos de mi ciudad y os provee»rá de todo lo que hubiéredes menester. Y de allí os »llevaré á tierras donde podáis haber muchos bienes. »Porque yo sé muy bien la tierra de Eolia y de Frigia »y de Troade, y todo el señorío de Farnabazo, por ser

(1) Oración de Timasión á los Griegos para persuadir la partida por mar.

»natural de allí y por haber estado debajo de bandera »de Clearco y Dercílida.»

Entonces se levantó en pie Torax Beocio, que siempre había tenido competencia con Xenofonte sobre el cargo, y díjoles: que si una vez salían de Ponto, vendría á ser suya Chersoneso, que era tierra fértil y rica para el que se quisiese quedar á morar en ella, ó partirse de allí más á su placer. Porque era cosa de burla, si teniendo á Grecia, que era tierra grande y fértil, quisiesen buscar la tierra de los Bárbaros. «Yo, dice, cuando allá fuéredes, también, como Timasión, os prometo vuestro sueldo.»

Esto decía porque sabía lo que los Sinopenses y Heracleotas habían prometido á Timasión, si hiciese que el ejército navegase y se partiese del Ponto. Xenofonte á todo esto callaba; mas como se levantasen Filesio y Lycón Acheos, diciendo que les parecía cosa muy recia que habiendo sido Xenofonte el que señaladamente aconsejaba y persuadía la quedada, y hecho sus sacrificios sobre ello, no comunicarlo con el ejército, ni dar su excusa dello; entonces Xenofonte, viéndose constreñido de sus calumnias, levantóse, y habló desta manera:

«Yo (1), varones griegos, nunca ceso de hacer sa»crificios á los Dioses por vosotros y por mí, y rogar»les que me dejen pensar y decir y hacer todo aquello »que sea en bien y provecho vuestro y mío. Y ahora »sobre esto solamente sacrificaba á los Dioses para »saber dellos si sería bien comunicar y tratar con »vosotros este negocio, ó si convenía no hablar en él »por ninguna vía.

(1) Oración de Xenofonte á los Griegos, en la cual junta muchas causas, por donde no conviene navegar; y mostrándose deseoso del bien de todos más que de su propio provecho, hace más amable su consejo.

»Silano el Adivino, aconsejándome con él, me res-»pondió que los sacrificios sucedían muy bien, que »era lo principal de todo, y yo también lo sabía por-»que ya tengo experiencia en ellos. Solamente me »dijo que los sacrificios demostraban que se me tra-»maban á mí solo traiciones y asechanzas ocultas; y »bien lo debía saber, pues él mismo era el que me »urdía la traición y calumnia para revolverme con »vosotros, cuando descubría el secreto de lo que yo »pensaba hacer en vuestro provecho, sin persuadirlo »ni daros parte.

»Yo, viéndoos necesitados y desconfiados, pensaba »que lo que más cumplía era tomar alguna ciudad de »donde el que quisiese pudiese navegar á su placer y »partirse luégo, ó si no, quedarse cuando tuviese lo »necesario para sí y para los suyos; mas pues que, se-»gún he entendido, los Heracleotas y los Sinopenses »os envían navíos, y algunas personas prometen suel-»do que corra desde el comienzo del mes, paréceme »buen partido que, puestos en salvo, recibáis también »sueldo, y desde ahora me aparto de mi pensamiento. »Y á todos los que me vinieron á preguntar lo que »convenía hacer en esto, les dije que me apartaba de »mi propósito y que ellos debían hacer lo mismo.

»Y así me determino que mientras todo el ejército »estuviere junto, como ahora está, tendrá honra y »todo lo necesario. Porque en la victoria de los ven-»cedores está poder tomar los bienes de los vencidos. »Mas estando dividido el ejército y repartido su poder »y fuerza en muchas partes, ni podréis haber mante-»nimientos, ni salir destas tierras con vuestra honra.

»Yo soy del mismo parecer que vosotros, que nos »partamos luégo para Grecia; y si alguno se quedare »ó desamparare al otro, antes que todo el ejército esté »en salvo, este tal sea juzgado por traidor y enemigo.

»El que aprobare lo que digo, conmigo alce mano.» Y luégo todos la alzaron aprobándolo.

Entonces Silano el Adivino procuraba de contradecirlo, afirmando que á cada cual era lícito irse donde quisiese. Mas los soldados no le sufrieron; antes le amenazaron que si le tomaban huyendo, que pagaría la pena.

Los Heracleotas, cuando supieron que ya era determinada la partida, enviaron sus navíos: mas en los dineros que habían de enviar á Timasión y á Torax, para el sueldo del ejército, hicieron falta, y mintiéronles.

Por lo cual ellos, atemorizados, fueron turbados, y temieron la ira de los del ejército; porque les habían prometido el sueldo. Y tomando consigo los otros capitanes con quien habían comunicado la cosa de antes (porque todos estaban presentes, excepto Neón Asineo, que había sido puesto en lugar de Cherisofo ausente), se fueron para Xenofonte, diciendo que ya estaban arrepentidos y que mudaban su intención, y les parecía que lo mejor de todo sería navegar para Fasis, pues tenían allí los navíos aparejados, y ocupar la tierra de los Fasianos, en la cual estaba por rey el hijo de Eeta.

Xenofonte les respondió que él no consultaría nada de aquello con el ejército. «Vosotros, dice, si quisiereis, hacedlos ayuntar, y comunicádselo.» Entonces Timasión Dardanio fué de parecer que no se debía hacer razonamiento en público, sino que cada cual de los capitanes tomase aparte sus soldados, y se lo persuadiese. Y ellos procuraban de hacerlo así.

CAPÍTULO VII.

Mas ya los soldados sabían todo lo que pasaba. En esto Neón Asineo acriminaba á Xenofonte, diciendo que él había persuadido lo que quería á los otros capitanes; y que su pensamiento era engañar á los soldados, y llevarlos á tierra de Fasis antes que á Grecia. Oído esto, los soldados comenzaron á ensañarse, murmurando y haciendo sus corrillos; y temíanse los capitanes que no les hiciesen otro tanto como habían hecho á los pregoneros de los Colcos y á los fieles del mercado, que todos cuantos dellos no pudieron huir á la mar fueron apedreados.

Cuando Xenofonte sintió esto, parecióle que sería bien ayuntarlos de presto para hablarles, y no esperar á que ellos se juntasen de sí mismos. Así que mandó al pregonero que los hiciese ayuntar: y ellos, oído el pregón, todos de buena gana vinieron corriendo á ayuntarse. Entonces Xenofonte, sin culpar á ninguno de los capitanes porque habían venido á él, ni hacer mención dellos, hizo este razonamiento á todos:

«Varones griegos (1), he oído que algunos me andan »acusando ante vosotros, diciendo que yo os quiero »engañar y llevar á Fasis. Oidme por Dios ahora, y si »pareciere que yo he hecho injuria, no me dejéis salir »de aquí sin castigo; y si hallareis que aquellos que

(1) Oración de Xenofonte para amansar los soldados amotinados contra él; donde por todos los argumentos y comparaciones que puede, les prueba que no hace cosa que no sea en su provecho; y que si algo le han levantado, es por la envidia de la honra que le hacen.

»me acusan son los que os han injuriado, dadles la »pena de su merecimiento.

»Nadie hay de vosotros que no sepa dónde sale el »sol y dónde se pone, y que el que quiere ir á Grecia »ha de ir hacia el Occidente, y el que quiere ir á Asia, »á tierra de los Bárbaros, hacia el Oriente. ¿Quién ha»brá que en cosa tan clara os pueda engañar, y os »haga entender que allí nace el sol donde se pone, y »que se pone donde nace? Y también sabemos todos »que el viento Bóreas es bueno para ir de Fasis á Gre»cia, y el Austro para ir de Grecia á Fasis: porque so»léis decir continuamente entre vosotros, que ahora »corre el Bóreas, y que si tuvieseis navíos sería buen »tiempo para navegar á Grecia. ¿Pues qué hombre »hay tan astuto que os pueda engañar, para que os »metáis en la nao cuando corre el Austro?

»Pero ya que os hiciese yo embarcar cuando hay »bonanza y tranquilidad en la mar, ¿por ventura pue»do yo navegar sino uno solo en un navío, y vosotros »por lo menos más de ciento juntos en cada uno? Pues »¿cómo os puedo yo hacer fuerza para que naveguéis »conmigo, no queriendo, ó llevaros por engaño? Y »puesto caso que engañados de mí vinieseis á Fasis, »y allí descendiésemos en tierra, bien podíais cono»cer que no estabais en Grecia: y yo sería uno solo »el engañador, y vosotros los engañados casi diez »mil todos armados. ¿Pues qué hombre solo merecía »mejor el castigo que este tal que así aconsejase mal »á sí y á vosotros?

»Mirad que estas palabras que os dicen, son de »hombres necios y envidiosos de la honra que me ha»céis; aunque con razón no me tienen envidia. Porque »decidme: ¿á quién vedo yo que no diga libremente lo »que viere ser para provecho y honra vuestra, ó que »no pelee por vosotros él, si quisiere, ó que no se des-

»vele pensando en vuestra seguridad? ¿O á quién he »contrariado para el cargo que vosotros le eligieseis? »Por lo que á mí toca, mande quien quisiere, con tal »que parezca que solamente pretende vuestro bien y »provecho en general, y no el suyo particular.

»Y esto me baste decir para contra estos calumnia»dores: y si alguno de vosotros piensa ser engañado »de mí, ó que algún otro lo sea, salga y muéstrelo. Y »si lo dicho basta para mi descargo, no os partáis de »aquí hasta que me oigáis lo demás; porque, según »veo, en el ejército está comenzada á urdir una cosa, »que si pasa adelante como se ha mostrado, tiempo »es de proveer en ello con maduro consejo: porque »no seamos tenidos por hombres malos y desvergon»zados para con Dios y con los hombres, y con los »amigos y enemigos; y finalmente seamos menos»preciados.»

Cuando los soldados esto oyeron, maravillándose qué cosa podría ser aquella, le mandaron que luego la declarase. Entonces Xenofonte, tornando á su razonamiento dijo: «Bien sabéis (1) que entre estos mon»tes de los Bárbaros hay tierras de los amigos y alia»dos de los Cerasuntes nuestros amigos, de donde des»cendieron algunos que nos vendieron ganado y todo »lo que tenían de buena gana, y también algunos »de vosotros entrasteis en estos lugares á comprar »provisiones.

»Pues como no ignorase esto el capitán Clearato, »viendo el lugar pequeño y sin fuerzas ni guardas, »porque se confiaban de nuestra amistad, y porque

---

(1) Persuádeles Xenofonte cuán mala sea la disensión en el ejército, y querer cada uno hacer cabeza de juego: y cuenta para ello la bellaquería que hizo el capitán Clearato, de la cual tuvo su pago.

»pensaban estar seguros, entró en él de noche para »haberle de robar y destruir, sin comunicarlo á nin- »guno de nosotros: porque tenía determinado si to- »mase el lugar, de no tornar más al ejército, sino en- »trar en un navío con sus compañeros, el primero que »tomase, y navegar, é irse de esta tierra de Ponto con »su presa.

»Y desto fueron participantes sus compañeros, se- »gún que ahora he entendido, que convidó á todos los »que pudo persuadir para que fuesen á tomar el lugar. »Mas como no pudiesen llegar al lugar antes del día, »fué descubierta la traición: y ayuntados los vecinos y »moradores de los lugares comarcanos, dieron sobre »ellos, y mataron á Clearato y á muchos de los suyos; »y algunos se fueron huyendo á Cerasunte.

»Esto acaeció el mismo día que nos partimos para »venir por tierra. Había algunos de los navegantes »que aun no se habían partido de Cerasunte, y en »este medio, según cuentan los de Cerasunte, vinie- »ron tres hombres ancianos de aquel lugar, enviados »de los suyos á nuestro ejército para hablarnos de su »parte.

»Mas como no nos hallasen allí, porque ya éra- »mos partidos, fuéronse para los de Cerasunte, y di- »jéronles que se maravillaban de nosotros, por qué »causa nos habíamos movido contra ellos. Y que en- »tonces los de Cerasunte le respondieron que no ha- »bía sido el hecho con acuerdo común de todos los »del ejército: y con esto fueron contentos, y se deter- »minaron de venir á nosotros á contarnos todo el he- »cho, y ofrecernos los muertos que allí habían queda- »do, para darles sepultura honrosa. Algunos de los de »Clearato que huyeron á Cerasunte, como arriba dije, »que aun estaban en la ciudad espiaron aquellos »tres buenos hombres ancianos de los Bárbaros por

»el camino que iban, y comenzáronles á tirar pie»dras, y animaron los otros que hiciesen lo mismo; »de manera que los tres Rancianos quedaron allí ape»dreados y muertos.

»Sabido el hecho, vienen los de Cerasunte á contar»nos el caso, y nosotros los capitanes cuando lo oí»mos, tuvimos muy gran pesar, y consultábamos con »los Cerasuntes cómo sepultar los muertos. Estando »sentados fuera del Real en consejo sobre ello, de im»proviso oímos muy gran ruido y voces: «mata, mata, »hiere, hiere;» y juntamente con decir esto, veíamos »correr á muchos que tenían ya piedras en las manos, »y otros que las estaban tomando.

»Los Cerasuntes, como aquellos que tenían delante »de los ojos el hecho que pasara de antes, con gran »miedo se retiraron hacia sus naos; y no faltó entre »los nuestros quien se recelase y creyese estar poco »seguro. No obstante, yo me fuí para ellos, y les pre»gunté qué cosa era. Muchos dellos no sabían nada, »sino que también tomaban piedras en las manos; »hasta que encontré con uno que sabía el caso, y me »dijo que los fieles que tenían cargo de los manteni»mientos trataban mal á los del ejército.

»Y en esto vió uno pasar á Zelarco, uno de los fieles, »que se retiraba hacia el mar, y dió voces á los otros »que le siguiesen; los cuales como lo oyeron, iban en »pos dél como cazadores tras el ciervo ó puerco mon»tés. Los Cerasuntes viéndolos así alborotados, pen»sando que iban contra ellos, huyeron de corrida, y »metiéronse en la mar, donde los siguieron algunos »de los nuestros; y el que dellos no sabía nadar se »ahogó.

»¿Pues en qué pensáis que os han injuriado estos de »Cerasunte? ¿porque huyesen temiendo que no fuese »alguno contra ellos como can rabioso? Y si en esto

»pasais por alto, mirad en qué estado estarán de aquí »adelante las cosas del ejército. Vosotros no seréis »más señores, ni de tomar la guerra cuando la qui»siereis, ni dejarla, si cada uno en particular puede »llevar la gente donde quiere. Y si algunos embaja»dores vinieren á nosotros, para tratar de paz ó de »otra cosa alguna, bien será por cierto que los mate »quien quisiere, antes que oigamos ni sepamos á lo »que vienen. Demás desto, los gobernadores y capita»nes, elegidos rectamente por vosotros, no tendrán »autoridad ninguna, sino que cualquiera que se elija »á sí mismo por capitán, y se le antoje decir: mata, »mata, tírale, tírale, es bastante para matar al capitán »ó particular que quisiere, sin que sea oído ni juz»gado, como ahora acaeció.

»Considerad pues ahora las maldades que han hecho »los que por su misma autoridad se han elegido por »gobernadores. Zelarco el Fiel, si en algo os ha inju»riado, él navegó, y se fué seguramente sin pagar la »pena; y si no os injurió, huyó del ejército, temiendo »que injustamente, sin ser oído ni condenado, fuese »muerto. Los que apedrearon y mataron á los emba»jadores, á solos nosotros nos hicieron daño, que no »podremos entrar seguramente en la ciudad de Cera»sunte, si no fuere por fuerza de armas. Pues los »muertos que de primero nos daban para sepultar los »mismos que los mataron, aquellos ya no será seguro »tornarlos á pedir sin enviarles embajador. ¿Y qué »embajador querrá ir, viendo que han muerto sus em»bajadores? Aunque nosotros rogamos á los Cerasun»tes que los enterrasen.

»Si esta cosa va bien ordenada así, consideradlo »vosotros, para que si pasa adelante, sea menester »que cada uno se guarde á sí mismo, y ponga su es»tancia en lugar seguro. Y si os parece que estas son

»obras de bestias y no de hombres, pensad en atajar»las y redimirlas; y si no, decidme por Dios: ¿cómo po»dremos hacer sacrificios apacibles á los Dioses, ha»ciendo obras injustas y malas? ¿O cómo podremos »pelear contra los enemigos, si nos matamos unos á »otros? ¿O qué ciudad nos recibirá por amigos, si en »nosotros hay tanta crueldad? ¿Y quién se confiará »de darnos mercado franco, si ve nuestros yerros en »cosas tan grandes é importantes? Ni conviene espe»rar más el loor que tanto deseamos: porque ¿quién »habrá que nos quiera loar ni honrar siendo tales? »Bien sé que nosotros tendríamos por malos y perver»sos á los que hiciesen lo semejante que nosotros.»

Entonces todos se levantaron, diciendo que era bien castigar los que habían sido causa desto: y que de ahí adelante ninguno excediese de la ley; y el que excediese, que fuese digno de muerte. Y que los caudillos y gobernadores principales estableciesen el juicio, y las penas sobre todos, si alguno había cometido delito desde aquel día que murió Cyro, los capitanes fuesen los jueces dello. Y por amonestación de Xenofonte y consejo de los adivinos fué determinado que sería bien visitar el ejército, y así fué ordenada la visita.

CAPÍTULO VIII.

También se ordenó que se tomase residencia á los generales de todo el tiempo pasado; en la cual fueron condenados Filesio y Xanticles en veinte minas de pena, por otras tantas que habían tornado menos de

los dineros de la Gaula (1) que tuvieron en guarda; y Sofoneto en diez minas, porque siendo elegido por pretor y juez no lo quiso ser. Algunos acusaron á Xenofonte de injurias, diciendo que habían sido heridos y maltratados dél.

Xenofonte se levantó en pie, y mandó al primero que declarase dónde y cómo, y cuándo había sido herido ó injuriado. Entonces respondió aquel diciendo: «Cuando estábamos casi desperecidos de frío por las grandes nieves.» A esto replicó Xenofonte: «Pues entonces en tanta nieve, como tú dices, ni había mantenimientos en el campo, ni aun tanto vino como pudiésemos oler para recrearnos: los nuestros estaban quebrantados de los trabajos: los enemigos nos seguían á las espaldas; si en este tiempo injurié á alguno, yo confieso ser más perjudicial y desvergonzado que los asnos, que, según dicen, en sus retozos no sienten el trabajo y la fatiga. Mas ahora cuéntame por qué causa te herí. ¿Por ventura pedíte algo de lo tuyo, y porque no me lo quisiste dar te maltraté? ¿ó te torné á pedir lo mío, ó fué la rencilla sobre los amores, ó estando borracho me desmesuré contigo?»

Mas como aquél respondiese que ninguna causa destas había sido, le tornó á preguntar Xenofonte: «Dime, ¿tú eras de los de armas gruesas ó de la gente de escudos? —No, respondió otra vez, sino por orden de los compañeros tenía cargo de un mulo del carruaje, y era libre.» Entonces le conoció Xenofonte, y díjole: «¿Tú eras el que traías el hombre enfermo? —Sí por Dios, respondió él, porque tú me le hiciste traer

(1) *Gaula*. Gracián traduce la voz γαυλικῶν como si fuese nombre nacional; pero esta vez se deriva de γαῦλος, especie de *navío redondo*. Así que Filesio y su compañero fueron condenados por haber robado *el dinero de los navíos* (γαυλικῶν χρημαζων) cuya custodia se les había encomendado.

por fuerza, y me mandaste descargar la ropa de mis compañeros. —¿Pues qué se hizo de la ropa? veamos: ¿no lo dí á otros que lo trajesen, y les mandé que me lo mostrasen, y te lo entregué todo salvo, después que me mostraste el enfermo que habías traído? Mas ahora oid cómo pasa el hecho de la verdad, porque es digno de saberse.

»Un soldado se quedaba atrás, que no podía más andar; y yo, porque conocía á éste, que era uno de los nuestros, le forcé que le tomase y le trajese, por no dejarle; porque, si no me engaño, venían en nuestro seguimiento los enemigos.» A todo esto consintió el hombre. «Pues ven acá, dice Xenofonte, ¿cuando te envié delante, que yo venía con la retaguardia, no te torné á hallar que estabas cavando una fosa para enterrar aquel mezquino de hombre; y cuando llegué comencé á darte las gracias y alabarte, pensando que enterrabas al difunto, hasta que volviendo la cabeza los que allí estaban, vieron cómo el hombre meneaba una pierna, y dieron voces que el hombre estada vivo, y tú dijiste cuanto quisiste, y finalmente que no le traerías? Entonces tú dices la verdad que yo te herí, porque me parecía que sabías bien que estaba vivo. —Así es, dijo el hombre; ¿mas por eso dejó de morirse después que yo te le entregué?— Y nosotros también, dice Xenofonte, habemos de morir; ¿mas por eso conviene enterrarnos vivos antes?»

Entonces todos á una voz dijeron que era pequeño el castigo que Xenofonte le había dado, y que le merecía mayor. Y mandó que se levantasen otros, si había, y diesen la causa por qué habían sido heridos. Mas como no se levantase ninguno, Xenofonte habló desta manera: «Yo, varones griegos (1), confieso ha-

(1) Defiéndese Xenofonte, probando cómo todo lo que hizo lo

»ber herido á muchos porque se desordenaban, los »cuales, yendo vosotros en buen orden, y peleando »cuando era menester, pudieron salvarse; mas éstos »han desamparado la ordenanza, y se iban corriendo »á saquear y robar, con codicia de tener más que nos»otros; y si esto hacemos todos, cierto es que perece»remos todos.

»Y también si veía alguno cobarde y perezoso que »no se quería levantar, sino de ruin y cobarde entre»garse á los enemigos, heríale, y hacíale levantar y »pasar adelante; porque en tan gran frialdad y tem»pestad del invierno, yo mismo, cuando estaba espe»rando los que traían el carruaje, y me sentaba por un »rato, conocía de mí mismo que apenas me podía le»vantar, y apenas podía extender las piernas. Y desto »tomaba la experiencia en mí mismo; y cuando veía »otro sentado, perezoso y entumido, le forzaba á le»vantar: porque sabía que meneándose y mostrándose »varonil daba calor á los miembros y atraía el hu»mor; y estándose quedo y sentado, veía que se helaba »y cuajaba la sangre, y se entomecían y cortaban de »frío los dedos de los pies, como muchos de vosotros »lo visteis y experimentasteis.

»A otros, que de pereza y flojedad se quedaban »atrás, y os hacían detener á vosotros que ibais en la »vanguardia, yo que venía en la retaguardia los hería »con el puño, porque no fuesen heridos con la lanza »de los enemigos que venían atrás. ¿Y ahora les será »lícito á estos tales que se ven salvos pedirme la pena »de la sinjusticia que en esto les hice, pues que si vi»nieran en poder de los enemigos, por mucho mal »que sufrieran, no tuvieran á quien pedir la pena?

---

hacía por el bien de todos; y que si hirió alguno, no lo hizo por crueldad, sino por misericordia de que no quedase en poder de los enemigos.

»Y estas son nuestras razones sencillas: así que si »por su bien yo castigué á alguno, pienso que mere»ceré la pena que los padres porque castigan á sus »hijos, ó los maestros á sus discípulos, y los cirujanos »que cortan y queman los miembros por el bien y sa»nidad del paciente. Y si por hacer injuria ó contu»melia pensáis que hice esto, considerad que ahora »estoy más confiado, con la ayuda de Dios, que en»tonces, y tengo más osadía que entonces, y bebo »más vino que entonces; empero no hiero ni maltrato »á nadie, porque os veo á todos hacer vuestro deber, »y estar en sosiego y tranquilidad.

»Cuando hay gran tempestad en la mar ¿no veis que »el maestre se ensaña con los marineros que están en »la proa, y el piloto con los que están en la popa, si no »meten manos en la obra luego que les hace de señas »ó menea la cabeza; porque en tal tiempo los yerros, »por pequeños que sean, bastan para echar la nao á »fondo? Pues si yo los herí con razón y justicia, vos»otros lo pudisteis entonces muy bien juzgar, pues »que estabais presentes, no con los votos como ahora, »sino con las armas en la mano, y pudierais socorrer»los si quisierais; pero ni les ayudasteis á ellos, ni »tampoco heristeis ni castigasteis conmigo á los de»lincuentes, sino que disteis facultad á los malos de »injuriar á quien quisiesen. Y pienso que si bien lo »queréis considerar, hallaréis que los mismos fueron »entonces tan cobardes, cuanto ahora son desvergon»zados.

»Si no, mirad á Boisco, atleta de Tesalia, que enton»ces se quejaba porque le hacían llevar su escudo »acuestas, y ahora, según que he oído, ha despojado á »muchos de los de Cotyara. Pues si sois cuerdos, ha»béis de tratarle á éste al contrario de los perros: por»que á los perros bravos los atan de día y suéltanlos

»de noche; mas á éste, si me creéis, atadlo de noche »y soltadlo de día.

»Pero mucho me maravillo de vosotros, que si hice »pesar á alguno, todos os acordáis y no lo queréis ca»llar; y si dí socorro en el invierno, ó avisé la venida »de los enemigos, ó alivié algún enfermo ó necesita»do, ninguno se acuerda desto: ni tampoco si alabé á »alguno que bien obrase, ó si hice honra á algún bue»no, según mi posibilidad, ninguno se acuerda desto. »Pero ciertamente mejor, más justa, santa y suave »cosa es acordarse de los bienes antes que de los ma»les.» Entonces se levantaron todos, y dijeron que se acordaban, y que trabajarían para que de allí adelante todo se hiciese bien.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Los Griegos estando en Paflagonia se confederaron con los de la tierra. Aquí se embarcaron, y queriendo elegir á Xenofonte por su general, no lo quiso ser, y así eligieron á Cherisofo, al cual por un motín le fué luego quitado el cargo. Y aquí se dividió el ejército de los Griegos en dos partes. La una y la otra caminando por Frigia y Bitynia pelearon muchas veces en escaramuzas y otros reencuentros, hasta que vino á ellos Cleandro, capitán de Lacedemonios, que estaba muy poderoso en aquella costa, con una muy gruesa armada. Este trató muy bien á los Griegos, y los dejó ir libres.

CAPÍTULO I.

Mientras que los Griegos se detuvieron en estas tierras, algunos dellos se mantenían de lo que compraban por sus dineros de la plaza, y otros de lo que robaban de Paflagonia. Aunque también los Paflagones despojaban los nuestros cuando los encontraban desmandados, y los maltrataban cuando los hallaban de noche apartados del Real: de donde vinieron á ser más enemigos los unos de otros.

Coryla, que á la sazón era gobernador de Paflagonia, envió sus embajadores á los Griegos en muy hermosos caballos y muy ricas vestiduras: los cuales,

luego que fueron en el Real, les dijeron que Coryla su señor estaba en propósito de no hacer injuria ninguna á los Griegos, ni recibirla dellos. Los caudillos les respondieron que consultarían sobre esto con los del ejército; y después recibieron los presentes que traían en señal de paz y amistad, y convidaron á los principales dellos. Y luego hicieron sus sacrificios de los bueyes que habían tomado en la guerra, y otros ganados, y celebraron un convite muy solemne. Y comían sentados en las hierbas, y bebían en los vasos de cuerno que hay en aquella tierra.

Cuando hubieron confirmado sus paces y alianzas, y cantado el Peán, cántico acostumbrado, levantáronse primero los Traces, y comenzaron á bailar y danzar al són de la flauta, armados de todas armas, y saltaban tan alto y tan ligero, que era maravilla el verlo, y jugando de las espadas tan diestramente, se tocaban los unos á los otros, que á todos parecía se habían herido; pero no éra así, porque era aquel un cierto género de juego artificioso; y el que de los que peleaban quitaba las armas al otro, salíase cantando el canto de Sitalca, que era un cantar de su tierra. Otros sacaban á uno como muerto, y después se levantaba vivo y sano. Los Paflagones alzaban voces y grita de placer y regocijo.

Tras éstos se levantaron los Enianes y Magnesios, y bailaron y danzaron armados la danza llamada entre ellos Carpea (1), la cual era desta manera: uno, puestas sus armas aparte, hace que ara y siembra la tierra con su par de bueyes uncidos, y tornando la cabeza atrás á menudo, mira como quien se recela de ladrones. En esto viene un ladrón, y en viéndole el que está arando, arrebata de sus armas, y ármase de

(1) *Carpea*: como si dijésemos el *sembrador* ó el *labrador*.

presto de todas ellas, y pelea con él delante de la yunta de los bueyes; y esto hacen bailando y danzando á compás al són de la flauta. Finalmente, el ladrón vence al hombre que ara, y le toma la yunta de bueyes; y otras veces el que ara vence al ladrón, y después le ata las manos atrás, y le lleva á par de sus bueyes.

Tras estos se levantó Myso, teniendo una palta ó escudo en cada mano, y fingiendo que peleaba contra dos, saltaba y bailaba, y alguna vez, como fingiendo que peleaba no más de contra uno, soltaba la una palta, y bailando á compás, después la tornaba á tomar, y daba la vuelta más ligero, batiendo el un escudo con el otro á són. Y esto era muy hermosa cosa de ver. Y al fin, haciendo són con las paltas, una con otra, se ahinojaba, y luego se levantaba bailando y danzando á la manera de Persia. Y esto todo hacía á compás al són de la flauta.

Tras éste se levantaron los Mantineos, y algunos de los Arcades, y armados lo más presto que pudieron, cantaban y tañían la flauta á compás, y bailaban y danzaban de la misma manera que lo acostumbran hacer en los sacrificios y fiestas solemnes de Dios. Viendo esto los Paflagones, parecíales cosa recia que todas las danzas y bailes se hiciesen con armas, y estaban espantados dello.

Cuando Myso los sintió así turbados, persuadió á uno de los Arcadios que allí estaban, que mandase salir á danzar una bailadora que tenía; y él la atavió lo más ricamente que pudo, y le dió un escudo ligero en la mano, con el cual ella bailó y danzó muy bien la danza llamada Pyrrica (1), de que todos tuvieron gran

(1) Pyrica fué inventada de Pyrro, como dice Plinio en el libro VII, cap. LVI.

placer y solaz. Los Paflagones les preguntaron si las mujeres peleaban también en la guerra. Y los Griegos les respondieron: «Antes ellas son las que hicieron huir al Rey de su Real.»

En esto pasaron toda aquella noche; y otro día por la mañana los capitanes generales sacaron los Embajadores de los Paflagones al ejército, y allí fué acordado que de ahí adelante tuviesen paz, y que no se hiciesen daño los unos á los otros. Y con esto se partieron los Embajadores de los Paflagones. Los Griegos, cuando les pareció que tenían navíos bastantes para todos, se embarcaron y navegaron un día y una noche con buen viento, dejando á la mano izquierda á Paflagonia.

Otro día siguiente llegaron á la ciudad de Sinope, y de allí fueron á la villa de Harmene, tierra de Sinope; porque los Sinopenses moran en Paflagonia, y son población de los Milesios. Estos enviaron sus presentes á los Griegos, tres mil medidas de harina, y mil y quinientas cántaras de vino.

En esto llegó Cherisofo con sus galeras, al cual los soldados estaban esperando, por ver lo que traería: mas él no trajo nada, sino que dió por respuesta que Anaxíbio el capitán de la armada se encomendaba mucho en la buena gracia de los Griegos, y que les prometía si saliesen del Ponto de enviarles su sueldo.

Aquí en Harmene se detuvieron cinco días, y cuanto más veían que se acercaban á Grecia, tanto mayor gana les tomó de llegar á sus casas con algún bien. Por lo cual les pareció que sería bien elegir uno por capitán general, antes que estar debajo del mando de tantos caudillos. Porque uno solo podría mandar mejor á todo el ejército de noche y de día, para tomar lo que se ha de tomar, y encubrir lo que se ha de encubrir, y prevenir antes que tardarse. Y todo aquel

tiempo que se gastaba en consultar con muchos para tomar su parecer, se ataja atribuyéndose á uno solo la suma de todo, y así se podría acabar más presto y mejor; porque todo el tiempo de antes hasta aquel día hacíanse las cosas todo por voto de los soldados, y proponiendo los capitanes.

Así que, pensando en esto, todos se inclinaron á Xenofonte, y luego los capitanes de las compañías se fueron para él, diciéndole la voluntad del ejército; y mostrándole cada cual dellos en particular el amor y afición que le tenían, le rogaban que aceptase el mando. Deseaba esto Xenofonte, y considerándolo consigo mismo, parecíale que esto sería muy gran honra para él, y ganaría nombre y fama con los amigos y con la patria, y que por ventura sería causa de algún gran bien para todo el ejército.

Estas consideraciones y otras semejantes le movían á desear aquel cargo de capitán general. Mas también cuando pensaba que los fines de las cosas son ciertos á todo hombre, y que corría peligro de perder por alguna ocasión la honra ganada de antes, poníale duda en gran manera.

Estando así dudoso, parecióle que sería lo mejor consultarlo con Dios; y tomando consigo dos de los adivinos, hizo sus sacrificios á Júpiter, á quien por consejos del oráculo de Apolo Délfico seguía en todo. Acordábase de la visión que había visto entre sueños luégo que comenzó á tener cargo en el ejército.

Y que cuando se partió de Efeso para venir á asentar con Cyro, se le había ofrecido un tal agüero, que pasándole una águila por la mano derecha, se le había sentado á par de él, y que entonces el adivino le declaró que aquel agüero le significaba muy grandes cosas y no vulgares, mas muy honrosas, pero llenas de todo trabajo; porque luégo todas las aves vi-

nieron sobre el águila allí donde se había sentado. De manera que el agüero no era de ninguna ganancia ni provecho, pues que el águila volando cazaba la presa para su mantenimiento.

Así que, estando sacrificando, claramente le había manifestado el oráculo que ni codiciase el cargo, ni aunque fuese elegido para él debía aceptarle, y así acordó de hacerlo. En esto se ayuntaron todos los del ejército, y todos á una determinaron de elegir á uno solo por capitán general, y que aquel fuese Xenofonte. Cuando Xenofonte supo de cierto que todo el ejército le había elegido por sus votos, saliendo delante de todos les habló desta manera:

«Varones griegos (1), yo estoy muy alegre y gozo»so, porque veo ser honrado y preciado de vosotros. »Que pues que soy hombre de razón y entendimien»to, tengo de tener sentido para agradecéroslo y tener »en mucho; y así ruego á Dios que me dé gracia para »que yo sea causa de algún bien vuestro. Mas que á »mí me queráis elegir por capitán general teniendo »presente hombre Lacedemonio: ni pienso que será »vuestro provecho ni el mío. Antes por esta causa ten»dréis menos que antes en los Lacedemonios (2), si los »hubiéredes menester para algo, y yo no podré care»cer de odio ó envidia.

»Yo veo que los Lacedemonios no dejaron de hacer»nos guerra hasta que hicieron á nuestra ciudad de »Atenas que de común consejo eligiese por sus capi»tanes los Lacedemonios; y cuando tuvieron este »consentimiento, luégo cesaron de hacer guerra, y de

(1) Oración de Xenofonte á los Griegos para rehusar el cargo de capitán general.

(2) La mayor razón que tiene para no ser capitán es haber en el real Lacedemonios que lo puedan ser.

»ahí adelante nunca más pusieron cerco á la ciudad. »Pues sabiendo yo esto, si ahora en lo que tengo po»der quisiese derogarles algo de su autoridad y dig»nidad, pienso que no sería tenido por cuerdo.

»Cuanto á lo demás que os parece habrá menos re»vuelta en el ejército con el mando de uno que de »muchos, tened por cierto que no me hallaréis revol»toso porque elijáis á otro cualquiera. Yo creo que »cualquiera que en la guerra es revoltoso contra el »capitán, lo es contra su misma vida y salud. Pues si »me elegís á mí por capitán general, no os maravi»lléis si despues halláredes alguno que le pese con »vosotros y conmigo.»

Cuando Xenofonte hubo acabado su razonamiento, levantáronse todos en pie, y dieron mayores voces, diciendo que en todo caso convenía que él solo fuese el que tuviese el mando. Entonces Agasias Stynfalio dijo que era cosa de reir, si fuese así que los Lacedemonios se ensañasen con los convidados porque no siendo Lacedemonios eligiesen por rey del convite al que no fuese Lacedemonio. «Y si así pasa, dice, tampoco nos será lícito á nosotros, según parece, ser capitanes de compañías, porque somos Arcades.» Luégo todos aprobaron el parecer de Agasias, diciendo que había dicho muy bien.

Entonces Xenofonte, viendo que no se podía excusar si no se declaraba más, les dijo: «Varones griegos, »para que mejor sepáis la cosa como va, yo os juro »por Dios que yo, luégo que entendí vuestra volun»tad en este caso, hice mis sacrificios, para conocer si »sería el bien de vosotros que me dieseis este cargo, y »el mío, de aceptarle, y los Dieses en los sacrificios me »dieron tales señales, que cualquiera por simple que »fuera pudiera entender, que en todo caso convenía »apartarme deste tan alto cargo.»

Viendo esto los soldados, mudaron de propósito, y eligieron á Cherisofo por capitán general. Cherisofo, luégo que fué elegido, puesto en medio de todos, dijo: «Yo, varones griegos, sé cierto de mí que no levantara »contienda ni revuelta contra ninguno que vosotros »eligierais; pero ha sido gran bien para Xenofonte que »no le hayáis elegido, según que poco ha le acrimi»naba Dexipo acerca de Anaxibio cuanto podía, por »más que yo le decía que callase: el cual decía que »más quería mandar juntamente con Timasión Dar»danio, porque era de la compañía de Clearco, que no »con él, por ser Lacedemonio. Mas pues que á mí me »habéis elegido por capitán, yo trabajaré cuanto pu»diere de haceros todo bien. Vosotros aparejaos, si »quisiereis, para que mañana, si hiciere tiempo, na»veguemos y nos partamos de aquí para Heraclea, »donde cuando fuéremos llegados consultarémos de »lo demás de nuestro camino.»

CAPITULO II.

Partidos de aquí, navegaron con buen viento dos días junto á tierra, pasando por la ribera de Jasón, á donde dicen que aportó la nao *Argos*, y donde van á parar muchos ríos, y el primero de todos es Termodonta, y luégo Halis, y tras él Partenio. Pasados de aquí, llegaron á Heraclea, ciudad griega, colonia ó puebla de los Megarenses, situada en los términos de los Maryandinos.

Y salieron á tierra en la isla de Acherusia Cherroneso, donde dicen que descendió, Hércules al Can Cervero; y allí muestran las pisadas en una cueva de

dos estados de hondo. Aquí los de Heraclea enviaron sus presentes á los Griegos, tres mil celemines de harina, dos mil cántaros de vino, veinte bueyes y cien ovejas: por los campos de esta tierra corre el río nombrado Lyco, que tiene de ancho doscientos pies.

Aquí se ayuntaron todos los Griegos para consultar de su camino adelante, si irían por tierra ó por mar desde el Ponto. Y levantándose Lycón Acheo el primero de todos, dijo: «Yo me maravillo, varones griegos, de nuestros capitanes, que no procuran de proveernos de provisiones para el camino; porque en lo que nos enviaron los Heraclienses presentado no hay para mantenerse el ejército tres días, y no hay donde lo vayamos á buscar. De mi parecer debemos pedir á los de Heraclea sueldo, por lo menos tres mil cizicenos.» Levantóse otro, y dijo: «Antes por lo menos les debemos pedir diez mil cizicenos de sueldo cada mes, y sobre ello les enviemos luégo nuestros embajadores mientras que aquí estamos reposando, para que, sabido lo que nos responden, consultemos sobre ello».

Y al primero que eligieron por embajador para ello fué al mismo Cherisofo, capitán general. Algunos querían á Xenofonte, aunque ambos á dos se excusaban; porque no les parecía cosa justa querer constreñir por fuerza á ciudad griega de amigos y aliados, para que diesen contra su voluntad lo que no querían.

Mas cuando vieron que los dos no salían á ello, enviaron á Lycón Acheo, y á Calimaco Parrasio y Agasias Stynfalio, los cuales venidos que fueron ante los Heraclienses, dijéronles la embajada del ejército. Y aun dicen que Lycón les amenazó malamente, si no hacían todo lo que demandaban los Griegos. Oído esto, los Heraclienses respondiéronles que lo consul-

tarían: y luégo de presto hicieron meter todos los bienes que tenían en el campo dentro de la ciudad: y mandaron quitar el mercado franco que habían dado de antes, y cerrar las puertas de la ciudad, y mostráronse en las almenas con sus armas á punto de guerra.

Entonces los que habían sido causa desta revuelta comenzaron á criminar los capitanes y echarles la culpa, diciendo que ellos habían dañado el negocio. Ya los Arcades y los Acheos se apartaban de los otros, y hacían consejo por sí, incitados malamente de Calimaco Parrasio y Lycón Acheo, sembrando fama que era cosa torpe y fea que un Ateniense, sin haber traído gente y sin haber aumentado las fuerzas del ejército, mandase á Peloponesos y Lacedemonios; y que ellos tomaban los trabajos, y los otros llevaban la honra y el provecho, mayormente habiendo sido ellos los que daban la vida á todos: porque en comparación de los Arcades y Acheos todo lo demás del ejército era nada; porque éstos á la verdad eran más de la mitad dél. Así que, si fuesen cuerdos debrían apartarse de los otros, y elegir por sí sus capitanes y hacer su camino aparte; y desta manera podría ser que alcanzasen algún bien.

Esto como fuese determinado así como pensaban por todos, dejaron á Cherisofo y también á Xenofonte los Arcades y Acheos que hasta entonces habían estado debajo de su mando, y eligieron entre ellos diez capitanes de los suyos mismos por votos de todos, según que lo tenían de costumbre: de manera que todo el mando y cargo de Cherisofo feneció en seis ó siete días, desde el día que fué elegido por capitán general.

Xenofonte quería ir juntamente con ellos aquel camino, pareciéndole que desta manera iría más seguro en compañía de muchos, que no yendo solo. Mas Neón

le aconsejó que se fuese por su parte, diciéndole que había oído decir á Cherisofo que Cleandro, capitán de la armada de los Lacedemonios que estaba en Byzancio, había de venir con sus galeras al puerto de Calpe; y aconsejaba así á Xenofonte para que ninguna otra persona se metiera en las galeras, que ellos dos y sus soldados. Mas Cherisofo, despechado y afrentado de lo que le había acaecido en su cargo, y también por el odio que había cobrado á los soldados por ello, dejó la mano á Xenofonte que hiciese todo lo que quiso.

Xenofonte, estando aún en ánimo de embarcarse solo, hacía sus sacrificios al dios Hércules, para saber si sería mejor hacer guerra que partirse; y los sacrificios le sucedieron bien, y le denunciaban próspera la guerra.

Entretanto dividióse todo el ejército en tres partes: los Arcades y Acheos eran más de cuatro mil y quinientos: á Cherisofo le quedaban aún más de mil y cuatrocientos soldados de armas gruesas, y cerca de setecientos de los que traían escudos, que fueran de las compañías de Clearco: y Xenofonte cerca de mil y setecientos de armas gruesas, y cerca de trescientos con escudos; y él sólo tenía gente de caballo cerca de cuarenta hombres de armas.

Los Arcades fueron los primeros que navegaron en los navíos que habían tomado de los Heraclienses, y por eso se dieron priesa á partirse; y muy breve llegaron á Bitynia, donde les dieron cuanto pidieron. Y de allí vinieron al puerto de Calpe, que es en medio de Tracia. Cherisofo, luégo que fué partido de la ciudad de Heraclea, siguió su camino por tierra, y cuando llegó á Tracia, caminaba junto á la mar, por estar enfermo. Y Xenofonte también vino por mar hasta los los términos que parten la tierra de los Heraclienses y de los Traces, y de allí continuó su camino por tierra.

CAPÍTULO III.

Ya hemos contado arriba cómo feneció el cargo de Cherisofo, y cómo fué dividido el ejército de los Griegos: ahora contaremos lo que cada cual hizo por su parte. Los Arcades arribaron al puerto de Calpe de noche, y luégo salieron á los lugares comarcanos más cercanos, que distan de la mar cerca de cincuenta estadios. Cuando fué de día cada cual de los capitanes alojó su compañía en su lugar, y donde el lugar era grande se aposentaban dos compañías y dos capitanes. También ocuparon un collado, que les pareció muy aparejado para asentar su Real, y desde allí salían á correr el campo, y tomaban muchos prisioneros y muchas ovejas.

Los Traces que de antes habían huído, se recogieron, y muchos de aquellos que con sus escudos en las manos se habían escapado de los de armas gruesas; y cuando todos fueron juntos, acometieron primero á Esmicrete, capitán de una de las compañías de los Arcades, que ya se retiraban al Real con muy gran presa.

Y pelearon muy bravamente los unos con los otros, hasta que los Griegos llegaron á un arroyo que no pudieron pasar, á donde fué muerto el mismo capitán Esmicrete, y con él todos los suyos. De la compañía de Hegesandro, que era uno de los diez capitanes arcades, solamente quedaron ocho vivos, y con ellos se salvó el mismo Hegesandro. Entonces todos los capitanes, dellos con la presa, y dellos sin ella, se ayuntaron.

Los Traces, ensoberbecidos con esta fortuna próspera, todos se ayuntaron dando voces y alaridos de placer unos con otros; y á la mañana cercaron aquel collado donde los Griegos habían asentado su Real: y había entre ellos muchos de caballo y muchos de escudos, y de cada día venían más; por lo cual osadamente acometían á los Arcades de armas gruesas.

Porque como los Griegos no tuviesen flechero ni tirador, ni hombre de caballo ninguno, acercábanse los Barbaros y tirábanles sus tiros: y cuando revolvían los Arcades sobre ellos, luégo se retiraban á su salvo; y muchos otros les acometían y tiraban por otra parte, de donde vino que muchos de los Arcades fueron heridos, sin que lo fuese ninguno de los Traces. Finalmente, los Griegos se hallaron cercados de tal manera en aquel collado de los Bárbaros, que no podían huir á una parte ni á otra, donde también los Traces procuraron de quitarles el agua.

Viéndose en tanta apretura, determinaron de hacer treguas con los Traces, los cuales consintieron en ellas. Mas como los Griegos les demandasen rehenes para la seguridad dellas, no las quisieron dar los Traces, y por eso fueron desavenidos. En este estado se hallaban las cosas de los Arcades.

Cherisofo, viniendo seguramente por la costa de la mar, llegó al puerto de Calpe: y Xenofonte, viniendo por tierra su gente de caballo que descubría el campo, encontró con unos mensajeros que iban á otra parte, y lleváronlos delante de Xenofonte, los cuales siendo preguntados dél, qué sabían del ejército de los Griegos, contáronle lo que les había acaecido á los Arcades, y cómo estaban encerrados en un collado, cercados de todas partes de los enemigos. Entonces Xenofonte mandó tener aquellos hombres á recaudo, para servirse dellos por guías cuando fuese menester. Y

ordenadas primeramente diez centinelas, hizo ayuntar todos los del ejército, y habló les desta manera:

«Varones griegos (1), ya habéis oído cómo muchos »de los Arcades nuestros compañeros son muertos, y »los que dellos quedan están cercados de los enemigos »en un collado. Pues yo ciertamente creo que si ellos »perecen, nosotros en ninguna manera nos podremos »salvar; porque, como veis, los enemigos son muchos »y muy osados. Así que, lo mejor de todo me parece »que los debemos ir á socorrer de presto, para que si »están salvos, peleen juntamente con nosotros contra »los enemigos, y no quedemos desamparados, y solos »nos pongamos á peligro. Ahora caminemos, y pase»mos adelante, para que asentemos Real con tiempo, »antes que sea hora de cenar; y mientras que nosotros »caminamos, Timasión, con algunos caballos ligeros »vaya adelante, sin perdernos de vista, para espiarlo »todo, de manera que nada se nos encubra.»

Y también envió con él algunos soldados ligeros de los más desenvueltos, que subiesen en las cumbres y laderas del monte para hacer señas de lo que viesen, mandándoles que quemasen todo lo que pudiese quemarse por donde quiera que fuesen. «Porque nosotros, »dice, no tenemos donde poder huir, porque Heraclea »está lejos de aquí para tornar á ella, y no menos lejos »Crysopolis, y los enemigos cerca. Pues para el puerto »Calpe, donde pensamos que habrá arribado Cherisofo »(si á dicha está en salvo), aunque es corto el camino, »ni tenemos allí navíos para embarcarnos; y ya que

(1) Oración de Xenofonte á los suyos, en la cual les persuade como les conviene ir á ayudar á los Arcades: porque si éstos perecen siendo más, ellos que son menos no podrán pasar; principalmente que si los libran, conocerán cuán poco valen sin ellos, y abajarán la soberbia.

»allí quisiésemos esperar, no hay mantenimientos en »él para un día.

»Pues si los Arcades que ahora están cercados pere»cen, es mal consejo ponernos á peligro con la ayuda »de Cherisofo tan solamente; y si están salvos, podre»mos todos á una mirar por nuestra salud. Así que »conviene apercebirnos, y partir de aquí con inten»ción de morir con honra en la batalla, ó haciendo al»guna gloriosa hazaña salvar estos Arcades nuestros »compañeros.

»Porque por ventura Dios los ha traído al peligro en »que están por abajarlos y humillarlos de la soberbia »y presunción que tenían confiados en sí, y ensalzar»nos y honrarnos á nosotros, que ninguna cosa co»menzamos ni intentamos sin su voluntad y consejo. »Pero vamos ya en su ayuda: y mirad que hagáis de »presto todo lo que se os mandare.»

Dicho esto, comenzaron á caminar, mandando á los de caballo que fuesen delante esparcidos de trecho á trecho: y á la gente de escudos que fuese tras ellos en sus escuadras á la larga, quemando todo cuanto hallasen por donde pasaban; y si algo dejaban, lo encendían los otros que venían detrás en su seguimiento. De manera que toda la tierra de los enemigos parecía que ardía, y por eso el ejército de los Griegos parecía mucho mayor. Cuando fué tiempo asentaron su Real en un collado, de donde veían los fuegos de los enemigos (porque no estaban más lejos de cinco millas (1) apartados): y ellos mismos también encendían muchos fuegos; pero luégo que cenaron los mandaron apagar.

Y así puestas sus centinelas, se fueron á dormir

(1) *Cinco millas*: el texto dice, ὡς τετζαράκοντζα στάδια *casi cuarenta estadios.*

aquella noche. Venida la mañana hicieron sus sacrificios y plegarias á Dios, y poniendo sus escuadrones en ordenanza á punto de batalla, marchaban lo más apresuradamente que podían. Timasión con los suyos de caballo siguió en pos de las guías: y antes que pudiese ser sentido ocupó el collado donde los Griegos estaban cercados; mas no vió en él estar ejército de amigos ni de enemigos, sino solamente unas viejas y viejos, y algunas ovejuelas y bueyes: y así lo hizo saber luégo á Xenofonte y á todo el ejercito.

Y al principio fueron maravillados en gran manera qué pudiese ser aquel hecho; mas después supieron de los que allí habían quedado, que los Traces se habían partido de noche, y los Arcades de mañana, pero no sabían á dónde.

Oyendo esto Xenofonte y los suyos, después que hubieron cenado, alzaron Real y se fueron, queriéndose juntar de presto con los otros sus compañeros en el puerto de Calpe. Partidos de allí, vieron los escuadrones de los Arcades y Acheos en el camino que va á Calpe; y cuando fueron todos juntos en el camino, saludáronse y abrazáronse los unos á los otros muy amorosamente, como si fueran hermanos.

Después los Arcades preguntaron á los soldados de Xenofonte la causa por qué habían mandado matar los fuegos; «porque nosotros, decían los Arcades, como no veíamos ya los fuegos, pensábamos que saldríais de noche á dar sobre el Real de los enemigos; y ellos, según parece, temiendo esto se fueron, y casi á un mismo tiempo se partieron. Mas como no vinieseis al tiempo que os esperábamos con nosotros, creímos que sabíais dónde estábamos, y que por salvaros habíais huído hacia la mar. Así que nos pareció que en ninguna manera debríamos dejaros, y por eso venimos aquí á juntarnos con vosotros.»

CAPÍTULO IV.

En estas pláticas pasaron todo aquel día en aquella ribera que está frontero del puerto. Esta tierra, llamada el puerto de Calpe, está en la parte de Tracia en Asia, al comienzo della, desde la boca del mar Ponto hasta Heraclea, navegando á la mano derecha hacia Ponto: y desde Byzancio hasta Heraclea tiene harto que hacer una galera á todos remos de venir en un día grande. En medio no hay villa ninguna ni de amigos ni de Griegos, sino los Traces y los Bytinios, que á todos cuantos Griegos toman descaminados, ó que por tormenta han arribado allí, los maltratan y hacen mil injurias.

El puerto de Calpe está en medio, y de la una parte navegan á él desde Heraclea, y de la otra desde Byzancio. En la mar hay una isla, y por la parte que tira á la mar está una peña que tiene de alto por lo menos veinte pasos; y por la parte de tierra, que como un cuello se extiende hacia la ribera, tiene á lo más ochenta pasos de ancho. La tierra que está dentro desta cerviz ó cuello es bastante para morada de diez mil hombres: el puerto estaba debajo de aquella peña, y tiene su ribera al Occidente.

Hay en él una fuente de agua dulce muy abundante, que mana junto á la mar, de la cual se riega toda la tierra. Tiene gran abundancia de leña, y mucha della muy buena para hacer navíos en aquella mar. Encima del puerto hay un monte que hacia la tierra tiene de largo cerca de veinte estadios todo el término, y sin piedras; y la parte que está hacia la mar

tiene más de veinte estadios (1), y es todo arboleda espesa de muchos y grandes árboles de todo género de frutas.

Lo demás de la tierra es grande y fértil, y tiene muchos lugares y bien poblados: lleva la tierra cebada y trigo, legumbres de toda suerte, panizo y alegría, y higos infinitos, y muchas vides que dan muy suave vino, y todo lo demás, excepto aceite, porque no nacen en ella olivas; y este es el sitio y facción de la tierra.

Aquí asentaron su Real los soldados en la ribera de la mar, sin querer aposentarse en la villa, aunque estaban cerca, porque se recelaban de alguna traición de aquellos que tenían deseo de quedar á poblar alguna ciudad en aquella tierra. Porque los más de los soldados no habían venido navegando desde Grecia por ganar sueldo para pasar su vida, sino que algunos dellos habían venido por solo haber oído la fama de Cyro el menor; y otros aventureros para gastar sus dineros con los amigos que consigo traían. Y otros se venían huyendo de sus padres y madres: otros dejaban sus hijos por ir á ganar para ellos, y tornar ricos; porque oían decir que los que habían ido otras veces con Cyro habían vuelto muy ricos. Así que estos tales deseaban en gran manera verse salvos en Grecia.

Un día después deste ayuntamiento Xenofonte hizo sacrificios sobre su partida de allí, porque era forzado partirse, por no tener mantenimientos ningunos; y también le aquejaba el cuidado de enterrar los muertos. Pues como los sacrificios mostrasen buenas señales, luégo se partieron, y los Arcades asimismo tras ellos. Muchos de los muertos enterraban en aquel mismo lugar donde cada uno dellos había caído, por-

(1) Dos millas y media.

que ya estaban muertos de cinco días, y corrompidos del hedor no era posible levantarlos. Algunos apartaron de los caminos, y les dieron sepultura, é hicieron sus honras lo mejor que pudieron, según que el estado presente requería. A los que no hallaron sus cuerpos les pusieron cenotafio (1) ó sepulcro vano, é hicieron una grande hoguera para quemar los cuerpos, coronados primero con guirnaldas, según tenían de costumbre.

Esto hecho, se tornaron al Real; y cuando hubieron cenado, se fueron á reposar. El día siguiente se ayuntaron los capitanes todos por amonestación de Agasias Stynfalio y Hieronymo Eleo, y otros capitanes ancianos de los Arcades.

Determinaron por decreto que de ahí adelante cualquiera que hiciese mención de apartarse ó dividirse del ejército tuviese pena de muerte; y que cada uno tornase á su estancia en la misma plaza que estaba de antes en el ejército; y que los mismos capitanes generales que habían sido, mandasen, según que fueron acostumbrados, salvo Cherisofo, que ya era fallecido de calenturas con una poción que había tomado; y en su lugar entró Neón Asineo.

En esto se levantó Xenofonte, y hablóles desta manera: «Caballeros y compañeros: el camino, según que »veo, de necesidad habrá de ser por tierra, porque no »hay navíos ningunos, y es forzado partirnos, pues »aquí no tenemos las provisiones necesarias. Nosotros »haremos nuestros sacrificios, y vosotros aparejaos »para que si algún tiempo peleasteis con ánimo, ahora »peleéis esforzadamente, pues veis el denuedo y osa»día de los enemigos.»

---

(1) *Cenotafio*: vana sepultura, porque se hacía por memoria solamente.

Entonces los capitanes generales hicieron sus sacrificios, tomando en ellos por adivino á Arexio Arcadio, porque ya Silano el Ambraciote se había huído del ejército en un navío que fletó en Heraclea. Mas los sacrificios que hicieron sobre la partida no se les mostraron prósperos, y por eso se detuvieron allí aquel día: y algunos se atrevían á decir que Xenofonte quería poblar algún lugar en aquella tierra, y por esta causa había sobornado al adivino, que dijese que los sacrificios no daban buenas señales para la partida.

Sabido esto por Xenofonte, mandó pregonar que otro día por la mañana cualquier persona que quisiese pudiese estar presente á los sacrificios, para que si alguno fuese adivino, le fuese lícito estar á ellos y verlos, y sacrificar juntamente: y en presencia de todos sacrificó tres veces sobre la partida, pero á ninguna dellas se mostraron favorables. Lo cual entristeció en gran manera los soldados, porque habían dejado los mantenimientos que tenían por venir allí, y no veían lugar de donde poderlos comprar ó proveerse.

Por lo cual Xenofonte los hizo ayuntar de nuevo, y les habló desta manera: «Varones amigos: los sacrificios, como veis, no se nos muestran favorables para la partida, y veo que tenemos falta de provisiones; y por eso es necesario también sobre esto hacer nuestros sacrificios.» En esto se levantó uno de los del ejército, y dijo: «No es maravilla que los sacrificios se muestren contrarios para la partida, porque yo oí decir ayer á uno, que á dicha pasó por aquí en un navío, que Cleandro el capitán de la armada venía con muchas naos y galeras para embarcarnos, y estaba ya cerca de aquí.»

Oyendo esto los soldados, parecióles á todos que sería bien esperar; pero les era necesario salir en todo

caso á buscar provisiones, y sobre esto tornaron á sacrificar otras tres veces: mas no dieron buenas señales los sacrificios. Entonces todos los soldados vinieron corriendo á la estancia de Xenofonte, dando voces y diciendo que no tenían bastimentos. Mas Xenofonte les respondió que no los sacaría de allí en ninguna manera hasta que los sacrificios lo aprobasen.

Y el día siguiente tornó á sacrificar en medio del ejército, porque todos lo estaban esperando: mas fueron tan faltos los sacrificios como de antes. Viendo esto los capitanes, aunque no marcharon con la tropa, pero la mandaron juntar, y Xenofonte habló así: «Los enemigos por ventura están ya todos juntos, y »de necesidad habremos de pelear, pues no será mal »consejo que, dejando aquí en este lugar fortalecido »todo el bagaje, les salgamos á dar la batalla, por ven»tura nos sucederán ahora bien los sacrificios.»

Oyendo esto los soldados, dieron voces diciendo que no era menester salir de aquel lugar á parte alguna, sino que hiciesen de presto sus sacrificios. Mas como no tuviesen ovejas para matar en el sacrificio, tomaron los bueyes de los carros, y sacrificáronlos; y Xenofonte rogó á Cleanor Arcadio que tuviese á punto todas las cosas necesarias, para que mostrándose buenos los sacrificios, no tardasen su partida. Pero tampoco fueron favorables.

Entonces Neón, que sucedió en lugar de Cherisofo, viendo la gran falta que los soldados tenían de mantenimientos, queriendo ganar su gracia, como entendiese de un hombre de Heraclea que en un lugar allí cerca podían haber mantenimientos, mandó pregonar por todo el ejército que cualquiera que tuviese necesidad de provisiones le siguiese por caudillo. Y luégo salieron del campo hasta dos mil hombres

con lanzas y con canastas y cueros, y otros vasos.

Y cuando todos fueron en los lugares, y se derramaron á buscar provisiones, fueron vistos de la gente de caballo de Farnabazo, que habían venido en ayuda de los Bitynios, para estorbar juntamente con ellos, si pudiesen, la entrada de los Griegos en tierra de Frygia. Y como estos de caballo los viesen así desmandados, dieron sobre ellos, y mataron más de quinientos de los Griegos: los demás todos huyeron á los montes.

Sabido esto en el Real por uno de los que habían escapado huyendo, Xenofonte, como aquel día no le sucediesen bien los sacrificios, tomando un buey del carro, porque no tenían otros animales á mano, hizo sacrificio con él, y salió de presto del Real, para venir á socorrer los suyos, siguiéndole todos aquellos que tenían edad para pelear de cincuenta años abajo.

Y habiendo recogido á los que pudieron escapar de aquella derrota, llegó con ellos al Real cuando se quería poner el sol; y halló á los Griegos muy desesperados, que aparejaban de cenar. Ya algunos de los Bitynios que vinieron por las selvas y bosques estaban sobre las guardas, y habían muerto á unos y perseguido á otros hasta el Real.

Todos los Griegos daban voces «al arma, al arma;» mas no les pareció sería bien seguir los enemigos, ni mover su Real de noche, pues no era seguro, por ser bosques y selvas toda aquella tierra, por lo que durmieron armados con sus armas acuestas, puestas sus guardas y centinelas.

CAPÍTULO V.

Y así estuvieron toda la noche: venida la mañana, los capitanes salieron al campo con todos los suyos armados, y con todo el bagaje, caminando hácia el lugar fortalecido. Y antes que fuese hora de comer tenían cerrada la entrada del castillo con su fosa, y todo lo demás con sus empalizadas, á excepción de tres puertas. En este medió llegó un navío de Heraclea, que los traía harina y vino, y animales para los sacrificios.

Otro día de mañana se levantó Xenofonte, é hizo sacrificios para salir á los enemigos, y mostráronsele buenos y favorables luégo desde el principio. Acabados los sacrificios, Arexión Parrasio el adivino, como viese una águila caudal volar hacia la parte derecha, tomóla por buen agüero, y luégo amonestó á Xenofonte que saliese con sus huestes. Entonces todos los soldados pasaron la fosa, y se pusieron en armas; y cuando todos hubieron comido, dióse pregón que los soldados saliesen al campo armados, que los siervos y cautivos, y toda la otra compañía que no era para pelear, se quedase con Neón en el Real; porque les pareció sería bien dejarle por guarda.

Mas cuando los que allí quedaron vieron idos los capitanes y la otra gente de guerra, pareciéndoles que les sería mengua y deshonra no seguir tras los otros que habían salido, dejaron en el Real los que pasaban de cuarenta y cinco años en guarda, y ellos tiraron su camino tras los otros.

Apenas habían caminado dos millas, cuando en-

contraron con los cuerpos de los que habían muerto los enemigos, y haciendo su caracol, tomaron en medio los primeros que hallaron, y los enterraron. Y así pasando de los primeros todos cuantos más encontraban muertos, y no enterrados, hacían caracol, y los sepultaban de la misma manera. Llegados al camino que va á salir á los lugares, hallaron muchos muertos que yacían en montón, y enterráronlos también como á los otros.

Ya era más de mediodía, cuando saliendo de los lugares el ejército de los Griegos para buscar mantenimientos, vieron de improviso los escuadrones de los enemigos, que descendían por una ladera abajo, todos puestos en su ordenanza, en que había gran número de gente de caballo, y mucho mayor de infantería. Porque venía Spitridates y Ratines, capitanes enviados de Farnabazo con gran poder; y como reconocieron el ejército de los Griegos, paráronse atrás cerca de dos millas.

Entonces Arexión el adivino de los Griegos hizo sus sacrificios, los cuales se mostraron buenos y favorables. Y sabido esto, Xenofonte les habló desta manera: «Caballeros y compañeros, á mí me parece será bien »poner algunas compañías que estén en guarda del »escuadrón principal, para que si fuere menester le »den socorro, y para que si los enemigos fueren des»baratados, vengan á manos de los escuadrones ente»ros y bien concertados de los nuestros.» Pues como todos aprobasen el consejo de Xenofonte, díjoles: «Ahora, pues, vosotros caminad adelante derechos á »los contrarios paso ante paso, porque no nos turbe»mos cuando viéremos los enemigos; que yo os se»guiré habiendo ordenado la retaguardia.»

Dicho esto, comenzaron á marchar poco á poco. Xenofonte tomó tres compañías de la retaguardia, que

tenían cada una hasta doscientos soldados escogidos, y mandóles que le siguiesen al lado derecho, quedando siempre cerca de veinte pasos atrás; y señaló por capitán de la primera á Samola Acheo, y de la segunda á Pirias Arcadio, y de la tercera á Frasias Ateniense, que iba hacia la parte izquierda.

Caminando por su camino adelante, llegaron á un bosque muy grande y espeso, y allí se pararon los delanteros, no sabiendo qué hacer para la pasada de aquella selva, tornándose á los capitanes y coroneles que viniesen de presto para guiarles. Maravillado Xenofonte qué cosa podía ser la que les atajase el camino, luégo que oyó el rumor, pasó adelante, y cuando fué llegado á la vanguardia, díjole Sofoneto, el más anciano de los coroneles, que no sería bien pasar aquel bosque. Entonces Xenofonte, vuelto á los soldados, les hizo este razonamiento:

«Varones griegos (1); quiero que sepáis que yo de mi »voluntad nunca seré autor que á sabiendas os pon»gáis á ningún peligro; porque veo claramente que »no tenéis tanta necesidad de ganar honra y fama, »cuanta de salvar y conservar vuestras vidas. Pero la »cosa está en tal estado, que no habeis de pensar en »ninguna manera poderos partir de aquí sin pelear. »Pues si nosotros no acometemos los enemigos, tened »por cierto que ellos nos apremiarán, cuando nos vie»ren tornar atrás. Ahora, pues, considerad cuál será »mejor; ¿que nosotros armados como estamos vaya»mos á dar sobre los contrarios, ó que los veamos á »ellos dar sobre nosotros cuando nos retiráremos?

(1) Oración de Xenofonte á los suyos, en la cual les muestra cuanto les convenga acometer los enemigos, porque de otra manera no tienen ramedio para pasar; y póneles delante el poco remedio que les queda si tornan atrás.

»Sabido está que los que vuelven las espaldas á sus »enemigos no pueden hacer cosa buena, y que los que »acometen y siguen, por cobardes que sean, se tornan »esforzados. Yo ciertamente más querría con la mitad »menos acometer, que no volver atrás con doblada »más gente. Pues si los acometemos, podéis creer que »no han de osar esperarnos; y si volvemos las espal»das, sabed de cierto que tendrán osadía para se»guirnos.

»Pasados el bosque tenemos una dificultad aparte »para después poder pelear más á nuestro salvo con »los enemigos. ¿Os parece que será bien dejar perder »esta ocasión? Yo siempre querría que los enemigos »tuviesen aparejado el camino para huir, y que nos»otros pensásemos que si no es por victoria no podemos »salvarnos. Me maravillaría yo (1) por que hemos de »temer más de pasar este bosque que los otros muchos »pasos más difíciles que pasamos. Pues si no vence»mos la gente de caballo de los enemigos, difícil nos »será la salida desta tierra. Como hemos pasado tantos »montes, como nos hemos escapado de tantos enemi»gos, que nos seguían detrás armados con lanzas y es»cudos, también pasaremos este bosque.

»Pero dado que salvos y seguros tornásemos atrás »desde aquí, ¿qué os parece cuán grande bosque nos »quedaría de pasar, como es el mar del Ponto, donde »están los navíos para podernos embarcar? ¿Qué es de »las provisiones para mantenernos, si allí quedamos? »De necesidad habremos de salir á buscarlas, cuando »allá fuéremos. Pues luégo decidme, ¿no es mejor aho»ra, que hemos comido y estamos hartos, salir á pelear

(2) Incítalos con los grandes hechos pasados, en los cuales tan gloriosamente vencieron, para ponerles ánimo en lo que más les conviene.

»con los enemigos, que no mañana ayunos y ham»brientos? Los sacrificios sucedieron buenos, los agüe»ros se mostraron prósperos. Vamos, vamos contra los »enemigos, que no es de sufrir que cenen á su placer »á vista de nuestros ojos, y que nosotros quedemos »aposentados la noche á nuestro pesar, donde ellos »quieren y les place.»

Cuando Xenofonte dió fin á su razonamiento, todos los capitanes á una sin contradicción dijeron que hiciese la guía, que todos ellos le seguirían de buen grado. Así que, comenzando á guiar, mandó que cada cual por sí pasase en ordenanza como iba, antes que esperar á todos juntos de tropel á pasar la puente que juntaba el bosque por diversas partes.

Después que todos hubieron pasado, Xenofonte se puso delante del escuadrón, y hablóles desta manera: «Acordaos, caballeros y compañeros, cuántas batallas »con la ayuda de Dios hemos vencido, y cuánto mal »y daño reciben los que huyen de sus enemigos; y »también pensad que ahora estamos á las puertas de »Grecia. Ea, pues, tomad el dios Hércules por caudillo »y abogado, y seguidle, animándoos los unos á los »otros, y nombrándoos por vuestros nombres. Porque »no hay cosa más honrosa ni alegre en la vida, que de»jar memoria de vuestros dichos y hechos en el lugar »que más deseáis.»

Diciendo esto, pasaba adelante con su escuadrón, mandando á la gente de escudos que, repartidos en dos bandas, caminasen derecho á los enemigos con sus lanzas en el hombro, hasta que la trompeta diese señal para entrar en la batalla, y que entonces las enristrasen y paso á paso rompiesen en los enemigos, y que á ninguno siguiesen corriendo. Y luégo todos, apellidando á Júpiter conservador y á Hércules guiador que fuesen en su ayuda, rompieron en los enemi-

gos, que esperaban confiados en la fortaleza del lugar.

Los Griegos que llevaban escudos, cuando fueron cerca dellos, arremetieron á ellos, sin aguardar que ninguno se lo mandase, con grandes voces y alaridos. Mas los de caballo de los contrarios y una banda de los Bitynios les vinieron al encuentro tan denodados, que hicieron retirar la gente de escudos.

Pero fueron de presto socorridos de un escuadrón de los soldados de armas gruesas que acorrieron. Y cuando oyeron sonar la trompeta, todos á una cantaron su Peán, cántico acostumbrado; y apellidando con grandes voces y alaridos, enristraron sus lanzas y dieron con tan gran ímpetu sobre los enemigos, que no les osaron esperar, sino que, vueltas las espaldas, huyeron. Timasión, con la poca gente de caballo que tenía, los seguía en el alcance, hiriendo y matando dellos cuantos pudo.

Así que todo el cuerno siniestro de los enemigos fué desbaratado por la parte que rompieron los de caballo, y el derecho, por no ser tan combatido, tuvo lugar de retirarse á un collado; mas cuando los Griegos los vieron estar esperando, parecióles que muy fácilmente y sin peligro podían acometerlos. Así que, cantando su Peán, fueron contra ellos, mas los enemigos no les osaron esperar. La gente de escudos los siguieron en el alcance, hasta que también desbarataron el cuerno derecho. Y desta manera fueron vencidos los contrarios, aunque muy pocos dellos muertos, porque los de caballo de los enemigos, que eran muchos, detuvieron los Griegos que no pasasen más adelante.

Cuando los Griegos vieron que el escuadrón de la gente de á caballo de Farnabazo estaba aún en pie, y que los Bitynios de á caballo se habían recogido y juntado con ellos, y estaban todos espesos en un collado mirando lo que pasaba, aunque estaban fatiga-

dos y cansados de la batalla, pensaron que sería bien ir contra ellos como pudiesen, por no dejarles descansar para que cobrasen ánimo y osadía. Y así, prosiguiendo en su ordenanza, fueron contra ellos.

Mas como los caballos contrarios los viesen venir, no osaron esperarlos, sino que volvieron las espaldas y huyeron por unos cerros abajo, no menos que los otros que fueron perseguidos de los nuestros de caballo; y desta manera llegaron á una selva que los nuestros de antes no habían visto. Y de aquí se volvieron los Griegos, porque ya era tarde, y cuando fueron retirados al lugar donde había sido el primer reencuentro con los enemigos, alzaron su bandera en señal de la victoria que habían allí habido, y tornáronse hacia la mar á puestas del sol, porque estaban cerca de sesenta estadios de su Real.

CAPÍTULO VI.

En este medio los enemigos procuraban de recoger todos sus haberes y gente, y se metieron adentro en la tierra, lo más lejos que pudieron. Los Griegos estaban esperando á Cleandro, que había de venir con las galeras y navíos, y entretanto salían cada día con sus bestias y esclavos sin miedo alguno y traían al Real trigo, cebada, vino, legumbres, panizo y higos. Porque de todas cosas había abundancia en aquella tierra, excepto de aceite.

Y de donde quiera que asentaban podían salir á robar, y siempre tornaban cargados al Real. Y cuando salía todo el ejército junto, si algunos tomaban algo aparte, se tenía por común y se había de repartir entre

todos. Ya había copia y abundancia de todas las cosas en el Real, porque venían á vender las provisiones de muchas ciudades griegas. Y los que navegaban por aquel mar de buena gana aportaban allí, porque habían oído que los Griegos querían poblar allí una ciudad con su puerto.

Y los enemigos comarcanos enviaban cada día sus mensajeros á Xenofonte, habiendo entendido que Xenofonte era el principal autor que se poblase, á preguntarle qué servicios le harían para poder ser sus amigos. Y Xenofonte los remitía al ejército.

En esto llegó Cleandro con dos galeras, sin traer ningún navío, y á la sazón los soldados que habían salido á robar la tierra tornaron con la presa, y algunos dellos tomaron muchas ovejas en el monte, y temiendo que les fuesen quitadas, rogaron á Dexipo (que poco antes había venido huyendo de Trapisonda con una galera de cincuenta remos) que tomase para sí las ovejas que quisiese y les guardase las otras, para tornárselas salvas cuando se las pidiesen.

Entonces Dexipo se apartó de los soldados que estaban presentes y decían que aquel ganado era del común, y venido á Cleandro, le dijo aparte que todos los Griegos pretendían robarle. El cual mandó que le trajesen ante sí cualquier soldado que robase. Y Dexipo á la hora prendió uno dellos, y trayéndoselo á presentar á Cleandro, encontró con Agasias que se le quitó de las manos, porque era de su escuadra. Y luégo los otros soldados que allí estaban quisieron apedrear á Dexipo, llamándole traidor. Por lo cual muchos de sus remeros se fueron huyendo á meter en la mar, y el mismo Cleandro se salvó huyendo.

Xenofonte y los otros capitanes procuraban de amansar el ruido, diciéndole á Cleandro que no era nada la cosa, sino que el decreto y costumbre del ejército fué

causa que se hiciese aquello. Mas Cleandro, movido por Dexipo que le encendía para todo mal y muy enojado porque se recelaba dellos, amenazóles que se tornaría con su armada y mandaría pregonar por todas las ciudades que ninguna recibiese á los Griegos, como aquellos que eran enemigos y alevosos.

Y podía muy bien hacerlo, porque entonces los Lacedemonios tenían el mando sobre todos los Griegos. Lo cual fuera en gran daño y perjuicio de los Griegos, y por eso le rogaban que no lo hiciese. Pero él respondió que no mudaría su propósito si primero no le entregaban el que había comenzado á tirar piedras á Dexipo, y el que le había quitado el preso.

Entendiendo por éste Agasias, íntimo amigo de Xenofonte, por cuyo motivo Dexipo le calumniaba. Estando las cosas en tal estado, los capitanes ayuntaron todo el ejército á consejo; y algunos dellos decían que no habían de hacer cuenta de lo que decía Cleandro, porque hablaba fuera de propósito. Mas á Xenofonte le pareció que no era negocio de poca importancia; por lo cual, levantándose en pie, les habló desta manera:

«Varones griegos, á mi parecer no puede ser cosa »peor para nosotros todos, que si Cleandro se partie»se ahora de nosotros con la dañada intención que »tiene. Las ciudades griegas están cerca de aquí; y los »Lacedemonios, según vemos, mandan á toda Gre»cia, y por eso cada uno de los Lacedemonios es bas»tante para hacer el bien ó mal que quisiere en las »ciudades. Pues si éste una vez procura de estorbar»nos la entrada en Byzancio, y después avisa á los »otros gobernadores que no nos reciban en las ciuda»des, como infieles y desleales á los Lacedemonios, vi»niendo estas nuevas de nosotros á oídos de Anaxibio, »capitán de la armada, por difícil tengo poder quedar

»aquí, y por muy más difícil poder navegar y partir-»nos. Porque los Lacedemonios en este tiempo son se-»ñores de toda Grecia por mar y por tierra. Luego »no es justo que por causa de un hombre ó dos nos »privemos y despidamos de toda Grecia; sino que nos »confiemos dellos, y obedezcamos todo lo que nos »mandaren. Pues las mismas ciudades de donde so-»mos naturales los obedecen. He oído que Dexipo dijo »á Cleandro que Agasias no hiciera lo que hizo si yo »no se lo mandara. Pues yo os quiero librar á vosotros, »y también á Agasias de culpa. Y si Agasias dijere »que yo fuí causador de alguna cosa destas, yo me »condenaré á mí mismo para ser apedreado, ó pade-»cer otra mayor pena y tormento; y para ello me so-»meteré al juicio de Cleandro. Y también digo que »si Cleandro nombrare otro alguno por culpado, que »este tal conviene entregársele para que le juzgue. Y »desta manera vosotros seréis libres de culpa. Porque »si la cosa va adelante como ahora está, por difícil »tengo pensar de alcanzar honra y fama en Grecia, ni »ser en igual condición con los otros, si nos excluyen »de las ciudades griegas.»

Entonces se levantó Agasias, y habló así: «Varones »griegos, yo juro por Dios, que nunca Xenofonte me »mandó que yo quitase aquel hombre de las manos »de Dexipo, ni otro ninguno de vosotros: mas viendo »yo llevar así un hombre bueno y esforzado de mi »escuadra, maltratado de Dexipo, á quien todos vos-»otros conocéis por traidor, parecíame cosa grave de »sufrir; y así yo confieso que se le quité. Y no hay »para qué vosotros me entreguéis, que yo mismo, »como dijo Xenofonte, me someto al juicio de Clean-»dro para todo lo que quisiere hacer de mí. Así que »por esta causa, ni hay por qué hacer guerra á los La-»cedemonios, ni por que dejar cada uno de salvar su

»vida como quisiere y pudiere. Enviad conmigo á »Cleandro los que vosotros eligiéredes, para que si yo »me olvidare, ó dejare algo de decir ó hacer, ellos lo »hablen y hagan por mí.»

Entonces el ejército le otorgó todos los que él mismo quisiese escoger. Y con esto Agasias eligió los capitanes principales que se fueron con él á Cleandro, y con ellos juntamente el hombre que había quitado de las manos de Dexipo. Venidos ante Cleandro los capitanes, le hablaron desta manera:

«El ejército nos envía á tí, Cleandro, y nos manda »que te entreguemos todos aquellos que tú juzgares »por culpados, para que hagas dellos á tu voluntad; »sea uno ó dos ó más, todos los someteremos á tu jui»cio. Si acusas á algunos de nosotros, vesnos aquí to»dos presentes; y si culpas á otro alguno, decídnoslo, »porque no te faltará ninguno de los que son en nues»tro poder.»

Entonces salió delante Agasias, y dijo: «Yo soy, »Cleandro, aquel que quité este hombre que aquí ves »á Dexipo, y el primero que mandé le apedreasen, »porque conocía á este por hombre bueno y esforza»do; y sabía que Dexipo, siendo señalado del ejército »por capitán de la galera de cincuenta remos que pe»dimos á los de Trapisonda, para tomar con ella otras »naos en que nos salvásemos, Dexipo huyó con ella, »é hizo traición á los nuestros sus compañeros, con »quien juntamente se había él salvado. Y por éste los »de Trapisonda fueron privados de su galera; por éste »fuimos tenidos todos por malos é infames; y por éste »por poco nos perdiéramos todos. Porque bien sabía »también como todos nosotros cuán difícil cosa era »poder caminar por tierra, ó pasar los ríos á pie, y po»der tornar salvos á Grecia. Pues á éste, por ser tal »cual era, le quité aquel hombre. Y piensa ciertamen-

»te que si tú le prendieras, ó otro cualquiera por tí, »con tal que no fuera este que había huído de nuestro »ejército, no hiciera yo lo que hice. Así que si tú ahora »me mandas matar por causa deste hombre malo y »cobarde, sábete que matarás en mí un varón bueno »y esforzado.»

Oyendo esto Cleandro, dijo que él por cierto no alababa á Dexipo, si había hecho tal cosa; pero que por malo que fuese Dexipo, para recibir justamente el castigo que merecía, debía ser oído en juicio, «como vosotros, dice, ahora también pedís ser oídos en vuestra causa. Mas ahora id con Dios, dejándome solamente á este hombre; y cuando os mandare venir, pareceréis en juicio. Porque yo ni culpo al ejército, ni á otro ninguno, pues éste claramente confiesa ser el mismo que quitó al hombre.»

Entonces el mismo hombre que había sido quitado, dijo: «Yo, Cleandro, pienso que no hice injuria por la cual mereciese ser preso, ni herí á ninguno, ni le apedreé: solamente dije que el ganado era público del común. Porque era constitución de los del ejército que cuando todos juntamente saliesen á robar el campo, lo que tomase cualquiera aparte fuese común de todos. Esto dije, y no otra cosa; y por eso pienso que me prendió, para espantar á los otros, de manera que ninguno lo dijese, y él se tomase la presa, y la guardase para sí y los otros ladrones sus compañeros, contra la ordenanza del ejército.» A esto le respondió Cleandro: «Pues que tú eres, quédate juntamente aquí con él, para que consultemos sobre tí, y determinemos tu causa también como la suya.»

Y con esto se fueron á cenar él y los suyos. En este medio Xenofonte mandó ayuntar todos los del ejército, é hicieron su consejo que sería bien enviar mensajeros á Cleandro, para rogarle por los presos. Y de-

terminaron de enviarle los coroneles y capitanes, y que fuese con ellos Draconcio Espartano, y otros que fuesen aparejados para ello, y alcanzasen de Cleandro que en todas maneras soltase aquellos dos hombres. Cuando fueron venidos ante Cleandro, Xenofonte tomó la mano, y habló por todos desta manera:

«Parèceme, Cleandro, que tienes estos hombres en »tu poder, porque te los entregó el ejército para que »hicieses á tu voluntad dellos y de todos los otros. »Ahora los mismos del ejército te ruegan que los per»dones por su amor, y se los tornes, y no los mandes »matar, siquiera por los muchos trabajos que han su»frido el tiempo pasado en servicio del ejército. Y si »esto alcanzaren de tí, ellos te prometen en pago, que »si quisiéres seas su caudillo y los guíes de aquí ade»lante: y con la ayuda de Dios ellos se mostrarán tan »buenos y obedientes á su caudillo, que nunca teman »á los enemigos. Y también te ruegan que cuando »estuvieren debajo de tu mando hagas la experiencia, »así de Dexipo como dellos, y de todos los otros, lo »que vale y merece cada uno.»

Oído este razonamiento, Cleandro dijo: «Por Dios, »que yo os responderé de presto. Los hombres presos »os doy de buena gana, y también estoy aparejado »para ser, si Dios me lo otorgare, vuestro caudillo, y »llevaros á Grecia. Porque estas vuestras palabras son »muy diferentes de las que había oído á otros algunos »de vosotros, que me decían que procurabais rebelar »vuestro ejército contra los Lacedemonios.»

Con esto aquellos dos hombres presos, ya sueltos, le dieron las gracias, y despidiéndose dèl, se tornaron á los suyos. Cleandro hizo sus sacrificios sobre la partida, y después se juntó con Xenofonte, al cual convidó en su posada, y le conversó y comunicó muy amigablemente. Y como viese á los otros Griegos tan bien

concertados, y determinados para hacer todo lo que les quisiese mandar, él también tuvo más deseo de ser su caudillo.

Mas como sacrificase tres días arreo, y no le sucediesen prósperos los sacrificios, mandó llamar los coroneles y capitanes, y díjoles: «A mí no se me han »mostrado buenas señales en los sacrificios; pero ni »por eso debéis desesperar: porque á vosotros os quie»re Dios otorgar esta honra, que llevéis el ejército á »Grecia. Partíos en buen hora: que en lo demás que á »mí toca, cuando allá fuereis, os recibiremos lo mejor »que pudiéremos.»

Entonces les pareció á los del ejercito que sería bien presentarle del ganado público del común, y él lo recibió y tornó á darlo á los soldados, y así se despidió dellos. Los Griegos repartieron el trigo que habían traído, y todos los otros despojos entre sí; y después se partieron por tierra de Bitynia.

Mas como no encontrasen ninguno que les enojase, yendo su camino derecho, no teniendo tampoco donde aposentarse en tierra de amigos, parecióles sería bien tornar atrás. Y así gastaron un día y una noche en el camino, donde tomaron muchos cautivos y muchas ovejas, y al sexto día llegaron á Crysopolis, que es una ciudad de Calcedonia, donde se detuvieron siete días en vender los despojos que habían tomado de los enemigos.

LIBRO SEPTIMO.

ARGUMENTO.

El ejército de los Griegos se alborotó mucho en Constantinopla, queriéndose alzar con la ciudad. Xenofonte los sosegó. Y por diversas veces aquí en Tracia se vieron los Griegos en grandes estrechos y peligros. En todos fué casi siempre Xenofonte su único remedio con su esfuerzo y su consejo, y los sacó libres hasta la provincia de Lydia, donde entregó su ejército á Tymbrón, capitán griego, que iba con mucha gente contra los Bárbaros.

CAPITULO I.

Todo lo que los Griegos hicieron en la entrada de Cyro en Asia hasta la batalla, y lo que después de él muerto les acaeció en el camino hasta que llegaron al Ponto; y desde el Ponto, caminando por tierra y por mar, hasta que vinieron á la ciudad de Crysopolis, que es situada en Asia á la salida de la provincia del Ponto, contamos en los libros pasados.

Lo que después de eso se siguió es, que Farnabazo, temiéndose que el ejército de los Griegos no le entrase la tierra, envió sus mensajeros á Anaxibio, capitán de la armada que estaba de asiento en Byzancio, rogándole que pasase el ejército de los Griegos de Asia. Y que para ello le prometía de darle todo cuanto

hubiese menester. Anaxibio luego á la hora envió á llamar los coroneles y capitanes de los soldados griegos, que viniesen á verse con él en Byzancio (1), prometiéndoles que si se pasasen les daría sueldo para su gente.

Algunos dellos pidieron término para consultarlo con los suyos, y que le darían la respuesta. Y Xenofonte le respondió que él se apartaría de los del ejército, y vendría sólo por mar á él, si quisiese. Mas Anaxibio tornó á enviar á decirle de su parte que no pasase, si no fuese juntamente con todos los otros, y así le prometió Xenofonte de hacerlo.

En este medio Seutes, rey de Tracia, envió á Medosades su mensajero á Xenofonte, mandándole de su parte le rogase que en todo caso procurase de pasar el ejército de los Griegos adelante; y que si lo hiciese, no se arrepentiría dello, porque le sería bien pagado. Xenofonte le respondió que el ejército pasaría sin duda; por tanto, que no tenía por qué pagarle nada á él ni á otro ninguno; mas que después de pasado, él se apartaría dellos, y con los que quedasen, y le pareciesen convenientes para ello, podría tratar á su voluntad lo que le cumpliese.

Entonces todos los del ejército se pasaron á Byzancio, á los cuales Anaxibio, no sólo no quiso dar sueldo ninguno, mas antes mandó pregonar que todos los soldados tomasen sus armas y su ropa, y se saliesen luégo de la ciudad, que él les enviaría el sueldo prometido, cuando hubiesen hecho su alarde y contado la gente que había ido. Oído esto, los soldados fueron muy tristes, porque no tenían dinero para provisión del camino, y muy perezosos y de mala gana se aparejaban para salir.

---

(1) Byzancio es Constantinopla.

Y Xenofonte se vino para Cleandro, gobernador de la ciudad, que era su huésped, y le saludó para despedirse dél, y navegar y partirse. Mas Cleandro le rogó que no lo hiciese; «porque de otra manera, dice, darás ocasión á que piensen ser verdad lo que algunos te culpan, que por tu causa no se va más presto el ejército.» A esto respondió Xenofonte: «Yo no tengo culpa ninguna en esto, porque los soldados tienen gran falta de mantenimientos, y por eso se les hace de mal la partida. —Pues yo, dice Cleandro, te aconsejo que salgas como para haberte de partir con los soldados; y cuando todo el ejército estuviere fuera, te podrás apartar si quisieres.» Xenofonte dijo que lo haría así, cuando se hubiese visto con Anaxibio.

Habiendo partido luégo le contaron el hecho, y Anaxibio le dijo que muy presto tomase su ropa, y se saliese, y mandase á los suyos que ninguno faltase de hallarse en el alarde; porque al que hallase fuera del número le mandaría castigar como á enemigo. Así que los primeros de todos salieron los coroneles, y tras ellos los capitanes, y luégo todos los otros, excepto unos pocos que se quedaron atrás. Y Eteonico estaba á las puertas de la ciudad por mandado de Anaxibio, para que cuando todos estuviesen defuera cerrase las puertas, y les pusiese sus trancas y aldabas.

Anaxibio mandó llamar á los coroneles y capitanes, y les dijo que de los lugares de Tracia se proveerían de mantenimientos; porque allí había mucho trigo y cebada y otras provisiones necesarias. Y cuando lo hubiesen tomado se partiesen derechos á Chersoneso, «donde Cynisco, dice, os dará el sueldo que os he prometido.»

Cuando los soldados entrevieron esto (ó porque algún capitán se lo dijo, ó porque otro alguno lo divulgó

en el ejército, de manera que vino á noticia de todos) mientras que los coroneles se informaban de Seutes si les era amigo ó enemigo, ó si irían por medio del monte Sagrado, ó rodearían por medio de Tracia, y se detenían en estas y otras semejantes razones, los soldados arrebataron sus armas, y corrieron á toda furia derecho á las puertas de la ciudad, como para haber de entrar otra vez dentro de las murallas.

Eteonico y los que con él estaban, viendo que la gente de armas se acercaba, cerraron y trancaron las puertas. Mas los soldados llamaban y daban golpes en ellas, diciendo que los hacían grande injuria en dejarlos descubiertos á los enemigos: que si no abrían las puertas de grado, que las henderían y romperían por fuerza.

Otros corrieron á la parte del mar, y por las alas de los muros se metieron en la ciudad. Otros de aquellos soldados que se habían quedado dentro, cuando vieron lo que pasaba en las puertas, con hachas rompieron los cerrojos, y abrieron las puertas á sus compañeros, y así entraron todos.

Viendo Xenofonte este hecho, y temiendo que el ejército no se codiciase al saco, de donde viniesen males á la ciudad que no se pudiesen remediar, y fuesen no menos perjudiciales para él y para los soldados, acorrió de presto; y juntamente con el tropel de los otros todos entró dentro de las puertas de la ciudad.

Los de Byzancio, como sintieron que el ejército había entrado por fuerza en la ciudad, huyeron del mercado, unos á las naos, y otros á sus casas: y algunos de los que estaban dentro salían fuera; otros sacaban las galeras para salvarse en ellas si pudiesen; finalmente, que todos pensaban ser perdidos, como si fuera tomada la ciudad. Eteonico se recogió huyendo á la

fortaleza; y Anaxibio, corriendo hacia la mar, se metió en un batel de pescadores, en el cual también aportó á la fortaleza; y desde allí luégo envío á pedir socorro á los de Calcedonia, porque no le parecía ser bastante la gente de guarción que dentro estaba para resistir á los Griegos.

Cuando los soldados griegos vieron á Xenofonte, acorrieron á él los más dellos, diciéndole: «Xenofonte, ahora es tiempo de mostrarte hombre de veras: tienes la ciudad en tu poder, tienes galeras, tienes dineros, tienes tantos hombres de guerra como ves: ahora, si quieres, nos puedes ayudar y favorecer á nosotros, y á tí hacerte grande y señalado.» A esto respondió Xenofonte: «Bien decís por cierto, y así lo haré; pero si esto deseáis, dejad las armas, y tornad de presto cada uno á su estancia,» lo cual decía por amansarlos; y así envió luégo otros que se lo amonestasen y persuadiesen.

Y ellos lo hicieron así, y se tornaron todos á sus estancias, poniéndose en ordenanza los de armas gruesas de cincuenta en cincuenta, y la gente que traía escudos en dos alas de la una parte y de la otra; porque era aquel lugar muy aparejado para ordenarse las haces, llamado el campo de Tracia, por estar llano y espacioso, y despoblado de casas y edificios. Después que todos hubieron dejado las armas, y fueron amansados y sosegados, Xenofonte mandó ayuntar todo el ejército, y hizóles este razonamiento:

«Varones griegos (1); que vosotros estéis airados y »tengáis por muy recia cosa ser engañados, no me

(1) Oración prudentísima de Xenofonte á los Griegos para sosegar los soldados amotinados, en la cual les persuade con muchas razones y ruegos que no hagan ningún daño en la ciudad de Constantinopla, por el gran peligro que se les seguiría, á causa de ser tanto el poder de los Lacedemonios.

»maravillo por ello; mas querer dar lugar á la ira, y »vengarnos de este engaño en los Lacedemonios que »aquí están de presente, y saquear la ciudad que no »tiene culpa ninguna, mirad bien lo que podrá suce»der adelante.

»Primeramente, seremos juzgados por enemigos á »los Lacedemonios y á sus compañeros. Pues qué gue»rra se podrá desto recrecer, vosotros lo podréis bien »conjeturar, si comparáis lo presente con lo pasado. »Nuestros antepasados los Atenienses (1) tomaron la »guerra contra los Lacedemonios y sus amigos y com»pañeros cuando tenían abundancia de galeras, así en »mar como en las atarazanas, por lo menos más de »cuatrocientas: había muchos dineros en la ciudad, »así de las rentas de cada año de los pueblos, como de »la tierra, por lo menos mil talentos: mandaban á to»das las islas, y tenian muchas ciudades en Asia, y »muchas más en Europa, y entre ellas esta ciudad de »Byzancio, donde al presente estamos; mas al fin fue»ron vencidos, como todos sabéis.

»Pues ahora ¿qué pensáis será de nosotros, cuan»do los Lacedemonios tienen por compañeros á los »Acheos, y á todos los Atenienses y á sus aliados? Ti»safernes y todos los otros Bárbaros que señorean las »tierras marítimas son nuestros enemigos; y el más »capital enemigo de todos el mismo Rey de la Asia »superior, á quien fuimos á quitar el reino y la vida, »si pudiéramos. Pues estando todas estas cosas en »contrario, ¿hay alguno tan simple que piense poder »nosotros salir de aquí vencedores?

---

(1) Si los Atenienses estando en su prosperidad con tantas fuerzas y fortaleza fueron vencidos de los Lacedemonios, ¿cuánto más fácilmente seremos dellos destruídos, pues que tenemos tan poco favor, y ellos tan poderosos?

»Por Dios que no seamos locos: no queramos morir »torpemente como enemigos de nuestra tierra, y de »nuestros amigos, y de nuestros deudos. Todas las »ciudades griegas se ayuntarán para hacer guerra »contra nosotros, y con mucha razón: pues si hasta »ahora nunca destruimos ninguna ciudad de los Bár- »baros nuestros enemigos siendo en nuestra mano, »como vencedores, decidme (1): ¿será bien que luégo »como lleguemos á ciudad griega y de amigos la des- »truyamos y saqueemos? Yo ruego á Dios que antes »que mis ojos vean hacer tal cosa á vosotros, sea su- »mido diez mil estados debajo de tierra.

»Así que os aconsejo que, pues sois Griegos, por »ruegos y amistad persuadáis á los gobernadores de »los Griegos que usen con vosotros de la razón, y »hagan aquello que sea justo; y si esto no pudiéredes »alcanzar, no conviene por injuria privarnos de toda »Grecia. Ahora me parece que debemos enviar nues- »tros mensajeros á Anaxibio, á decirle que nosotros »no entramos en la ciudad con voluntad de hacer »fuerza ninguna, sino para ver si podríamos hallar »algún bien en ellos; y donde no, mostrarles clara- »mente que no habíamos salido della engañados, sino »persuadidos.»

Cuando Xenofonte hubo acabado su razonamiento, todos le aprobaron, y luégo enviaron con este men- saje á Hieronimo Eleo, á Euricolo Arcadio y á Filesio Acheo, que partieron para Anaxibio. Estando aún los Griegos en este mismo lugar esperando, llegó Cyra- tades Tebano, que no venía allí por haber sido deste- rrado de Grecia, sino por alcanzar algún cargo de ca- pitán, vendiéndose á cualquier ciudadano ó nación

(1) No es justo hacer mal á los amigos, habiendo hecho bien á los enemigos y Bárbaros.

que hubiese menester capitán. Y venido ante ellos les dijo: que él estaba aparejado para ser su caudillo, y llevarlos á Delta, lugar de Tracia, donde hallarían todos los bienes que quisiesen; y que entretanto él los proveería de bastimentos para comer y para beber abundosamente.

Oído esto los soldados, y juntamente con ello la respuesta de Anaxibio, que les respondió que si se determinaban de partir de allí no se arrepentirían dello porque los encomendaría á todos los gobernadores de las ciudades comarcanas, y él también miraría por éllos y les haría toda la honra que pudiese; con esto los Griegos eligieron á Cyratades por su capitán general, y luégo todos se salieron fuera de la ciudad. Y Cyratades les prometió de tornar el día siguiente al ejército, y traer consigo el Adivino y las cosas necesarias para los sacrificios, y pan y vino para todo el campo.

Cuando todos fueron salidos del lugar, Anaxibio hizo cerrar las puertas; y mandó pregonar que cualquier soldado que fuese tomado dentro, sería vendido como esclavo. El día siguiente tornó Cyratades trayendo consigo el Adivino y todo lo necesario para los sacrificios, y con él venían veinte hombres cargados de harina, y otros tantos con vino, y tres con aceite, y uno con grandes ristras de ajos, y otro con horcas de cebollas; lo cual todo les puso delante para repartirlo entre los soldados cuando hubiesen sacrificado.

En este medio Xenofonte envió á llamar á Cleandro, y rogóle que alcanzase licencia de la ciudad para poder entrar dentro, y navegar y partirse desde Byzancio. Y Cleandro lo hizo así: y tornóle con la respuesta, diciéndole que apenas lo había podido acabar con Anaxibio; porque no le parecía cosa conveniente que los soldados estuviesen cerca de los muros, y Xeno-

fonte dentro de la ciudad, mayormente estando aún los ánimos de los ciudadanos levantados por la revuelta pasada; pero todavía le permitió entrar, pues había de navegar desde allí, y partirse juntamente con él.

Así que Xenofonte se despidió de los soldados, y entró en la ciudad con Cleandro. El día primero hizo Cyratades sus sacrificios: y no le sucedieron bien, ni repartió entre los soldados cosa alguna, y otro día siguiente, estando los sacrificios á punto en el altar, y Cyratades con su corona puesta en la cabeza para haber de sacrificar, llegó Timasión Dardanio, Neón Asineo y Cleanor Orcomenio, y dijeron á Cyratades que no sacrificase, porque no sacaría el ejército de allí antes que le repartiesen las provisiones necesarias. Mas como él las repartiese por su medida á todos, había tan poco, que no tenían para comer un día los soldados; por lo cual, tomando las cosas que había traído para los sacrificios, dejó el cargo de capitán, y se fué.

CAPÍTULO II.

Neón Asineo, Frinisco Acheo y Timasión Dardanio se quedaron con el ejército, y asentaron su Real en los lugares comarcanos que estaban cerca de Byzancio. Luego aquí comenzó á haber disensiones y diferencias entre los coroneles; porque Cleanor y Frinisco se querían pasar á Seutes, que estaban sobornados dél, el uno por un caballo que había recibido dél, y el otro por una mujer muy hermosa que le había dado. Neón se quería partir á Chersoneso, pensando que si

una vez ponía los pies en tierra de Lacedemonia, fácilmente podría mandar á todo el ejército. Timasión deseaba pasarlos en Asia por tornarse á su casa; y también los soldados lo querían así.

Mientras gastaban su tiempo en estos acuerdos, muchos de los soldados vendían las armas, y después de los primeros lugares se partían navegando como podían: otros las dejaban en los lugares, y se metían en las ciudades. Anaxibio, oyendo que el ejército de los Griegos se deshacía y desbarataba por esta vía, se holgaba en gran manera, pensando que por haber dado él causa para ello, le sería muy agradecido de Farnabazo.

Ya que Anaxibio se partía de Byzancio navegando por la mar, le salió á recibir al encuentro Aristarco en el lugar de Cyzico, el cual sucedía á Clearco en el cargo de gobernador de Byzancio, y díjole Anaxibio, que de ahí á pocos días llegaría á Helesponto Polo, que había de suceder en su lugar por capitán de la armada. Anaxibio envió á decir á Aristarco que todos cuantos soldados hallase en Byzancio de aquellos que habían quedado del ejército de Cyro los vendiese: porque Cleandro, su antecesor, no solamente no había querido vender á ninguno, sino antes, movido de compasión, curaba á los enfermos, y hacía que los recibiesen y hospedasen en las casas. Mas Aristarco, luego como fué llegado á Byzancio, por lo menos vendió más de cuatrocientos.

Anaxibio, en aportando á la isla de Pario, envió sus mensajeros á Farnabazo, para hacerle saber cómo todo cuanto había mandado se había hecho en Byzancio. Mas cuando Farnabazo sintió que Aristarco había ya llegado á Byzancio, donde iba por gobernador, y que Anaxibio no era ya más capitán de la armada, no hizo caso dél: y envió á mandar á Aristarco que hiciese de

los que quedaban del ejército de Cyro lo que de antes había encomendado á Anaxibio.

Entonces Anaxibio, sintiéndose agraviado desto, hizo llamar á Xenofonte, amonestándole que por todas vías y artes procurase de navegar al ejército lo más presto que fuese posible, y que le detuviese y recogiese los que estaban derramados, y todos los demás que pudiese, y los llevase á Perinto, para desde allí pasar de presto en Asia: y dióle una galera de treinta remos, y con ella una carta con un mensajero propio, al cual mandó que de su parte rogase á los de Perinto que enviasen de presto caballos á Xenofonte para su ejército. Xenofonte, sabido esto, navegó luégo para el ejército, donde fué muy alegremente recibido de los soldados, con voluntad de seguirle de buena gana, si quisiese pasar desde Tracia en Asia.

Cuando Seutes oyó decir que Xenofonte había tornado otra vez al ejército, luégo envió por mar á Medosades, para rogarle que se viniese para él con todo su ejército, prometiéndole todo aquello que pensaba le podía atraer á ello. Mas Xenofonte le respondió que no lo podía hacer en ninguna manera por entonces; y con esta respuesta se tornó Medosades. Después que los Griegos hubieron llegado á Perinto, Neón se apartó dellos, y asentó su Real aparte con hasta ochocientos soldados de su compañía: todos los demás del ejército se alojaron en un mismo lugar junto á los muros de Perinto.

Y mientras que Xenofonte andaba negociando por haber naos para pasar de presto la gente en Asia, sobrevino Aristarco, gobernador de Byzancio, que había partido de la ciudad con dos galeras, el cual por aviso de Farnabazo mandó á los maestros de las naos, bajo de grandes penas, que no admitiesen los Griegos en sus navíos: y pasado de aquí al ejército, dijo á los sol-

didos que no pasasen en Asia por ninguna vía. A esto le respondió Xenofonte que Anaxibio lo mandaba que pasasen; y por eso, dice, me envió á mí aquí. Tornó á replicar Aristarco, diciendo que Anaxibio no era ya más capitán de la armada, y que él era el gobernador de la tierra: «y si alguno de vosotros, dice, tomare en la mar, yo le anegaré en ella:» y dicho esto, se tornó á meter en la ciudad.

El día siguiente envió á llamar los coroneles y capitanes del ejército de los Griegos: y estando ya cerca de los muros para entrar dentro, no faltó quien amonestó á Xenofonte que no entrase; porque de lo contrario luégo sería preso, y perdería la vida en el mismo lugar, ó por lo menos sería entregado á Farnabazo. Oído esto, Xenofonte envió todos los otros que se tornasen; y él dijo que quería sacrificar. Y así hizo sus sacrificios, para consultar con el Oráculo si sería bien irse con el ejército derechamente á Seutes, viendo que no era seguro pasar en Asia, pues el que tenía las galeras lo estorbaba. Ni tampoco quería ir á Chersoneso, por no ser atajados en medio de los contrarios, donde el ejército lo pasaría mal de hambre; pues aunque hiciesen la voluntad del Gobernador, no por eso tendrían allí las provisiones necesarias.

Estando perplejo en esta deliberación, llegaron los coroneles que habían sido llamados de Aristarco, diciendo que les había mandado volverse por entonces, y tornar á la tarde; por donde se pareció claramente la traición. Xenofonte, entendiendo por los sacrificios y señales favorables, y conformes á lo que deseaban, que la partida del ejército para Seutes era segura, tomó consigo á Policrates, capitán ateniense, y de cada cual de los coroneles un hombre de quien ellos confiaban, excepto de Neón, y partióse de noche para el Real de Seutes, que estaba sesenta estadios de allí.

Cuando fué cerca dél, dió sobre unos fuegos que estaban solos de gente; y por eso luego al principio pensó que Seutes había mudado su Real. Mas cuando sintió el ruido, y oyó las voces de los de Seutes unos con otros, entendió que no por otra causa se habían encendido los fuegos delante de las guardias del Real de Seutes, sino para que las guardias no fuesen vistas por la oscuridad, ni se descubriese el lugar donde estaban; y que los que viniesen, no pudiesen excusar de ser vistos por la lumbre.

Así que, sintiendo esto Xenofonte, envió al intérprete que tenía consigo, y mandóle que dijese á las guardias de Seutes que Xenofonte venía allí y que quería verse con él. Y ellos le preguntaron: si era aquel Xenofonte Ateniense, y si venía del Real de los Griegos. Y en diciéndoles el intérprete que el mismo era, saltaron corriendo á hacerlo saber á Seutes. Y de ahí á poco llegaron cerca de doscientos soldados con escudos, que tomaron á Xenofonte y á toda su compañía, y los llevaron alegremente á Seutes.

Estaba entonces Seutes dentro de una fortaleza, y en torno della había muchos caballos enfrenados, que por el temor que tenían de los enemigos los dejaban pacer entre día, y de noche los guardaban; porque se decía que Teres, uno de los predecesores de Seutes, había sido vencido de los enemigos en aquel mismo lugar, aunque tenía muy gran ejército, y le habían muerto muchos de los suyos y robado el campo. Eran estos sus enemigos los Tynos, nación fuerte y belicosa, y muy enseñados en hacer guerra de noche.

Cuando los Griegos llegaron á las puertas, mandó Seutes que entrase Xenofonte con dos de su compañía, los que él quisiese: y como fueron entrados, se saludaron y abrazaron amigablemente ambos, y á la costumbre de Tracia dieron á los Griegos á beber en

vasos de cuerno. A la sazón estaba con Seutes Medosades, que era aquel de quien Seutes se servía de embajador en todas partes.

Y en presencia dél comenzó Xenofonte á hablar desta manera: «Enviásteme, Seutes (1), primeramente á Calcedonia este tu embajador Medosades, para rogarme de tu parte que procurase de pasar el ejército de los Griegos de Asia, prometiéndome que si así lo hiciese, me sería muy bien pagado, según me afirmó este Medosades.» Y diciendo esto, preguntaba á Medosades si era verdad; el cual respondió que sí. «Después, dice Xenofonte, tornó este Medosades á mí, cuando habíamos pasado de Parío, prometiéndome que si llevaba el ejército donde tú estabas, que me tendrías en lugar de hermano, cuanto más de amigo, y que nos darías lugares en las tierras marítimas que posees de tu señorío.» Y en esto tornó á preguntar á Medosades si lo había dicho así, el cual respondió que sí.

«Ahora, pues, ven acá, dice Xenofonte, y cuenta á Seutes lo que yo te respondí en Calcedonia.—Primero, dice, me respondiste que el ejército había de pasar á Byzancio, y que por causa desto no tenía que pagar nada á tí ni á otro ninguno; y que después de pasado te apartarías del ejército, y así lo hiciste como lo dijiste.—Pues veamos, dice Xenofonte, ¿qué es lo que te hablé cuando veniste á Selimbria?» Respondió Medosades: «Dijísteme que no era posible por entonces, porque venidos á Perinto habíais de pasar en Asia desde allí.»

«Ahora, pues, dice Xenofonte, vesme aquí donde vengo yo y Frinisco, uno de los coroneles, y Poli-

(1) Razonamiento de Xenofonte con el rey Seutes para confederarse con él.

crates, uno de los capitanes; y fuera quedan de parte de los coroneles, de cada uno dellos uno de los de su mayor satisfacción, excepto de parte de Neón Lacedemonio. Así que, si quieres haber por firme y rato lo que se trató en tu nombre, mándalos llamar. Y tú, Policrates, díles que entren sin armas, que yo mando que las dejen; y tú también deja fuera la espada y entra con ellos.»

Oído esto Seutes, dijo que por cierto él no tenía desconfianza en ninguno de los Atenienses, porque bien sabía que eran sus deudos, y por eso creía ser sus amigos y aficionados. Ya que todos fueron dentro, Xenofonte preguntó á Seutes en qué pensaba servirse del ejército de los Griegos.

Respondió Seutes, y dijo así: «Mi padre fué Mesades, que tenía el señorío de los Melandeptas, de los Tynos y de los Tranipsas, el cual fué echado desta tierra por las discordias y revueltas de los Odrysios; y finalmente murió de dolencia, y yo quedé huérfano, y me crié en casa de Medoco, que ahora reina. Cuando llegué á la edad de mancebo, no me podía sufrir en el corazón de verme que vivía de mesa ajena: así que me eché á sus piés, suplicando al Rey me diese toda la más gente de guerra que fuese posible, para que yo me vengase de los que me habían alanzado del reino, si pudiese, y no viviese mirando siempre á su mesa como perro. Entonces me dió estos hombres de guerra y caballos que aquí veréis cuando sea de día; y con estos vivo ahora, manteniéndonos de lo que podemos tomar y robar en la tierra que fué de mi padre. Mas si ahora vosotros me favorecéis, pienso con la ayuda de Dios recobrar muy fácilmente mi reino. Esto es en suma para lo que yo os he menester.»

«Decláranos ahora, dice Xenofonte, si te ayudamos y favorecemos, qué es lo que podrás dar al ejército

y á los capitanes y coroneles, para que lo declaren á los otros.» Entonces Seutes prometió al soldado un cyziceno cada mes, dos al cabo de escuadra, y cuatro al capitán; y tierras cuantas quisiesen, y bestias y lugares marítimos fuertes y bien abastecidos.

A esto replicó Xenofonte: «Pero si tentamos la cosa, y no sucede á nuestra voluntad, y se nos recrece algún temor de los Lacedemonios, ¿recibirás de buena gana al que de nosotros se quisiere acoger á tí?» Respondió Seutes: «Sí por cierto que lo haré, y os tendré en lugar de hermanos, y os asentaré conmigo, y partiré con vosotros todo cuanto se ganare en la guerra. Y á tí, Xenofonte, te daré mi hija por mujer; y si tú tienes alguna hija te la compraré para mi matrimonio á la costumbre de Tracia, y te daré la villa de Bysantes pasa tu morada, que es el mejor lugar marítimo que yo tengo al presente.

CAPITULO III.

Oído esto los Griegos, tocaron las manos; y así confirmada su amistad y alianza, se tornaron á su Real antes del día, y contaron el hecho á los que habían enviado. Otro día de mañana Aristarco tornó á llamar los coroneles y capitanes griegos: mas á ellos les pareció que debían de dejar la ida, y mandar ayuntar el ejército para tomar consejo. Así que luego fueron todos juntos, excepto los de la compañía de Neón, que estaban apartados dellos casi diez estadios. Entonces, levantándose en pie Xenofonte, les habló desta manera:

«Varones griegos (1), ya no es posible navegar »desde aquí para donde querríamos; porque Aristarco, »que tiene las galeras, nos lo veda, como veis, ni tan»poco nos podremos seguramente embarcar en los »navíos: él mismo nos manda por fuerza que pasemos »á Chersoneso por el monte Sagrado. Pues ya que con »gran dificultad le pasemos, y lleguemos allí, dice »que no os ha de vender, como hizo en Byzancio, ni »tampoco que seréis engañados, sino que recibiréis »allí vuestro sueldo, y que no cumple pensar que os »hayan de faltar provisiones. Esto es lo que nos pro»mete Aristarco. Empero Seutes dice que si os que»réis ir para el, que lo hará muy bien con vosotros, y »os dará todo cuanto hubiereis menester muy cumpli»damente. Ahora pues determinad vosotros si queréis »quedar allí sobre aquel acuerdo, ó partiros para Seu»tes, para que allegados allí tengáis lo necesario. A »mí me parece que, pues aquí no tenemos dineros »para comprar mantenimientos, ni aquí tampoco nos »los dan sin dineros, que nos tornemos á aquellos lu»gares donde por fuerza ó por grado podamos tomar»los, y que sea en nuestra mano elegir siempre lo »mejor. Quien fuere deste mi voto alce la mano.» Luégo todos alzaron la mano, y aprobaron su parecer. «Ahora pues, dice Xenofonte, idos á reposar; y esta»réis aparejados, para que cuando se hiciere señal si»gáis tras vuestro caudillo.»

Pasado esto, luego Xenofonte tomó la delantera, y comenzó á guiar por caudillo; y todos los Griegos tras dél, sin que Neón ni los de Aristarco fuesen bastantes á persuadirlos lo contrario, ni apartarlos de su propósito. Cuando habían caminado ya cerca de treinta

(1) Oración de Xenofonte a los Griegos, persuadiéndoles la compañia y amistad de Seutes.

estadios, les salió al encuentro Seutes: al cual, como viese Xenofonte, le rogó que entrase en medio de las capitanías, y hablase, para que los más le pudiesen oir lo que dijese en utilidad y provecho común de todos.

Luego que Seutes se puso en medio, Xenofonte tomó la mano primero, y habló á voz alta desta manera: «Nosotros vamos derechamente donde podamos haber las provisiones necesarias para mantenerse el ejército: allí te oiremos á tí y á los Lacedemonios; y visto el partido que nos hacéis los unos y los otros, escogeremos el que mejor nos estuviere. Mas si tú, Seutes, nos llevas al presente donde tengamos mantenimientos, pensaremos ser bien recibidos de tí.» Entonces dijo Seutes: «Yo sé muchos lugares, que están llenos de todas las provisiones necesarias en abundancia, tan cercanos de nosotros, que si partimos de aquí de mañana, podemos á nuestro placer llegar á cenar á ellos.—Pues guíanos para ellos, dijo Xenofonte, que nosotros te seguiremos.»

Partidos de allí, llegaron á la tarde á los lugares; y cuando todos los soldados fueron juntos, Seutes les habló desta manera: «Varones Griegos, yo tengo necesidad de vuestra ayuda para hacer guerra á mis enemigos; si me la queréis dar, yo os prometo de dar á cada soldado un cyziceno de sueldo cada mes, y á los capitanes y coroneles lo que por mí fué determinado; y á más desto haré á cada uno la honra que demandaren sus merecimientos. Saldréis á buscar de comer y beber por los lugares, como ahora lo hacéis: todo lo demás que ganareis será mío, para que tenga de donde pagaros vuestro sueldo. Bastantes seremos para hallar y alcanzar los que se nos escondieren y huyeren de los contrarios; y si algunos resistieren, pienso que mediante vuestro favor y ayuda los podre

vencer y sujetar.» Xenofonte le preguntó: «Dime, Seutes, ¿cuánto trecho apartado de la mar será menester que te siga nuestro ejército?» Respondióle Seutes: «No más de jornada de siete dias, y por ventura menos.»

Y sobre esto dió libertad á todos, que cada uno hablase lo que quisiese. Entonces muchos dijeron que era muy bien hablado lo que Seutes había dicho; porque ya el invierno estaba en la mano, y no era tiempo de navegar, ni tampoco era conveniente invernar en tierra de amigos, donde hubiesen de comprar de su dinero todo aquello de que tuviesen necesidad. Y por eso sería mejor asentar en tierra de enemigos, y más seguros juntamente con Seutes, que no solos y apartados: mayormente en lugares fértiles y abundantes de todas cosas. Y que si demás desto les corría su sueldo, no había más que pedir en ello. Oído esto, dijo Xenofonte: «Si alguno tiene algo que proponer en contrario, salga, y dígalo luégo; y si no, todos lo confirmen y aprueben.» Pues como no saliese ninguno que lo contradijese, y todos juntos aprobasen aquel parecer, luego Xenofonte dijo á Seutes que querían todos ir juntamente con él y ser su compañero de guerra.

Y con esto los soldados se tornaron á sus estancias, y Seutes convidó á cenar los capitanes y coroneles en el lugar más cercano. Estando todos á las puertas para entrar á cenar, llegó allí Heraclidas Maronites, que era un hombre que de buena gana se allegaba á cada cual que pensaba tenía algo que dar á Seutes. Este llegó primeramente á los Parianos, que habían venido allí para tratar paces con Medoco, rey de los Odrysios, y le traían presentes para él y para su mujer, y díjoles: «¿Para qué dais estos dones á Medoco, que está apartado del mar más de diez días de camino, y no los dais antes á Seutes, que tiene tan gran ejército como veis, y es señor de la mar? Y siendo vuestro

vecino, es bastante para haceros mucho bien y mucho mal. Pues de mi consejo, si sois cuerdos, dad á este Seutes eso que traéis, y os vendrá bien dello, y no á Medoco, que habita lejos de vosotros.» Finalmente les persuadió que lo hiciesen así.

Después se allegó á Timasión Dardanio, porque había oído decir dél que tenía muchos vasos de oro, y muchos tapices bárbaros y extranjeros, y díjole que pensase ser de costumbre que cuando el rey Seutes convidaba á cenar algunos, que los convidados eran obligados á darle algo. Pues siendo Seutes tan gran señor como lo es aquí, bastante será para enviarte honrado á tu tierra y hacerte rico en esta. Lo semejante hacía con cada cual aparte.

Y venido que fué á Xenofonte, le dijo: «Tú eres natural de ciudad grande y nombrada, y has cobrado gran nombre y fama cerca de Seutes, y por ventura podrás alcalzar algún buen lugar en esta tierra, como muchos de tus antepasados lo alcanzaron; por tanto me parece cosa conveniente que honres á Seutes magníficamente, y yo por ser tu amigo te lo amonesto así: que bien sé que cuanto más dieres ahora al Rey, tanto mayores bienes y mercedes te hará él adelante.» Oyendo esto Xenofonte, estaba muy dudoso qué haría, porque se había partido de Pario con solo un criado, y no traía más dinero de cuanto bastaba para la provisión de su camino.

Cuando todos fueron á cenar, los principales de los Traces que allí estaban, y los coroneles y capitanes de los Griegos, y los embajadores de las ciudades se sentaron á la tabla en circuito, cada uno en su silla de tres pies, y luégo les metieron cerca de veinte platos de carnes partidas, y panes leudos ó con levadura, muy grandes.

Y á los convidados les pusieron sus mesas. Y á la

costumbre de la tierra, Seutes el primero de todos tomó los panes que allí había puestos, y los hizo pedazos, y repartió á los que él quiso: y asimismo repartió las carnes, y habiéndolas gustado tan solamente, las dejaba á los otros. Y lo mismo hacían todos los otros que estaban sentados á la tabla.

Estaba en aquel convite un soldado arcadio, nombrado Aristo, muy grande comedor, el cual, no cuidando de partir el pan, tomó en las manos un pan (1) muy grande, y poniendo un gran pedazo de carne en las rodillas, cenaba á su placer; y como ya todos tomasen los vasos de vino de mano del copero para beber, cuando llegó su vez á Aristo, viendo á Xenofonte que ya cesaba de comer, dijo al copero: «Dáselo tú á ése si quisieres, pues que ha ya acabado de cenar, que yo aun no he comenzado.» Oyendo Seutes esta voz, preguntó al copero qué era lo que aquél decía. Y como el copero, que entendía muy bien la lengua griega, se lo declarase, les tomó gran risa.

Ya que todos alegres se calentaban con el vino, entró un varón tracio, que traía un caballo blanco muy hermoso á presentar á Seutes, y tomando un gran vaso lleno de vino en su mano, dijo á Seutes: «Yo te hago la salva bebiendo, y te doy este caballo, en el cual podrás fácilmente alcanzar al enemigo que quisieres, y cuando te retirares, no temerás de ser alcanzado de tus enemigos.» Otro le daba un doncel, haciéndole la salva de la misma manera: otro daba vestiduras preciosas á su mujer. Timasión también hizo la salva al Rey, y le dió una copa de plata, y un tapiz muy rico que valía más de diez minas. Entonces se levantó en pie un varón ateniense, nombrado Gnesipo, y habló desta manera: «Antigua ley es y muy

(1) *Un pan muy grande.* El texto dice un pan de tres *chenices*.

buena, oh Seutes, que los que tienen den al Rey por su honra dellos, y los que no lo tienen reciban del Rey lo que le han de dar.»

En esto Xenofonte dudaba qué haría, porque, como el más honrado, estaba sentado en la silla más cercana de la del Rey; y ya Heraclidas había mandado al copero que le diese el vaso en la mano. Mas Xenofonte, que había bebido ya demasiado, levantándose en pie osadamente, tomó el vaso en la mano, y dijo:

«Yo hago la salva, Seutes, y te doy á mí y á estos »mis compañeros por amigos fieles, y ninguno dellos »contra su voluntad, sino que todos más que yo que»rrán ser tus amigos: veslos aquí presentes, que sin »pedirte nada, están aparejados á tomar trabajos por »tí, y ponerse á cualquier peligro. Con los cuales y »con el ayuda de Dios podrás tornar á cobrar tu reino »paterno, y adquirir otras muchas tierras de enemi»gos, y haber muchos caballos y hombres y mujeres »cautivas, en cuyas tierras no será menester hacer »robos; porque ellos mismos de su grado te traerán »dádivas y presentes.»

Entonces se levantó Seutes, y tornó á hacer la salva á Xenofonte, y pasó el vaso al más cercano, según costumbre de Tracia. Luégo salieron los Cerasuntes, y con flautas y trompas de cuero crudo de buey tañían y cantaban á compás un són Magade (1). Y el mismo Seutes se levantó, y con voz y alarido de guerra hacía un són belicoso, como quien toca al arma, y saltando y bailando muy ligeramente esgrimía por arte, como quien se guarda y recata del golpe de su contrario. También hubo en el convite muchos juglares y truhanes graciosos, que hacían reir los convidados con sus gracias y donaires.

(1) Magade es un instrumento de una tabla cuadrada.

Ya que se quería poner el sol, levantáronse los Griegos, y dijeron á Seutes que ya era hora de poner guardias y centinelas para de noche en el Real, y dar la señal (1). Y también le rogaron mandase que ninguno de los Traces entrase de noche en el Real de los Griegos, porque aunque fuesen ellos amigos del Rey, los Traces eran sus enemigos.

También se levantó con los Griegos el Rey, sin mostrar señal de haber bebido mucho en el convite, y salido afuera llamó los coroneles y capitanes griegos, y díjoles: «Caballeros y amigos míos, los enemigos aun no saben nada de nuestra amistad y alianza: parèceme que será bien dar sobre ellos de repente, sin que seamos sentidos, antes que se nos puedan esconder, ó apercebir para defenderse. Y desta manera les podremos hacer mucho mal, y tomar gran presa de despojos y cautivos.» Los Griegos aprobaron su consejo, y le respondieron que los llevase cuando fuese su voluntad. «Ahora pues, dijo Seutes, vosotros estad aparejados, que cuando fuere tiempo yo vendré y tomaré la gente de escudos, y á vosotros, y hare la guía con la ayuda de Dios.»

Entonces dijo Xenofonte: «Mira, Seutes, que si hemos de ir de noche, será bien que vayamos en ordenanza á la costumbre de los Griegos; porque de día en el camino podremos ordenar los escuadrones, según la disposición de los lugares lo requiere, poniendo en la delantera los soldados de armas gruesas, ó la gente de escudos, ó la de caballo: mas de noche la costumbre de los Griegos es, que los más tardíos vayan delante. Porque desta manera no se podrá abrir ni dividir el ejército haciendo quiebra, ni menos se podrán

(1) Dar señal es señalar el nombre á los soldados para conocerse, juntarse, ó distinguirse de los enemigos. En latin se llama Tessera.

esconder los que de los nuestros quisieren huir. Pero si se abren y apartan, muchas veces van á dar sobre los suyos, y por yerro se hacen mal los unos á los otros, y lo reciben.»

A esto le respondió Seutes que decía muy bien, y que él quería hacer según la costumbre de los Griegos. «Y yo, dice, os daré por guías hombres ancianos, que saben muy bien la tierra, y seguiré tras vosotros con los de caballo, y cuando fuere tiempo saldré á la delantera;» y dieron por señal y por invocación el nombre de Atenienses, á causa de su alianza. Y diciendo esto, se fueron á reposar.

A la media noche vino Seutes trayendo consigo los de caballo, todos con sus lorigas, y la gente de escudos armados de sus armas, y tomando sus guías, pasaron los de armas gruesas á la vanguardia: seguía inmediatamente la infantería ligera, y ocupaba la retaguardia la caballería.

Cuando fué de día, Seutes se pasó á la delantera, loando y aprobando en gran manera aquella costumbre de los Griegos. «¡Oh, cuántas veces, dice, me ha acaecido á mí mismo, caminando con pocos, hallarme después con solos los de caballo, apartado de la gente de pie! mas ahora, según convenía, todos hemos amanecido juntos. Ahora, pues, esperadme vosotros en este lugar descansando, que yo quiero ir á descubrir el campo.»

Y dicho esto, dió de espuelas al caballo, y tomó una senda hacia el monte; y llegado á una nieve muy alta, miraba por el rastro si las pisadas de los hombres iban derechas ó venían contrarias. Y viendo el camino que no estaba trillado, tornó de presto á los suyos, y díjoles: «Bien está la cosa, compañeros, porque si Dios quisiere, podremos tomar nuestros enemigos desapercebidos. Yo me quiero adelantar con los de

caballo, para que si viere alguno le tomemos preso antes que se pueda escapar é ir á avisar los contrarios. Vosotros seguidme, y por donde viereis el rastro de los de caballo, tirad por él adelante, que pasados los montes vendremos á descender á un llano, donde hay muchos y buenos lugares, y ricos y abundantes de todas cosas.»

A la hora de medio día ya Seutes estaba en la cumbre del monte, y como viese desde allí los lugares, fuése para los de armas gruesas, y díjoles que quería envíar delante los de caballo, para que corriesen el campo, y la gente de escudos derecho á los lugares; «pero vosotros, dice, seguid en pos dellos lo más presto que pudiereis, para que si alguno se pusiere en resistencia, los podáis socorrer.»

Oyendo esto Xenofonte, descendió luégo de su caballo, al cual Seutes preguntó que por qué se apeaba cuando convenía apresurarse. «Bien sé, dice Xenofonte, que no me has menester á mí solo; y también sé que los de armas gruesas acorrerán de presto y de mejor gana viendo que yo á pie les precedo delante.»

Y con esto se partió, tomando consigo á Timasión, que llevaba hasta cuarenta hombres de armas Griegos. Xenofonte mandó á todos aquellos que eran de treinta años abajo se pasasen de sus compañías á la vanguardia, y él con ellos corrió de presto juntamente con Cleanor, que iba por caudillo de los Griegos.

Cuando llegaron á los lugares, Seutes tomó hasta cincuenta de caballo, y salió al campo, diciendo á Xenofonte: «A la verdad, la cosa va como tú dices, y yo me recelo, si los nuestros de caballo que salieron delante á correr el campo, quedan solos y desamparados, que los enemigos saldrán de tropel, y les podrán hacer mucho daño. Por tanto, conviene que de-

jemos en estos lugares algunos de los nuestros en guarnición, pues que están llenos de gente.»

Entonces le dijo Xenofonte: «Yo con los de mi compañía iré á tomar la cumbre; tú debes mandar á Cleanor que extienda los escuadrones de infantería en el campo hacia los lugares.» Y despues que así lo hicieron, tomaron en ellos más de mil cautivos y más de dos mil vacas, y más de diez mil ovejas, y se aposentaron en ellos aquella noche.

CAPÍTULO IV.

Otro día por la mañana Seutes quemó todos los lugares, sin dejar una sola casa, para poner miedo á los otros y hacer que viniesen á su obediencia; y partióse de allí, mandando á Heraclides que tomase la presa y la llevase á la ciudad de Perinto, y allí la vendiese, para pagar el sueldo que debía á los soldados, y él juntamente con los Griegos asentó su Real en los campos llanos de los Tinos, que los habían dejado y se habían subido á los montes.

Había en aquella tierra mucha nieve y tan gran frio, que se les helaba el agua en la cena, y el vino en las vasijas, y á muchos de los Griegos se les quemaron las narices y las orejas del hielo. Y entonces entendieron bien la causa por qué los Traces traen las cabezas y las orejas cubiertas de pieles de raposos, y los sayos que no solamente les cubren los pechos, pero tambien los muslos, y ropas tan largas, que les llegan á los talones cuando van á caballo.

Seutes de industria soltó algunos cautivos que se fuesen para los montes, y dijesen á los suyos que si

no se tornaban á sus casas y le daban la obediencia, que les quemaría los lugares y les atalaría los panes y les mataría de hambre. Este mensaje aprovechó tan solamente para que se tornasen las mujeres y los muchachos y los viejos: mas los mancebos se quedaron alojados en los lugares que había debajo del monte.

Sabido esto por Seutes, mandó á Xenofonte que tomase consigo los más robustos soldados de armas gruesas, y le siguiese. Y salidos de noche del Real, amanecieron en los lugares de los contrarios. Mas como lo sintiesen los enemigos, huyeron la mayor parte á los montes más cercanos; y á todos los que dellos pudieron tomar, les mandó Seutes pasar con las lanzas.

Había en el ejército de los Griegos un varón olyntio, nombrado Epistenes, muy aficionado á mancebos lindos y virtuosos, el cual, como viese entre los cautivos un doncel hermoso, y al parecer bueno, que ya tenía su escudo puesto aparte para morir con los otros, tuvo compasión dél, y suplicó á Xenofonte que socorriese tan buen mancebo que no muriese. Por lo cual Xenofonte venido ante Seutes, le rogó por él que no le mandase matar, y contóle las costumbres de Epistenes, y condición que tenía, que muchas veces había formado una compañía entera de mancebos hermosos, sin mirar otra cosa, y que en lo demás era buen hombre y esforzado.

Entonces Seutes preguntó á Epistenes si querría morir de buena gana por aquel doncel. Respondió Epistenes, poniéndole su cuello: «Hiere por do quisieres, y mátame, si el mancebo lo quiere así, y con tal que le perdones.» Otra vez tornó Seutes á preguntar al mancebo, si quería que por él matasen á Epistenes. Respondió el mancebo, que no en ninguna ma-

nera, sino que antes le suplicaba por la vida de ambos. Y Seutes se lo otorgó.

Cuando Epistenes tuvo el mancebo libre en su poder, dijo: «Ahora vesme aquí, Seutes, aparejado para pelear contigo por este mancebo; pues yo nunca le he de apartar de mi compañía.» Reíase Seutes, y despreciaba estas cosas; y pensó que sería bien asentar Real en aquellos lugares, por quitar los matenimientos á los que habían huído á los montes, y él también puso su tienda un poco más abajo dellos en el campo. Y Xenofonte con los más escogidos soldados se aposentó en el lugar postrero debajo del monte, y todos los otros Griegos se alojaron allí cerca en las montañas que llaman de Tracia.

Aquí reposaron algunos días, y en este medio descendieron algunos Traces de los montes y vinieron á Seutes, para tratar con él de paces y treguas; y para ello le ofrecían sus rehenes. Xenofonte dijo á Seutes que le parecía que estaban alojados en ruin lugar y muy cerca de los enemigos, y que sería mejor aposentarse en lugares fuertes que no estrechos, para venir á peligrar. Mas Seutes le respondió que no cuidase dello, y tuviese buen ánimo, mostrándole juntamente con esto los rehenes que allí había presentes.

Algunos de los Traces que habían descendido de los montes rogaban á Xenofonte les ayudase y favoreciese con Seutes para la conclusión de las treguas. Y él prometió de hacerlo así, diciéndoles que tuviesen confianza y asegurándoles que no les vendría mal ninguno si se entregaban á Seutes. Pero éstos, según parece, antes venían á espíar, que á otra cosa.

Esto era lo que se hacía de día; pero en la noche inmediata salieron los Tynos de los montes, y acometieron de improviso los nuestros, trayendo por guías los dueños de cada casa; que de otra manera fuera

muy difícil hallar las casas, por la grande obscuridad; y porque todas estaban cercadas de baluartes, por causa del ganado.

Cuando llegaron á las puertas de las casas, los unos comenzaron á tirar dardos, y los otros tiros con amientos, para cortar los hastiles de las lanzas: otros lanzaban fuego; llamando á Xenofonte por su nombre que saliese fuera, le amenazaban de matarle y quemarle vivo, si le tomasen.

Ya el fuego andaba por encima de los techos, cuando Xenofonte y los que dentro estaban se vistieron sus lorigas, y pusieron las celadas en la cabeza, y Silano Macestio, mancebo de hasta diez y ocho años, tocó al arma con la trompeta, y luégo todos los Griegos salieron de sus estancias y acorrieron con las espadas sacadas.

Mas los Traces, cuando los vieron venir tan denodados no osaron esperar, sino luego huyeron, poniendo los escudos á las espaldas, como tienen de costumbre. Algunos dellos, que habían pasado los baluartes, fueron presos: otros quedaron en ellos asidos de los lazos de los escudos: otros fueron muertos, porque no acertaban el camino para salir. Los Griegos iban en su alcance fuera del lugar.

Algunos de los Tynos revolvieron sobre ellos, y por la obscuridad vinieron á dar sobre aquellos que habían acorrido á la lumbre de una casa que se ardía, é hirieron malamente á Hieronymo, á Enodio y á Teagenes Locro, capitanes, aunque ninguno dellos murió; y fué quemado el bagaje y ropa de algunos de los nuestros.

Seutes vino luégo á socorrer con hasta siete de caballo los primeros que halló, llevando consigo un trompeta tracio; y como llegó á vista de los Griegos, tocaron las trompetas, lo cual puso gran espanto á

los enemigos. Cuando Seutes vino donde estaban los Griegos los saludó, y les dijo que había pensado de hallar muchos dellos muertos.

Xenofonte le rogó que le entregase á él en guarda los rehenes, y que si quería, que fuesen juntamente á hacer guerra á los que estaban en los montes; si no, que le dejase á él solo aquel cargo. El día siguiente Seutes entregó los rehenes, que, según dicen, eran los más ancianos y los más principales de aquellas montañas, y él salió con toda su hueste, que ya tenía Seutes tres doblado ejército que de antes, porque muchos de los Odrysios, por oídas de su fama, se habían pasado á él, para ayudarle en aquellas guerras.

Los Tynos, cuando vieron desde los montes tantos soldados de armas gruesas, tanta gente de escudos, y tantos de caballos, descendieron á lo llano, y suplicaron á Seutes por la paz, prometiendo que harían cuanto les fuese mandado, y ofreciendo para ello sus rehenes. Seutes mandó llamar á Xenofonte, y le declaró lo que aquellos Tynos querían; y le dijo, que si á él le parecía, no haría treguas con ellos, antes que vengase la injuria del desacato pasado.

Mas Xenofonte le respondió: «Yo pienso ser pena bastante para éstos, si los que de antes eran libres, ahora se vean siervos; empero yo te aconsejo que tomes por rehenes de aquí adelante los que dellos son más poderosos para hacer mal, como son los mancebos, y que á los viejos los dejes estar descansando en su casa.» Lo cual todo prometieron los Tynos de cumplir enteramente como les fuese ordenado.

CAPÍTULO V.

Partidos de aquí, pasaron á los Traces, que habitan sobre Byzancio en un lugar llamado Delta, que no era del señorío de Mesades, sino de un rey antiguo de los Odrysios, llamado Teres. En este medio llegó Heraclides con el precio que había habido de los despojos que vendió en Perintio, y Seutes sacó dello tres yuntas de mulas, que no había más, y algunas yuntas de bueyes, y llamó á Xenofonte, y rogóle que lo tomase; y que todo lo demás repartiese á los coroneles y capitanes.

Xenofonte le respondió: «A mí me basta por ahora lo que tengo, otra vez lo recibiré de tí; dalos si quieres á estos coroneles y capitanes mis compañeros que nos han seguido.» Así, el coronel Timasión Dardanio recibió una yunta, y el coronel Orconio otra, y Frinisco Acheo otra. Las yuntas de bueyes repartió entre los capitanes.

Y habiendo pasado ya un mes entero que se debía la paga á los soldados, no dieron la paga de más de veinte días; porque Heraclides decía que no había sacado más de los despojos que había vendido. Entonces Xenofonte muy sañudo le dijo: «Paréceme, Heraclides, que miras poco por la honra de Seutes tu señor, porque habías tú de procurar de traer el sueldo entero, aunque lo supieras tomar á logro; y si no pudieras de otro modo, vendieras tus propios vestidos.»

Desto Heraclides tomó gran pesar en su corazón, temiendo caer de su estado y perder la reputación que tenía con Seutes; y desde aquel día procuraba de

revolver á Xenofonte con Seutes en cuanto podía. Los soldados culpaban á Xenofonte porque no les daban sus pagas; y Seutes recibía pesadumbre con él, porque le importunaba sobre ello, y porque le traía á la memoria la promesa que le había hecho, que cuando llegasen á la mar le daría los lugares de Bisante y Ganón y Castro-Nuevo, y ya no se le acordaba de nada. Heraclides, por calumniar á Xenofonte, decía á Seutes que no era cosa segura entregar los lugares fuertes en poder de hombre que tuviese gran ejército.

Lo cual todo dió causa á Xenofonte de pensar si le convendría adelante perseverar en aquella guerra: Heraclides, metiendo los otros coroneles á Seutes, amonestábales que dijesen que ellos guiarían el ejército de ahí adelante tan bien como Xenofonte, prometiéndoles que dentro de pocos días les daría el sueldo para más de dos meses si quisiesen quedar en la guerra juntamente con él.

Entonces se levantó Timasión el primero de todos, y dijo: «Yo ciertamente, ni aunque me diesen sueldo para cinco meses, no sabría hacer la guerra sin Xenofonte.» Lo mismo afirmaron Frinisco y Cleanor. Entonces Seutes maltrató de palabra á Heraclides, porque no había llamado también á Xenofonte, y le mandó llamar á él solo.

Xenofonte, entendiendo la malicia de Heraclides, que procuraba de revolverle con los otros coroneles, entró á Seutes, trayendo consigo todos los coroneles y capitanes del ejército; y cuando hubo persuadido á todos que perseverasen en aquella guerra con Seutes, levantó su Real, y dejando á la mano derecha el Ponto, por medio de los Traces llamados Melinofagos (1) vinieron á Salmideso.

---

(1) Melinofagos son gente que viven y se mantienen de panizo.

Aquí el mar es peligroso, y se pierden en él muchas naos por causa de los bancos y marea della. Y los Traces que allí moran toman las mercaderías dellas, y las reparten entre sí por suertes, según le cabe á cada uno en su término; habiendo puesto de trecho á trecho sus mojones. Porque antes que hiciesen esto tenían entre sí muy grandes discordias, y había muchas muertes sobre la repartición de lo que robaban.

Aquí hallaron muchos lechos y muchas arcas y muchos libros, y otras muchas cosas de aquellas que los navegantes suelen traer en sus bateles.

Conquistado este país, se partió el ejército. Ya Seutes tenía mayor ejército que los Griegos, porque muchos de los Odrysios habían descendido á él, y confiados de su fe y palabra, le ayudaban en la guerra. Tenían asentado su Real en los campos de Selimbria, que están cerca de cincuenta estadios de la mar.

Y nunca recibían paga de todo el sueldo que se les debía, y los soldados todos se enojaban con Xenofonte, porque no veían á Seutes tan familiar con él, como lo era de antes. Sino que muchas veces cuando le quería hablar Xenofonte para negociar, le respondía Seutes que no tenía espacio.

CAPÍTULO VI.

En este medio, que se pasaron cerca de dos meses, llegaron allí Carmino Lacedemonio, y Polinicio, que habían sido enviados de Timbrón con mensaje á los Griegos, que los Lacedemonios querían hacer guerra contra Tisafernes, y que Timbrón se había partido adelante con la armada por mar á comenzar la guerra,

y que tenían necesidad de aquel ejército de los Griegos, prometiendo que darían á cada soldado un darico (1) de sueldo cada mes, y á los capitanes paga doblada.

Sabido esto por Heraclides, aconsejó á Seutes que enviase aquel ejército á los Lacedemonios, «porque ellos, dice, le han menester, y tú no. Y dándosele ahora te lo agradecerán, y ellos no te pedirán más el sueldo, y se partirán de tu tierra, y te la dejarán libre.

Oído esto, Seutes mandó entrar los embajadores, y díjoles: que pues venían á buscar gente de guerra, que él les queria dar aquel ejercito, y ser amigo y compañero de los Lacedemonios. Y así los convidó á su posada, y los recibió magníficamente, sin llamar á Xenofonte, ni otro alguno de los coroneles griegos.

Pues como los embajadores lacedemonios le preguntasen qué hombre era Xenofonte, respondióles: que muy buen hombre, mas que era muy amigo de los soldados, y por eso menos provechoso para sí. «Veamos, dicen ellos: ¿ese hombre no manda y rige los otros?—Sí por cierto, respondió Heraclides.»

«Pues qué, replicaron los Lacedemonios, ¿es de temer que le tengamos por contrario, para sacar de aquí la gente?—Si vosotros, respondió Heraclides, ayuntáis los soldados, y les prometéis paga, sin hacer caso de Xenofonte, ellos se irán tras vosotros.—¿Cómo los podríamos ayuntar? dicen ellos.» Respondió Heraclides: «Mañana temprano yo os llevaré á ellos; y bien sé que luégo como os vean, se vendrán corriendo á vosotros de buena gana.»

Y en esto se les pasó aquel día. Venida la mañana, Seutes y Heraclides llevaron los embajadores lacedemonios al ejército, y estando todos ayuntados, los

(1) Darico, trece reales poco más ó menos.

embajadores les dijeron que los Lacedemonios querían hacer guerra á Tisafernes, de quien habían sido injuriados: «por tanto, si os quisiereis juntar con nosotros para vengaros de vuestro enemigo, á cada soldado se dará un darico de paga cada mes, y al capitán doblada paga, y al coronel tres doblada.»

Los soldados oyeron esta razón de buena gana, y luégo se levantó uno de los Arcadios y comenzó á acusar á Xenofonte. Estaba á la sazón presente Seutes, por ver en qué paraba aquel hecho, y cerca de donde lo podía oir todo con su intérprete, que se lo declaraba; aunque él también por uso entendía mucho de la lengua griega.

El Arcadio, pues, les habló desta manera: «Nosotros estuviéramos días ha con vosotros, Lacedemonios, si Xenofonte con sus persuasiones no nos hubiera traído aquí, donde hemos estado en guerra un invierno entero muy recio, sin descansar de noche ni de día: ahora él goza de nuestros trabajos, y Seutes le ha enriquecido, y á nosotros quita nuestro sueldo. Por tanto, yo el primero de todos digo que desearía verle apedreado, porque pagase la pena de su merecido, por habernos traído aquí; y con esto pensaría tener mi sueldo cumplido, y no me pesaría de los trabajos pasados.» Y tras éste se levantó otro, y luégo otro, que dijeron lo mismo.

Entonces Xenofonte, viendo que necesariamente le convenía disculparse, levantóse en pie, y hízoles este razonamiento: «Varones griegos (1), paréceme que no

(1) Oración de Xenofonte á los Griegos estando en gran peligro de la vida, en la cual les muestra cómo siempre ha procurado el bien de todos, y á cuántos peligros se ha puesto por ellos: y cómo por consejo y consentimiento de todos vino á ayudar á Seutes, porque de otra manera no pudiera tener provisiones y sueldo; de manera que si Seutes ha faltado la palabra, no es suya la culpa.

»hay cosa en el mundo de que el hombre no se deba »recelar y temer, pues yo soy culpado de vosotros en »aquello que manifiestamente muestra la buena vo»luntad que siempre tuve de aprovecharos. Yo vine »con vosotros aquí, dejando de ir á mi casa, donde »tenía gran deseo de tornar; no por cierto por el bien »que pensaba que me habiaís de hacer, sino porque »veía y sabía el peligro en que estabais, por ayudaros »y favoreceros en todo cuanto pudiese.

»Cuando Seutes, que aquí está presente, me en»vió sus mensajeros unos tras otros, prometiéndome »cuanto yo demandase, porque trabajase de llevaros »á él, nunca lo pudo acabar conmigo, como vosotros »bien sabéis, antes os lleve á lugar de donde muy »presto y muy fácilmente pudieseis pasar en Asia; »porque esto tenía por mejor, y vosotros también lo »queríais.

»Mas después que Aristarco vino con las galeras y »nos vedó la pasada, yo me remití á vuestro parecer, »como era razón, para que tomásemos consejo sobre »lo que nos convenía hacer. Pues veamos: ¿vosotros »cuando oisteis que Aristarco os mandaba ir á Cher»soneso, y que Seutes os convidaba para ayudarle en »la guerra, todos nos dijisteis que queríais ir á Seu»tes? ¿todos nos disteis vuestros votos para ello?

»Luego decidme: ¿qué injuria os hice yo en lleva»ros adonde vosotros queríais y pedíais? Cuando Seu»tes comenzó á faltar en las pagas del sueldo, si yo »le loara y aprobara por ello, tuvierais gran razón de »culparme, y aun de aborrecerme; pero si por esto »sólo estoy más diferente dél que todos los hombres »del mundo, siendo antes su muy grande amigo, »¿qué causa tenéis de quejaros de mí, pues quiero ser »antes con vosotros que con él?

»Decidme, ¿por ventura os he querido quitar yo

»el sueldo que os da Seutes? no por cierto. Porque si »me diera alguna paga Seutes á mí, no la diera para »perder aquella, y daros después también otra paga »á vosotros; sino que antes pienso que si me la diera, »por esto sólo me la diera, para que dándome á mí lo »menos, no diera á vosotros lo más. Pues si así lo pen»sáis, la misma cosa nos puede fácilmente redargüir »de falsos á mí ó á vosotros, si ahora pedís el sueldo á »Seutes.

»Porque cierto está que si yo recibí algo de Seutes, »que me lo tornara á pedir con justicia, si no cumplo »aquello por lo que él me lo diera. Pero muy lejos está »de mí querer yo tomar lo que es vuestro; antes juro »por todos los Dioses y las Diosas, que ni aun lo que »particularmente me prometió á mí Seutes tengo re»cibido; si no, él está presente, que ve, y oye, y sabe, »y me puede acusar de perjuro, si miento.

»Y porque más os maravilléis, torno á jurar que no »he recibido lo que los otros coroneles, ni aun por »cierto cuanto algunos de los capitanes. Y esto hice, »pensando que cuanto más esperase á Seutes en su po»breza, y cuando no tenía, tanto mejor lo haría con»migo en la prosperidad, y cuando pudiese; mas aho»ra que se ve próspero y bien afortunado veo que no »se acuerda de agradecérmelo.

»Por ventura, me dirá alguno: ¿cómo no tienes ver»güenza de haber sido tan claramente burlado? Yo »por cierto (1) tendría vergüenza de ser así engañado »de mi enemigo; pero siendo mi amigo, paréceme »mayor vergüenza engañar, que ser engañado. Por»que si alguna guarda se ha de poner con el amigo, »bien sé que toda la hemos puesto; pues nunca le »dimos ocasión justa para que dejase de pagarnos

(1) Responde á lo que le podrán oponer acusando su descuido.

»lo que primero nos prometió. Porque nunca le hici-
»mos injuria ni daño alguno, ni mostramos cobardía
»en cosa alguna de aquellas en que nos quiso em-
»plear.

»Me diréis ahora vosotros: á lo menos, debieras to-
»mar rehenes y seguridad para que no pudiera enga-
»ñarnos, aunque quisiera. A esto oidme ahora lo que
»yo no dijera jamás en contrario, si no me parecie-
»rais desconocidos é ingratos: acordaos de los traba-
»jos y peligros en que estabais cuando yo os saqué
»para llevaros á Seutes. Queriendo entrar en la ciu-
»dad de Perinto, como sabéis, Aristarco Lacedemo-
»nio no os dejó entrar, sino que cerró las puertas, y
»nos hizo alojar de fuera al sereno en medio del in-
»vierno, sin darnos mercado franco, ni tener pro-
»visiones que poder comprar, sino muy pocas y muy
»caras.

»De manera que de necesidad habíamos de quedar
»en Tracia, porque las galeras que andaban cosarias
»nos vedaban la pasada: pues si asentáramos en tierra
»de enemigos, donde había muchos de caballo de los
»contrarios y mucha gente de escudos, sin que nos-
»otros tuviésemos otra gente de guerra sino los sol-
»dados de armas gruesas: ya que todos fuéramos de
»tropel sobre los lugares, ya que por ventura pudié-
»ramos tomar mantenimientos, no fueran en abun-
»dancia; porque no teniendo yo de vosotros ni caba-
»llos ni gente de escudos, mal podía ir en el alcance,
»para prender cautivos ó tomar algún ganado.

»Luego estando nosotros en tan gran necesidad, y
»no teniendo á quien pedir sueldo, si os dí por amigo
»y compañero á Seutes, que tenía la gente de caballo
»y de escudos que habíais menester, ¿os parece que
»miraba mal por vosotros? Pues que con su compañía
»habéis hallado mantenimientos en abundancia en

»los lugares que desampararon los Traces por huir »de presto, y tuvisteis parte en el ganado y en los »cautivos.

»Y ninguno de los enemigos se nos osó parar de»lante después que tuvimos gente de caballo, como »de antes que con sus caballos y gente de escudos »nos perseguían cruelmente los enemigos, y nos es»torbaban de tomar las provisiones necesarias, siendo »pocos, como éramos, y esparcidos.

»Pues si al que os dió esta seguridad, porque junta»mente con ella no os dió muy gran sueldo, pensáis »que os ha hecho mucho mal, y le acusáis de muerte, »considerad ahora cómo pudierais pasar el invierno, »si no tuvierais abundancia de todas provisiones; y »que fué como sin pensarlo todo lo que recibisteis de »Seutes. Porque lo que tomasteis de los enemigos ya »lo habíais todo gastado; y en todo este tiempo no »habéis visto muerto ninguno de los vuestros, ni per»dido vivo.

»Pues si alguna buena hazaña hicisteis en Asia »entre los Bárbaros, quedando la fama de aquélla »sana y entera, le añadís ahora otra nueva gloria, »siendo vencidos en Europa los Traces, contra quien »teniais guerra. Yo os digo de veras, que por aquello »que ahora vosotros estáis enojados conmigo, por eso »mismo espero haber gracias y mercedes de Dios, »que sabe y entiende el bien que por mi causa tenéis. »Y esto baste para lo que á vosotros toca.

»Cuanto á lo que á mí conviene (1), por Dios os rue»go que consideréis bien la cosa como va. Yo, si me »tornara luégo al principio á mi casa, llevara conmi-

(1) Póneles delante lo mucho que ha perdido, con cuántos se ha enemistado, y en cuántos peligros ha caído sólo por procurar lo que les conviene.

»go muy gran honra de vosotros, y también por vos»otros ganara fama y gloria entre los Griegos, y co»brara crédito de los Lacedemonios, cuando me tor»naran á enviar á vosotros.

»Ahora yo voy á los Lacedemonios, acerca de los »cuales por vuestra causa soy calumniado: me he ene»mistado por vosotros con Seutes, de quien yo espe»raba que por mis merecimientos y los vuestros me »daría el galardón á mí ó á mis hijos, si la ocasión se »ofreciese; y vosotros, por cuya causa soy aborrecido »de muchos y más poderosos que yo, porque nunca »ceso ni cesaré jamás de entender en procurar vues»tro bien, tenéis esa mala voluntad que mostráis »conmigo.

»Veisme aquí (1), prendedme si quisiereis, que ni »huiré ni pondré excusas; pero si hacéis lo que decís, »sabed que mataréis un hombre que se ha desvelado »mucho por vosotros; que ha trabajado mucho por »vosotros, y se ha puesto á todo peligro, no sólo por lo »que á su persona toca, sino también haciendo las »veces de otros; y que con el favor de Dios y vuestra »ayuda venció muchas batallas de los Bárbaros, y »salió victorioso y triunfante juntamente con vos»otros; y que en cuanto pudo procuró siempre que no »encontráseis con ninguno de los Griegos de vuestra »nación.

»Ahora ya os será lícito sin temor ir donde quisie»reis por mar y por tierra, pues tenéis facultad de na»vegar para donde antes deseabais, y los más pode»rosos y principales os han menester: el sueldo se os »está aparejado; y los Lacedemonios vienen á ser vues-

(1) Muéveles á misericordia, poniendo lo mucho que por ellos ha hecho, y que matándole serán culpados de Dios y de los hombres, pues matan á quien les ha hecho bien.

»tros caudillos, que son tenidos por los mejores y más »esforzados de todos los Griegos. Ahora es tiempo, si »os parece, para que me matéis cuanto antes, no »cuando estabais en los trabajos y fatigas; que bien »se os acordará, pues tenéis tan buena memoria, que »me llamabais padre, y me prometíais de acordaros »siempre de mí como de bienhechor. Pues no son »tan necios, según pienso, los que ahora han venido »á vosotros, ni les pareceréis mejores porque os mos»tréis tales conmigo.»

Cuando Xenefonte acabó su razonamiento, levantóse Carmino Lacedemonio, y díjoles: «Paréceme que no tenéis razón de enojaros con este hombre, porque yo puedo dar testimonio dél: que preguntando yo y Polynices á Seutes qué hombre era Xenofonte, respondió que no tenía otra tacha sino ser demasiadamente amigo de los soldados, y que por eso era menos provechoso para nosotros los Lacedemonios y para él.»

Tras él se levantó Euryloco Lusiates Arcadio, y dijo: «Pareceme, Lacedemonios, que no debemos partirnos con vosotros á la guerra, antes que Seutes nos pague el sueldo que nos debe, si quiere, de su agrado, si no, por fuerza.»

Y luégo también se levantó Polycrates Ateniense, y hablando en favor de Xenofonte, dijo: «Varones griegos, yo veo aquí presente á Heraclides, que recibió los dineros sacados de lo que nosotros trabajamos, y los dejó de dar á Seutes que nos los debía, y nos los quitó á nosotros: pues, si somos cuerdos, prendámosle; porque no es Tracio de nación, sino Griego, que ha hecho cuanto mal y daño ha podido á los Griegos.»

Oyendo esto Heraclides, temió en gran manera, y llegándose á Seutes, le dijo: «Si tú me crees, salgamos presto de poder destos;» y subiendo en sus caba-

llos, se tornaron para su Real, de donde Seutes envió luégo á Ebozelmio su intérprete á Xenofonte, rogándole que se quisiese quedar con él con hasta mil soldados de armas gruesas; y que le ofrecía de dar los lugares marítimos, y todo lo demás que le había prometido; y en secreto le mandó decir que había oído de Polynices que si se pasaba á los Lacedeminios, sin falta sería muerto de Timbrón.

Eso mismo le enviaron á decir otros muchos sus amigos á Xenofonte, amonestándole que se guardase, porque le habían malquistado. Oyendo esto Xenofonte, hizo sus sacrificios al gran Júpiter, para saber si le sería mejor quedar con Seutes con las condiciones que le ofrecía, ó partirse con el ejército; mas fuéle revelado por el Oráculo que se debia partir en todo caso.

CAPÍTULO VII.

Después de esto levantó Seutes su campamento, retirándose tierra adentro, y los Griegos se alojaron en los lugares comarcanos, donde pudiesen haber mantenimientos en abundancia, con propósito de descender desde allí á la mar. Estos lugares eran de Medosades, que se los había dado Seutes. Al ver Medosades que los Griegos le gastaban y destruían la tierra, pesábale en gran manera; y tomando consigo uno de los más principales de los Odrysios que allí habían venido con hasta cincuenta de caballo, fuése para Xenofonte, y mandó que se le llamasen del ejército de los Griegos. Y Xenofonte, con algunos capitanes sus ami-

gos, y otros que le parecieron aparejados para ello, le salió á recibir.

Entonces Medosades le dijo: «Mira, Xenofonte, nos hacéis muy gran injuria los Griegos en destruirnos nuestros lugares, pues yo os digo de parte de Seutes, y este varón que está aquí presente conmigo de parte de Medoco, rey de la Tracia superior, que os partáis muy de presto de aquí; y si no lo hacéis, no sufriremos que hagáis mal en nuestra tierra, sino que nos vengaremos de vosotros como de enemigos.»

Oída Xenofonte su razón, le dijo: «Difícil cosa (1) me »parece responderte á lo que dices; mas por causa de »este mancebo que aquí está presente, quiero hablar, »para que sepáis quién sois vosotros, y quién somos »nosotros. Nosotros antes que fuésemos vuestros ami»gos andábamos por esta tierra á cualquier parte ro»bando y quemando lo que queríamos: y tú cada y »cuando que venías á nosotros por embajador fuiste »bien recibido y hospedado, sin temer ninguno de tus »enemigos. Vosotros nunca veníais á esta tierra, y »cuando venisteis, os quedabais á dormir con sobre»salto entre los que más poder tenían con vuestros »caballos enfrenados.

»Después que os hicisteis nuestros amigos, y por »nosotros tenéis esta tierra, nos queréis echar ahora »della, teniendola ganada por nuestras fuerzas, que, »como tú sabes, ni los enemigos eran bastantes para »echarnos della. ¿Qué dadivas ó mercedes esperare»mos de tí por el bien que te hemos hecho, pues nos »despides tan mal de la tierra, que ni aposentarnos »en ella premitirías, si fuese en tu poder?

»Y cuando esto dices, ni tienes temor á Dios, ni ver»güenza de este hombre que ahora te ve rico, y antes

(1) Razonamiento de Xenofonte contra los ingratos.

»que vinieses á nuestra amistad sabía que pasabas la »vida con solos robos y saltos, según tú mismo dijiste. »¿Mas para qué me decís á mí esto, pues yo no mando »ya más, y no lo dices á los Lacedemonios, á quienes »habéis ya entregado el ejército sin llamarme ni ha»cer caso de mí? para que como entonces gané su »odio y enemistad cuando traje el ejército á vosotros, »así ahora ganase su gracia y amistad dándosele á »ellos.»

Cuando el mancebo Odrysio, que presente estaba, oyó esto, le dijo: «Mira, Medosades, yo me querría sumir debajo de tierra oyendo esto, porque las haces se me caen de vergüenza; y por cierto que si lo supiera primero, que nunca hubiera venido contigo. Y por eso sólo ahora me parto de tí, porque el rey Medoco mi señor no me lo tendrá á bien, si sabe que yo alanzo de su tierra hombres tan buenos y que merecen toda honra.» Y diciendo esto, subió á caballo y se fué, y con él todos los otros de caballo que con él habían venido, excepto cuatro ó cinco que se quedaron.

Pues como Medosades sintiese gran pesar de ver destruir la tierra de los Griegos, rogó á Xenofonte que llamase á consejo los embajadores de los Lacedemonios, que á la sazón allí estaban. Y Xenofonte, tomando consigo los más aparejados de los suyos, se vino para Carmino y Polynices; y díjoles que Medosades los llamaba «para mandaros lo que á mí, que es que nos partamos de su tierra.

»Pues yo pienso que por vuestra causa cobrará el ejército de los Griegos el sueldo que les es debido, si le decís que los Griegos os han rogado les favorezcáis para cobrar sueldo de Seutes de su voluntad, ó contra su grado; y que habiendo alcanzado esto ellos están prestos y aparejados de irse, y seguiros. Y que porque os parece que piden lo justo, les habéis prome-

tido de no partiros de aquí, hasta tanto que los soldados hayan alcanzado su derecho.»

Oído esto, los Lacedomonios respondieron que lo dirían así, y harían todo lo demás que pudiesen y les cumpliese. Y luégo se partió para Medosades con gente bien aderezada; y venidos que fueron ante él, Carmino el primero le comenzó á hablar desta manera: Vesnos aquí, Medosades; venimos, si tienes algo que decirnos; y si no, sábete que nosotros tenemos bien que hacer contigo.

Entonces Medosades con voz muy baja les dijo: «Yo y Seutes os rogamos que, pues os tenemos por nuestros amigos, no recibamos mal ni daño de vosotros, porque todo el mal que hacéis á los desta tierra, pensad que lo hacéis á nosotros, pues son nuestros. A esto le respondieron los Lacedemonios: «Nosotros nos partiremos de aquí cuando tuvieren su sueldo aquellos por quién habéis ganado la tierra; y si no, venimos para ayudarles y favorecerles, y castigar aquellos que los han injuriado, traspasando su juramento contra Dios y conciencia. Por tanto, si vosotros sois dellos, de vosotros mismos los primeros comenzaremos á tomar nuestro derecho.»

Añadió Xenofonte á esta razón: «Dime, Medosades, ¿seréis contentos que estos de la tierra, pues decís son vuestros amigos, en cuya tierra estamos, determinen por su voto quiénes saldrán más presto de la tierra, vosotros ó nosotros?» A esto Medosades le respondió que nó, que antes quería que los Lacedemonios se viniesen con él á Seutes, para tratar del sueldo, y pensaba que Seutes los oiría. Y si no, que enviasen con él á Xenofonte, y que él prometía de ayudarle á negociar. Y entre tanto les rogaba que no quemasen los lugares.

Así que fué enviado Xenofonte, y con él los más

aparejados que para esto había; y venido que fué ante Seutes, le dijo este razonamiento: «Vesme (1) aquí vengo, Seutes, ante tu presencia, no para pedirte na»da, sino para enseñarte en cuanto pudiere que sin »razón estás enojado conmigo porque te pido lo de »los soldados, que tú les prometiste de tu grado; y »pienso ciertamente que no menos te cumple á tí dár»selo que á ellos recibirlo.

»Porque primeramente bien sé que, después de »Dios, ellos te pusieron en el estado en que estás, pues »te hicieron rey de muchas tierras, y señor de muchos »vasallos; por donde no puede ser escondido lo bue»no ó malo que hicieres. Pues siendo así, pienso que »á un tal hombre como tú eres, le conviene en gran »manera no parecer que envía sin galardón hombres »que tan bien se lo han merecido. Por gran cosa has »de tener oir que digan bien de tí, y ser loado por »boca de seis mil hombres; y por mayor, no perder »crédito en lo que dices.

»Porque veo que las palabras de los hombres incons»tantes y sin fe se tienen por vanas, livianas, erra»das, sin honra ni peso; y por el contrario los que »manifiestamente usan y ejercitan la verdad: las pa»labras déstos, cuando algo ruegan, son de más efica»cia que la fuerza de otros; y los tales cuando quieren »correr alguno, sé que aprovechan más sus amenazas »para ello, que los castigos de los otros. Y finalmente, »que los tales, si algo prometen, más hacen que los »otros en darlo luego.

---

(1) Oración de Xenofonte al rey Seutes, donde le muestra Xenofonte á Seutes cuánto le convenga pagar el sueldo á los soldados, pues tan justamente se lo debe; y dale á entender cuán gran mal es la ingratitud. Está llena esta oración de sentencias y buenos dichos.

»Acuérdate, Seutes, que cuando nos tomaste por tus »compañeros de guerra ninguna cosa nos diste ade- »lantado, sino que con sola tu fe y crédito de hacer »verdad lo que decías, moviste tantos hombres como »ves, para que hiciesen guerra por tí, y te ganasen »este señorío, que vale infinito más que los cincuenta »talentos (1) del sueldo debido que te piden.

»Veamos, ¿no aseguras el crédito, y comprar el »reino ganado con solos estos dineros? Acuérdate bien »cuánto estimaras de antes haber alcanzado lo que »ahora tienes. Yo ciertamente bien sé que tú desearas »más entonces ver hecho lo que ahora ves acabado por »nuestras manos que todos estos dineros, aunque fue- »ran en suma infinita multiplicados.

»Por tanto, á mí mayor daño y vergüenza me pa- »recería no conservar lo que ahora tienes, que si no lo »hubieras ganado entonces; cuanto es más duro de »rico venir á pobre, que no haber sido pobre de princi- »pio; y cuanto es más amargo venir de rey á ser pri- »vado, que no de principio no haber reinado. También »has de saber que los súbditos que ahora tienes no los »ganaste por gracia y amistad, sino que por fuerza y »por necesidad los constreñiste que te obedeciesen; y »que procuraran de nuevo ser libres, si no vieran á »quien tener miedo.

»¿Pues cómo crees que éstos te temerán, y harán lo »que deben contigo? Por ventura viendo estos solda- »dos tan aficionados á tí, que si les mandas quedar »ahora, lo harán; y si les mandas tornar de presto, »también: y oyéndolos decir en todas partes, que por

(1) Aunque hay diversidad de talentos, de creer es que éste sería el arico, por ser Griegos, el cual vale 16 sextercios, y cada sextercio vale 8.500 maravedís: de manera que 16 sextercios valen 128.000 maravedís; y éstos, multiplicados por 50, que son los talentos que se debían á los soldados, salen 6.400.000.

»el bien que les has hecho vendrán de buena gana »donde quiera que los llamares, ó por el contrario pen- »sando que los otros no vendrán á ayudarte por la per- »fidia y crueldad que con éstos has usado, y que que- »rrán ser más amigos de sí mismos que no de tí.

»Ni pienses que los contrarios fueron vencidos y »sujetados á tí por ser menos que nosotros en núme- »ro, sino por falta que tuvieron de caudillos. Pues »ahora (1) hay peligro no tomen por capitanes algu- »nos destos que piensan ser injuriados de tí, ó otros »mejores, como los mismos Lacedemonios, á los cuales »si prometen los soldados de servirles en la guerra, »con tal condición que les favorezcan para cobrar de »tí el sueldo que les debes, cierto es que, pues los La- »cedemonios los han menester ahora para la guerra »más que nunca, de necesidad tomarán sobre sí este »cargo.

»Ya pues los Traces que al presente tienes sujetos, »manifiesto es que serán de mejor gana contra tí que »contigo; porque siendo tú vencedor tienen servidum- »bre, y siendo tú vencido están en libertad. Pues si »quieres mirar por el bien de esta tierra como tuya, »¿cómo piensas que estará más libre de males: si estos »soldados recibieren sueldo, por el cual se quejan de »tí, y se partieren en paz, ó si quieren quedarse aquí »como en tierra de enemigos robando y destruyendo; »y tú hayas de buscar más gente para hacer guerra »contra ellos, que también habrán menester manteni- »mientos y provisiones como éstos?

»¿O cómo piensas que se gastarán más dineros, si »quedándote con la deuda que debes á éstos hubieres »menester coger por sueldo otros muchos más solda-

(1) Los provechos que se siguen del agradecimiento de dar sueldo á los Griegos, y el daño de ser ingrato.

»dos, ó si tan solamente les pagares el sueldo debido? »Por ventura me dirás que le parece á Heraclides muy »gran suma esta que se debe. Por cierto que debe pa»recer diez partes menos para darla ó recibirla, que la »que tú tenías y poseías antes que á tí viniésemos; »porque no se ha de determinar y medir lo poco ó mu»cho por el número, sino por el poder y facultad »del que lo da ó recibe. Allende de eso, tú ahora »tienes más renta cada año que tenías antes de ha»cienda.

»Por tanto, Seutes, yo te amonesto como verdadero »amigo, te quieras mostrar digno de los beneficios que »Dios te ha dado, y no pague yo por tí la pena á los »del ejército: porque, según están ahora todos conmi»go, ni podria hacer mal á ningún enemigo con ellos, »ni tampoco sería bastante para poderte ayudar otra »vez, aunque quisiese.

»Y para esto tomo por testigo á tí y á Dios, que lo »sabe y ve todo, que ni yo jamás recibí de tí nada por »los soldados, ni te pedí para mí lo que á ellos parti»cularmente debías, ni aun lo que á mí mismo me pro»metiste aparte. Y también te juro que aunque me lo »dieses no lo recibiría, si los soldados no recibiesen »primero lo que se les debe: que muy gran vergüenza »me sería hacer yo mi negocio propio y dejar de fuera »el de aquellos que me han puesto en todo el bien y »honra que tengo.

»Mas á Heraclides todo le parece vanidad, sino ad»quirir dineros por cualquier vía y manera que sea. »Yo, Seutes, verdaderamente pienso que al hombre, »y principalmente al príncipe, no hay mejor ni más »rica posesión que la virtud (1), la justicia y la gene»rosidad: y el que éstas posee es rico por los muchos

(1) La virtud y la justicia conservan al príncipe en su Estado.

»amigos que tiene, y rico por los que lo desean ser: y »en la prosperidad tiene quien se goce con él; y en la »adversidad no le falta quien le ayude.

»Pues si en mis obras no ves que soy amigo de co»razón, ni lo puedes conocer en mis razones, piensa y »nota las palabras de los soldados, pues estuviste pre»sente, y oías decir á los que me querían reprender »y me acusaban cerca de los Lacedemonios que te »estimaba en más á tí que no á los Lacedemonios, y »me culpaban porque antes miraba por tus cosas que »por las suyas dellos; y decían que había recibido de tí »dádivas. ¿Pues qué dádivas piensas que eran éstas? »¿Por ventura acusábanme porque veían la mala in»tención que te mostraba, sino antes porque paraban »mientes en la buena voluntad que te tenía?

»Yo ciertamente pienso que todos los hombres »muestran buena voluntad á aquel de quien reciben »dádivas y beneficios. Tú, antes que te comenzase á »servir en nada, me recibiste humanamente y con »rostro alegre, y la voz apacible y otras caricias, no »hartándote de prometerme todo lo que tenías. Des»pués que alcanzaste lo que querías, y haciendo yo »por tí lo que pude, por mi causa veniste á ser gran »señor, ¿cómo puedes sufrirte de verme deshonrado »y menospreciado entre mis soldados?

»Pero yo confío que el tiempo te ha de enseñar que »te es muy conveniente pagar lo que debes, y no »querrás permitir se quejen de tí hombres que tanto »bien te han hecho; y así te ruego que cuando hubie»res satisfecho me tornes en gracia con ellos y en el »estado que me recibiste.»

Cuando Seutes hubo oído este razonamiento de Xenofonte, comenzó á maldecir al primero que había sido causa que no pagase el sueldo á los Griegos, y todos sospechaban que entendía por Heraclides. «Yo,

dice, nunca pensé quitar lo suyo á los soldados: antes se lo quiero pagar ahora.»

Entonces replicó Xenofonte. «Pues si lo quieres pagar, yo te ruego que se lo des por mi mano, y no permitas que yo esté en desconformidad con los del ejército, sino que me restituyas en mi honra, y me tornes en la gracia que tenía con ellos antes que viniese á tí; pues todo lo he perdido por tu causa.» A esto dijo Seutes: «Por cierto que por mí no serás menos honrado entre ellos, y si quisieres quedarte conmigo con hasta mil hombres destos de armas gruesas, yo te daré los lugares y todo lo demás que te prometí.»

Respondió Xenofonte, que no era posible en ninguna manera, sino que antes los enviase. Otra vez le tornó á decir Seutes: «Mira bien lo que haces, Xenofonte, porque yo sé bien, que te será más segura la quedada conmigo, que la partida.—Así lo confieso, dice Xenofonte, y yo loo y apruebo tu parecer, como es razón; pero no puedo quedar por ninguna vía; mas donde quiera que yo estuviere con honra, ten por cierto que será para tu bien y provecho.»

Entonces dijo Seutes: «Yo no tengo sino pocos dineros al presente; destos toma un talento y seiscientos bueyes, y cuatro mil ovejas, y ciento y veinte esclavos: toma esto, y más recibe por rehenes todos aquellos que te injuriaron, y véte en buen hora.»

«Y si todo esto no basta, replicó Xenofonte sonriéndose, para pagar el sueldo, ¿por qué causa diré que me has dado este talento? que pues yo tengo peligro si me parto de tí, mejor será guardarme de ser apedreado, pues ya oiste las amenazas.» Y así pasaron aquella noche.

El día siguiente les dió Seutes todo lo que les había prometido, y envió también ministros que lo llevasen y condujesen. En este medio los soldados platicaban

entre sí que Xenofonte se había partido para quedarse á morar con Seutes y recibir dél lo que le había prometido. Mas cuando le vieron tornar, alegráronse, y salieron corriendo todos á recibirlo.

Luego como Xenofonte vió á Carmino y á Polynices, les dijo: «Esto que traigo se hubo por vuestra causa para el ejército: yo os lo entrego, tomadlo, y repartidlo entre los soldados.» Ellos lo recibieron, y mandaron á los vendedores de los despojos que lo vendiesen: los cuales lo vendieron por sus cabales, aunque no faltó quien les calumniase que habían hecho ruindad en el precio.

Xenofonte no se quiso entremeter en esto, sino que claramente mostraba que no entendía en otra cosa sino en aparejarse para tornarse á su casa. Porque no sabía aún entonces que los de Atenas hubiesen votado en su destierro. Pero los más principales del ejército vinieron á él y le rogaron que no se apartase dellos antes que entregase el ejército á Timbrón, capitán de los Lacedemonios.

CAPITULO VIII.

Así que partidos de aquí, navegaron derecho á la ciudad de Lampsaco, donde Euclides Fliasio el adivino, hijo de aquel Cleagoras que pintó en el Lyceo (1) de Atenas los sueños, salió á recibir á Xenofonte; y después que le hubo saludado y dado la enhorabuena de su llegada en salvo, le preguntó cuánto oro traía

(1) Lyceo era un lugar en Atenas donde enseñó Aristóteles, como Academia donde leía Platón.

de lo que había ganado en la guerra. Y Xenofonte le juró que aun no tenía dinero que bastase para la provisión del camino hasta su casa, si no vendía el caballo y toda la ropa que traía acuestas. Mas Euclides no se lo creyó.

Después los Lampsacenos enviaron sus presentes á Xenofonte, y él mismo hizo sus sacrificios á Apolo, tomando consigo á Euclides que se hallase presente á ellos; y al ver Euclides las señales de los sacrificios, dijo: «Ahora creo, Xenofonte, que no tienes dinero, y sé bien que nunca te faltará estorbo para ello; que cuando no hubiese otro, tú mismo serías impedimento á tí mismo.» Xenofonte consintió con él en esto. Y Euclides le dijo, que por ventura se lo estorbaba Júpiter el aplacable (1); y le preguntó si le había hecho sacrificios en algún tiempo, como yo, dice, he acostumbrado siempre de sacrificarle en mi casa quemando toda la víctima. Mas Xenofonte le respondió que nunca desde que había comenzado á peregrinar había sacrificado á aquel Dios. Por lo cual Euclides le aconsejó que de ahí adelante le hiciese sacrificios, y que le iría mejor.

El día siguiente Xenofonte junto á los muros de Ofrynio le sacrificó y ofreció un holocausto de puercos, á la costumbre de su patria, y mostráronse buenas señales en los sacrificios. El mismo día llegó Bitón, y con él Euclides, para dar dinero á los soldados, y convidaron á Xenofonte, y rescatáronle el caballo que había vendido por cincuenta daricos (2) en Lampsaco, sospechando que lo había hecho por necesidad (porque de otra manera siempre habían oído que es-

---

(1) *Júpiter el aplacable*: el texto dice *Júpiter Melichio*, que quiere decir: *benigno, afable*.

(2) Que serían sesenta y nueve ducados.

taba muy contento de aquel caballo), y no quisieron después recibir el precio del rescate.

Partidos de aquí los Griegos, continuaron su camino por tierra de Troya, y pasado el monte Ida, llegaron á Antandro primero, y desde allí por la ribera del mar de Lydia entraron en los campos de Tebas. De aquí por Atramytio y Certonio, no lejos de Atarne, pasaron á las llanuras del Caico, y vinieron á Pergamo, ciudad de Mysia. Aquí Xenofonte fué recibido muy bien en casa de Helada, mujer de Gongylo Eretriense, y madre de Gorgión y de Gongylo.

Esta le avisó que allí cerca en aquellos campos moraba en un castillo Asidates Persiano, al cual podía acometer de noche con compañía de solos trescientos hombres, y tomarle á él y á su mujer é hijos, y todos sus dineros; porque tenía muchos tesoros. Y para ello envió con él por guías á un sobrino suyo y á Dafnagoras, hombre de mucha estima.

Pues como Xenofonte tuviese allegada aquella compañía, hizo sus sacrificios, á los cuales se halló presente Agasias Eleo el adivino, que le manifestó cómo se le mostraban favorables, y que aquel hombre se podría tomar fácilmente. Cuando Xenofonte hubo cenado, se partió de allí, tomando consigo los capitanes sus amigos, y otros de quien él más se confiaba, á quien él quería hacer bien, y con ellos se entremetían por fuerza otros seiscientos soldados para ir en su compañía: mas los capitanes no los admitieron por no darles parte de la presa que ya pensaban tener en la mano.

Cerca de la media noche llegaron al castillo de Asidates, y le cercaron, donde los esclavos y todas las otras cosas que estaban de fuera se les escaparon y salvaron, porque todo su cuidado ponían en tomar á Asidates y sus tesoros. Comenzando á combatir una

torre del castillo, como no la pudiesen tomar, por ser muy alta y muy fuerte, y que tenía sus amparos y troneras y hombres de guerra que la defendían, todavía procuraron de minarla aquella noche, aunque tenía el muro de ella ocho ladrillos de ancho.

Al amanecer estaba ya la torre minada, y luégo que lo advirtieron los de adentro, uno de ellos hirió con un pasador á otro de los nuestros, que le salió al encuentro: los demás con flechas y saetas que tiraban á menudo, hicieron peligrosa la entrada; y con los alaridos que dieron, y los fuegos que hicieron, vinieron á socorrerlos Itabelio con todo su poder de gentes, algunos soldados de armas gruesas que estaban de guarnición en Comania, y hasta ochenta hombres de caballo Hyrcanios, que había tomado el Rey á su sueldo, y además otros ochocientos soldados armados con escudos. También acorrieron otros de Partenia, y otros de Apolonia, y de los lugares comarcanos de pie y de caballo.

Con este motivo los nuestros sólo pensaban en retirarse á su salvo. Así que, llevando en medio los bueyes y ovejas y cautivos que habían tomado, se tornaron con su escuadrón puesto en cuadro, no teniendo cuenta con los dineros de Asidates, sino á retirarse de manera que no pareciese que huían y que dejaban la presa, por donde los enemigos cobrasen ánimo y le perdiesen los de Xenofonte. Y retraíanse poco á poco, haciendo muestra de pelear sobre la presa.

Cuando Gongylo supo que los Griegos eran pocos, y los enemigos muchos que los seguían, por fuerza y contra voluntad de su madre salió con todo su poder, queriendo ser participante de alguna buena hazaña. Y también vino en su socorro, con gente de Elisarne y Teutrania, Procles, descendiente de Damarato.

Los de Xenofonte, viéndose fatigados de las saetas

y tiros de los enemigos, se pusieron en caracol, amparándose con los escudos de los tiros de los enemigos. Y así pasaron con gran pena el río Caico, heridos más de la mitad dellos, y entre ellos el capitán Agasias Stynfalio, varón esforzado, y que en todo tiempo había peleado valientemente contra los enemigos. Finalmente, se escaparon de allí salvos con la presa de doscientos cautivos, y tantas ovejas cuantas bastaban para los sacrificios.

El día siguiente Xenofonte hizo sacrificios, y de noche sacó toda su hueste para tomar el camino más largo de Lydia, y dar sobre los enemigos cuando menos se recatasen, y estuviesen sin miedo. Mas Asidates, oyendo que Xenofonte había sacrificado de nuevo para salir con todo el ejército, mudó su Real, para ir derecho á los lugares que están bajo de la ciudad de Partenico, y cayó en manos de los de Xenofonte, que le prendieron á él y á su mujer é hijos y caballos, y tomaron cuanto tenía. Y desta manera salieron verdaderos los primeros sacrificios.

Después todos juntamente llegaron á Pergamo, donde Xenofonte no se quejaba ya de los Dioses, pues había podido acabar aquella empresa con la ayuda de los Lacedemonios y otros capitanes y coroneles y soldados, y había tomado caballos y otras cabalgaduras, y otros muchos haberes; de manera que quedaba rico, y era bastante para hacer bien á otros.

Pasado esto, llegó Timbrón, y recibió todo el ejército de Xenofonte, y juntólo con la otra hueste de los Griegos que él traía, para ir á hacer guerra á Tisafernes y Farnabazo. Los Gobernadores de las tierras del Rey, por donde anduvimos todo aquel tiempo de nuestra peregrinación, fueron éstos. De Lydia era Artimas; de Frigia, Artacamas; de Lycaonia y Capadocia, Mitradates; de Cilicia, Syennesis; de Fenicia y

Arabia, Dernes; de Syria y Asyria, Belesis; de Babylonia, Ropparas; de Media, Arbacas; de los Fasianos y Hesperitas (1), Teribazo (porque los Carduchos, Calybes, Caldeos, Macrones, Colcos, Mosynecos, Cetos y Tibarenos eran señorías por sí, que vivían cada una en sus leyes); de Paflagonia era señor Córylas, y de Bitynia, Farnabazo; y Seutes era rey de los Traces de Europa.

El número de todo el camino que hicieron los Griegos á la ida y á la vuelta, fueron doscientas quince jornadas, mil ciento cincuenta parasangas, que son treinta y cuatro mil doscientos cincuenta y cinco estadios (2); y en todo este tiempo de la ida y de la vuelta gastaron un año y tres meses.

---

(1) *Hesperitas*: por este nombre se ha de entender la Armenia Occidental y sus inmediaciones, que eran del gobierno de Teribazo.

(2) *Estadios:* el traductor añadía por vía de explicación que los 34.255 estadios *hacen cerca de cuatro mil seiscientas millas de Italia.*

PROPORCIÓN

de las medidas de los Griegos con la vara de Castilla, para tomar algún conocimiento del Estadio y Parasanga, que Xenofonte usa con bastante frecuencia en la Cyropedia, y en la entrada de Cyro el Menor en Asia y retirada de los diez mil Griegos.

Era la menor medida de los Griegos ó Aticos en longitud, un grano de cebada, medido por lo ancho y más grueso de él. El dactylo ó dedo entre los Orientales, Arabes y Persas, concuerdan todos en que contenía seis granos de cebada, juntos lateralmente por la parte más gruesa; aunque con poca razón dicen Caballero (1) y Bordázar (2) que sólo comprendía cuatro granos.

El pie griego es poco conocido por su propia magnitud, pero lo bastante por las comparaciones observadas cuidadosamente por personas eruditas. La proporción que hay entre el pie romano y el pie griego es en razón de 24 á 25. Plinio (3) indica esta proporción diciendo, que comprendiendo el estadio entre los Romanos 125 pasos, hacen 625 pies; siendo cosa

(1) Caballero, *Breve cotejo y balance de pesos y medidas*, part. IV cap. II, pág. 289.

(2) Antonio Bordázar, *Proporción de monedas, pesos y medidas* trat. 3, pág. 125.

(3) Lib. II, cap. XXIII.

sabida que 120 pasos, ó 600 pies, llenan el mismo espacio entre los Griegos. Columela (1) precedió á Plinio, y es del mismo parecer. Censorino (2), autor posterior, dice que el estadio que llama itálico contiene 625 pies, y el olympico 600. La evaluación del pie romano comprende, según las observaciones del Marqués Maffey, 1.306 $^{2}/_{5}$ partes, de las 1.440 del pie de París; siendo el pie de Castilla 1.234 $\frac{1.078}{2.333}$, de cuyas partes corresponde al pie griego 1.360. Mr. el Roy publicó una representación de los monumentos de la ciudad de Atenas; midió el friso del templo de Minerva, y sacó 94 pies de París y 10 pulgadas, concluyendo en que la medida del pie griego tiene 11 pulgadas, 4 líneas y media, que viene á ser muy poco más de las 1.360 partes ya apuntadas. Este es el parecer general sobre la magnitud del pie griego, el más seguido, y al que se pudiera añadir otras autoridades; pero para el asunto presente bastan las expresadas. Usaron este pie en los edificios públicos de Atenas, en las carreras de los juegos olympicos, y es el más conocido de la antigüedad. Ha padecido muchas variaciones este pie en los tiempos posteriores, y bajo el Imperio de Oriente, cuya noticia no tiene aquí lugar.

El palmo mayor y el menor se distinguen en que el primero comprende sobre la magnitud del pie 12 dedos, ó 9 pulgadas; y el segundo 4 dedos, ó 3 pulgadas. Observa San Gerónino (3), para distinguir el palmo menor la voz de *palmus*, que le era particular; y la de *palma* para el palmo mayor. *Palæste* corresponde entre los escritores griegos al *palmus* de los latinos. Re-

(1) *De Re Rústica*, lib. V, cap. I.
(2) *De Die Natali*, cap. I.
(3) *In Ezechiel*, cap. XIV.

putaban el palmo mayor la extensión comprendida entre las yemas de los dedos pulgar y pequeño, teniendo la mano extendida. Hemos visto que contenía el palmo mayor tres partes de la medida del pie, y por esto Plinio (1) le llama *dodrans*, cuando habla de ciertos pygméos habitantes en la Scytia, cuya altura era de tres palmos: *Ternas Spithamas longitudine, hoc est, ternos dodrantes non excedentes.*

Dice Caballero que el *lycas* era el largo que hay desde el dedo pulgar al índice, lo mismo que en Castilla *xeme*, y que tenía de largo 10 dedos griegos. Seguramente era éste uno de los palmos griegos cuya medida se aproxima más al mayor que al menor. El mismo da 11 dedos de extensión al *orthodorón*, que era el largo de la mano, desde la coyuntura hasta lo más alto de los dedos; cuya magnitud se acerca mucho al palmo mayor. *Pygme* era el largo que hay desde el codo ó dobladura del brazo hasta el nacimiento de los dedos: tenía 18 dedos.

La proporción del codo respecto del pie se halla en razón de 3 á 2; de manera que, según la división establecida del pie, contiene el codo 18 pulgadas, ó 24 dedos. No es esta proporción de 3 á 2 la que resulta del pie natural, cuya magnitud contemplamos ser algo más de 10 de nuestras pulgadas. Newton escribió sobre el codo sagrado de los Judíos, y es de sentir que la proporción del pie con el codo, ó la parte inferior del brazo, se hallan en razón de 5 á 9. De esto se infiere que el codo natural puede valuarse en 18 pulgadas de Castilla; lo cual puede verificar todo hombre de buena proporción por sí mismo. Comprendiendo pues el pie griego 1.360 partes, de las 1.440 del de París, ó de las 1.234 del pie de Castilla, viene á co-

(1) Lib. VII, cap. II.

rresponder al codo 2.040 de estas mismas partes, que hacen exactamente 18 pulgadas de Castilla.

La *orgya* es la magnitud de la toesa de Francia, según las observaciones de los geógrafos y astrónomos más célebres de aquella nación. Corresponde esta medida justamente á 7 pies de Castilla, por hallarse nuestro pie con el de la toesa en razón de 6 á 7. Dice Herodoto (1) que es la orgya una medida de 6 pies, ó de 4 codos; el pie de 4 picos ó palmos menores, y el codo de 6. Era la orgya lo mismo que una brazada, ó cuanto los dos brazos pueden extenderse, que viene á ser en esta actitud el largo entre los extremos de las dos manos de un hombre bien proporcionado. Impropiamente atribuyen á la orgya la misma magnitud que al paso de los Griegos. Declara Xenofonte (2), que el paso común, y en el sentido que los Griegos le comprendieron, no deben confundirle con la orgya; porque, dice, una extensión mayor que el paso, sacada de los brazos extendidos, no monta á todo el valor de la orgya. Según Xenofonte, la Orgya era una medida mayor que la expresada por Herodoto. Plinio (3) supone comprender 10 pies la orgya, traduciendo *centum triginta pedes;* siendo este mismo intervalo en Teofrasto (4) de 113 orgyas. Mr. D'Anville (5) se esfuerza en combinar estas diferencias; no sé si lo consigue.

El *plethro* de los Griegos contenía 100 pies, según Herodoto. Parece que es la medida que llaman los Romanos *iugerum,* y nosotros *yugada,* pues es la tierra que en un día puede ararse con una yunta de

(1) Lib. II. núm. 149.
(2) Apomnemat, lib. II.
(3) Lib. XVI cap. XL.
(4) Lib. V cap. IX.
(5) *Trait. des Mesur. Itinerair.* Pár. 3. pág. 43.

bueyes. El mismo historiador griego nos conservó el valor del *arvo*, declarando tener 100 picos, ó codos, de donde se infiere era una mitad mayor que el plethro.

Todos saben que el *estadio* era un espacio cerrado en límites determinados, destinado á las carreras y ejercicios públicos, que honraban mucho á los Griegos. Los juegos olympicos eran los más célebres de los antiguos, de cuyas carreras tuvo origen el estadio olympico, y de donde también procedieron las diferentes magnitudes de los otros estadios. No entraré en la explicación de todos éstos, porque sería larga y fuera del propósito de solo explicar lo que conduce á la obra de Xenofonte.

Siendo, pues, nuestro principal objeto conocer el valor del estadio que usa Xenofonte en las marchas de los Griegos, bajo la expedición de Cyro el Menor, y retirada de los diez mil, apuntaré algunas de sus comparaciones. Compara Xenofonte en el libro II 535 parasangas á 16.050 estadios, de lo que resulta 30 estadios por cada parasanga. En una recapitulación general de todas las marchas, se comparan 1.150 parasangas á 34.255; y aunque en rigor esta compensación no es igual, porque salen 29 estadios por cada parasanga, y un sobrante de 145, no por esto destruye una proporción general, conforme á la primera resulta y uniforme á la unidad del número 30. Dice Xenofonte en otra parte (1): «Como entendiese Cyro que no estaban muy lejos de allí las gentes de guerra que le enviaba Cyaxares, envióles á decir que se detuvieran tras dél dos parasangas, que son 60 estadios.» Encuéntrase la misma compensación entre estadios y parasangas en el lib. V, núm. 53 de He-

(1) Lib. II. cap. IV.

rodoto, quien, hablando de un camino real que desde Sardes conducía á Susa, después de declarar que la parasanga contiene 30 estadios, cuenta 450 parasangas en 13.500 estadios.

La magnitud del estadio varió bastante entre los antiguos, como la de otras medidas, de las que trata con bastante puntualidad el geografo Mr. D'Anville en su Tratado de las medidas itinerarias antiguas y modernas, y en diferentes disertaciones impresas en los tomos que publica la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, donde con más extensión puede verse. La propia medida del estadio que conviene á nuestro asunto, viene á reducirse su magnitud particular á la décima parte de la milla romana, que es una quinta parte más corto, del que ocho llenan el mismo espacio de una milla romana (*). El geógrafo citado valúa este estadio rigurosamente á 75 toesas, 3 pies y 7 pulgadas, y redondamente sin fracciones á 76 toesas; que en nuestra medida corresponde á 176 varas, 1 pie, 6 pulgadas y 7 líneas. Esta medida se reconoce en las cercanías de Roma, por la distancia de 16 millas indicadas desde Roma hasta Aricia. Esta misma distancia dice Strabón que comprende 160 estadios, cuyo número favorece la opinión de las 16 millas. Reconócese este mismo estadio en el circuito de Roma. Dionisio Halicarnaso señala el gran circo tres estadios y medio, Plinio, tres; y Famiano Nardini concilia esta diversidad con los términos diferentes desde donde cada uno hizo su cuenta. Podrían citarse otras muchas autoridades, en apoyo del valor de este estadio, si fuera preciso.

(*) En la Academia de Bellas Letras de Sevilla leí una disertación sobre la proporción de las medidas de los Romanos con las de Castilla.

El *diaulo* contiene dos estadios, y el *hippicón* cuatro, de cuyas medidas son raras las noticias.

Los Romanos introdujeron el uso de la milla en las regiones aun donde no se usaba; lo que nos obliga á indagar el valor de la milla de los Griegos, quienes hicieron siempre sus mediciones con el estadio, antes de tener conocimiento de aquella. Abrieron los Romanos un camino con el nombre de *Egnatia*, desde Dyrrachium á la entrada de la Grecia, respecto de Italia, hasta Tesalónica, el paso del Hebro, y continuación de Bizantio. Léese en Strabón (1), que según hacía la comparación Polibio entre las columnas miliares de esta vía, sacaba 8 estadios y un tercio de otro por cada milla; cuya tercera parte mayor que la milla romana podía proceder de la diferencia del pie entre las dos regiones, como nota bien Mr. D'Anville. Los escritores griegos disminuyen el valor de su milla, diciendo Plutarco que ésta no contiene los 8 estadios completamente. Trae Focio en su Biblioteca, que el largo de la milla contiene 7 estadios y medio. El autor anónimo de un abreviado del Periplo del Ponto Euxino, comprendido en la Colección de los Geógrafos Menores, regula á cada milla 7 estadios y medio, según el preciso sentir de Focio. Agathémer (2) valua diferentes distancias bajo de esta propia medida. A la milla romana, dividida en 7 estadios y medio, corresponde á cada estadio 233 varas, 2 pies y 4 pulgadas: á la milla de 7 estadios y medio de esta razón contiene 1.644 varas; y para llenar el espacio de un grado terrestre con estas millas, son precisas 80.

Así como algunos opinaron en que la milla griega

(1) Lib. VII. cap. CCCXXII. Edic. París 1620.
(2) *Hypotyposis Geogr.*, lib. II. cap. XIV.

contenía 7 estadios y medio, otros fueron de parecer que era menor, dándola 7 estadios. El isthmo que junta el Chersoneso de Tracia con el continente prueba este sentir. Scylax regula el ancho de este isthmo 40 estadios; Herodoto le reduce á 36; y Xenofonte (1) con mayor seguridad 37, que corresponde 7 estadios por cada milla. Dice Suidas que el emperador Anastasio construyó un muro largo, entre la Propontide y el Euxino, á 60 millas de Constantinopla, distancia que Evagro señala de 420 estadios, los que justamente proporcionan 7 por cada milla. Lo mismo resulta por la valuación de diferentes distancias en las cercanías de Roma, que saca Procopio (2). La de Tibur ó Tívoli, contada desde el miliario dorado del pie del Capitolio, era 20 millas romanas, con alguna leve fracción; las que componían 160 estadios, y la que reduce Procopio á 140, número que favorece la opinión de 7 estadios por cada milla. Sin embargo de estas pequeñas diferencias, prefieren los modernos la milla griega compuesta de 7 estadios, á la de 7 y medio; y regulan entrar de las primeras en el espacio de un grado terrestre 86 millas.

El *dolichos* de los Griegos, según el maquinista Herón, contenía 12 estadios, que hacen más de milla y media.

Tuvo la *parasanga* entre los antiguos diferentes magnitudes, y aun los modernos tampoco concuerdan en una distancia fija. La medida de la tierra hecha en tiempo del Calife Almamón, comprende en un grado 19 parasangas: Ali-Koshgi astrónomo célebre entre los Orientales, hace entrar 22 en un grado, con una fracción de dos tercias de milla: Kempfer en sus *Amœ-*

(1) *Hist. Græ.* lib. III.

(2) *De Bello Gothico*, pluribus locis.

nittaes exoticæ 22 parasangas y media; y Edrisi, geógrafo árabe, 17 parasangas. Ninguna de estas parasangas son propias al asunto de que se trata á la Historia de Cyro, ni á la mente de Xenofonte. Tratando del estadio más adecuado á las marchas de los Griegos conforme á lo que resulta de Xenofonte y Herodoto, quedó sentado que la parasanga contiene 30 estadios. Léese en Xenofonte (lib. I) que desde una ciudad (que parece llamarse *Dana*, aunque por la geografía se reconoce ser *Tyana*) en tres días de marcha, que valen 25 pasarangas, se llega á Tarso. Este mismo camino, al través de los famosos puertos, estrechos y montes, que cubren la Cilicia, donde la disposición del terreno no permite otro camino, le señala el Itinerario de Jerusalén en 75 millas, que cuentan entre Tyana y Tarso. Podemos con seguridad concluir de esto, que cada parasanga se compone de tres millas romanas, ó de 30 estadios, y que 10 de éstos hacen una milla romana, según el Itinerario de Antonino.

La parasanga compuesta de 30 estadios ó tres millas romanas vale 2.268 toesas, que hacen 5.267, varas un pie y 10 pulgadas. Compruébase esta medida con la parasanga de los Hebreos: la milla de éstos vale 1.321 varas, 1 pie y 7 pulgadas; éstos á cada parasanga conceden 4 millas, y se lee en el Diccionario Rabino de Buxforf *Mil est quadrans Parsæ*: asciende el total de estas 4 millas á 5.290 varas, 2 pies y 6 pulgadas; y no siendo la diferencia entre esta parasanga y la primera más que 23 varas, queda el valor de las dos mutuamente apoyado. Determinada la magnitud de la parasanga de los antiguos, advertimos que se necesita 25 para llenar el espacio de un grado. La parasanga excede á nuestras leguas legales de Castilla en 267 varas; 1.359 varas es más pequeña de las que entran 20 en un grado, que llaman de Marina, y tam-

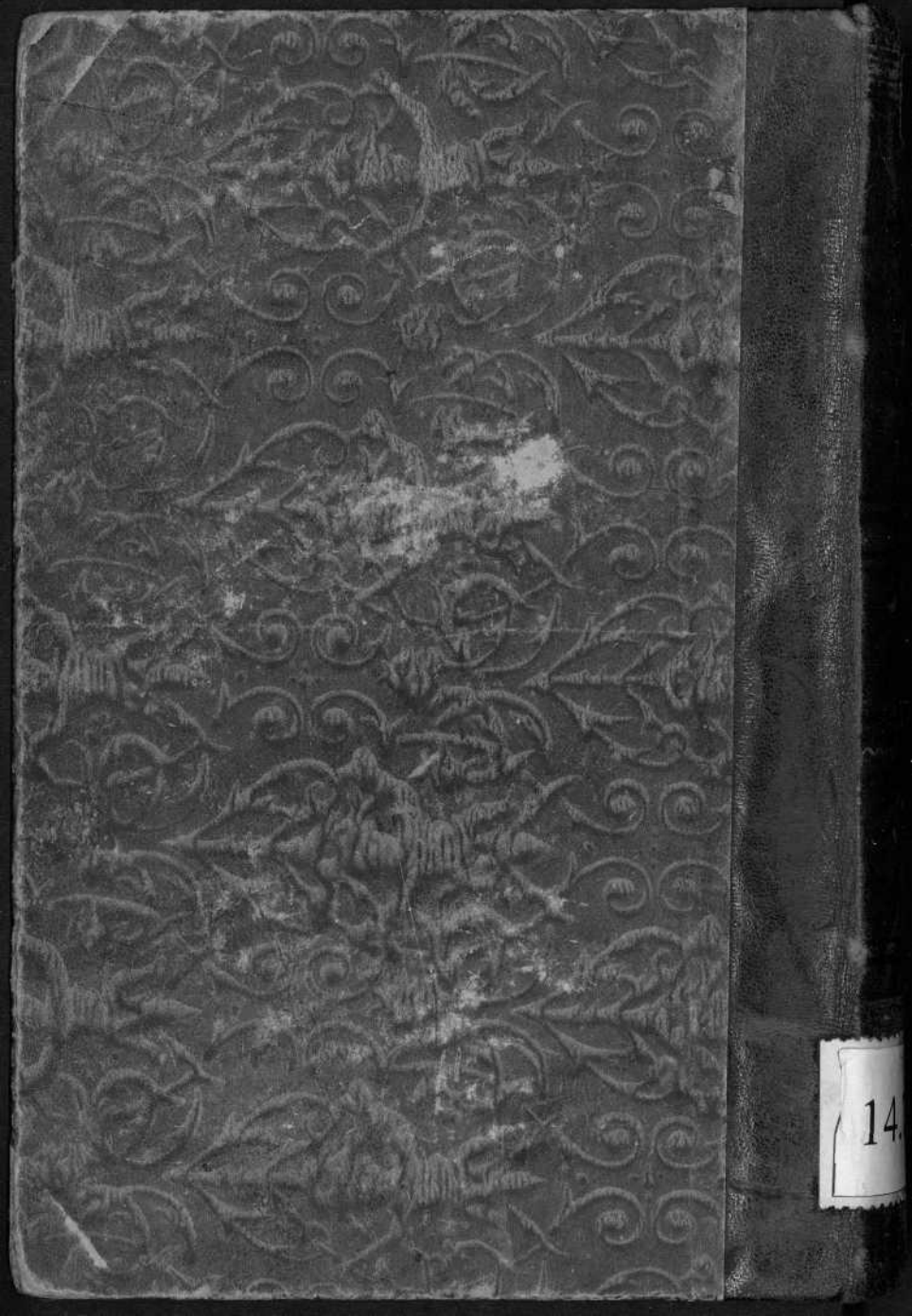
bién de una hora de camino: de las leguas que dicen de España, de las cuales entran 17 ½ en un grado, es menor 2.305 varas; y de las que nuevamente S. M. en los caminos reales de los Sitios ha fijado en 8.000 varas, exceden éstas á la parasanga 2.733 varas.

Scheno es una medida que parece no era de los Griegos, si de los Egypcios: Plinio le compara con 32 estadios, de los que entran en la milla romana 8; de modo que cada scheno podía contener 4 millas. El *estatatamo* le regulan de 4 parasangas.

Este abreviado de las medidas de los Griegos, comparado con las nuestras, lo podrá ver con mayor extensión, el que guste de una instrución más ámplia, en los autores citados.

ÍNDICE.

	Págs.
Advertencia preliminar	V
Prólogo de D. Casimiro Florez Canseco	VII
Dedicatoria	XV
Vida de Xenofonte	XIX
Historia de la entrada de Cyro el Menor en el Asia:	
Libro primero	1
Libro segundo	51
Libro tercero	85
Libro cuarto	123
Libro quinto	169
Libro sexto	213
Libro sétimo	249
Proporciones de las medidas griegas con la vara castellana	307



46

XENOFONTE

CYRO

EN ASIA

14.720